

CRISTINA ALGER

RELACIONES PELIGROSAS

«UNA EXCELENTE NOVELA POLICÍACA.
ABSOLUTAMENTE RECOMENDABLE.» BOOKLIST

«UN FINAL EXPLOSIVO.» PUBLISHERS WEEKLY



La agente del FBI Nell Flynn no ha regresado a casa en diez años. Nunca tuvo mucha relación con su padre, el detective de homicidios Martin Flynn, y el condado de Suffolk siempre estará inundado de recuerdos de su madre, quien fue brutalmente asesinada cuando ella tenía solo siete años.

Cuando su padre fallece en un accidente, Nell regresa a la casa donde creció y a instancias del compañero de su padre, el detective Lee Davis, acaba involucrándose en una investigación sobre los asesinatos de dos mujeres en Suffolk. Cuanto más profundiza, más probable le parece que su padre sea el principal sospechoso y que sus amigos en la fuerza policial estén cubriendo sus huellas.



Cristina Alger

Relaciones peligrosas

ePub r1.0

Titivillus 02.10.2021

Título original: *Girls Like Us*
Cristina Alger, 2019
Traducción: Vicky Charques

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Epílogo	
Agradecimientos	
Sobre la autora	

Para mi hija. Para todas las chicas

Su deseo de establecer un nuevo comienzo en la cadena de acontecimientos a los que pertenecía se topó con la misma dificultad de siempre: el hecho de que todo el mundo tiene un padre, que nada surge de la nada y es su propia causa, sino que todo el mundo es engendrado y señala hacia atrás, hacia las profundidades más profundas de los comienzos, los fondos y los abismos del pozo del pasado.

THOMAS MANN

Esparcimos las cenizas de mi padre cerca de la costa de Long Island el último martes de septiembre.

Cuatro de nosotros nos embarcamos en el bote pesquero de Glenn Dorsey con una nevera portátil llena de Guinness y una urna. Nos dirigimos al este, hacia Orient Point, donde papá y Dorsey pasaban los sábados pescando atún blanco y lubina. Echamos el ancla al llegar a una zona tranquila de Orient Shoal. Dorsey suelta un breve discurso sobre la lealtad de papá: a su país, a su comunidad, a sus amigos, a su familia. Me pregunta si quiero decir algo. Niego con un cabeceo. Sé que todos piensan que estoy a punto de echarme a llorar. Lo cierto es que no tengo nada que decir. Llevaba años sin ver a mi padre. No estoy triste, sino más bien aturdida.

Cuando Dorsey termina su discurso, inclinamos la cabeza y guardamos un minuto de silencio en señal de respeto. Ron Anastas, agente de Homicidios del Departamento de Policía del condado de Suffolk, apenas puede contener las lágrimas. Vince DaSilva, el primer compañero de papá, se santigua murmurando algo sobre el Espíritu Santo. Los tres acuden a misa todos los domingos en la iglesia de St. Agnes, en Yaphank. Al menos en su día lo hacían. Nosotros también íbamos. A excepción de algunas bodas, no piso una iglesia desde que me marché de la isla hace diez años. Me alegro de haber salido hoy. En aquella iglesia, el aire siempre parecía estancado y resultaba asfixiante, incluso cuando aflojaba el calor del verano. Aún me parece oír el zumbido del viejo ventilador en la parte trasera y sentir el billete de dólar para el cepillo arrugado contra la sudorosa palma de la mano. Me estremezco solo de pensarlo.

Hace un día tranquilo. Dicen que se avecina una tormenta, pero, por ahora, el cielo está totalmente despejado. Dorsey alarga el silencio durante más tiempo del necesario. Tiene las manos juntas ante él y mueve los labios como si estuviera rezando. Los chicos empiezan a impacientarse. Vince se aclara la garganta. Ron no deja de trasladar el peso del cuerpo de un pie al otro. Ha llegado la hora. Dorsey levanta la vista y me entrega la urna. La abro. Los hombres observan mientras el viento se lleva las cenizas de mi padre.

El funeral es lo que él habría querido, o eso creo. Breve y dulce. Sin apenas parafernalia. Está en el agua, el único lugar en el que parecía sentirse en paz. En misa, papá nunca se estaba quieto, parecía un crío. Nos sentábamos en la parte de atrás para poder escabullirnos antes de la comunión. Papá decía que detestaba el sabor de las obleas rancias y del vino malo. Incluso entonces, yo sabía que mentía. Simplemente no quería confesarse.

Cuando terminamos, Dorsey nos pasa una Guinness a cada uno y brindamos. «Por Martin Daniel Flynn, que se ha ido demasiado pronto». Papá acababa de

cumplir cincuenta y dos años cuando su moto derrapó cerca de la autopista Mountauk. Eran las dos de la madrugada. Supongo que había bebido bastante, aunque nadie se atrevía a mencionarlo. De todos modos, ya no tenía sentido buscar culpables. Según Dorsey, las ruedas de la moto estaban gastadas, la carretera estaba mojada y la niebla dificultaba la visibilidad. Punto.

En este grupo, lo que Dorsey dice va a misa. De los cuatro, él fue el que más rápido ascendió. Fue el primero en conseguir el escudo dorado. Después, no tardó en disponerlo todo para que papá y Ron Anastas dejaran de ser policías de paisano y los metió en Homicidios. Cuando lo nombraron jefe de policía, Dorsey se aseguró de que ascendieran a Vince DaSilva a inspector del Tercero. El Tercer Distrito del condado de Suffolk abarca algunas de las zonas más peligrosas de la isla: Bay Shore, Brentwood, Bridgewaters o Islip. Ahí es donde los cuatro hombres pasaron sus primeros años juntos como agentes. También es donde mi padre conoció a mi madre, Marisol Reyes Flynn. Papá siempre decía que el Tercero era una zona de guerra. Y lo era, especialmente para él.

Papá y Dorsey se conocían de mucho antes. Nuestras familias vivían en el condado de Suffolk desde hacía tres generaciones. Y, antes de eso, vinimos de Schull, un pequeño pueblo situado en la escarpada costa sudoccidental de Irlanda. Solían bromear con que tal vez tuviéramos algún antepasado común en nuestro árbol genealógico. Desde luego, ellos parecían familia. Ambos eran altos y de cabello oscuro, con los ojos verdes, facciones marcadas y semblante inquisitivo. Mi padre llevó siempre el pelo con un corte militar. Con el paso de los años, Dorsey se ha ido dejando bigote, patillas y el pelo algo largo. Pero, cuando lo lleva corto, como ahora, quien lo viera a lo lejos podría confundirlo con mi padre.

Lanzamos algunos sedales y los chicos cuentan anécdotas sobre aquellos primeros días en el Tercer Distrito. Como policías de paisano, acudían a trabajar llevando zapatillas Vans y camisetas de Led Zeppelin. Fueron días gloriosos. No se afeitaban. Si habían bebido demasiado la noche anterior, no se duchaban. Recién salidos de la cama, se metían en sus coches camuflados llenos de abolladuras y comenzaban a buscar follón. No tenían que buscar demasiado. En el Tercero, las bandas eran, y son, algo muy común. El índice de crímenes violentos es elevado; hay drogas por todas partes. A pesar de lo rico que es el condado de Suffolk, casi la mitad del Tercer Distrito vive en el umbral o justo por encima del umbral de la pobreza. Papá decía que no había mejor campo de entrenamiento para un policía que el Tercer Distrito. Casi toda la plana mayor del Departamento de Policía del condado de Suffolk había pasado por el Tercero.

Dorsey señala que papá era el poli más duro del Tercero, y el mejor profesor que un agente nuevo pudiera desear. Los chicos asienten. Tal vez fuera verdad. Papá tenía un sentido del bien y del mal inquebrantable, casi evangélico. Pero había contradicciones. Le asqueaban las drogas, pero no le importaba macerar el hígado en *whisky*. Parte de su día a día consistía en dismantelar timbas ilegales, pero todos los

meses organizaba una partida de póquer mensual a la que acudían abogados del distrito y algunos jueces bien conocidos por toda la isla. Les profesaba un odio especial a los maltratadores de mujeres y de niños, pero una vez vi cómo le daba a mi madre tal bofetón que le dejó la mano marcada en la cara. Papá tenía su propio código. Aprendí desde muy pequeña a no cuestionarlo. Al menos, no en voz alta.

La justicia que impartía era implacable. Te enseñaba lecciones difíciles de olvidar. La anécdota favorita de Dorsey sobre él está relacionada con aquella ocasión en la que hizo que Anastas se tumbase en una camilla cubierto con una sábana en la sala de autopsias. Había un novato recién salido de la academia apellidado Rossi. Su padre era juez, y el tal Rossi creía que eso lo convertía en alguien importante. Le gustaba ir a trabajar con ropa de marca, Armani y Hugo Boss, lo cual irritaba a mi padre. Aquel día, llevó a Rossi a la sala de autopsias y le pidió que retirase la sábana. Anastas se incorporó gritando y Rossi se meó, literalmente, en sus pantalones de seiscientos dólares. Después de eso, empezó a comprar la ropa en JCPenney como todos los demás.

Dorsey ha contado esta anécdota cientos de veces, pero lo hace de nuevo, y todos reímos como si la escuchásemos por primera vez. Es reconfortante recordar a mi padre como alguien divertido, porque lo era, podía ser muy divertido. Podía pasarse toda la noche callado y de repente salir con el comentario mordaz perfecto. Dorsey y yo intercambiamos sonrisas. Asiento, agradecida. Así es como quiero recordar a papá hoy. No por su temperamento, ni por su tristeza, y, desde luego, no por el alcohol que al final nos lo había arrebatado en un tramo tranquilo de una carretera mojada a primeras horas de la madrugada.

Al final, el sol empieza a ocultarse en el horizonte y el cielo se torna de un color azul ciruela eléctrico. Dorsey decide que ha llegado la hora de volver a casa. Superamos con creces la cuota de lubina permitida, pero con tres policías a bordo (y de manera muy especial estos tres policías que, al igual que mi padre, nacieron, crecieron y probablemente morirán entre las fronteras del condado) nadie va a decir ni mu sobre las cuotas de capturas pesqueras. Estos hombres, especialmente Dorsey, son lo más parecido que tiene Hampton Bays a unos héroes locales.

Los chicos van muy borrachos. Gritan y se repiten sin parar. Me dan unos abrazos de oso en el aparcamiento, pero no una ni dos, sino tres veces. Anastas me invita a cenar a su casa, pero me excuso alegando que estoy cansada y que necesito estar sola para desahogarme. Parece aliviado. Ron tiene una esposa, Shelley, y tres hijos; lo que menos necesita es tener a una chica triste de veintiocho años deambulando por su casa. DaSilva se está divorciando; supongo que se irá directo a un bar en cuanto hayamos terminado aquí.

Tras otra ronda de chistes, Anastas y DaSilva se van dando tumbos en direcciones opuestas. Ambos conducen monovolúmenes, coches diseñados para llevar sillitas de bebé y palos de lacrosse y para compartir vehículo. Dorsey señala la Harley-Davidson plateada con la que he venido hasta aquí. Era la favorita de mi padre. La

compró por muy poco dinero hace años y la fue restaurando poco a poco. Tenía cuatro motos antes del accidente. Ahora supongo que solo quedan tres. Sus niñas, las llamaba. Todas ellas meticulosamente restauradas y cuidadas, se comían todo su tiempo libre como pollitos hambrientos.

—Bonita máquina —dice, y me rodea los hombros y me abraza con cariño paternal.

Dorsey se casó con su novia del instituto. La perdió en un accidente de coche pocos años después y ya no volvió a casarse ni tuvo hijos. Papá quiso que fuera mi padrino, cometido que se tomó muy en serio. Mis cuatro abuelos han fallecido. Mis dos padres eran, como yo, hijos únicos. Supongo que Dorsey es lo más parecido a una familia que me queda. Siento una punzada de tristeza. Ojalá tuviésemos más trato.

—Sí —afirmo, y apoyo la cabeza en su brazo—. Es una moto muy bonita. Echo de menos montar.

—¿No tienes una en el D. C.?

—No estoy allí el tiempo suficiente como para cuidarla como se merece.

—Te desplazas con cada caso, ¿eh?

—Soy un hacha haciendo maletas. Vivo con lo que me quepa en ellas desde que salí de la academia.

—Tu padre era igual. Creo que por eso le gustaba tanto ir de *camping*.

—Me enseñó bien.

Doy un paso hacia la moto.

—¿Seguro que estás lo suficientemente despejada como para conducir maquinaria pesada? Si no, puedo acercarte a casa.

—No te preocupes por mí.

—¿Y si la carretera está mojada?

—Estoy bien, en serio.

Sé lo que está pensando. Él está ebrio, y yo he bebido lo suficiente como para superar el límite permitido, pero tengo mucho aguante y, a diferencia de mi padre, sé cuándo parar. Nunca he bebido como bebía él, sobrepasando con creces el punto en que se pierde la dignidad. Al menos, no en público. Como muchos agentes, si tengo que beber lo hago en la intimidad de mi casa.

—Sabes que siempre he querido conducir esta moto. —Sonrío para relajar el ambiente—. Papá me hacía trabajar en ella los fines de semana, pero no me atrevía a pedirle que me dejara probarla.

Ambos nos echamos a reír.

—Marty adoraba sus motos.

—¡Y tanto! En caso de incendio, estoy segura de que primero las habría salvado a ellas y después habría vuelto a por mí.

—No digas eso. —Dorsey niega con tono reprobatorio—. Tu padre te quería más de lo que te imaginas.

—¿Sabes qué fue de su moto? Me refiero a la que conducía aquel día.

Llevo tiempo queriendo preguntarlo, pero no había encontrado el momento adecuado. Puede que parezca frívolo pensar en eso justo cuando acabo de perder a mi padre y tal. Pero es uno de los muchos cabos sueltos que necesito atar antes de marcharme del condado de Suffolk para siempre.

Dorsey frunce el ceño, pensativo.

—La llevaron al depósito. Supongo que seguirá allí. Puedo comprobarlo.

—¿No fue al laboratorio de Criminalística?

—No. Estaba bastante claro que había sido un accidente. Yo mismo firmé el permiso para que la llevaran allí. La verdad es que ni me planteé que te la hicieran llegar. Ahora no es más que un amasijo de metal. —Hace una mueca de dolor al darse cuenta de cómo suena eso—. Lo siento, me refería a que...

—Lo sé. No pasa nada. Entonces, ¿la recojo en el depósito?

—Puedo pedirles que la lleven al desguace por ti, si quieres. Por ahorrarte el tiempo.

—No, tranquilo. Prefiero hacerlo yo.

—Está bastante hecha polvo. No sé si es bueno que veas algo así.

—Ya soy mayorcita, Glenn. He visto lo que pasa en un accidente mortal.

—Ya lo sé. Pero es diferente cuando se trata de un familiar.

Dorsey aparta la mirada. Tiene los ojos anegados de lágrimas.

Asiento, sopesándolo.

—Tienes razón. Llamaré al depósito mañana mismo. ¿Aún lo lleva Cole Haines?

—Sí. Él se encargará. Mañana te llamo para ver cómo estás. —Observa cómo me subo a la moto—. Oye, ¿has hablado con Howie Kidd?

—¿El abogado de papá? Sí. Va a pasarse mañana para algo de la herencia. Gracias por recordármelo. Lo había olvidado.

—¿Quieres que vaya? Puedo hacerte compañía y ayudarte con el papeleo.

—No, no. Gracias. Será todo muy sencillo.

—Como quieras. Bueno, llámame si necesitas algo. Esas cosas pueden ser muy agobiantes.

—Gracias, Glenn. Por todo.

Se lleva dos dedos a la sien a modo de saludo y empieza a alejarse.

Enciendo el motor, y Dorsey se vuelve y me ofrece una última, aunque triste, sonrisa.

—Eh, cielo.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también te quiero —respondo con voz ronca.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que le dije esas palabras a alguien.

Salgo del aparcamiento antes que Dorsey. Es agradable moverse después de pasar tantas horas en el barco. El aire frío me devuelve la vida. Conduzco por la autopista

de Sunrise, atravieso el puente de Ponquogue y me detengo en la vivienda que se encuentra al final de Dune Road.

Ahora es mi casa, aunque me cuesta verla de ese modo. No lo será por mucho tiempo. Tengo que venderla. Está fuera de mis posibilidades. Y, aunque no lo estuviera, carece de sentido que la conserve. Llevo seis años sin coger vacaciones. ¿De qué me sirve tener una casa vieja al sur de Long Island, en un condado que alberga buenos y malos recuerdos por igual?

Mi abuelo, Darragh Flynn, a quien llamaba *yayo*, la construyó en los años cincuenta, cuando el sueldo de un policía aún daba para comprar un trozo de tierra con vistas a la bahía. Unas vistas como estas cuestan ahora medio millón de dólares, puede que más. La casa tiene tanto encanto y espacio como una caravana. Sé que a quienquiera que la compre solo le interesará el terreno que tiene debajo. Es una caja pequeña y maltratada por las inclemencias del tiempo, con descoloridas tejas de madera y puertas correderas baratas. No obstante, posee cierto encanto. Tiene una terraza de madera con vistas a la bahía de Shinnecock al norte y a grandes extensiones de hierba a ambos lados. Me repatea la idea de que alguien pueda estropear este trozo de marisma con la única finalidad de tener una mansión con piscina y pista de tenis. Sé que mi padre opinaría lo mismo.

Llegué aquí hace poco más de una semana, después de que Dorsey me llamara para informarme de lo de papá. No me he planteado ninguna fecha de regreso. Ahora mismo no tengo ningún trabajo al que volver. Vivo en un pequeño apartamento sin ascensor en Georgetown que no echo de menos, con un aparato de aire acondicionado poco fiable que me deja charcos en el suelo de la cocina y un olor a curri constante que sube del establecimiento indio del bajo. Mis vecinos son estudiantes de posgrado con tendencia a fumar hierba y escuchar música electrónica después de medianoche. A veces los oigo discutir o hacer el amor y, cuando ponen música, mis paredes vibran. En ocasiones me dan ganas de quejarme, pero nunca lo hago. De todos modos, tampoco es que duerma mucho. Cuando nos cruzamos en las escaleras, saludan con educación y siguen a lo suyo. Estoy segura de que no saben nada de mí. Supongo que si supieran que trabajo para las fuerzas del orden serían más discretos con la hierba. Pero no es culpa suya. Suelo ausentarme durante semanas y, cuando estoy en casa, entro y salgo a deshoras: abandono la casa muy temprano y a menudo regreso a las tantas de la madrugada. No tengo mascotas, ni plantas, ni pareja. Casi todas mis pertenencias caben en una bolsa de viaje grande. Me pregunto cuánto tiempo tardarán en darse cuenta de que me he ido. Puede que nunca lo hagan.

La única persona que me ha llamado durante mi estancia en el condado de Suffolk es Sam Lightman, el jefe de la Unidad de Análisis de la Conducta y mi superior en el FBI. El mes pasado disparé y maté a una persona en acto de servicio. Se trataba de Anton Reznik, socio de Dmitri Novak, uno de los mayores traficantes de drogas y de mujeres de la mafia rusa en Estados Unidos. Los amigos de Reznik lo conocían como el Carnicero por razones bastante evidentes. No iba a echarlo de

menos. Aun así, nunca es agradable matar, y esta vez ha sido especialmente difícil para mí. Para empezar, una bala me dio en el hombro durante el tiroteo. Tuve suerte, técnicamente hablando. Dos centímetros más a la derecha me habría perforado la arteria braquial y yo me habría quedado en el sitio. Pero no lo hizo, así que entregué la placa y el arma a cambio de un par de puntos, una baja médica y la tarjeta de un psicoterapeuta recomendado por la Agencia especializado en trastornos de estrés postraumático. Según los médicos, a estas alturas el hombro se me debería haber curado, y casi lo ha hecho. Aún me duele de vez en cuando, sobre todo por las noches, pero tal vez se deba a que no he encontrado el tiempo para ir a un fisioterapeuta y comenzar la rehabilitación de los músculos afectados por la bala. La Agencia opina que mi cabeza también debería haberse recuperado. No es así. Tal vez nunca haya estado bien.

La muerte de mi padre me ha concedido una especie de aplazamiento.

—Tómate el tiempo que necesites —me dijo Lightman cuando se lo conté, y ambos sabíamos que eso significaba «el menor tiempo posible».

Sé que a mi jefe se le está agotando la paciencia respecto a mi recuperación. Seguro que los de arriba lo están presionando o bien para que me haga volver al trabajo de campo, o bien para que me eche. Durante estos días estoy llegando a la conclusión de que más bien se trata de lo último.

Me sirvo un vaso cargado del Macallan de mi padre y salgo al porche con una manta de lana. Bebo tranquila y sola, como imagino que lo haría él la mayoría de las noches, hasta que el sol se pone por completo y las estrellas iluminan el cielo. Escucho el rugido del océano y el leve retumbar de la música de uno de los bares de la bahía.

Se acabó. Nunca volveré a sentir ningún tipo de obligación hacia este lugar, de vuelta a casa. Ni por vacaciones ni por cumpleaños ni por bodas de personas a quienes en su día consideré amigas pero en las que ya no pienso. No me sentiré responsable de llamar a mi padre ni me sentiré culpable por no hacerlo. Puedo quemar sus pertenencias, vender esta casa y no volver a pisar el condado de Suffolk mientras viva. Por primera vez en años, no necesito medicarme para dormir. Me tumbo en el sofá de la terraza, apoyo los pies en la mesita de centro de madera descolorida, cierro los ojos y dejo que la oscuridad se apodere de mí.

El grito de una gaviota me despierta. Abro los ojos. Hay luz. Estoy desorientada durante unos instantes. Me incorporo, extrañada, y observo el espacio que me rodea. Había olvidado el singular placer de despertarme con las nubes sobre mi cabeza.

Flota en el aire algo que no se notaba hace unos días. Percibo el olor a sal y a turba y, por primera vez, a otra cosa: leña. El humo sale de una chimenea situada unas puertas más allá. Me levanto y veo cómo asciende en penachos y después se disipa en el cielo de color pizarra.

El otoño ha llegado. Es mi estación favorita en la isla. Los colores pasan de verdes y azules vivos a unas tonalidades marrones y grises más suaves. La luz motea la marisma. En la otra punta de la terraza, una garza permanece completamente inmóvil en un mar de zumaque y pasto varilla. De repente, el ave hunde el pico en el agua y se traga un pez killi entero. Después vuelve a transformarse en una estatua y se dispone a esperar a su próxima víctima. Cuando era pequeña me pasaba horas observando a las garzas. Admiraba su plumaje totalmente blanco y sus cuellos largos y gráciles. Me recordaban a las bailarinas. Mi yayo me dijo que hace años casi desaparecen porque a las mujeres les gustaban tanto sus plumas que las mataban para hacer sombreros. Aquello me partió el corazón.

Pero las garzas son asesinas implacables también. Saben extender las alas y esconder el pico y engañan a los pececillos para que se resguarden del sol bajo su sombra. En ocasiones las ves moviendo sus patas delgadas como juncos en el agua de forma rítmica e hipnótica. Parece que bailan, pero, en realidad, lo que hacen es remover los sedimentos para que salgan sus presas. Cuando algo se mueve, se lanzan a por ello. Saber esto hizo que me sintiera mejor. Nosotros las matamos a ellas y ellas, a su vez, matan a los pececillos.

Estas aguas no tardarán en tornarse frías. Las garzas, al igual que los chorlitos y las gaviotas, se verán obligadas a desplazarse más al sur para sobrevivir. El cambio se producirá de la noche a la mañana. Un día, me despertaré y se habrán ido. De pequeña, siempre lamentaba cuando se marchaban. La migración marcaba el final de la temporada al aire libre y el comienzo de un invierno largo encerrada en casa con papá. Los inviernos en Long Island son fríos y oscuros. La mayor parte de la gente que los pasa aquí bebe más durante esos duros meses, y mi padre no era una excepción. Me pregunto si seguiré aquí cuando las aves se marchen este año o si, por el contrario, yo también me habré ido al sur para entonces. Tal vez sea hora de empezar a pensar en hacer las maletas y retomar mi antigua vida. El mordisco del aire es un buen recordatorio de ello.

Abro la puerta corredera y entro en la casa. Una vez en el baño, abro el grifo y me lavo la cara con agua fría. Lleno un vaso hasta el borde y me lo bebo entero para

paliar los efectos de haber tomado demasiado *whisky* con el estómago vacío la noche anterior. Observo mi reflejo en el espejo. He perdido peso. Se me marcan los pómulos. Mis ojos de color avellana parecen más hundidos. He dejado de preparar comidas como Dios manda. No recuerdo cuándo fue la última vez que me duché. Me cuesta hacerlo con el hombro dolorido. Me fatigo con facilidad, incluso cuando me lavo el pelo. El apósito se moja y tengo que cambiarlo, y me cuesta horrores hacerlo desde hace unos días. No es que espere mucha compañía, pero me alarmo al ver mi aspecto. No me estoy cuidando. Y se nota.

Abro el grifo de la ducha. Tengo que estar presentable cuando aparezca Howard Kidd esta tarde. Tengo papeles que firmar, cuentas bancarias que cerrar, una casa que vender y facturas que pagar. Dejo caer la ropa sobre las baldosas del suelo. El grifo hace un ruido extraño y empieza a expulsar agua de color marrón. Óxido. Hay que cambiar las tuberías. Y también el techo, la terraza y las melladas puertas de mosquitera. Una de las ventanas reventó durante el último huracán y nadie se molestó en arreglarla. Mi padre solía cubrir las ventanas con tablones de madera cuando llegaba la temporada de huracanes. Los marcos están repletos de marcas de clavos. Cualquier agente inmobiliario me dirá que los pinte cuando esté preparada para vender la casa. Pero a mí me encantan esos marcos. De pequeña, solía pasar las manos por encima para sentir cada bulto y cada remache. Son las cicatrices de las batallas que esta casa ha librado y ganado.

Lo cierto es que hay que reformar la casa de arriba abajo. Soy consciente de ello. Tal vez no tenga sentido pintar las paredes ni poner mosquiteras nuevas cuando lo más probable es que el comprador la eche abajo. En vez de eso, quizá debería ordenarlo todo un poco para que esté presentable, guardar los efectos personales y retirar los trofeos de caza de mi padre: la cabeza de ciervo con los ojos brillantes y carentes de vida, y el pez vela con su largo pico arqueado sobre la puerta principal. Tengo que asegurarme de que el aparato de aire acondicionado no gotea y de que la nevera deja de hacer ese ruido raro. Tengo que sacar de la cómoda toda la ropa de mi padre. La puerta de su despacho está cerrada con llave, así como el armario de las armas. Las armas tienen que desaparecer. Y su cepillo de dientes, con cerdas desgastadas que asoman boca abajo por el borde del lavabo. Es probable que las cenizas de mi madre sigan guardadas al fondo del armario del despacho, en la urna con cuello de latón que hace tiempo perdió el brillo a causa del abandono. No estoy segura de que la urna siga ahí, pero apuesto a que sí. No he tenido el valor de comprobarlo.

Quiero ir al depósito para recoger la moto de papá. Si se puede restaurar, quiero quedármela. Si no, la llevaré al desguace yo misma. Creo que esto debo hacerlo yo en persona, y no endosárselo a Cole Haines. La moto, como mi madre, necesita una despedida digna.

Aún queda mucho papeleo. Me agoto solo de pensarlo. Lo he pasado por alto con la esperanza de que se disipe, como la niebla que flota alrededor de la casa a primera

hora de la mañana. Pero, obviamente, no lo va a hacer. Y nadie más que yo puede ocuparse de esto. El chorro de agua empieza a aclararse. Me meto debajo. Está fría, pero eso es bueno. El frío me despierta, limpia las telarañas de los conductos de mi mente. El agua siempre ha sido un asunto delicado en esta casa. Mi padre, un hombre de formación y espíritu militares, creía en las duchas frías. Cuando era adolescente, lo odiaba porque me obligaba a bañarme bajo un agua gélida. Sus propias duchas duraban dos minutos, puede que tres. Siempre parecían ser un castigo, como si se arrepintiese de sus pecados de la noche anterior. Duchas cortas, duras y frías. No entendía el tiempo que tardaba una chica adolescente en depilarse las piernas, lavarse el pelo y ponerse acondicionador. O tal vez sí, pero quería castigarme también. A los quince años me lo corté. Lo hice con mis propias tijeras. Le pareció bien. Alabó mi espíritu práctico. En su opinión, los secadores y los rizados de pelo eran frivolidades, sobre todo para una chica deportista que no le concedía demasiada importancia a su aspecto. Tenía parte de razón. Lo llevo corto desde entonces.

Salgo de la ducha y me seco. Pesco el último apósito de la caja que hay debajo del lavabo y me lo coloco en el hombro. Me visto con unos vaqueros y una camisa de esas que llevan un agujero para el pulgar en el puño para que la manga permanezca en el sitio. Me pongo un arnés de hombro y, por encima de este, un viejo chaleco polar del FBI que le cogí prestado a Lightman y que jamás le devolví.

Saco mi Smith & Wesson del cajón de la mesilla de noche. Es mi arma personal, la que va conmigo desde que la Agencia me confiscó la pistola el mes pasado. La llevo en el arnés, oculta bajo los largos laterales del chaleco. Y seguiré haciéndolo, al menos hasta que hayan detenido a Dmitri Novak, el hombre a quien esperábamos detener cuando le pegué el tiro a Anton Reznik. Imagino que Novak estará furioso conmigo por haber matado a su carnicero favorito. No dormiré tranquila hasta que lo vea entre rejas, y puede que ni siquiera entonces. Con seis años en la Unidad de Análisis de la Conducta a mis espaldas, he hecho muchos enemigos además de Novak. Enemigos con mucha memoria y mal temperamento. Probablemente siempre llevaré un arma encima. Papá lo hacía. Tenía un arsenal en el armario de su despacho, cerrado, claro, y lo mantenía en perfecto estado. Si estaba despierto, llevaba una consigo; si no, dormía con una pistola a mano, normalmente en el cajón de la mesilla de noche junto a su cama. Jamás se le pasó por la cabeza no hacerlo. En su mundo, o eras depredador o eras presa. Garza o pez killi.

Entro en la cocina y me pongo una cafetera. Busco el número del depósito de la Policía del condado de Suffolk en Westhampton y llamo. Sé que Cole no estará, porque aún es pronto, y me alegro de no tener que mantener una conversación sobre la muerte de papá. Dejo un breve mensaje con mi nombre y mi número de móvil, y digo que me gustaría pasarme a recoger la moto de papá lo antes posible. Quiero hacerlo rápido, sin mucho lío. La idea de ver el vehículo de mi padre destrozado o reducido a chatarra me revuelve el estómago. Bajo la sobria luz de la mañana, me doy

cuenta de que Dorsey está en lo cierto. Puede que haya visto muchos escenarios de crímenes, pero todo es diferente cuando tiene que ver con la familia.

En cuanto hay suficiente café en la cafetera, me sirvo una taza y salgo a la terraza. Bebo un sorbo y el teléfono empieza a sonar. Dejo el café y compruebo el número. Cuando veo que es Sam Lightman, aprieto los dientes. Tras un momento de pausa, respondo a la llamada.

—Flynn al aparato.

—¿Qué tal, Nell?

—De puta madre.

—¿Cómo va el hombro?

—Nada, apenas un rasguño.

—¿Y el funeral de tu padre?

—Finiquitado.

—Parece que ya estás lista para volver a casa.

—¿Tú estás listo para que vuelva?

Lightman se aclara la garganta, algo que hace antes de dar malas noticias.

—Respecto a eso... he hablado con Maloney.

Paul Maloney es el subdirector de la Oficina de Responsabilidad Profesional, una división del FBI de cuya existencia no sabía hasta hace un mes, y con la que espero no tener tratos nunca más. Tras el tiroteo, Maloney insistió en que acudiera a terapia con el doctor Ginnis, un psiquiatra contratado por la Agencia. Ginnis informa a Maloney, y este tiene la última palabra sobre si soy apta o no para trabajar. Me da la impresión de que no piensa autorizar mi regreso a menos que haga lo que me dice que haga, y eso incluye un montón de terapia que he estado evitando.

—¿Y...?

—Maloney está preocupado. Dice que no has acudido a las citas.

—No necesito ir al fisioterapeuta. Estoy bien.

Me coloco la mano sobre el hombro y me palpo la herida con los dedos para ver si aún está tierna. Lo está. Paro.

—No es solo el fisioterapeuta. También tienes que ver al doctor Ginnis.

—He hablado con Ginnis.

—Nell, venga. No puedes ir una vez y ya está.

—Yo no tengo la culpa de haber tenido que irme del D. C.

—Claro que no. Pero podrías hacer las sesiones por teléfono. Ginnis tiene que redactar un informe completo sobre tu aptitud mental. Solo entonces pasarás la evaluación psiquiátrica.

—Ya.

—Necesitamos que vuelvas, Nell. Necesito que vuelvas.

—¿Me lo estás suplicando?

—Si sirviera de algo, lo haría.

—¿No puedes arreglártelas para que Ginnis firme algún formulario o algo así? No quiero tumbarme en un diván y hablar sobre mi infancia.

El tono impertinente de mi voz me cabrea hasta a mí.

—Nadie te ha pedido que hagas eso.

—Eso es exactamente lo que quiere que haga. Y de verdad que tiene un diván. Lo he visto. Me tumbé en él. Una vez. Y fue suficiente.

Lightman se echa a reír, a su pesar.

—Bueno, al fin y al cabo es psiquiatra. Supongo que es lo que hacen todos. Podría conseguir que te sintieras mejor.

—¿Y qué tal si encontramos a los tipos que me volaron un trozo de hombro? De ese modo sí que me sentiría mejor.

—Todos lo haríamos. Estamos en ello.

—Pues esforzaos más. O, mejor aún, dejadme volver al trabajo y lo haré yo misma. Me pasé ocho meses persiguiendo a Novak. Nadie está más familiarizado con ese caso que yo.

Lightman suspira.

—Me preocupas, Nell. Has tenido un mes horrible. Para serte sincero, no puedo enviarte de vuelta a un caso tan peligroso. Y lo sabes. Tienes que cuidarte. Puedo darte otros nombres si Ginnis no es el especialista adecuado.

—Me conformaré con Ginnis.

—Pues habla con él. Para eso está. ¿Sabes? Ginnis también perdió a su madre cuando era pequeño. Se crio en una base militar, solo con su padre.

—¿Y?

Lightman suspira.

—Pues que creo que tenéis algunas cosas en común.

—Bien. Hablaré con él. Pero no esperes milagros.

—No lo hago. Le daré tu número. Y también puedes llamarme a mí, si quieres. Sé lo que se siente al arrebatar una vida. Es muy duro, Nell. Estas cosas no se superan. Si no tienes cuidado, puede llegar a joderte bien.

Oigo el motor de un coche que se acerca por Dune Road y después el crujir de las ruedas sobre la gravilla de delante de la casa.

—Gracias por la charla motivacional. Ha venido alguien. Tengo que colgar.

Cuelgo sin darle a Lightman la oportunidad de protestar. Me llevo la mano a la pistola. Es de día. El acceso no está demasiado alejado del aparcamiento de la playa local. La gente suele confundirlos. Aun así, no espero a nadie, y menos a estas horas. Dada mi situación, las visitas inesperadas no son precisamente bien recibidas.

Oigo que se abre la puerta trasera de casa. Me desplazo por la terraza y pego el cuerpo contra la esquina de la vivienda. Siento las tablillas de madera contra la espalda. Una mosca, atrapada entre la puerta de mosquitera y la ventana, zumba en lo alto. Me pongo firme y preparo la pistola. Una bandada de aves alza el vuelo desde la

hierba, espantadas por el visitante. Son tan asustadizas como yo, y están igual de poco acostumbradas a recibir invitados.

Cuento los pasos. Cinco te llevan a lo alto de los escalones. Aparece una figura alta masculina. El pánico se apodera de mí por un instante. Por detrás, parece Dmitri Novak.

Siento que el ritmo cardíaco se me acelera. Deslizo el dedo sobre el gatillo y salgo de entre las sombras.

No hace falta que diga nada. El hombre levanta las manos lentamente, en señal de rendición.

—Soy yo, Nell. Soy Lee.

Se gira muy despacio.

Cuando le veo la cara, bajo el arma.

—Lee Davis. Joder. Me has dado un susto de muerte.

—Hola, niña.

Lee siempre me ha llamado «niña», a pesar de que tenemos la misma edad. Creo que tiene que ver con el hecho de que me saca unos treinta centímetros. Se acerca y me abraza con tanta fuerza que gimo de dolor.

—¿Qué pasa? —Se aparta con un gesto de preocupación.

—Nada. Es solo un arañazo. —Me doy un toqucito en el hombro y siento cómo el color vuelve despacio a mi rostro—. Una bala me rozó ligeramente hace un mes. Aún me duele un poco.

—«Me rozó ligeramente». Suena a las cosas que diría tu padre. Me alegro de que estés bien.

—Nunca había estado mejor.

Asiente y me mira de arriba abajo. Hago lo propio. No ha cambiado mucho desde que íbamos juntos al instituto de Hampton Bays. Alto y delgado como un junco. Con la espalda encorvada y los hombros caídos, como si no pudiese oír a la gente hablando más abajo. En su cabello, antaño negro azabache, se asoma ya alguna que otra cana. Seguro que lo detesta, pero a mi parecer le da un aire distinguido. Su rostro, pecoso y sin arrugas, aún es bastante juvenil. Posee una timidez atractiva que encuentro muy interesante. Me fijo en su dedo anular. No lleva anillo, lo cual me sorprende. Siempre me pareció la clase de hombre que llevaría a sus hijos a los partidos de fútbol cuando alcanzásemos la treintena.

Lee salía con chicas guapas en el instituto; jugadoras de *hockey* sobre hierba y animadoras que sonreían mucho y se atusaban el pelo cuando reían. La clase de chicas que fingían que yo no existía. Me esforcé mucho por transmitir que el sentimiento era mutuo, pero a nadie en el instituto Hampton Bays le importaba un carajo lo que yo pudiera pensar de ellos. No era más que la chica callada y delgada que llevaba una chupa de cuero negra a clase y que estudiaba matemáticas avanzadas cuando estaba en noveno grado. La chica cuyo padre era agente de Homicidios; cuya madre era víctima de homicidio. El brutal asesinato de mi madre adquirió gran

notoriedad en nuestra zona. Durante años se sucedieron las habladurías sobre ello, sobre ella, sobre nosotros. Basta decir que todos mis compañeros me daban de lado.

—Disculpa el recibimiento —digo, y me paso la mano por el pelo—. Riesgos laborales.

Lee le quita importancia, como si el hecho de que te apunten con una pistola a primera hora de la mañana fuese de lo más normal del mundo.

—¿Cómo fue el funeral? Dorsey dice que fue bonito.

—Sí. Fue como papá lo habría querido, creo.

Lee me regala una media sonrisa. Me pregunto si tendría que haberlo invitado. Acababa de incorporarse como agente de Homicidios, y fue el último compañero de mi padre. Después del instituto, prácticamente perdimos el contacto. Me llegaron rumores de que también estaba viviendo en el D. C. y de que estudiaba Derecho en la George Washington. Estaba en tercero cuando descubrió que su madre tenía párkinson. Regresó a la isla y se hizo poli. No como mi padre. Mi padre era un marine que dejó preñada a mi madre durante un permiso en casa. Hizo lo que creía correcto: se casó con ella y, cuando acabó su período de servicio, regresó al condado de Suffolk. Compraron una casita con una valla blanca y papá ingresó en el Departamento de Policía. Siempre me preguntaba qué habría sido de él si mi madre no se hubiese quedado embarazada. Supongo que habría seguido en el ejército sin mirar atrás.

Tiene más pinta de abogado que de poli. Me sorprende que llegase a Homicidios. Es un departamento muy unido, cerrado y exclusivo. Lee parece demasiado joven y ansioso como para que esa panda lo respete. Papá casi nunca hablaba de él y, la verdad, había olvidado que eran compañeros hasta que Dorsey lo mencionó la semana pasada. De todos modos, ni se me ocurrió invitarlo, y probablemente debería haberlo hecho. Aunque, bien pensado, a lo mejor para Lee fue un alivio no tener que pasar la tarde mamándose con un puñado de polis cascados y alcoholizados a punto de jubilarse. Bastante lo hará ya.

—¿Me invitas a un café?

—Claro.

Ambos nos sentamos a la mesa de madera de la terraza. Lee se coloca las manos con los dedos entrelazados en la nuca y se recuesta sobre el respaldo de la silla, admirando las vistas. Un bote pesquero se desliza por debajo del puente de Ponquogue y se queda observándolo hasta que desaparece. Su rodilla rebota nerviosamente por debajo de la mesa. Algo me dice que no se trata de una visita amistosa. Es demasiado temprano para eso, y demasiado pronto después del funeral de papá.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte por aquí? —pregunta.

—No lo sé. Algunos días más.

—¿La Agencia te ha dado permiso?

—Algo así. —Empiezo a impacientarme—. ¿Qué pasa, Lee? Supongo que no habrás venido solo para ver cómo estoy.

Tensa ligeramente la mandíbula.

—A primera hora de esta mañana ha sucedido algo, en el Shinnecock County Park. Una mujer que paseaba a su perro ha encontrado un cadáver. Una chica, enterrada en las dunas.

—Qué horror.

—El cuerpo estaba descuartizado y envuelto en arpillera.

—Ah.

Cruzamos la mirada. No necesita decir nada más. El pasado verano apareció el cadáver de una joven de diecisiete años en Pine Barrens, una extensa y densa reserva boscosa en el centro del condado de Suffolk. La habían descuartizado y cubierto con arpillera. A mi padre le asignaron el caso y, que yo sepa, aún se encargaba de él cuando murió.

—¿Crees que ha sido el mismo tipo?

—Tiene que ser. O un imitador.

—¿La habéis identificado?

—Todavía no. La víctima tiene una placa de metal en la mandíbula, así que al menos tenemos algo.

—¿Ha desaparecido alguien recientemente?

—Una chica de aquí desapareció alrededor del Día del Trabajo. Podría ser ella, pero aún no lo sabemos a ciencia cierta.

—Bien.

—En la comisaría no hay gran cosa sobre el caso de Pine Barrens. Pero sé que tu padre seguía trabajando en él. Me preguntaba si tal vez guardaba sus propios registros en casa. Cuadernos de notas. Un portátil. Algo.

—Tenía una oficina en casa. Aún no he entrado. Puedes echar un vistazo si quieres.

—Eso sería estupendo. Podría pasarme más tarde, o mañana. —Mira su reloj—. Debería volver al escenario del crimen.

—Entonces, ¿eso era todo?

Lee vacila.

—Esperaba ser capaz de convencerte para que me acompañaras y nos echases una mano con la investigación.

El hombro me empieza a latir, como para recordarme el estado de mierda en el que me encuentro. Me lo cubro con la mano y me hago un ovillo subiendo los pies a la silla.

—Pues... no lo sé. Tengo cosas que hacer. Howard Kidd va a pasarse después para el papeleo.

—¿Cuándo?

—Después de comer, creo que dijo.

—Venga, Nell. Todavía faltan unas cinco horas para eso. Te prometo que te traeré de vuelta a tiempo. Toda ayuda será bienvenida. Si se trata de un asesino en serie...

Sacude la cabeza, incapaz de terminar la frase.

—¿Por qué no llama Dorsey al FBI? Oficialmente, quiero decir.

—Que esto quede entre nosotros: porque está a punto de jubilarse y lo último que le apetece son escenas de histeria colectiva por la presencia de un asesino en serie en el condado de Suffolk.

—Tal vez venga bien un poco de histeria.

—Tal vez. Pero no mientras Dorsey esté al mando. Así que... no. Nada de FBI. Solo tú. Ya le he preguntado si podías venir como asesora. Sin compromisos. Solo durante el tiempo que estés en el condado.

—¿Y le ha parecido bien?

—Sí, siempre que esto no salga de aquí.

—¿Cuánto vais a pagarme?

Tarda un momento en darse cuenta de que estoy de broma. En su rostro se dibuja una sonrisa asimétrica y abochornada.

—Joder, Flynn. Por un momento me la habías colado.

Suspiro. Tampoco es que tenga nada más entre manos. La idea de embalar todos los enseres de la casa se me hace un mundo; prefiero mil veces husmear en el escenario de un crimen. Así al menos tendré que conectar de nuevo mi cerebro durante unas horas, y de paso me aseguro de que aún funciona. Apuro los últimos sorbos de café.

—¿Es en el este del Shinnecock County Park o en el oeste?

—En el este. Venga, te llevo. Y te invito a un bagel por el camino. Tienes pinta de que te vendrá bien.

Lee conduce y yo miro por la ventana. Cruzamos el puente de Ponquogue y atravesamos Hampton Bays. No ha cambiado mucho. Las casas son pequeñas y anodinas. No existe un centro urbano real: solo algunos pequeños negocios familiares a lo largo de la carretera y un puñado de bares baratos en el litoral. No hay cadenas de restaurantes ni tiendas turísticas a las que entrar a echar un vistazo. Solo lonjas de pescado y establecimientos donde adquirir cebo y aparejos de pesca y gasolineras y tiendas de segunda mano que desperdigan sus artículos sobre el césped raído de la parte delantera.

Ahora hay un pequeño centro comercial, con un Starbucks y un supermercado y con un semáforo delante. Estoy segura de que papá odiaba todo eso. No estaba muy a favor del desarrollo en la que él llamaba «nuestra parte» de la isla. Pero, al margen de eso, todo sigue igual. Dejamos atrás media docena de carteles que anuncian el desayuno anual de tortitas en el parque de bomberos. Me da un vuelco el corazón cuando veo los columpios en los que mi madre me montaba a la salida del colegio. Estaban mal colocados y chirriaban mientras ella me cantaba. Me incorporo y los veo de reojo mientras el coche pasa de largo. Siguen ahí, oxidados e inclinados como siempre.

En las afueras del pueblo, pasamos por el puerto deportivo donde Dorsey tiene su bote. Al lado está el tugurio de Hank, donde papá y los chicos se tomaban unas cervezas después del trabajo. Después, el canal de Shinnecock divide la isla en dos. Los lugareños lo llaman el Corte. La carretera se estrecha en un puente que atraviesa el Corte como un torniquete. Cuando lo ves en el mapa, te das cuenta de que este puente es lo único que mantiene la punta oriental de South Fork unida a la isla principal. El Corte es tan psicológico como físico. Es la línea de demarcación entre los veraneantes y el resto del mundo.

Después de cruzar el puente, estamos en los Hamptons. El cambio es inmediato y evidente. Al este del Corte no hay tiendas de todo a cien ni de cebo y aparejos de pesca. Main Street, en Southampton, está plagada de *boutiques* de ropa y joyas de diseño. En los restaurantes sirven marisco carísimo y vino francés. El césped de aquí está minuciosamente cuidado. Unos olmos centenarios custodian las calles como centinelas. A los veraneantes les gusta que su lugar de vacaciones esté perfecto. Para eso pagan lo que pagan. Se hace raro pensar en esto como parte del condado de Suffolk, pero lo es. Quienes viven aquí no saben que hay algo más allá. Para ellos, nuestra parte de la isla es solo un sitio por el que tienen que pasar de camino a la playa.

Dejamos atrás a un jardinero que, subido a una escalera, poda la parte superior de un arbusto con una precisión quirúrgica. Enarbola una motosierra larga y plateada; la

hoja refleja la luz del sol. El hombre nos mira y sigue nuestro coche con recelo. Seguro que no tiene papeles; muchos de los jardineros que hay por aquí no los tienen. Mi abuelo materno era uno de ellos. Y mi abuela cruzó la frontera desde Ciudad Juárez justo a tiempo para que mi madre naciese aquí. Pasaron una temporada en Texas antes de mudarse al norte y de establecerse por último en Central Islip. Mi abuelo era propietario de una pequeña granja en México. Encontró trabajo como jardinero. Mi abuela limpiaba habitaciones en una residencia de ancianos. Vivían en una caravana con mi madre y otra familia. Por muy dura que fuese la vida en el Tercer Distrito, era mejor que en Ciudad Juárez.

Bajo la ventanilla y percibo el leve aroma de la brisa marina. La motosierra se detiene. Las cigarras cantan. Al otro lado de la calle, los aspersores se activan y riegan el tupido césped ya húmedo. Dos chicas vestidas para jugar al tenis y con cortavientos a juego van en bicicleta la una junto a la otra. Se dirigen al sur, hacia la playa. Yo siempre volvía a clase la semana antes del Día del Trabajo, pero los colegios privados de Manhattan no abren hasta finales de septiembre. Las delgadas piernas de las chicas pedalean al unísono. Justo cuando estamos a punto de pasarlas, una alza los brazos y levanta los pies de los pedales. Las ruedas se tambalean y, por un momento, creo que va a caerse. Vira hacia nosotros y recupera el equilibrio justo antes de chocar con la puerta del lado del pasajero. Profiero un grito ahogado; Lee pisa el freno a fondo. Oigo el susurro de su cola de caballo contra el cristal. Lleva un lazo rosa en el pelo que se pega contra mi ventana como si fuera un beso.

—Pero ¡qué coño...! —masculla Lee.

Las jóvenes siguen a lo suyo, tan tranquilas, riéndose. Ambas se giran para mirarnos, alucinadas por haber estado a punto de sufrir un accidente, con sus coletas aclaradas por el sol meciéndose en la brisa. Espero que Lee acelere y se detenga a su altura. Que les suelte un sermón sobre la seguridad vial. No lo hace. Las deja estar. Supongo que a las chicas de Gin Lane nunca les sucede nada malo.

Pasamos el desvío hacia Coopers Beach y doblamos a la derecha hacia Meadow Lane, también conocida como «la calle de los multimillonarios». Es una delgada línea de tierra con la bahía de Shinnecock a un lado y el océano Atlántico al otro. Las casas de Meadow Lane son enormes. A su lado, las demás viviendas de la zona parecen casitas de invitados, lo cual dice mucho. Tienen piscinas con vistas al mar y pistas de tenis. Los jardines se extienden hasta el infinito. Uno de ellos está repleto de esculturas grandes y extrañas. Un globo gigante con forma de perro de un brillante metal color magenta. Una mujer obesa de bronce desnuda. Parece un museo. Un museo que no me apetece mucho visitar. Hacia el final de la calle, hay un rectángulo de arena. Está marcado con una «H» grande. Conforme nos acercamos, un helicóptero despegue de él, y su elegante y plateada figura desaparece en el cielo encapotado.

Lo curioso de la calle de los multimillonarios es que termina en el Shinnecock County Park East, una reserva pública donde puedes estacionar una autocaravana y

pasar la noche. El parque es uno de los lugares favoritos de los vecinos para pescar lubinas y llevar sus vehículos recreativos todoterreno. A mi padre le encantaba ir, sobre todo en temporada baja. Ahí es donde me enseñó a pescar. Cuando estaba en el instituto, mis compañeros iban al parque a beber cerveza y a fumar en las dunas. A veces me apuntaba, no porque me gustasen las fiestas, sino porque cualquier cosa era mejor que pasar la noche en casa con papá cuando estaba borracho. Lanzábamos botellas y colillas lo más lejos que podíamos en dirección a Meadow Lane. Era una manera de decirles «anda y que os den» a los veraneantes, que actuaban como si esta parte de la isla les perteneciese a ellos y solo a ellos.

Hoy es el escenario de un crimen violento. Ya me parece ver los titulares. Esto es un caramelo para la prensa sensacionalista: una chica muerta, descuartizada y enterrada entre mansiones multimillonarias en primera línea de playa. Cuesta imaginar un cementerio más glamuroso. Y cuando los medios relacionen este caso con el del cuerpo hallado el verano pasado en Pine Barrens se abrirán las compuertas. Una cosa es una muerte, pero los asesinatos en serie captan el interés de las noticias a nivel nacional. Los foros de internet son un hervidero de comentarios. Los conspiranoicos y los adictos a los crímenes reales se hacen eco. Incluso el propio asesino podría aparecer de la nada, incapaz de mantenerse al margen del circo mediático. Podría inspirarle (o inspirar a otra persona) para volver a matar.

No sería la primera vez. Long Island siempre ha sido caldo de cultivo de hombres que dan caza a las mujeres. Joel Rifkin mató al menos a nueve mujeres en los años noventa. Robert Shulman mató a cinco. El asesino en serie de Long Island, a quien se le atribuyen entre diez y dieciséis asesinatos a lo largo de los últimos veinte años, sigue suelto. Por no hablar de la veintena de casos sin resolver que continúan en cajas en las estanterías de las oficinas del Departamento de Policía del condado de Suffolk y de los cuerpos que no llegaron a encontrarse.

—¿Qué se siente al estar en casa? —pregunta Lee.

Lo miro con expresión severa.

—Esta no es mi casa.

—Me refiero a la isla. ¿La echabas de menos?

—No.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Diez años.

Lee silba.

—¿Te fuiste a la universidad y no volviste?

—Pues sí.

—¿Qué fue de Tommy Street?

Al ver mi expresión, Lee se pone como un tomate.

—Perdona. ¿Demasiado personal?

Sí que es demasiado personal, pero Lee no lo sabe. Solo intenta darme conversación. Tom era mi novio del instituto. Mi primera relación y, probablemente,

la más importante de mi vida. Empezamos a salir a principios de segundo curso y rompimos a finales del último año, cuando me quedé embarazada por accidente. Tom quería casarse. Llegué a plantearme renunciar a mi beca en el MIT y quedarme en el condado de Suffolk para casarnos. Mi padre me dijo que si lo hacía, me repudiaría. Lee no sabe que, pese a la indignación de mi padre, decidí tener el bebé solo para perderlo unas semanas después. No sabe que todo esto me cambió la vida de manera irreversible. Dejé de hablarle a Tom, aunque él no había tenido la culpa de nada de aquello. También dejé de hablarle a mi padre. Hice las maletas, me subí en mi Civic de segunda mano y conduje hasta el MIT sin despedirme.

—No sé nada de Tommy. Hemos perdido el contacto —respondo, aunque solo es una verdad a medias.

He estado al tanto de la vida de Tom durante la última década. Todavía vive en el condado de Suffolk. Está casado con una mujer llamada Beth, que se parece a mí, excepto por el hecho de que siempre está sonriendo. Tienen dos hijas gemelas, Hannah y Ellie, a las que visten siempre igual. Él es corredor de seguros, como su padre. Y entrena a la Liga Infantil los fines de semana. Tienen un perro adoptado llamado *Hester*. Por lo que se deduce de sus redes sociales, parecen bien avenidos y felices. De vez en cuando, me pregunto qué habría pasado de haberme quedado. ¿Habría sido la señora de Thomas Street? ¿Y si hubiésemos tenido una hija o un hijo que tuviera ya diez años? ¿Me habría sentido atrapada, como le pasó a mi padre? ¿O es posible que, al igual que Beth, apareciera sonriendo en todas las fotos?

—Siempre pensé que acabaríais casándoos —dice Lee—. Todo el mundo lo pensaba por aquel entonces.

—Estaba en el instituto. Fue un amor adolescente.

Lee se encoge de hombros.

—A mí me parecía verdadero.

—Han pasado diez años.

—Tu padre y tú perdisteis el contacto, imagino.

—Algo así.

—¿Hablabas alguna vez sobre el caso de Pine Barrens?

—No hablaba mucho de nada. Al menos, no conmigo.

—Hablabas de ti.

Me vuelvo, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí. Estaba orgulloso de ti. De tu trabajo. Te nombraba cada vez que tenía oportunidad.

Ambos nos quedamos callados durante un rato.

—Estuvimos años sin hablarnos después de que me fuera —susurro—. No quería tener nada que ver con él.

—Pero acabaste en un cuerpo de seguridad, como él.

—Cierto. Supongo que lo llevo en la sangre. Papá vino al D. C. hace unos años. Arreglamos las cosas un poco. Hablábamos de vez en cuando. Aunque no recientemente. Llevábamos meses sin hablar.

Lee asiente como si eso no le sorprendiese.

—El año pasado fue muy duro para tu padre. Lo que pasó con Pine Barrens le afectó mucho. Fue un caso terrible. La chica acababa de cumplir diecisiete años, era muy joven. Se lo tomó como algo personal. Una vez me dijo que tenía la impresión de que solo a él le importaba que estuviese muerta.

—¿Le importaba a alguien?

Lee se encoge nuevamente de hombros.

—Los medios de comunicación no se interesaron mucho. Era una chica de la calle procedente de un barrio conflictivo. En fin, la misma historia de siempre.

—¿De dónde era?

—De Brentwood.

—¿Latina?

—Sí.

—¿Y la mataron de la misma forma que a esta?

—La mataron a bocajarro de un tiro en la cabeza. La descuartizaron, la envolvieron en arpilleras como si fuese un puto árbol de Navidad y la enterraron en medio de la nada. Se llamaba Ria Sandoval.

—¿La violaron?

—No estaba claro. Los animales dejaron los restos en un estado lamentable. Llevaba muerta más de un mes cuando unos excursionistas la encontraron.

—¿Cuándo desapareció?

—El verano pasado, hacia el fin de semana del Cuatro de Julio. Le dijo a una amiga que le había salido un trabajo en el este. No regresó. Nadie se preocupó de denunciar su desaparición.

—Claro que no, porque a los de Inmigración les habría faltado tiempo para llamar a su puerta.

—Nadie pareció reparar en que había desaparecido. Tardaron casi dos meses en identificarla.

—¿Y sus padres?

—El padre nunca quiso saber nada de ella. La madre era un desastre. Desaparecía durante semanas enteras. La chica iba de aquí para allá. A veces se quedaba en casa de alguna vecina. Tenía una relación estrecha con una de ellas, una chica llamada Luz Molina. Ambas trabajaban como chicas de compañía. A veces contrataban a un chófer que las llevaba a los moteles o a las casas de los clientes. Un expresidiario llamado Giovanni Calabrese. Dirige una empresa de limusinas en Wyandanch. Va de chulo por la vida. Conduce un Escalade tuneado con llantas personalizadas.

Lee pone los ojos en blanco.

—¿Cómo encontraron al chófer?

—No se sabe. Tal vez lo buscaran en internet. Después de dar con Calabrese, Ria dejó de anunciarse en Craigslist y Backpage. Él la ponía en contacto directamente con los clientes. Clientes ricos, según tu padre. Calabrese dirige un negocio de lujo.

—Entonces, ¿Calabrese llevó a Ria la noche en la que desapareció?

—Sí. Dice que la dejó en el aparcamiento de un motel. El GPS lo respalda, y el empleado del hotel recuerda haber visto el coche parado junto al bordillo de la acera y cómo se marchaba después. Se suponía que Ria iba a pasar la noche con un cliente y que llamaría a Calabrese para que la recogiera por la mañana. No volvió a saber de ella.

—Supongo que tendría una coartada.

—Sí. La comprobaron. Estuvo fuera toda la noche, de fiesta con unos amigos.

—¿Y el cliente?

—Nunca se supo quién era.

—¿No había cámaras de seguridad en el motel? ¿Registros de clientes?

—Las cámaras estaban averiadas. Llevaban meses así. Casi todos los clientes pagaban en efectivo. Es ese tipo de establecimiento.

—¿Había al menos alguna pista?

Lee suspira.

—Había un jardinero. Alfonso Morales. Vive en Brentwood, unas casas más allá de donde vivía Sandoval. La amiga de Ria, Luz, dijo que solía observarla cuando pasaba por allí y que la siguió un par de veces. También dijo que una noche en que Ria se quedó a dormir con ella oyó pisadas alrededor de la casa. Le pareció ver a un hombre que las observaba a través de la ventana trasera.

—¿Y creía que era Morales?

—Eso pensaba, pero no llamó a la policía ni nada.

—¿Morales sigue viviendo en Brentwood?

—Que yo sepa, sí.

—¿Y Luz?

—No lo sé. Supongo que sí. Trabaja en un bar cerca del puerto deportivo. Donde Hank O’Gorman, ¿te acuerdas de él? A veces la veo ahí. Espero que al menos el susto de lo que le sucedió a Ria sirviera para algo.

—¿Qué quieres decir?

—Que espero que dejase de vender su cuerpo.

Salto al instante.

—Eres consciente de que la mayoría de las chicas no eligen esa vida, ¿verdad?

—Todo el mundo toma sus propias decisiones.

Respiro hondo y decido no responder.

—Ah. —Lee chasquea los dedos—. Había algo sobre una camioneta roja. Morales conduce una ranchera granate. El recepcionista del motel dijo que le pareció ver una camioneta roja en el aparcamiento la noche en que Ria estuvo allí, pero no podía afirmarlo y no fue capaz de identificar con seguridad a Morales.

—¿Hablasteis con Morales?

—Fuimos a por él un par de veces. Siempre me pareció que había algo raro en él. Cuando le hablas, mira a todas partes, pero nunca te mira a los ojos. Se puso nervioso cuando empezamos a preguntarle por Ria. Al principio, trató de convencernos de que no la conocía de nada.

—Igual tiene miedo de la policía.

—Igual. Pero me daba mala espina. Trabaja para la Sociedad para la Conservación de South Fork. ¿Has oído hablar de ellos?

—¿La gente de los chorlitos?

Lee suelta una carcajada.

—Sí. Se preocupan mucho por esos pájaros. Tienen proyectos por toda la isla. La llevan sobre todo unas cuantas esposas de hombres ricos aburridas. Tienen demasiado tiempo libre y, definitivamente, demasiado dinero. Compran tierras para la conservación y restauran dunas costeras y esas cosas. El verano pasado, Morales estaba trabajando en uno de sus terrenos en Pine Barrens, no muy lejos de donde apareció el cuerpo enterrado. Estaba plantando árboles allí. Y ¿a que no sabes en qué estaban envueltas las raíces de los árboles?

Enarco una ceja.

—¿En arpillera?

—Exacto. Tenía metros del material en la camioneta. De la misma marca, todo coincidía. Aunque, dicho sea de paso, es bastante común. Puedes encontrarla en la mayoría de los viveros de North Fork.

—¿Encontrasteis algo más? ¿Pelo? ¿Sangre?

—Nada de nada. Registramos su coche, su casa... Nada.

—¿Y no había rastros de ADN?

—El cuerpo de la víctima estaba demasiado deteriorado como para encontrar el ADN de nadie. Morales tenía arañazos en las manos y un corte grande y bastante feo en la pierna. Parecía que se le estaba curando, así que podía tener unas semanas perfectamente. Coincidía con nuestro marco temporal.

—¿Os dio alguna explicación?

—Aseguraba que se lo había hecho en el trabajo.

—Podría ser.

—Supongo. Al final, tuvimos que dejarlo libre. Tu padre consideraba que no teníamos suficientes pruebas como para retenerlo.

—¿Y tú qué pensabas?

Suspira.

—Que podría ser perfectamente. Pensaba que, al menos, podríamos habérselo entregado a los de Inmigración, dejar que se deshicieran de él. Más vale prevenir, ¿no? Pero ¿qué iba a saber yo? Llevaba dos semanas en Homicidios. Y tu padre no era muy dado a aceptar sugerencias amistosas.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Lee detiene el vehículo en el arenoso arcén de la carretera y apaga el motor.

—Era duro contigo, ¿eh?

—Podría decirse así. Tenía un sentido del bien y del mal muy desarrollado.

—No debió de ser fácil crecer con él. Era un buen hombre y todo eso, pero yo le tenía miedo.

—Casi todo el mundo le tenía miedo.

Abro la puerta del coche.

Más adelante hay una furgoneta de un canal de noticias, aparcada detrás de un coche patrulla de la policía del condado de Suffolk.

—Joder. —Lee niega con la cabeza—. Esta gente son como buitres. Huelen sangre y acuden corriendo.

—¿Qué esperabas? El escenario del crimen se ve desde el puente de Ponquogue. Y, eh, tal vez en esta ocasión se trate de una chica blanca y rica.

Lee me pasa una gorra del Departamento de Policía del asiento trasero del coche.

—Ponte esto. Lo último que necesitas ahora mismo es aparecer en las noticias de las cinco.

Salimos del coche. La arena se me cuela en las zapatillas, por debajo de los dedos. Me detengo cuando veo a una mujer que sale de un Jeep al otro lado de la carretera. Lee habla, pero he dejado de prestarle atención. Observo cómo ella cierra la puerta del coche y sus labios rojo cereza forman una amplia sonrisa al saludar a un agente de policía que pasa por delante.

Hace veintiún años, Anne-Marie Marshall acababa de empezar a trabajar como periodista para *Newsday*. Yo tenía siete años. Mientras mi padre y yo estábamos de *camping* en el Sears Bellows County Park, a mi madre la asesinaron en nuestra casa de Hampton Bays. Para cuando regresamos, nuestra manzana estaba plagada de policías y periodistas, con Ann-Marie Marshall entre ellos. Aunque no recuerdo los detalles de la noche en que murió, tengo grabado a fuego lo que sucedió a la mañana siguiente. Supe que algo no iba bien conforme nos acercábamos a casa por todas las luces parpadeantes. A día de hoy aún me quedo helada al ver las luces de policía a través de la niebla. Papá me obligó a quedarme en el coche mientras él salía para ver a qué venía todo ese jaleo. Recuerdo que los limpiaparabrisas estaban en marcha; los oigo cuando sueño con ese día. Percibo el leve olor a los cigarrillos que fumaba papá en el coche cuando se enfadaba, y el ambientador con aroma a pino que usaba para camuflarlo. Pegué el rostro contra la ventana mientras los paramédicos empujaban la camilla donde iba el cuerpo sin vida de mi madre por el acceso. Estaba tapada con una sábana, pero yo sabía que era ella. Dorsey estaba ahí. Papá corrió hacia él y se derrumbó en sus brazos. Fue una de las pocas ocasiones en las que los he visto llorar.

Dorsey nos llevó a la estación de policía. Durante una hora o así, me separó de mi padre. Me trajo un refresco y me hizo unas cuantas preguntas sobre la noche anterior. ¿Dónde habíamos acampado? ¿Qué cenamos? ¿A qué hora nos fuimos a dormir? ¿Dormí toda la noche del tirón? ¿Habíamos estado papá y yo juntos todo el tiempo?

Respondí a la mayoría de las preguntas en silencio, limitándome a asentir o a negar con la cabeza. Sabía que mis respuestas eran importantes y las manos me temblaban tanto que me senté sobre ellas para evitarlo. Al final, Dorsey me dio unas palmaditas en el brazo y me dijo que podía irme a casa. «Lo ha hecho bien», le susurró a mi padre en el pasillo. Papá parecía aliviado. Me puso la mano sobre el hombro y me dio un afectuoso apretón. Dorsey me guiñó el ojo y sonrió.

No mucho tiempo después, un joven de diecisiete años del barrio confesó. No era el primer encontronazo que Sean Gilroy tenía con la ley, pero sí sería el último. El año anterior, una vecina denunció que la había estado espiando mientras se duchaba desde detrás de un árbol que había frente a su ventana. Corrían toda clase de rumores sobre él. La gente decía que mataba gatos y conejos, que los desollaba y guardaba sus pieles en el sótano. Nunca supe si aquello era cierto o si era solo un mito sobre un

chico tímido y extraño que nunca llegó a encajar. Según su confesión inicial, que repetiría una y otra vez en un discurso que iría cambiando de forma a medida que avanzaban el proceso y el encarcelamiento, Gilroy vio a mi madre por la ventana. Estaba fregando los platos. Llevaba su negro cabello suelto y vestía una camiseta escotada y una falda entallada que le marcaba sus estrechas caderas. Lucía un bronceado veraniego, y Gilroy dice que sonreía para sus adentros, como si tuviese un secreto. El deseo sexual por ella se apoderó de él. Llamó a la puerta y ella lo dejó entrar de buena gana, e incluso le ofreció una bebida fría de la nevera. La atacó en la cocina y forcejearon. Ella cogió un cuchillo de la tabla de cortar que había sobre la encimera para defenderse. Gilroy pudo con ella, le arrebató el cuchillo y la apuñaló en el pecho, no una, sino ocho veces, directo al corazón. Después se duchó en el cuarto de baño de mis padres, se puso ropa limpia de mi padre y volvió a su casa como si no hubiera pasado nada. Cuando la policía fue a interrogarlo, estaba sentado en el sofá viendo el béisbol. Aún llevaba puestos la camiseta y los vaqueros de mi padre. Sus zapatillas estaban manchadas con la sangre de mi madre.

A Gilroy lo condenaron a cadena perpetua sin libertad condicional. La mañana de su sentencia, un pequeño grupo de periodistas nos esperaban a mi padre y a mí fuera de casa. Mi padre me dijo que no les hiciera caso. Obedecí, en lo que se me antojó un trayecto eterno desde nuestro portal hasta el coche patrulla que nos esperaba junto al bordillo. Me limité a mirar al suelo y conté las grietas que había en el cemento del acceso. Casi había llegado al coche cuando Ann-Marie Marshall gritó: «¡Nell!». Levanté la vista y, por un segundo, cruzamos miradas. Entonces mi padre se interpuso entre nosotras y le advirtió que si volvía a acercarse a nosotros haría que la encerrasen por acoso. Por la noche, soñé con mi madre y también con Marshall, con sus labios rojos pronunciando mi nombre. Poco tiempo después, nos mudamos a la casa de papá en Dune Road. La nuestra se vendió y la demolieron hasta los cimientos. Nadie quería vivir en una casa en la que había muerto la mujer de un policía, y nosotros menos.

Ann-Marie no me conocerá. Yo solo era una niña por aquel entonces. Pero sí lo he hecho. Aun después de que enviaran a Sean Gilroy al centro penitenciario de Shawangunk y de que todo el mundo perdiese el interés, ella siguió escribiendo sobre él, sobre el caso. Afirmaba que Gilroy era lento e incapaz de entender las preguntas que le hacía la policía. Escribió que lo habían tenido encerrado durante horas sin la presencia de un abogado, sin comida ni agua, y que su declaración estaba repleta de contradicciones y errores. Decía que salió de la sala de interrogatorios con un dedo roto. Afirmaba que había confesado porque quería irse a casa. A pesar de que, años después de su sentencia, admitió en una entrevista con ella que, efectivamente, había asesinado a mi madre, Sean Gilroy se convirtió en su piedra angular. Siempre volvía a él en artículos posteriores, como un recordatorio, como una advertencia, una señal de que el condado de Suffolk estaba en decadencia. Si trataban así a un pobre joven blanco y lento, imaginad cómo nos tratarían a los demás, parecía querer decir.

Me sorprende lo mucho que se asemeja a la foto que acompaña sus artículos. El pelo gris plata, corto y con flequillo. Un rostro serio y de rasgos marcados, con unas cejas que parecen unirse en una constante expresión de contemplación. Levanta la vista y, por un momento, creo que me ve. Eleva la barbilla y entrecierra los ojos a modo de reconocimiento. Pero entonces veo que saluda al coche que se acerca por la carretera. Relajo los hombros y dejo de esconder la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta Lee, y coloca la mano suavemente sobre mi espalda.

Me aparto de golpe al sentir su tacto y lo pilla. Se separa de mí y me concede algo de espacio.

—Sí. Lo siento. Me había parecido ver a alguien que conocía.

Tomamos el camino largo por las barreras que se han colocado a la entrada del parque. El *flash* de una cámara se ilumina cuando pasamos. Bajo el rostro y me coloco detrás de Lee. Al pasar las barreras hay un agente de la policía del condado con un portapapeles en la mano. En voz baja, Lee le dice nuestros nombres. De repente pienso que tal vez debería haberle consultado a Lightman antes de aceptar un trabajo como asesora no oficial para el Departamento de Policía del condado de Suffolk. Habría dicho que no, que es, huelga decirlo, la respuesta sensata. No me apetece especialmente revelarle mi paradero a Dmitri Novak y su séquito, ni tengo intención de exponerme a citaciones del fiscal del distrito ni de abogados defensores en caso de que se detenga a algún sospechoso.

Pero ya es demasiado tarde para preocuparse por eso. El registrador de la escena del crimen ya ha anotado mi nombre en su cuaderno de aspecto oficial. Y la presencia de Ann-Marie Marshall me ha transportado de manera irremediable a un rincón oscuro de mi pasado. Decido que no me iré del condado de Suffolk sin hablar con ella. Mis dudas sobre lo que sucedió esa noche, y sobre el peso que le dio Dorsey a mi testimonio, siempre me han carcomido. Es una llama que me ha estado consumiendo lenta pero constantemente por dentro. Ahora que estoy en casa, siento cómo me quema más que nunca. Esta podría ser perfectamente mi última visita al condado. En cuanto venda la casa de mi padre, no tendré ningún motivo para volver. Necesito saber más sobre Sean Gilroy, sobre qué sucedió en esas horas oscuras, mientras yo dormía a pierna suelta en mi tienda de campaña en el Sears Bellows County Park. Ann-Marie Marshall es la persona que más ha hablado con Gilroy. Lo ha mirado a los ojos; lo ha oído contar su parte de la historia. Si hablo con ella, tal vez pueda dejar todo esto atrás por fin.

Lee y yo atravesamos la arena y escalamos las dunas. Es casi un milagro que este terreno haya permanecido virgen durante todos estos años. Es precioso. Odio pensar así de la escena de un crimen, pero es la verdad. El agua nos rodea. Al sur, el mar avanza y retrocede sobre la arena; el sonido de las olas es rítmico como un latido. Al norte, se divisa la bahía, sombría y serena, centelleando con la luz de la mañana.

A diferencia de la mayoría de las playas de los Hamptons, este lugar sigue intacto. La hierba lyme crece alta e indómita. En algunas zonas me llega por encima de la

rodilla, casi a la altura de la cadera. En el cielo, las gaviotas vuelan en círculo y dejan caer los cangrejos contra las rocas para romper sus caparazones. Una alza el vuelo con un pez entre las garras, victoriosa. Respiro hondo y lleno los pulmones del fresco aire salino. Si tienen que enterrarme en alguna parte, me gustaría que fuese en un sitio como este. Algo bonito y salvaje.

Las dunas bullen de actividad. A lo largo del perímetro de la costa, la policía de Southampton está instalando más barreras de color naranja, sin duda para atraer la atención. La furgoneta del forense está en el aparcamiento, a los pies de las dunas. Cerca de allí, un asistente sanitario habla con un paramédico. Un fogonazo junto al lugar donde han enterrado a la víctima me indica que el fotógrafo ha llegado. Hay policías por todas partes, peinando la hierba en busca de pruebas. Avanzan con la sincronizada cadencia de un grupo de prisioneros encadenados. A lo lejos, un perro rastreador de cadáveres ladra. Durante un instante, todo el mundo se detiene.

—¡Solo es un pájaro muerto! —grita alguien, y se reanuda la actividad en las dunas.

Hay una banderilla roja clavada en la arena al lado de la carretera. Lee me indica que lo siga en esa dirección. La duna es empinada, tendrá de cuatro a seis metros de altura. Cuando llegamos a la cima, tengo que detenerme para recobrar el aliento. El terreno en lo alto está repleto de zumaque y zarzas, y se hace difícil avanzar por él. Esta es la clase de sitio por donde mi padre me advertía que no anduviera cuando era niña. Este tipo de pastos es un nido de garrapatas. Una valla de madera circunda el área, imagino que para evitar que la gente pase. Hay un tramo de unos tres metros caído. Me acerco hasta él y me agacho. Las siglas SFPS, en referencia a la Sociedad para la Conservación de South Fork, aparecen estampadas en letras pequeñas por el borde.

—Lee —digo, y le hago un gesto para que se acerque.

Se agacha y se arrodilla a mi lado. Señalo las letras.

—Pertenece a la Sociedad para la Conservación de South Fork. Esta debe de ser otra de sus áreas de restauración.

Lee niega con la cabeza.

—Lo que yo te diga. Morales.

Nos levantamos y seguimos avanzando hasta que llegamos a un espacio sin zarzas. Se ha escarbado una tumba en el suelo, como el nido de un chorlito gigante. Medirá alrededor de metro ochenta de largo y metro y medio de ancho. Unas estacas y cinta amarilla con las palabras ESCENARIO DEL CRIMEN forman un pentágono irregular a su alrededor. A mis pies tengo matojos de hierba lyme arrancados de raíz.

Me agacho y observo de cerca la pila de piedras. Son pequeñas y planas, casi tan anchas como la palma de mi mano. Hay siete, amontonadas una sobre la otra como una baraja de cartas.

—Un túmulo —murmuro, y vuelvo la cabeza para examinarlo con mayor detenimiento.

—¿Un señalizador de ruta?

—Algo así. Los túmulos se utilizan desde hace siglos, para muchas cosas: senderos, escondites de alimentos... Pueden ser ceremoniales, como para indicar una sepultura.

—Toma.

Lee me pasa un par de guantes de látex. Él también se pone unos, y los estira sobre sus dedos largos y huesudos.

—Fíjate. Esto está hecho adrede. Las piedras están apiladas de una forma muy precisa. Y no tengo claro que estas rocas pertenezcan a esta zona. Deberían examinarlas. ¿Había algo parecido cerca de donde encontraron a Sandoval?

—No que yo recuerde, pero es posible que se nos pasara.

—También podrían haberlo trastocado antes de que llegaseis. Tal vez los excursionistas que hallaron el cuerpo recuerden haberlo visto.

—¿Crees que podría seguir ahí?

Me encojo de hombros.

—Merece la pena ir a comprobarlo. —Me levanto y me sacudo la arena de los pantalones—. Tengo una amiga en la Agencia. Sarah Patel. Trabaja desde Miami. Dirige el Cuerpo Especial Contra la Trata de Seres Humanos. Si estamos ante dos jóvenes trabajadoras sexuales asesinadas con un año de diferencia y de una forma en particular, creo que deberíais plantearos traer a su equipo. A ellos o a alguien de la Unidad de Análisis de la Conducta.

—Tú perteneces a esa unidad.

—Ya sabes lo que quiero decir. No es un caso para la policía local, Lee. Necesitáis comprobar todo esto con bases de datos nacionales.

Lee golpea la arena con el dedo gordo del pie.

—Volveré a sacarle el tema a Dorsey.

—O podrías limitarte a dejar que llame a Sarah Patel y que ella decida.

—No. —Niega enérgicamente con la cabeza—. Ni hablar. Dorsey se pondría furioso. No quiere implicar a nadie de fuera. Y quien decide es él, no Sarah Patel.

No estoy de acuerdo, pero decirlo no va a servir de nada. Nos quedamos callados durante un buen rato. Me aclaro la garganta.

—¿Quién decías que había encontrado el cuerpo? —pregunto para romper la tensión.

—Grace Bishop. Vive calle abajo. Está casada con Eliot Bishop.

—¿El secretario de Hacienda?

—Exacto. De hecho, ella está en el consejo de la Sociedad para la Conservación. Podría saber algo sobre el proyecto de restauración. Pasea al perro por la playa todas las mañanas. El animal echó a correr, llegó hasta aquí y escarbó hasta desenterrar el cuerpo. De hecho, le arrancó un trozo del hueso del tobillo. Grace tuvo que forcejear con él para sacárselo de la boca. Cuando llegué aquí, estaba histérica.

—¿Un pie humano antes de las siete de la mañana? Yo también me habría puesto histérica.

Lee empalidece, y me pregunto si va a echar el desayuno. Probablemente no haya visto muchas víctimas de asesinato en el tiempo que lleva como policía del condado de Suffolk. Desde luego, habrá visto menos que yo. Accidentes de coche, seguro. Tal vez algún que otro suicidio. Pero los escenarios del crimen tienen algo especialmente sobrecogedor, una oscuridad que perdura en el ambiente hasta mucho tiempo después de que el asesino haya muerto. Y sé de lo que hablo.

Esta es especialmente espantosa. El cuerpo que hay en la tumba está envuelto en arpillera. Me recuerda a la excursión que hacíamos papá y yo cada mes de diciembre a un vivero de North Fork para escoger el árbol de Navidad, por lo general uno pequeño para que yo pudiera llegar a lo alto sin demasiada ayuda. El dueño del vivero lo envolvía en arpillera igual que esta. Después papá se lo cargaba a los hombros y lo aseguraba en el capó del coche. Regresábamos a casa en silencio. Ambos sabíamos que papá rara vez tenía fuerzas para decorar el árbol. Durante las fiestas, bebía más de lo habitual. El mero hecho de que se enredasen las luces de Navidad podía hacerlo estallar. Se ofuscaba, me gritaba y tiraba cosas. Después desaparecía, y solo volvía cuando estaba demasiado borracho como para comprender que, en el tiempo que él había estado fuera, yo había conseguido desenredar las luces, había arreglado las bombillitas fundidas y había envuelto el árbol con ellas yo sola.

Hay un desgarro en la parte inferior del saco. A través de este se ve un muñón marrón. El tobillo de la chica, supongo. El perro le había arrancado el pie. Los restos destrozados de lo que queda de él están tirados como basura en un extremo de la fosa.

—¿Puedo verla?

Lee asiente. Se inclina y retira la arpillera. El hedor se intensifica. Él se echa atrás bruscamente, como si lo hubiese golpeado. Nunca te acostumbras al olor a descomposición humana. Es una fetidez pesada y rancia que penetra los poros y se cuela bajo la piel. Provoca aversión, como si pudiese infectarte con solo acercarse demasiado. La primera vez que vi un cadáver, tardé días en deshacerme del olor. No paraba de ducharme y de lavarme las manos, pero el olor se me había clavado en las fosas nasales. Con el rabillo del ojo, veo que Lee traga aire y se tapa la nariz con los dedos.

El cuerpo está descompuesto y arrugado. Al menos los gusanos han desaparecido, pero aún conserva la piel; aún no se ha esqueletizado del todo. Diría que el cadáver tiene unas pocas semanas. La piel tiene el aspecto del cuero y envuelve los huesos. Los dientes están al descubierto, como los de un animal. Cuando me muevo, la luz del sol refleja en la placa metálica del hueso maxilar. «Qué suerte», me digo para mis adentros. Un implante como este facilita enormemente la identificación.

—Los ojos —dice Lee, angustiado—. Joder, es espantoso.

Las cuencas están vacías. Y también falta parte del cráneo. Es como si le hubiesen dado justo en el centro de la frente. Durante un instante, siento cierto respeto por la

persona que le disparó. Como cazadora, mi padre me entrenó para matar de un solo tiro, preferiblemente en la cabeza, para minimizar el sufrimiento. En ese sentido, este disparo es perfecto.

Después de dispararle en la cabeza, el asesino le amputó las extremidades y se las ató al torso con hilo de bramante. Es una presentación surrealista y macabra; cruenta y precisa a la vez. Con arreglo a mi experiencia, puedes saber casi tanto sobre una persona por el modo en que ha muerto que por cualquier otra cosa.

—A Ria Sandoval también le dispararon en la cabeza, ¿verdad?

—Sí —responde Lee con voz ronca—. A quemarropa. Y después...

Señala el cuerpo con la barbilla.

Traga saliva, como si las palabras «la descuartizaron» se le hubiesen atascado en la garganta.

—Curiosa forma de asesinar a una chica de la calle.

—¿Por qué?

—Porque es limpia.

—¿Esto te parece limpio?

Me mira, incrédulo.

—Me refiero a que es profesional, como una ejecución.

—¿Crees que puede estar relacionado con alguna banda?

—Puede ser. Es meticuloso. Casi ritual.

La luz refleja en algo en la arena.

—Hay algo ahí. Parece metálico —digo mientras lo señalo.

Lee se arrodilla, coge un bolígrafo del bolsillo trasero y, con él, saca una fina pulsera de oro.

La levanta hacia la luz.

—Cartier.

—Embólsala.

—Es de Grace Bishop. Mira. Tiene sus iniciales grabadas por dentro. —Extrae una bolsa para pruebas y deja caer dentro la pulsera—. Deberíamos devolvérsela. Pobre mujer.

Me muerdo la lengua y no digo nada. Me preocupa que los polis de aquí se arrastren ante los veraneantes. Y me preocupa de manera muy especial que lo haga Lee. Cuando íbamos al instituto, él venía y lanzaba latas de cerveza hacia Meadow Lane como todos los demás. La pulsera debería analizarse como una prueba más. Apostaría lo que fuera a que Grace Bishop tiene otra que ponerse hasta que se la devuelvan. Probablemente no se haya dado ni cuenta de que la ha perdido. Pero este no es mi caso. Ni es mi problema.

—Yo se la llevo —le digo, y alargo la mano para que me entregue la bolsa—. Me gustaría hablar con ella. Has dicho que está en el consejo de la Sociedad para la Conservación, ¿verdad?

—Sí. Y creo que conoce a Morales. Tu padre habló con ella sobre él el verano pasado.

—¿Dónde está el forense? Me gustaría hablar con él antes de irme.

—Es una mujer. Y está por aquí, en alguna parte...

Lee se gira y señala a una mujer, bueno, una chica, que viene hacia nosotros.

Su densa melena rubia está recogida en una trenza que le desciende por la espalda. Es atractiva hasta extremos desconcertantes, con una figura larga y flexible, y un rostro perfecto con forma de corazón.

—Esa es.

La miro, y después me vuelvo hacia Lee.

—¿Estás de broma?

—No. Se llama Jamie Milkowski. Es joven, pero es buena.

—¿Cómo de joven?

—Acaba de empezar este año.

—De modo que es su primer asesinato en serie. Puede que incluso sea su primer asesinato. Qué emocionante para ella.

Lee me mira con gesto de reproche.

—Todo el mundo dice que es brillante. Deja de juzgar tanto a la gente, Flynn. Tú deberías saber mejor que nadie que una mujer joven y atractiva puede hacer su trabajo tan bien como un hombre que peine canas.

No respondo al cumplido, pero las mejillas se me acaloran.

—No puedes asignarle un caso como este a alguien que aún esté tan verde —argumento—. Y lo sabes. Tienes que enviarlo a Nueva York si quieres que esto se haga bien.

Lee suspira. Aunque jamás lo admitiría, sé que está de acuerdo conmigo. Nuestros respectivos trabajos se aprenden a base de una acumulación de experiencia lenta y constante. La evaluación del escenario de un crimen requiere de ciencia, pero también de cierta habilidad. No hay mejor profesor que un cadáver. Si de mí dependiera, le enviaría el cuerpo a Nicole Prentice. Nikki es una antropóloga forense reconocida a nivel nacional que dirige a un equipo en el Instituto de Medicina Forense de Nueva York. He trabajado con ella en numerosas ocasiones. Es la mejor. Obviamente, no depende de mí, ni de Lee. Quien decide es Dorsey y, sin duda alguna, mantendrá el asunto a nivel interno el máximo tiempo posible. De lo contrario, podría interpretarse como una falta de confianza en el equipo del condado de Suffolk. Y también enviaría la señal de que no se trata de un simple asesinato. Es un asesinato en serie. Y ha llegado la hora de llamar a los federales.

—Dorsey quiere que el equipo forense de Suffolk se encargue. Si la cosa les supera o si el cuerpo está en un avanzado estado de descomposición, lo enviarán a Nueva York para analizar el ADN.

El tono de Lee es tajante, como si esto ya se hubiese discutido y decidido.

—El cuerpo está descompuesto. Joder, Lee. Enviarlo al condado de Suffolk es una pérdida de tiempo.

Señala con la barbilla. Me giro. Milkowski está justo detrás de mí. Me alarga la mano.

—Jamie Milkowski, forense del condado de Suffolk —me dice sin el menor atisbo de hostilidad.

—Nell Flynn. FBI.

—Me alegro de que estéis aquí.

—No estamos. Solo yo —respondo.

—Nell es hija de Marty Flynn —explica Lee—. Le pedí que viniera para que nos asesorara sobre el caso. Trabaja en la Unidad de Análisis de la Conducta.

—Lamento lo de tu padre. Era un buen hombre.

Asiento, incapaz de articular una respuesta. Estoy empezando a arrepentirme de participar en esta investigación.

—Es estupendo que estés aquí —comenta Milkowski con tono diplomático—. Toda ayuda es poca. Y coincido contigo respecto a lo de enviar el cuerpo a Nueva York. Si Nikki Prentice pudiera echarle un vistazo, mejor.

—Lo siento. No pretendía faltarte al respeto.

—Estabas siendo sincera. —Señala al cielo con la cabeza—. Pronto empezará a llover. Tenemos que sacar el cuerpo.

—Claro.

Levanto la vista. En efecto, por el color del cielo parece que va a llover. A lo lejos se divisan unas nubes oscuras. El aire es fresco y húmedo, lo siento en las muñecas y en los tobillos. Me pregunto cuántas tormentas habrá soportado este cadáver. Hasta qué punto lo habrán degradado los elementos. Como si estar muerta no fuera ya suficiente degradación.

Me aparto para darle a Milkowski un poco de espacio. Le indico a Lee que haga lo mismo. Él se demora un momento en el sitio, dándole un repaso a Milkowski con la mirada. Cuando lo tengo a mano, le doy un buen pellizco en el brazo.

—¿Qué cojones...? —Se coge el brazo con la mano—. ¡Ay!

—¿Te parece que el escenario de un crimen es el mejor sitio para mirarle el culo a una chica?

—No se lo estaba mirando.

—Lee.

Lo observo con reprobación.

—¡Solo ha sido un segundo! —se defiende—. O puede que dos, como máximo.

Le doy la espalda y observo el paisaje. En la playa, veo a dos personas asomándose por las barreras. No parecen periodistas, sino más bien vecinos curiosos que dan un paseo por la playa a media mañana. Aunque este parque parece un lugar remoto, esto me recuerda que estamos en un lugar público. La valla caída no resulta demasiado disuasoria. No creo que esté claro dónde acaba la playa y dónde empieza

el parque. Sin duda, la gente ha caminado por estas dunas. Puede que hayan fumado aquí, que hayan hecho algún pícnic o que hayan venido a hacer senderismo. Eso significa que cualquier cosa que podamos encontrar —huellas, colillas, pelo...— probablemente carezca de utilidad.

Al menos, el punto concreto en el que está enterrado el cuerpo es de difícil acceso. Es una zona llena de matorrales donde solo los perros más ambiciosos se molestarían en escarbar. Es la parte con más follaje de los alrededores. Ideal para ocultar cuerpos, pero enterrarlos aquí debe de suponer un gran esfuerzo.

Hago visera con la mano para protegerme los ojos del sol y miro hacia la furgoneta de la forense. Estamos a unos cuatrocientos metros del aparcamiento. Trato de imaginarme a un hombre cargando con un cuerpo hasta aquí arriba, arrancando la hierba lyme, que tiene unas raíces profundas y tenaces. Después de todo eso, tendría que cavar un agujero lo bastante profundo como para enterrar un cuerpo, es decir, de alrededor de metro y medio de hondo y un metro de ancho. Más si quería asegurarse de que permaneciera enterrado.

Para un solo hombre, todo esto supondría un esfuerzo extraordinario, casi hercúleo. Le llevaría varias horas. Incluso de noche, se le podría ver desde el aparcamiento. ¿Por qué iba a arriesgarse a que lo viese cualquiera que pasase por allí? Había muchos lugares recónditos en la zona, más propicios para enterrar cuerpos. También lo había justo ahí, al otro lado de la calle. Con un par de metros de hilo de bramante y un bloque de cemento podría haberse deshecho del cadáver igualmente y con mucho menos esfuerzo.

—El parque lleva meses cerrado, por la erosión de la arena —dice Lee, como si respondiera a mis pensamientos—. Así que no hay tráfico de entrada y salida por la noche.

—Pero la playa sí que está abierta al público.

—Cierto.

—Y hay muchos parques por aquí completamente desiertos.

—Ya.

—Entonces, ¿por qué aquí?

—¿Tal vez porque el asesino trabajaba aquí y conocía bien la zona?

—Bien, entonces tenemos que averiguar si alguien de la Sociedad para la Conservación ha trabajado aquí en las últimas semanas. Por el aspecto que tiene esa valla, parece ser que sí.

—Claro. Lo haré.

—¿Habéis llamado a algún botánico?

—No lo sé —responde Lee—. ¿Necesitamos uno?

Me acuclillo y cojo un matojo de hierba lyme.

—Parece que alguien ha extraído estas matas de una forma bastante minuciosa. Las raíces están intactas. Si volviesen a plantarse sobre la sepultura, nadie notaría la

diferencia. De haberse hecho con prisas o sin conocimiento alguno de la materia, probablemente habría roto las raíces en lugar de dedicar tanto tiempo a excavarlas.

—Interesante. Tampoco la mataron aquí. No hay manchas de sangre ni signos de forcejeo. Así que este entierro fue algo premeditado. Quien hizo esto se tomó su tiempo y lo planeó todo con antelación.

Sacudo la cabeza, ofuscada.

—Pero es que se trata de un sitio muy raro para enterrar un cuerpo. Sería mucho más seguro tirarlo al agua. O dejarlo a la intemperie, donde se descompondría más rápido, como Ria Sandoval.

—A Sandoval la encontraron. A lo mejor aprendió la lección.

—Puede. O puede que este sitio signifique algo para él. Que sea un sitio al que pueda volver para visitarla. Tal vez por eso volvió a plantar la hierba lyme de una forma tan cuidadosa. Es un lugar público, pero al mismo tiempo quería asegurarse de que nadie la encuentre. Excepto él. Eso explicaría también el túmulo.

—Una especie de jardín trofeo.

—No es raro en asesinatos en serie.

—Morales es jardinero —apunta Lee—. Sabría lo de las raíces.

—También habría tenido tiempo de inspeccionar la zona, sobre todo si había estado trabajando en el proyecto de restauración de las dunas. Incluso podría haberlo preparado, haber cavado la tumba con antelación.

Detecto un movimiento con el rabillo del ojo. Levanto la vista. La casa de al lado tiene un pequeño balcón que da al parque. Los vidrios de la puerta están oscuros. Puede que me esté imaginando cosas, pero juraría que venía de ese punto.

—¿Quién vive ahí? —pregunto señalando al balcón.

—James Meachem. Un hombre de negocios. La casa de Grace Bishop está al otro lado.

—¿Ha hablado alguien con él ya?

—No está. Casi nunca está.

—¿Dónde está?

Lee se encoge de hombros.

—Tiene casas en Manhattan y en Palm Beach. Y una isla en las Islas Vírgenes Británicas.

—¿Una isla?

—Sí. Una isla privada. Alguien dijo que le puso su propio nombre. Little Saint James. ¿Qué te parece?

—Encuétralo. Una chica ha aparecido muerta a unos cien metros de los límites de su propiedad. Necesitaremos una lista completa de todos sus empleados. Si había alguien allí, podrían haber visto u oído algo.

—Me pongo con ello.

—Yo voy a ir a hablar con Grace Bishop.

—¿Quieres que te acompañe?

—Primero déjame hablar con ella a solas. Busca un botánico. Encuentra a James Meachem. Consigue la lista de los empleados y empieza a llamarlos. Luego nos vemos aquí. Tengo que volver a casa en una hora o así.

Atravieso la barrera, buscando con la mirada a Ann-Marie Marshall. La veo más adelante, metiéndose en su Jeep. Corro hacia ella, pero llego demasiado tarde. Cierra la puerta y se marcha por Meadow Lane. Las ruedas de su coche levantan arena en mi dirección.

Me paso un rato inspeccionando el perímetro de la casa de James Meachem. Los setos que rodean la propiedad son altos y frondosos. La puerta está hecha de metal industrial. A través de los listones se ve una vasta extensión de césped. A lo lejos, una casa hecha de cristal y acero se asienta en lo alto de las dunas. Aunque imagino que las vistas desde dentro serán espectaculares, el lugar inspira una sensación de frialdad que me perturba.

Un zumbido mecánico me obliga a alzar la vista. Una cámara de seguridad instalada en el poste de la verja me apunta. Doy un paso a la izquierda. La cámara se mueve. Saludo con la mano. Vibra e imita mi movimiento. Me siento tentada de hacerle una peineta, pero me contengo. En lugar de ello, retrocedo por el acceso, consciente de que la cámara me está siguiendo, capturando mi imagen en el ordenador de alguien. Cuando llego a la calle y giro hacia la propiedad de Bishop, que está al lado, la cámara se queda quieta. Me pregunto quién estará viendo las imágenes, si es que las mira alguien.

La casa Bishop también tiene verja, como la mayoría de las viviendas de Meadow Lane. Me acerco al interfono y pulso un botón para llamar.

—Soy Nell Flynn. Querría hablar con Grace Bishop —digo al altavoz cuando oigo que alguien responde al otro lado—. Soy agente del FBI.

La verja se abre. Veo que la propiedad es tan grande como la de Meachem, pero menos aséptica. El césped está bien cuidado. Unos arbustos de hortensias y rosas de Siria alinean los bordes del acceso. Hay un huerto y una parcela con árboles frutales. Una mujer sale de entre los árboles quitándose los guantes de jardinería. Lleva puesto un sombrero de ala ancha, una camisa de lino arrugada y unos vaqueros. Tiene la cara sonrosada por haber hecho algún esfuerzo.

—¡Hola! —saluda, y su voz tiene un suave deje sureño—. Soy Grace.

Nos acercamos la una a la otra y nos encontramos a medio camino entre la parcela arbolada y el acceso. Grace Bishop es una mujer hermosa. Alta, delgada y elegante. Cuando alarga la mano, veo que lleva una sencilla alianza de oro en el dedo y las uñas cortas y sin pintar. No es lo que estaba esperando. Bajo la guardia solo un poco.

—Espero no molestarla, señora Bishop.

—Llámeme Grace, por favor. En absoluto. Solo estaba trabajando en el huerto para distraerme un poco. Ha sido un día horrible.

—Lo sé. Lo siento. ¿Le importa que le haga unas preguntas?

—Para nada. Vamos a sentarnos. Me vendrá bien descansar un poco.

Unas delicadas perlas de sudor le cubren la frente en el nacimiento del pelo. Se las seca con el dorso de la muñeca y me hace un gesto para que la siga.

La vivienda es una casa estilo mansarda con contraventanas blancas de madera y porches que la rodean por completo. Las campanillas trepan por las barandillas. Se oye de fondo el distante murmullo del océano. Es el tipo de casa que sale en las películas y en las revistas. Posee la grandeza de una casa antigua, pero que ha estado meticulosamente cuidada. Grace se inclina sobre un sofá blanco de mimbre que se encuentra en el porche principal, tapizado con una alegre tela con rayas amarillas, y empieza a arreglar los cojines. En lo alto, un toldo a juego aletea por la brisa.

—¿Le apetece algo de beber? ¿Limonada? ¿Té helado? ¿Un té dulce? Hago un té dulce delicioso. Puedes sacar a una chica del Sur, pero no puedes sacar al Sur de la chica.

Me dedica una sonrisa cargada de tristeza.

Se nota que está nerviosa. No para de revolotear por el porche como un colibrí mientras habla, de ahuecar la tapicería y de arrancar las hojas marrones de las plantas. Es típico de los testigos de un crimen. Encontrar un cadáver te deja conmocionado, como un accidente de coche o un atraco. Afecta a las personas físicamente. Algunas se vienen abajo y necesitan descansar. A otras, como a Grace, se les dispara la adrenalina y son incapaces de tranquilizarse.

—No, pero gracias de todos modos. —Saco la bolsa con la pulserita—. El agente Davis encontró esto en la playa. Me pidió que se la devolviera.

—¡Anda! —exclama.

Deja de moverse. Le acerco la bolsa. La coge con cuidado, como si dudase de si puede tocarla.

—¿Puedo?

—Sí, por supuesto.

Saca la pulsera de la bolsa de celulosa traslúcida y se sienta.

—¿Le importa ayudarme con el cierre? Hoy me tiembla un poco el pulso. No he podido comer nada en toda la mañana.

—Claro.

Me siento a su lado, me inclino y uno los dos extremos del cierre alrededor de su fina muñeca con venitas azuladas.

Cuando termino, la acaricia con el dedo.

—Se me ha debido de caer al forcejear con *Jasper* esta mañana —dice con tono tranquilo—. La he buscado por todas partes. Me preocupaba que se me hubiese colado por el fregadero. La tengo desde hace mucho tiempo. Me la regaló mi madre justo antes de morir y no me la he quitado nunca. Me alegro muchísimo de haberla recuperado.

—Debe de haberle afectado mucho. Me refiero a lo de esta mañana.

Su rostro se ensombrece.

—Ha sido espantoso. *Jasper* es un perro de caza. O, al menos, eso creo. Lo adopté. Me recuerda a los sabuesos que teníamos en Texas. Con las patas largas y la nariz grande. Tienes que educarlos bien para que no hagan de las suyas.

—¿Viene de Texas?

—Sí. Vivía en un viejo rancho al sur de San Antonio. Mi padre era petrolero. Le encantaba cazar. Yo empecé a tirar al plato a los seis años. Ahora practico en el Mattituck Gun Club. ¿Lo conoce?

—Lo conozco muy bien —respondo, sorprendida.

No se ven muchos Bentleys en el aparcamiento del Mattituck Gun Club. Casi todo son todoterrenos o camionetas, como la de mi padre. Es un sitio al que van los vecinos de la zona, frecuentado por policías, bomberos y granjeros.

—Yo aprendí a disparar ahí.

—¿Cuántos años tenía?

—Era pequeña. Tendría unos seis o siete.

Grace asiente con gesto de aprobación.

—Papá siempre decía que una chica tenía que saber protegerse en este mundo.

—Un hombre inteligente.

—Entre nosotras, disfruto mucho más allí que en cualquiera de esos aburridos clubes de campo a los que pertenecemos.

—¿Se lleva a *Jasper* de caza?

—¡Cielo santo! ¡No! No me va lo de matar pájaros o ciervos. Es cruel matar a un ser indefenso. Solo tiro al plato. También me gusta observar aves. Long Island es un sitio magnífico para hacerlo, especialmente cuando comienza la migración. ¿Qué me había preguntado? Ah, sí, *Jasper*. Lo siento. Hoy estoy muy dispersa. Creo que alguien le enseñó a recuperar presas. Siempre sale corriendo y encuentra cosas. De repente aparece con un pájaro muerto. ¡Una vez me trajo una tortuga muerta! Dios, olía fatal, no se lo imagina. La dejó en el portal, todo orgulloso. Creo que es su forma de decir gracias. No era más que piel y huesos cuando lo cogí. En temporada baja lo paseo sin correa por la playa. Le gusta hacer ejercicio. Cuando lo he visto escarbando, he pensado... —Exhala un suspiro profundo y tembloroso—. No debería haberlo dejado subir ahí. Sé que no está permitido. Pertenezco al consejo de la Sociedad para la Conservación, por el amor de Dios. ¡Yo contribuí a que se colocase esa maldita valla!

—Si no lo hubiera dejado subir, tal vez nunca hubiésemos encontrado el cuerpo de esa chica.

Sacude la cabeza.

—Solo un animal sería capaz de hacer algo así. Espero que lo encuentren.

—Lo haremos.

—¿Trabaja para el Departamento de Policía?

—Para el FBI. Colaboro como asesora en este caso.

El rostro de Grace se relaja.

—Ah, bien. Me alegro de que la hayan llamado. Por favor, no se lo diga a nadie, pero no tengo mucha fe en la policía de aquí.

—¿Por qué dice eso?

—Hubo un caso similar el verano pasado. Una joven. Le dispararon a quemarropa entre los ojos con un arma de calibre 22 y después la descuartizaron. Su cuerpo apareció envuelto en arpillera, igual que este.

—El caso de Pine Barrens.

—Sí. Creo que la encontraron unos excursionistas. ¿Se lo imagina? Menuda sorpresa se debieron de llevar, ahí en medio de ninguna parte. Se lo juro, esta mañana me he dado un susto de muerte. Al menos estaba cerca de casa. He vuelto todo el camino corriendo, prácticamente arrastrando a *Jasper*.

—Cuánto lo siento.

—Ese caso quedó sin resolver. No sé si se molestaron demasiado en hacerlo.

Tengo la tentación de objetar, de defender a mi padre de alguna manera o de, al menos, tal vez, asegurarle que alguien sí se molestó, pero me muerdo la lengua y asiento con amabilidad.

—¿Lo siguió usted?

—Un poco. Dejaron a la chica en un tramo de terreno que la Sociedad para la Conservación estaba restaurando después de un incendio en el bosque. Un policía vino a hablar conmigo sobre Alfonso Morales. Es un jardinero que trabaja para la Sociedad. Le dije al policía que estaba buscando al hombre equivocado. Alfonso es una persona decente, humilde, trabajadora. No le haría daño ni a una mosca.

—¿Conoce personalmente al señor Morales?

—Lo conozco bastante bien. Yo lo contraté. A veces trabaja para mí aquí. —Hace un gesto hacia el césped y los jardines más allá del porche.

—La Sociedad para la Conservación estaba implicada en la restauración de la duna del Shinnecock County Park, ¿verdad?

—Sí. Me pasé un año recaudando fondos para ese proyecto y, después, otro año convenciendo al consejo municipal de Southampton para que nos dejara hacerlo. Le sorprendería la cantidad de obstáculos que le puede poner el gobierno local, incluso cuando está haciendo algo que beneficia a toda la comunidad.

Suspira y se inclina hacia atrás, contra los cojines del sofá, como si pensar en aquel proyecto todavía la agotase.

—¿En qué consiste la restauración de una duna?

—Bueno, es más complicado de lo que parece. Las dunas de arena son ecosistemas frágiles. Son el hábitat de una fauna y una flora altamente especializadas. La vegetación que crece en ellas se ha adaptado a un modo de vida bastante hostil. Cambios de temperaturas. Un sustrato móvil. —De repente, se detiene y se pone colorada—. Disculpe. Es demasiado técnico, ¿verdad?

—Me gustan las respuestas técnicas.

—Llevo años estudiándolas. Es tan importante para mí que a veces me olvido de que no todo el mundo quiere ser experto en ecología costera.

—Eso mismo me sucede con los asesinos en serie.

Grace suelta una carcajada de sorpresa.

—¿Sabe lo que me fascina? Lo aburridas que llegan a estar algunas mujeres por voluntad propia. Voy a un montón de cócteles aquí. Todas las esposas fueron a Harvard, Yale o Stanford. Y entonces se casan con un director financiero, tienen hijos y es como si las hubiesen lobotomizado. Todas quieren hablar de torneos de tenis y de diseño de interiores. Usted es diferente. Es reconfortante.

—Como usted.

—Bueno, sí. Supongo que lo soy. Pero yo no pude tener hijos. Tuve que encontrar otras cosas que mantener.

—Lo siento.

Frunzo el ceño, avergonzada por haber entrado en un terreno tan personal.

Le quita importancia.

—No, no pasa nada. Soy muy abierta al respecto. Y Eliot también. Cuando por fin nos dimos cuenta de que no íbamos a tener niños, ambos decidimos darles un nuevo sentido a nuestras vidas.

—Su trabajo de conservación tiene sentido.

—Me mantiene ocupada. Pero lo que hace Eliot, eso sí que es importante.

—¿Es el secretario de Hacienda?

—Sí. Se retiró de las finanzas hace unos años. Quería devolverle algo a la gente. No es fácil, ya que pasa mucho tiempo en el D. C. Pero nos las arreglamos para que todo salga adelante. Aunque ojalá estuviera aquí ahora.

Se queda con la mirada perdida en el césped y veo que le tiembla la barbilla.

—¿Cuándo empezó la restauración de la duna? —pregunto, tratando de retomar el asunto que nos atañe.

—El consejo municipal decidió cerrar por fin el parque a finales de junio. Al principio se opusieron; el verano es temporada alta, ya sabe, pero los convencimos. Todo el mundo berrea y patalea cuando limitamos el uso de sus zonas verdes, pero los humanos somos muy dañinos.

Su rostro se ensombrece y parece que está a punto de llorar.

—Es una lástima, ¿no? —digo con suavidad.

—Ni siquiera son conscientes de ello. La cosa va mucho más allá de dejar basura y hacer hogueras. Supongo que yo soy parte del problema. Dejé que *Jasper* fuera suelto por ahí cuando no debería haberlo hecho. Y si lo hice yo, con todo lo que me importa esto, imagínese los demás.

Se tapa la cara con las manos y solloza.

Le doy un segundo.

—¿Trabajaba el señor Morales en la restauración del parque?

—Sí. Si quiere, puedo facilitarle un listado de todos los que trabajaban allí.

—Eso sería de gran ayuda, gracias. ¿Sabe, por casualidad, si el señor Morales trabajaba para James Meachem?

Hace una mueca, como si de repente le doliese algo.

—Sí; de hecho, así es. Nuestra casa colinda con la del señor Meachem. Sugerí que se plantasen algunos árboles ahí para que ambos disfrutásemos de más intimidad. Alfonso y sus hombres se encargaron de ello. Supongo que Meachem los contrató para que trabajaran en el resto de su propiedad también.

—El señor Morales no está aquí ahora, ¿verdad?

—No, no. Solo lo llamo en verano, cuando necesito ayuda adicional. En temporada baja trabaja en uno de los viveros de North Fork.

—¿Sabe en cuál?

Grace vacila. Parpadea. Se mira las manos. Estoy segura de que lo sabe, pero no quiere buscarle un problema.

—Pues ahora mismo no me acuerdo.

—Tranquila. Y ¿sabría decirme dónde se encuentra el señor Meachem?

—No está aquí. Viene y va.

—Pero tendrá empleados que cuiden de la casa mientras él está fuera, ¿no?

—Supongo que sí. Con una casa de ese tamaño, es necesario. Pero lo cierto es que no lo sé. Nunca he estado allí.

Detecto cierto tono de desdén.

—¿Lo conoce?

—Sí. Pero no tenemos relación. Por algo hice que plantaran árboles entre nosotros.

—¿Por qué dice eso?

La mandíbula de Grace se tensa de una manera casi imperceptible.

—Celebra fiestas. A veces duran varios días. El ruido es insoportable. Acuden hombres importantes. Políticos, directores de empresas... Y también hay chicas. Muy guapas. Y jóvenes. Al parecer, es lo que le va.

—¿Entretiene a chicas jóvenes?

Enarca una ceja.

—Creo que ellas lo entretienen a él.

—Entiendo.

—Tenemos una casa en Palm Beach. Allí también goza de cierta reputación. Pregunte por ahí. Oirá toda clase de historias. Por muy rico que sea, no lo dejan entrar en ninguno de los clubes. Ni aquí ni allí. Por sus... cómo decirlo... inclinaciones.

—¿Ha llamado alguna vez a la policía? Por las fiestas, digo.

—Ah, la policía no hace nada.

—¿Por qué dice eso?

—Aquí lo conoce todo el mundo, incluida la policía. Y hacen la vista gorda. Es un hombre poderoso. Tiene amigos poderosos. En Palm Beach se rumorea que tiene al comisario en nómina. Y a sus fiestas acude toda clase de gente: jueces, senadores... Personas con capacidad para detener investigaciones.

—¿Y aquí? ¿Cree que tiene amigos en el Departamento de Policía?

—¿Quedará entre nosotras?

—Por supuesto.

—Estoy convencida de que sí.

Oigo pasos en el acceso. Me giro y veo que Lee viene hacia nosotras.

—Es el agente Davis —informo a Grace—. ¿Lo conoce?

—De pasada, de esta mañana.

Se pone de pie, con el ánimo destrozado. Sus labios forman una sonrisa forzada.

—Hola de nuevo, agente. Gracias por devolverme la pulsera.

—Un placer. Siento haber interrumpido.

—No lo hace. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, señora. Solo venía a recoger a la agente Flynn.

Se da unos toquecitos en el reloj.

Miro la hora y veo que son casi las dos en punto. Howard llegará en cualquier momento, si no lo ha hecho ya.

—Gracias por su tiempo, señora Bishop —digo mientras me levanto.

Alargo la mano. Ella la agarra y me da un apretón firme.

—Ha sido de gran ayuda.

—Un placer. Recuerde lo que le he dicho. Llámeme si se le ocurre alguna pregunta más. Estaré encantada de colaborar con la investigación en la medida de mis posibilidades.

—Lo haré. Gracias.

Mientras sigo a Lee por el acceso de los Bishop, noto cómo Grace nos observa desde el porche.

Howard Kidd me espera en los escalones de la puerta principal de la casa.

Sostiene un maletín en una mano. La luz de la tarde se le refleja en la coronilla. Tiene la punta de la nariz roja del frío, y está encorvado con el cuello de su abrigo Barbour levantado para mantenerse caliente. Parece preocupado, como un niño cuya madre ha olvidado recogerlo de una fiesta de cumpleaños. Me pregunto cuánto tiempo lo habré hecho esperar. Cuando nos ve parar en el acceso, nos saluda efusivamente con alivio.

—Hay momentos —dice Lee justo cuando detiene el coche— en los que agradezco no haber practicado nunca la abogacía.

Suelto una carcajada.

—Ay, pobre Howie. Seguro que su trabajo tendrá sus ventajas.

—En su trabajo, todo es muerte e impuestos. Y ver cómo las familias se pelean por dinero.

—La buena noticia es que en este caso no hay de eso.

—¿Dinero? ¿O familia?

—Ninguna de las dos cosas. —Abro la puerta del coche y piso el suelo de gravilla—. ¿Hablamos luego?

—Claro. Te llamo. Y gracias por echarnos una mano esta mañana, Nell.

—No hay de qué.

Lee da marcha atrás y se marcha por Dune Road.

Me pregunto si realmente habré sido de ayuda. ¿Y si solo he complicado más el caso? Cabe la posibilidad de que Lee Davis no vuelva a llamarme. La idea me entristece un poco.

Me giro hacia Howard y finjo una sonrisa. No me apetece nada hablar con él, con nadie, en realidad, pero ya he pospuesto esto bastante.

—Entremos. ¿Te apetece un té? ¿Un café?

—Un té me iría bien. Gracias.

—Ha refrescado de repente, ¿eh?

—Sí. Aquí el otoño se te echa encima sin que te des cuenta.

—Es verdad.

Introduzco la llave en la cerradura oxidada y forcejeo con la puerta hasta que se abre. Howard me sigue al interior de la casa. De repente soy consciente de la cantidad de polvo que hay y de las muchas reparaciones que necesita. Papá siempre había sido de gustos espartanos, pero también era un fanático del orden. Era capaz de arreglar cualquier cosa, y lo hacía. No siempre estaba bonita, pero la casa era funcional y estaba ordenada. O al menos así es como yo la recuerdo.

A mi madre, que por encima de todo era un espíritu libre, no le importaba vivir entre el desorden. Sacaba pinturas y pinceles, y abría un rollo gigante de papel en el suelo del salón. Ponía música y pintábamos. Ni a ella ni a mí nos importaba si manchábamos la madera o si nos pringábamos las manos o la ropa. Y cocinaba de la misma manera: montones de cuencos y todo hecho un desastre, harina en el suelo, la cocina inundada con el aroma del pan horneándose y el intenso olor de los chilaquiles haciéndose al fuego. Tarareaba mientras trabajaba, y probaba las cosas directamente de la olla, de la cuchara a la boca. Yo me sentaba a sus pies, mareando las hojas en un cuenco de ensalada u ordenando las especias por color en el estante.

Solían discutir por el desorden. A mi padre le gustaba volver a una casa limpia y tranquila. Mi madre replicaba que no dirigía una base militar y que estaba intentando criar a una hija. Quería que pintase y que me manchase, cocinar y construir fortalezas con mantas y cojines sin preocuparse de lo que les sucediera a los muebles. Por la noche, cuando creían que dormía, me levantaba de la cama y los oía discutir sentada en lo alto de las escaleras. Me sentía terriblemente culpable. Al fin y al cabo era cómplice de mi madre. Sabía que a menudo dormía la siesta conmigo cuando podría haber estado haciendo la colada, porque yo dormía mejor acurrucada en sus brazos. También nos quedábamos más tiempo en la playa o en el parque en lugar de volver corriendo a casa a hacer la cena, solo por hacerme feliz. Esos eran nuestros secretos. Ella nunca decía nada. Mi padre reservaba su ira solo para ella. A veces, después de discutir, él se largaba de casa. Oía el ronroneo de su moto al desvanecerse en el aire nocturno. En otras ocasiones, abrían una botella de vino, ponían música y bailaban, ella con la cabeza apoyada en su pecho. Me decía a mí misma que así era el amor. Era desordenado e imperfecto, como la casa que mantenía mi madre. Era un matrimonio difícil, pero apasionado. Ya en el instituto descubrí que no todos los matrimonios eran así. Me costaba imaginar a los padres de Tom Street discutiendo como lo hacían los míos, y bailando descalzos también. Siempre eran amables el uno con el otro, más como socios comerciales que como amantes. No estaba segura de qué tipo de matrimonio era peor.

Cuando murió mi madre, las pinturas desaparecieron. También lo hicieron los utensilios de repostería. Mis juguetes pasaron del suelo del salón a unas cestas dentro de mi cuarto. Tenía claro que aquel era el lugar donde tenían que estar. Dejó de sonar música en casa. La ropa de mi madre desapareció de su armario. Mis recuerdos de ella empezaron a desvanecerse a una velocidad alarmante. Lo registré todo en busca de su rastro: el armario de los medicamentos, el semisótano de debajo de la casa..., pero no encontré nada. A veces volvía a mí de forma repentina: olía su perfume en una mujer que había en alguna fiesta, o me llegaba el aroma de las empanadas al hornearse en algún restaurante y pensaba en ella. Veía a una mujer con un bañador rojo chillón en la playa y sentía una punzada física, como si mi madre fuese un miembro fantasma. Mi padre no hablaba de ella y yo no me atrevía a preguntar. Su existencia desapareció por completo de nuestra casa, con la única salvedad de la urna

que contenía sus cenizas y que guardábamos en el armario. La casa adoptó el carácter de mi padre: práctico, organizado y preciso. Mi madre, sencillamente, se evaporó, como si nunca hubiese vivido aquí.

Algo cambió. No sé cuándo. Puede que sucediese en las semanas previas a su muerte, o puede que llevase viviendo así los últimos diez años. Mi padre nunca tenía compañía, de modo que la casa podría haberse deteriorado de manera lenta y silenciosa a su alrededor. ¿Acaso no vio las grietas que se extendían por las paredes, ni la película que se acumulaba en las ventanas? Hay tanto polvo en el ambiente que pueden verse partículas suspendidas flotando por donde entran los rayos del sol. También reina el desorden. Seguro que todo esto se le escapa a Howard, pero a mí no. Yo diría que papá también era consciente de ello. El montón de periódicos viejos de la esquina le habría molestado y también el buen puñado de facturas sin abrir sobre el banco de la cocina. No es propio de él, del hombre que hacía la cama tan perfecta todas las mañanas que a veces me preguntaba si habría dormido en ella.

—Lamento el desorden —farfullo, y corro a la cocina para poner la tetera al fuego—. Sé que hace frío aquí. Puedo encender la chimenea. La caldera no funciona muy bien.

—Con el té está bien.

—Siéntate donde quieras.

Howard mira a su alrededor y toma asiento en un sillón. Mientras alcanzo una caja de té en el armario, él desabrocha el cierre del maletín y extrae un montón de papeles, y luego otro y otro. Los coloca perfectamente ordenados sobre la mesita de centro. La mayoría de ellos tienen marcas en varios sitios, supuestamente donde tengo que firmar o escribir mis iniciales o algo. Para ser un hombre que ha muerto sin familia, sin dejar bienes de mucho valor, a excepción de esta casa, y supongo que sin deudas, mi padre tenía mucho papeleo.

—¿Qué preparas, los papeles para una fusión, Howie?

Se echa a reír.

—Lo siento. Sé que parece mucha cosa.

Sirvo el té en dos tazas disparejas: una del Departamento de Policía del condado de Suffolk para Howard, y otra desconchada en la que pone «Bésame, soy irlandés» para mí. No hay azúcar, así que no lo ofrezco. Espero que a Howard le guste el English Breakfast amargo, porque es lo que hay.

—Gracias —dice.

Envuelve la taza con las manos y deja que el vapor le impregne la cara.

—Bueno, ¿dónde tengo que firmar?

Howard me mira y frunce el ceño.

—Verás, antes de pasar a firmar tenemos que hablar algunas cosas.

Me recuesto contra el respaldo del sofá en el que me acabo de sentar.

—De acuerdo.

—¿Hablasteis tu padre y tú de la planificación patrimonial?

—No.

—¿Y de sus bienes?

—¿Te refieres a esta casa?

—Bueno, a la casa también, claro. Pero el patrimonio de tu padre era considerable.

—¿Considerable? Sé que este terreno debe de tener cierto valor. Pero aparte de eso...

Dejo la frase sin terminar.

No se me ocurre ninguna otra cosa que mi padre pudiera haber poseído.

—Existen otros bienes. Como, por ejemplo, una cuenta en un paraíso fiscal.

Enarco ambas cejas, sorprendida.

—¿Una cuenta en un paraíso fiscal? ¿Te refieres a un sitio como las Islas Caimán o algo así?

—Sí. En el Cayman International Bank. No sé cuánto dinero hay en ella, pero tu padre me lo comentó justo antes de morir. Quería asegurarse de que supieses cómo acceder a ella.

—Disculpa, estoy algo confundida. Mi padre era poli. ¿Qué hacía metiendo dinero en una cuenta en un paraíso fiscal?

Howie niega con la cabeza.

—No me lo dijo, y yo no quise saberlo. Le prometí que te daría esto. —Me pasa una tarjeta comercial.

«Justin Moran», pone en la tarjeta. «Vicepresidente sénior, Cayman International Bank».

—Seguro que si te pones en contacto con él, te ayudará.

Me quedo observando la tarjeta, intentando encontrarle el sentido a todo esto. No entiendo por qué motivo iba mi padre a abrir una cuenta en un paraíso fiscal. De repente me invade una sensación familiar. El miedo.

Cierro los ojos. Vuelvo a tener siete años. Estoy sentada en el asiento trasero del coche de mi padre. Fuera, las luces del coche patrulla parpadean en la nebulosa luz de la madrugada. Mi padre ha calentado sobras de arroz y judías blancas para desayunar y me duele mucho el estómago. Mi padre y Dorsey están hablando. Mueven los labios y tienen los rostros pálidos y demacrados. Ha sucedido algo. Algo malo. Pero no sé muy bien qué.

Pego la lengua contra el dorso de mis dientes incisivos. Me sigue sorprendiendo la ausencia de uno de ellos. El hueco en el que se alojaba la raíz aún está tierno. Mi lengua reacciona cuando el sabor metálico de la sangre me inunda la boca.

—¿Nell?

Abro los ojos de golpe. Howie me mira con cara de extrañeza.

—¿Qué más hay? —pregunto—. Aparte de la cuenta.

Howard enarca una ceja. Parece sorprenderle que no tenga más preguntas.

—La casa es para ti.

—Bien.

—Si necesitas ayuda para venderla, puedo ponerte en contacto con un agente inmobiliario. También tendremos que tasarla en algún momento.

Indico la mesita de centro y el sofá viejo que hay detrás de esta.

—Eso no debería llevarnos ni un cuarto de hora. ¿Es todo?

Howie carraspea, incómodo.

—¿Sabías que estaba planteándose cambiar el testamento cuando murió?

—No —respondo, algo pasmada.

Dejo el té en la mesita que nos separa.

—¿Quieres decir que no iba a dejarme la casa?

—No. La casa siempre fue tuya. Pero firmó un contrato de arrendamiento de dos años de un apartamento de Riverhead el verano pasado.

—¿Un apartamento?

—Sí. Aquí tienes la dirección. —Me pasa un trozo de papel por encima de la mesita—. No dijo mucho al respecto. Tiene una cuenta bancaria aparte que, según indicó, cubre el alquiler, los servicios y demás. Quería asegurarse de que la persona que vive allí pudiera quedarse, incluso si le sucedía algo.

Me revuelvo incómoda en mi asiento. Howie se afana en reorganizar los papeles. Esto es incómodo para ambos, y lo sabemos.

—La persona... ¿Es una especie de inquilino?

—Me da la impresión de que ella, es una mujer, era algo más que eso.

—¿Sabes cómo se llama?

—No. Pensaba que tú sí.

Suspiro, frustrada.

—Esta es la primera vez que oigo hablar de un apartamento. O de la persona que vive en él.

—Puede que estuviese saliendo con alguien y que no quisiera hacerte daño.

—No soy una niña, Howie. Si papá hubiese tenido una novia, podría habérmelo dicho.

—Tengo una hija de tu edad, y sé que estas cosas pueden ser difíciles.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Bueno, eso depende de ti. Pero Marty lo dejó bien claro. Quería que a esa mujer no le faltase de nada. De ahí lo del cambio de testamento.

—Pero no llegó a cambiarlo.

—No. Mantuvimos esa conversación más o menos una semana antes de que falleciese. Todo es tuyo. Solo pretendo ser sincero contigo. Había otra persona en la vida de tu padre a quien quería cuidar de alguna manera. No tienes ninguna obligación legal para con ella. Su testamento es válido y, a menos que esta mujer aparezca para impugnarlo, todo es para ti. Además, puesto que no estaban casados, aun en el caso de que lo hiciera, dudo que tuviese mucho que hacer. Pero es mi deber informarte de sus intenciones.

Me recuesto y me cruzo de brazos. Me pregunto si será demasiado pronto para una copa.

—Uf, mierda, Howie. Esto parece complicado.

—Lo siento, Nell, de verdad. Espero que no pienses que tu padre pretendía arrebatarle dinero. Solo intentaba hacer algo beneficioso por esta mujer.

—Si había alguien en su vida, yo me habría alegrado por él. Mi madre lleva muerta veintiún años. No esperaba que se hiciera cura.

—¿Estabais en contacto?

Suspiro.

—No mucho. Discutimos hace diez años, cuando estaba en el instituto.

—Algo me comentó.

Enarco las cejas.

—¿Y qué dijo?

—Que te obligó a ir a la universidad fuera del estado. Que no quería que acabaras atrapada aquí en Suffolk, como había hecho él. Y que jamás se lo perdonaste.

Asiento, dolida por el hecho de que se sintiese prisionero aquí, por mi madre. Por mí.

—Sí que se lo perdoné. Hablábamos de vez en cuando, pero la cosa siempre era un poco tensa. Los dos somos cabezotas. Creo que ambos esperábamos una disculpa por parte del otro, y ninguno estaba dispuesto a ofrecerla.

—Es una pena.

—Lo sé. Me llamaba unas cuantas veces al año: para felicitarme por mi cumpleaños o en Navidad, pero ya está. No hablábamos de asuntos personales.

—Tu padre era un hombre muy reservado.

—Sí que lo era.

—¿Alguno de sus amigos de la policía podría conocerla?

—Glenn Dorsey planificó todo el funeral ayer y no me dijo nada de ninguna novia. Creo que si esta mujer hubiese sido tan importante para papá, lo habría hecho.

—En ese caso, tal vez él tampoco sepa de su existencia.

—Entonces, ¿no tienes sus datos de contacto?

Howie niega con la cabeza.

—Lo siento. Solo la dirección del apartamento. Me dio una copia del contrato de arrendamiento. Está todo ahí. La cuenta es del Suffolk County Bank. Me pondré en contacto con ellos. Como he dicho, el testamento especifica que tú recibes toda su herencia. Y el testamento es válido. De modo que la cuenta es tuya. Lo que decidas hacer con ella depende solo de ti.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá. De repente me siento terriblemente cansada. Me duelen los huesos. La cabeza me pesa como si fuera de plomo. Me pregunto si sería capaz de dormirme si me quedara aquí sentada el tiempo suficiente.

Howie capta el mensaje. Golpea en vertical una pila de papeles contra la mesa para ordenarlos y se levanta. Abro los ojos.

—Lo siento. Ha sido un día intenso.

—Ya me imagino. ¿Por qué no descansas? Te lo dejo todo ahí para que le eches un vistazo. Si tienes alguna pregunta, llámame. Ya hablaremos cuando te lo hayas mirado todo bien.

Me levanto y le ofrezco la mano.

—Te lo agradezco, Howie.

En lugar de estrechármela, me da un abrazo rápido.

—Nell, llevo un montón de años haciendo esto. Las herencias son complicadas en todas las familias. Puede que te sorprendan algunos aspectos de la vida de tu padre, pero se preocupaba por ti. Eras la persona más importante de su vida. Que no te quepa la menor duda. Cuando iba a mi despacho no hacía otra cosa que hablar de ti.

Me encojo de hombros. No sé qué responder. Mi padre siempre fue un enigma para mí, incluso cuando vivíamos bajo el mismo techo. A menudo me pregunto si de verdad lo conocía; si tenía la capacidad o el deseo de conocerme a fondo. Ahora comprendo de pronto que nunca tendremos la oportunidad de hacerlo, y ese pensamiento me llena de una tristeza dura e incómoda. Me muerdo el labio. El dolor me impide llorar.

—¿Estás viendo a alguien? —pregunta Howie—. ¿A algún psicólogo? Puedo recomendarte alguno, si crees que eso te puede ayudar.

—No será necesario. Pero gracias.

Howie asiente. Recoge su maletín y caminamos juntos hacia la puerta. Se despide de mí con un apretón de manos algo incómodo y forzado. En cuanto se marcha, voy a la cocina y me sirvo una bebida. Me la termino en tres grandes tragos y me sirvo otra. Me siento en el sofá. El alcohol recorre mis venas y me calienta. Sin pensarlo, marco el número de teléfono de Ginnis.

—Andrew Ginnis.

Responde al primer tono, cosa que me coge por sorpresa, y me quedo callada durante un instante.

Había dado por hecho que saltaría directamente el buzón de voz. Estaba preparada para dejar un mensaje. Aún no lo estoy para hablar.

—Soy Nell Flynn —digo por fin.

Mi voz es plana y severa, como si me hubiera llamado él y no al revés.

—Trabajo con Sam Lightman en la Unidad de Análisis de la Conducta.

—Me acuerdo de ti. Nos conocimos hace unas semanas.

—Sé que debía haber continuado el tratamiento con usted. Mi padre ha muerto y he estado en Long Island para el funeral.

—Lamento oír eso. Ha tenido un mes difícil.

—Todo el mundo me dice lo mismo.

—¿Le gustaría hablar de ello?

Bebo un trago de *whisky* antes de responder.

—¿Quiere decir ahora? ¿No debería concertar una cita?

—Si lo prefiere... Depende de usted.

Vacilo. Una parte de mí quiere colgar y seguir con el *whisky*. Pero si no hablo con Ginnis hoy, solo estaré retrasando lo inevitable. Y hay algo extrañamente reconfortante en su voz. Es cálida, como si fuera un viejo amigo.

—¿Por dónde empiezo?

—Por donde quiera.

—Ayer esparcimos sus cenizas. Solo tenía cincuenta y dos años.

—Es una lástima. ¿Cómo murió, si no le importa que se lo pregunte?

—En un accidente de moto. Había bebido, era tarde y la carretera estaba mojada.

Al menos, eso es lo que me han dicho.

—¿No cree que fuera eso lo que pasó?

—No sé qué creer. No lo conocía bien. Llevaba diez años sin venir a casa. Y cuando vivía en ella apenas hablábamos.

—¿Y su madre? ¿Aún vive?

—No. Ella murió cuando yo era pequeña. Solo estábamos él y yo.

—Lo siento.

—Mi padre había sido marine y después se hizo policía. Era la clase de hombre que se despierta todos los días a las cinco de la mañana para ir a correr. Corría aunque lloviese o nevase. Corría aunque estuviese enfermo o no hubiese dormido nada la noche anterior. Era disciplinado hasta extremos obsesivos... excepto en lo que respecta al alcohol. Esa era su debilidad. Pero era un hombre fuerte y de principios firmes. O, al menos, eso creía. Hoy he descubierto que tenía dinero en una cuenta en un paraíso fiscal y que alquiló un apartamento del que yo tampoco sabía nada. En él vive una mujer. Supongo que será su novia.

—¿Le molesta que estuviera saliendo con alguien?

Bebo un trago de *whisky* y medito la respuesta.

—Me molesta que supiera tan poco de su vida.

—¿Le preocupa que se hiciera daño a sí mismo?

—Puede. O que alguien le hiciera daño. —Verbalizo esta idea por primera vez y me resulta extraña y ajena—. No lo sé. Puede que solo sean paranoias mías.

—¿Por qué iba nadie a hacerle daño?

—Era agente de homicidios. Estaba investigando un caso cuando murió. Una joven, una prostituta. La asesinaron el verano pasado. Hoy han encontrado un segundo cuerpo. Otra chica joven, enterrada de la misma forma que la primera.

Ginnis no contesta. Comprendo que estoy divagando. Mis palabras empiezan a fusionarse las unas con las otras. Puede que haya bebido demasiado. O puede que solo esté cansada. Probablemente sean las dos cosas.

—Le parece una locura, ¿verdad? —pregunto, aunque es más bien una afirmación que una pregunta.

—No he dicho eso.

—Sé cómo suena. No es más que un poli. No es más que una investigación de asesinato.

—Pero hay algo en todo ello que le preocupa.

—Tengo un mal presagio. —Me pongo de pie y me mareo. Me vuelvo a sentar y apoyo la cabeza en el brazo del sofá. La habitación da unas pocas vueltas y se detiene —. No sé por qué le estoy contando todo esto. Lo siento.

—No se disculpe. Para eso estoy aquí.

—¿Puedo preguntarle algo, entre usted y yo?

—Todo es entre usted y yo, Nell. Cualquier cosa que hablemos será confidencial.

—Sí, pero la Agencia le paga.

—Eso no significa que puedan oír lo que hablemos. Entre nosotros está vigente el secreto profesional, y eso es algo que me tomo muy en serio.

—Pero tiene que escribir un informe sobre mí, ¿no? ¿Cómo puede hacerlo manteniendo la confidencialidad del paciente?

—Escribiré un informe —responde, midiendo sus palabras— sobre su aptitud mental para realizar su trabajo. No sobre lo que hablemos en las sesiones. ¿Entiende la diferencia?

—Parece que haya una línea muy delgada entre ambas cosas.

Ginnis suspira. Estoy intentando crear problemas, y los dos lo sabemos.

—No se preocupe por el informe. Mi trabajo consiste en ayudarla a lidiar con el trauma. No en limitarme a rellenar un formulario para la Oficina de Responsabilidad Profesional.

El modo en que lo dice, con cierto desdén, me hace esbozar una sonrisa.

—Para serle sincera, la cosa más traumática que me ha sucedido en todos estos meses ha sido volver aquí. Al condado de Suffolk.

—Mucha gente se siente así al volver a casa. Sobre todo, en unas circunstancias tan lamentables.

—Me ha traído un montón de viejos recuerdos a la mente. Algunos de ellos, no muy agradables.

—¿Quiere hablar de esos recuerdos?

—Pues... aún no lo sé.

—Muy bien.

—Si le contase algo que pudiese implicar a otra persona en un crimen, ¿tendría que informar al respecto?

—Depende.

—¿De qué?

—Pues de un montón de cosas. Pero, sobre todo, de si considero o no que alguien pueda estar en peligro. Si puedo evitar que se le haga daño a alguien rompiendo el secreto profesional, lo haré. ¿Me entiende?

Reflexiono sobre esto. El hielo de mi bebida golpetea contra el fondo del vaso. Vuelvo la cabeza hacia la encimera y miro la botella. Está más que medio vacía: qué sorpresa. He bebido más de lo que pensaba. No estoy en condiciones de hacerle confidencias a nadie, y menos a un psiquiatra que responde ante mi jefe.

—Creo que debería dejar de hablar y concertar una cita.

—Muy bien. Descanse. Llámeme cuando pueda, Nell. Aquí estaré.

No descanso. O, al menos, no lo hago bien. No paro de dar vueltas en la cama hasta que la habitación empieza a iluminarse por las rendijas. Cuando ya es oficialmente por la mañana, me siento tras el volante de la camioneta de mi padre y conduzco hasta Riverhead. Es temprano, y la ciudad sigue dormida. Yo misma sigo medio sobada. Lo único que me mantiene despierta son las dos tazas de café solo que he tomado esta mañana para desayunar. Todos los comercios están cerrados y apenas hay tráfico. Encuentro aparcamiento en Main Street, justo enfrente de la dirección que me dio Howard.

El apartamento de papá está en el último piso del número 97. Es un edificio pequeño y cuadrado situado entre un *pub* irlandés llamado O'Malley's y una farmacia antigua con muñecas victorianas de ojos vacíos en el escaparate. Es un bloque de tres plantas con un apartamento en cada una. El dueño vive en la planta baja. Papá alquiló la tercera en junio del verano pasado. Por lo que parece a simple vista, la segunda está desocupada. Las ventanas están entablilladas. No es un lugar especialmente bonito, pero, a fin de cuentas, a mi padre no le importaba mucho la estética. En cambio, sí que apreciaba el aislamiento, así que puedo entender por qué le gustaba la idea de un apartamento sin vecinos, sin que nadie viviese directamente encima ni debajo y con una entrada discreta a través de un aparcamiento en la parte trasera del inmueble.

El alquiler de este apartamento es de mil dólares al mes, que no es una cifra exorbitante para un piso de dos habitaciones en el condado de Suffolk, pero tampoco es ninguna ganga. No entiendo por qué mi padre querría destinar un porcentaje tan elevado de sus ingresos a una segunda residencia, y menos teniendo en cuenta que está a solo un cuarto de hora en coche de la suya. Tal vez la utilizase como despacho. Pero en tal caso, ¿por qué iba a conservar el despacho en la suya? A lo mejor la usaba durante las noches en que quería beber en el O'Malley's. Así podía arrastrarse hasta el piso de arriba en lugar de conducir hasta casa. Esa opción parece plausible, aunque sería un derroche, y mi padre no era un hombre derrochador.

La respuesta más obvia es que tenía una novia. Puede que no se sintiese preparado para convivir con ella, pero que se sintiese obligado o comprometido con ella en cierta manera. O tal vez planeaba mudarse aquí y poner la casa a la venta pero todavía no lo había hecho. Aun así, me resulta extraño que no haya ni rastro de ella, ni de ninguna otra visita, en la casa de Dune Road. Ni un cepillo de dientes de más en el armario, ni un pijama de mujer en la cómoda, y ni siquiera una botella de vino o de refresco en la nevera. Solo pertenencias de mi padre: el *whisky* de mi padre. La ropa de mi padre, el arsenal de armas de mi padre. La casa de mi padre, y solo de mi padre.

Espero que el propietario tenga algunas respuestas. La cuenta aparte de papá en el Suffolk County Bank tiene un saldo de 25.000 dólares, más que suficiente para cubrir un año de alquiler y otros gastos. Después de darle vueltas a la cabeza toda la noche, he decidido que lo más correcto es buscar a esta mujer y darle el dinero. Si, por algún motivo, no logro dar con ella, o si lo hago y me parece una persona horrible, siempre puedo donarlo a alguna obra benéfica. Pero si la intención de papá no era dármelo a mí, no lo quiero.

Además, no necesito más dinero. Apenas gasto el que gano, y mi padre me ha dejado bastante, entre el seguro de vida y la casa, por no hablar de la cuenta en las Islas Caimán, que todavía tengo que examinar. Aún no he decidido si voy a hacerlo. Podría costarme el trabajo. Anoche, mientras me tomaba mi quinto y último *whisky* de la noche, me senté delante de la chimenea y me planteé arrojar al fuego la tarjeta con los datos de contacto de Justin Moran.

No lo hice. Pero aún podría hacerlo. Por el momento, está guardada en el cajón de mi mesilla de noche. Tengo asuntos más acuciantes que atender hoy. El apartamento de mi padre. Su novia. Su moto. Su caso. Su vida. Ya estoy cansada y aún no son ni las ocho.

Llamo al timbre del propietario y escucho la sinfonía de ladridos que se desata en el interior de la puerta 1. Me siento mal por molestar a alguien tan temprano, pero no tanto como para no hacerlo. Va a ser un día largo, tal vez toda la semana lo sea, repleta de cadáveres y de misterios. Y dado que no puedo dormir, será mejor que empiece a adelantar trabajo.

Oigo unos pies que se arrastran por el suelo y los perros se callan. Oigo el clic del cerrojo. Hay tres, cosa que me parece algo excesiva. La puerta se abre, pero la cadena sigue echada. Un hombre de pelo cano en pijama y bata me observa a través de los cinco centímetros abiertos.

—¿Qué quiere?

Parece muy cabreado.

Los perros zigzaguean alrededor de sus pies.

—Buenos días —saludo lo más alegremente posible—. ¿Es usted Lester Simms?

—Sí, soy yo.

—Soy Nell Flynn. Mi padre, Martin Flynn, era su inquilino del tercer piso.

El hombre frunce el ceño con gesto de extrañeza y se acaricia la barbilla.

—Martin Flynn no era mi inquilino.

—¿No es este el número 97 de Main Street? Tengo el contrato de arrendamiento aquí.

Abro el bolso y saco una carpeta.

—Él paga el alquiler, pero no lo veo nunca.

—Entonces, ¿quién vivía aquí si no era él?

—No me parece que eso sea de su incumbencia.

—Mi padre ha muerto, y soy su única heredera y albacea de sus últimas voluntades. Así que, si no le importa, le agradecería que me dejase pasar para poder hablarlo en privado.

La puerta se cierra y, por un segundo, me pregunto si Lester Simms ha ido a llamar a la policía. Pero entonces oigo que desliza la cadena, la puerta chirría en las bisagras y los perros, excitados, golpetean el suelo con las uñas. Cuando entro, uno de ellos se levanta y me pone las patas en el vientre. Es un animal grande, con un hocico del tamaño del de un caballo, y la fuerza de todo el peso de su cuerpo casi me hace caer de culo.

Lester coge al perro de la correa y le da un fuerte tirón.

—*Brutus*, no —ordena, con tanta firmeza que el perro se encoge de miedo—. Lo siento. No muerde, lo que pasa es que se excita un poco, especialmente antes de su paseo matutino. Pase. No haga caso del desorden.

Señala una pequeña mesa de madera que hay en la cocina.

—¿Quiere un poco de café? Está hecho.

—Claro, gracias.

—¿Cómo le gusta?

—Solo está bien.

Asiente y nos sirve una taza a cada uno.

—Lamento lo de su padre. ¿Cuándo falleció?

—Hace unos diez días.

—Era policía, ¿verdad?

—Sí, trabajaba para el Departamento de Policía del condado de Suffolk. En Homicidios.

—¿Murió en acto de servicio?

—No, no. Un accidente de moto.

Lester parece decepcionado, pero asiente de todos modos.

—Es una auténtica lástima.

—¿Conocía mucho a mi padre?

—Pues la verdad es que no. Vino el verano pasado y dijo que quería alquilar el piso. Me dijo que iba a usarlo de despacho. Puede que fuera en julio del año pasado. No me acuerdo bien.

—¿Solo como despacho?

—Sí. Eso dijo. Iba y venía, a lo mejor una o dos veces por semana, que yo supiera. Cosa de un mes después, me pidió que le hiciera una copia de las llaves. Me dijo que tenía una amiga que necesitaba quedarse allí. Y me preguntó si me parecía bien.

—¿Y se lo pareció?

Bebo un sorbo de café. Lester es mejor persona que yo, lo cual probablemente dice más de mí que de él.

Se encoge de hombros.

—Me da igual lo que hagan mis inquilinos mientras no monten escándalos, cuiden el piso y me paguen el alquiler a tiempo. María es una buena mujer. Apenas la veo, pero a veces hace magdalenas y me las deja en el portal. Y el invierno pasado me rompí la cadera y ella me ayudó mucho. Me paseaba a los perros, me traía el correo, me sacaba la basura y todas esas cosas.

—María. ¿Sabe cómo se apellida?

—Cruz, creo. Una chica cubana. ¿No la conoce?

—No. Sé que mi padre quería que siguiera quedándose en el apartamento. He pensado que estaría bien que me presentara y hablar de cómo lo vamos a hacer.

Lester enarca las cejas.

—Bueno, puede seguir pagando el alquiler si quiere, pero María ya no está. Se mudó hará un par de semanas.

—¿Se mudó? ¿Está seguro?

—Sí, segurísimo. Mientras paseaba a los perros vi cómo metía una bolsa de lona grande de esas de viaje en un taxi. Le pregunté si necesitaba ayuda y me dijo que no. Me dio un abrazo y me devolvió su llave. Estaba llorando, me acuerdo de eso. Le pregunté adónde iba y se limitó a negar con la cabeza. Un día me contó que tenía familia en Miami. A lo mejor se fue allí. No recibía muchas cartas, así que supongo que no pensó en dejar ninguna dirección para que se las enviase si le llegaba alguna. Pero bueno, el contrato sigue en vigor.

—¿Cuándo se marchó exactamente? ¿Se acuerda?

—Hum..., a ver. Creo que era domingo por la noche. Sí, era domingo. Estaba viendo la tele cuando me llamó mi hermana. Me llama todos los domingos, por lo general para quejarse de algo. ¿Cuántos días hace entonces? ¿Diez? ¿Once?

—Once —respondo sin apenas resuello.

El día anterior a la muerte de mi padre.

—¿Tiene la llave del apartamento? Me gustaría verlo. Y me gustaría tratar de encontrar a María, suponiendo que sea posible.

Lester arrastra los pies hasta el banco de la cocina. Rebusca en una cesta llena de cartas. Al cabo de un rato, saca una llave. La sostiene en alto y me quedo de piedra. La llave pende de una cadena que le regalé a mi padre las Navidades antes de marcharme. Tiene también una pequeña navaja suiza en un extremo con sus iniciales, MDF, grabadas a un lado.

—Toda suya —dice Lester.

—Gracias. ¿Puedo guardarla durante unos días?

—Claro. Siempre y cuando pague el alquiler del mes que viene.

—Claro. Mire, ahora mismo le hago un cheque.

El apartamento 3 tiene una gruesa puerta de metal. Hay dos cierres de seguridad, algo que mi padre valoraba, y barrotes de acero en la ventana. Un sistema rudimentario pero eficaz.

En efecto, todo apunta a que María se ha mudado. No hay ningún efecto personal: ni cuadros en las paredes ni ropa en el armario ni artículos de tocador en el baño. Las únicas señales de vida reciente son las sábanas ligeramente arrugadas de la cama, y algunas ollas y vasos en el lavavajillas. Un olor agrio emana de la nevera. La abro y encuentro un cartón de leche cortada, zumo de naranja y tres cajas de comida china seca. Cierro rápido la puerta y tomo nota mental de sacar la basura antes de irme. Ahora el piso es mío, al menos durante un mes más. Es lo menos que puedo hacer.

En el salón hay un escritorio. En el cajón superior encuentro varios bolígrafos y lápices, clips y papel para impresora. Hay un sobre con cuarenta dólares dentro; debió de marcharse a toda prisa. Al fondo del todo hay una Polaroid. La saco y observo la fotografía. Es de dos mujeres jóvenes que se rodean mutuamente los hombros con afecto. Parecen jóvenes, al menos más jóvenes que yo, y las dos son muy guapas. Es posible que sean hermanas. Tienen el mismo pelo largo y negro, piel aceitunada, pómulos marcados. Me pregunto si una de ellas es María.

El teléfono suena en mi bolsillo. Dejo la foto. Respondo de inmediato al ver que es Lee quien llama.

—Buenos días —dice, y su voz suena demasiado alegre como para tratarse de un hombre en plena investigación de asesinato—. ¿Descansaste algo anoche?

—La verdad es que no. ¿Y tú?

—No pegué ojo. —Se ríe—. Pero tengo buenas noticias. Hemos identificado el cuerpo.

—Qué rápido.

—Ya te dije que Milkowski es buena.

No respondo.

—Ha rastreado el número del implante que la víctima tenía en la mandíbula. Coincide con la de la chica que desapareció el Día del Trabajo. Adriana Marques. Dieciocho años. Vecina de Riverhead. Un perfil muy similar al de Ria Sandoval. Era prostituta, se anunciaba en Craigslist y en Backpage. Incluso se parecen bastante. Pelo largo y oscuro. Menuda, atractiva.

Paso el dedo por las chicas de la Polaroid.

—¿Tenía familia?

—Poca. Su madre murió. Su padre cumple condena al norte del estado. Adriana vivía con su hermana mayor, Elena Marques. Elena fue quien llamó para denunciar su desaparición.

—¿Algún novio?

—Tenía un ex. Una buena pieza. Un pandillero asociado con la mara Salvatrucha.

—Genial. Comprueba su coartada.

—Está cumpliendo condena por atraco a mano armada. Lleva encerrado desde junio.

—Vale, así que él queda descartado. Pero podría haber algún tipo de conexión con la pandilla.

—Cuando la hermana denunció la desaparición de Adriana, mencionó que había visto una camioneta de color rojo oscuro aparcada fuera de su casa. Más de una vez.

—¿Y?

—Es el vehículo que conduce Morales.

—Dorsey quiere que vaya a hablar primero con la hermana, antes de que todo esto salte a los medios. Pero me gustaría que me acompañaras.

—Darle la noticia al familiar más cercano. Mi parte favorita de este trabajo.

—¿Estás en casa? Puedo recogerte de camino.

—No, estoy en Riverhead, en la cafetería de Main Street. ¿Me recoges aquí?

—Claro. Voy para allá. Ah, y píllame un donut si puedes. Y un café.

—Eres un cliché andante. Lo sabes, ¿no?

Lee se echa a reír.

—Oye, me estoy esforzando por encajar. Te veo en unos minutos.

Veinte minutos después, Lee detiene el coche frente a la cafetería de Main Street. Lo estoy esperando en la acera, donut y café en mano. Se inclina sobre el asiento del copiloto y me abre la puerta. No se me escapa el aspecto tan horrible que luce. Apuesto a que él piensa lo mismo de mí.

—Me salvas la vida —dice mientras coge el café.

—Lo sé.

—Gracias por venir. Esta es la parte más difícil de la profesión.

—Siempre lo es.

—Nunca se vuelve más fácil, ¿verdad?

—¿Decírselo a la familia? No, me temo que no. Si en algún momento te resulta fácil, probablemente necesites unas vacaciones.

Un número local aparece en la pantalla de mi teléfono.

—Un momento. Tengo que contestar.

Lee asiente como si dijese: «Adelante».

—Nell Flynn.

—Nell, soy Cole Haines, del depósito. No sé si te acuerdas de mí, pero iba de pesca con tu padre de vez en cuando.

—Sí, claro que me acuerdo. Me alegro de oírte, Cole.

—Siento lo que ha pasado. Marcy y yo nos quedamos destrozados cuando nos enteramos.

—Gracias. Es muy amable por tu parte.

—Tu padre era un buen hombre, Nell. Bueno de verdad.

Me aclaro la garganta y me dispongo a acelerar esta conversación.

—Respecto a la moto... —apunto.

—Eso. La moto. Está hecha polvo. Es como si se hubiese dado de cabeza contra un árbol o algo. Les dije que la llevaran al laboratorio de Criminalística, en fin, por si acaso. A lo mejor tuvo un problema con los frenos. Si por mí fuera, demandaría al fabricante.

—¿Y por qué no la llevaron?

—Ni idea. Está aquí desde entonces. Y hoy me llama Dorsey y me dice que la lleve al desguace.

Arrugo la frente.

—No lo has hecho aún, ¿verdad?

—No, señora. Recibí tu mensaje y supuse que querías echarle un vistazo y decidir por ti misma. A ver, a mí no me importa llevarla, si es lo que quieres. Pero si tienes que cobrar algún seguro o algo...

—Luego me paso. Gracias, Cole. No sabes cómo te lo agradezco.

—Muy bien. Luego nos vemos, entonces.

—¿Quién era? —pregunta Lee cuando cuelgo.

—Cole Haines, del depósito. Tiene la moto de mi padre.

—Ah, vaya. Lo siento. ¿Quieres que me encargue yo de eso?

—No, ya está.

Aparto la vista, consciente de que no se lo estoy contando todo.

Lee se mete un cuarto de donut en la boca y deja el resto en la bolsa. Da marcha atrás y se incorpora a Main Street. La radio cobra vida. El crepitar estático, el código entrecortado que el operador utilizaba para dirigir el tráfico, hace que me invada una oleada de nostalgia. Es como un viejo lenguaje que en su día hablaba con fluidez y que no oigo desde hace años. Pego la frente contra el cristal y observo cómo pasan los escaparates de Main Street. De niña, mi padre me dejaba ir en el asiento delantero de su coche patrulla. Encendía la radio y me decía lo que significaban todos esos códigos: 10-16 eran problemas domésticos; 10-33, una emergencia, y 10-79 quería decir que había que informar al forense. Después me examinaba. Jamás lo olvidé.

Elena Marques vive en un callejón sin salida junto al cementerio de Riverhead. Miro por la ventana mientras pasamos las lápidas. No es una última morada especialmente bonita. Una malla de gallinero rodea el camposanto, y el césped amarillea en algunas zonas, como si los aspersores estuvieran demasiado separados como para abarcarlo todo.

No es la primera vez que estoy aquí. Vine con mi clase en secundaria. Nuestro profesor de historia, el señor McManus, nos repartió a cada uno papel de estraza y

carboncillo, y nos pidió que hiciésemos un dibujo de las lápidas que nos parecieran más interesantes. Elegí una de 1862. Un chico de dieciocho años llamado John Downs que murió en combate en Gloverston, en Virginia. Miembro de la Compañía D, del 12.º Regimiento. Cuando volví a casa, le mostré mi obra a mi padre. Él partió el papel por la mitad y me dijo que era una falta de respeto hacer eso en la tumba de alguien, sobre todo si ese alguien había servido a nuestro país. Había bebido; le olía el aliento a *whisky*. Los ojos se le oscurecían al beber, y su voz se tornaba fría. Aún no había aprendido a evitarlo cuando estaba así. Me agarró del brazo con tanta fuerza que me salió un cardenal; primero, morado, aunque después adquirió un tono verdoso. Me daba mucha vergüenza explicarle al señor McManus lo que le había pasado a mi dibujo, así que compré papel de estraza y carboncillo con algo de dinero que había ahorrado, me salté la clase de gimnasia y pedaleé hasta el cementerio más cercano para hacer uno nuevo. Después de eso empecé a llevar manga larga. La llevé durante meses, incluso tiempo después de que el cardenal hubiese desaparecido.

Un cartel en la entrada dice: CEMENTERIO DE RIVERHEAD, FUNDADO EN 1859. Debajo, otro más pequeño anuncia: PARCELAS DISPONIBLES. Me pregunto si enterrarán a Adriana aquí. Pienso en las cenizas de mi madre, metidas en una urna en el armario de mi padre. Nunca pudo desprenderse de ella. Celebramos una misa en su recuerdo en la iglesia de St. Agnes casi dos meses después de su muerte, organizada sobre todo por los amigos de mi madre. Yo era demasiado pequeña entonces como para entender que eso era raro o que mi fascinación por los cementerios antiguos no era normal. En Long Island, la mayoría son lugares tranquilos y hermosos. Algunos de ellos datan del siglo XVII. A veces, después de clase, me acercaba en bici al que teníamos más cerca. Muchas de las lápidas estaban viejas y gastadas. En primavera, las flores de cerezo cubrían el césped de rosa. Me sentaba en un banco y leía hasta la puesta de sol. Nunca se me pasó por la cabeza que tener un sitio al que ir a llorar a mi madre podría haberme ayudado. O que el hecho de guardar las cenizas en casa no nos permitía pasar página ni a mi padre ni a mí. Y ahora, por primera vez desde mi regreso a Suffolk, caigo en la cuenta de que también debería hacer algo con los restos de mi madre.

Lee detiene el coche delante de una casa pequeña y de color pardo frente al cementerio. El escaso césped desciende hacia la calle, como si el propio terreno frunciera el ceño. En el acceso hay una niña de unos dos años acucillada. Lleva una camiseta morada, sandalias cangrejas transparentes y unos pantalones con Elmo en las rodillas. Tiene el pelo rizado y revuelto, recogido en dos coletas desiguales que apuntan en direcciones diferentes. Está concentrada mirando el suelo, cogiendo piedras una a una y dejándolas caer en un vaso de plástico rojo de esos de los que beben los alumnos en las fiestas del instituto. Se queda petrificada cuando nos oye salir del coche y nos mira como si la hubiésemos pillado robando algo. Sonríe y la saluda con la mano. No responde. Un pegote de baba se le acumula sobre el labio. Nos observa pasar con ojos grandes y mirada perpleja.

Una mujer abre la puerta antes de que llamemos al timbre. Viste una falda larga y una camiseta de tirantes blanca que revela su piel aceitunada. Lleva el pelo sujeto en un moño en la nuca. Aunque es guapa, su rostro refleja cierto pesar. Tiene ojeras y nos mira con recelo.

—Disculpen —dice, y pasa junto a Lee—. ¡Isabel! Ven aquí, por favor.

La pequeña levanta la vista del suelo. A regañadientes, tira una última piedra en el vaso y viene corriendo. La mujer se agacha, la coge en brazos y le limpia la boca con el borde del pulgar. En casa, la televisión está muy fuerte. Los sonidos frenéticos y eléctricos de los dibujos animados compiten con las noticias que salen de la radio que descansa en un alféizar. Deja a la niña en el suelo y le da una palmadita en el culo.

—Ve con Diego, por favor.

La niña se marcha con torpes pasos infantiles y desaparece de nuestra vista. La mujer se vuelve de nuevo hacia nosotros con gesto adusto.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Es usted Elena Marques?

—Sí. ¿A qué se debe esto?

—Soy el agente Davis, del Departamento de Policía del condado de Suffolk. Y esta es la agente Flynn, del FBI. ¿Podemos pasar?

Elena vacila. Sabe por qué hemos venido. Por un instante creo que nos va a prohibir la entrada. Pero entonces abre la puerta y nos indica que pasemos.

—¿Está usted en la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas?

—No exactamente —responde Lee.

El salón es pequeño y está desordenado. Unas mosquiteras abolladas cubren las ventanas, por lo que apenas entra luz. La mesa del comedor sigue cubierta de restos del desayuno: cuencos de cereales con cucharillas, vasos medio llenos de zumo de naranja, un plato con los bordes de una tostada con mantequilla... Cuento cuatro cuencos. Me pregunto quién más vive aquí y cuántos años tienen. Me pregunto también si han oído hablar del cadáver del Shinnecock County Park. Elena retira una cesta de la colada del sofá y nos invita a sentarnos. Ella lo hace al borde de un sillón frente a nosotros.

—Es Adriana —afirma con voz fría—. El cadáver que ha aparecido en las dunas. Lo he oído en las noticias. Es ella, ¿verdad?

—No sabe cuánto lo lamento, señora Marques —dice Lee, y asiente lentamente—. Es ella.

La mujer me mira a los ojos.

—Por eso está usted aquí. No envían a un agente del FBI por una chica desaparecida.

—Siento mucho su pérdida. Sé que es muy duro oír algo así —intervengo.

Niega con la cabeza.

—No, no lo sabe. A vosotros no os importa nada. Cuando fui a comisaría a denunciar su desaparición, ¿sabe lo que me preguntó el policía de turno? Que si mi

hermana era puta. Eso fue lo primero que me preguntó. Y cuando le respondí que sí, cerró su cuaderno de notas. Como si no hubiese nada más que decir sobre ella. Como si no fuese una puta persona.

—Eso no está bien —concedo, avergonzada.

—El verano pasado desapareció una chica —tercia Lee.

Veo lo nervioso que está. No para de mover la pierna arriba y abajo mientras habla. Quiero ponerle la mano en el muslo para que pare.

—Una trabajadora sexual. Es posible que ese hombre solo tratara de establecer un patrón.

—Ah, que hay un patrón. Las chicas morenas no le importan una mierda a nadie.

—Sí que nos importan —replica Lee con un tono algo lastimero.

—¿Qué cree que habría pasado de haber sido mi hermana una chica blanca de Southampton? Yo se lo diré: la puta Guardia Nacional al completo habría salido a buscarla. Y no me diga que me equivoco.

La pequeña, Isabel, aparece por la puerta. Lleva un chupete en la boca, que chupa con frenesí. Corre hasta Elena. Esta la recoge, y la niña apoya la cabeza en su hombro.

—Está cansada. Nadie durmió anoche.

—Tranquila. Si tiene que...

La mujer niega con la cabeza y abraza más fuerte a la pequeña. Aparta la vista de nosotros y solloza de manera casi imperceptible. Todos guardamos silencio. Isabel no parece darse cuenta de que Elena está temblando por el llanto. Sus párpados se cierran mientras hunde la cabeza en el hombro de su madre, dejándose mecer por el suave ritmo de la respiración de su madre.

Pasa un minuto. Puede que dos. Isabel abre los ojos. Se incorpora, se baja del regazo de Elena y se marcha corriendo por el pasillo.

Una vez que la niña se ha ido, Elena se seca los ojos con el extremo de la manga.

—Isabel adoraba a mi hermana. Adriana la cuidaba todas las tardes. No sabe que su tía ya no está. No sé cómo explicárselo.

—¿Cuántos años tiene? —pregunto.

—Casi dos.

—¿Tiene más hijos?

—Tengo un niño de siete. Rafael.

—Dígales la verdad.

Me mira, extrañada.

—Son demasiado pequeños. No entenderían algo así.

—Yo tenía siete años cuando asesinaron a mi madre. Lo agradecí cuando por fin alguien me dijo que estaba muerta. Los niños entienden las cosas mejor de lo que cree. Y agradecen la sinceridad.

Enmudece ante esta información. Su rostro se contrae en una mueca de dolor. Entonces me doy cuenta de que he hablado demasiado.

—¿Han asesinado a Adriana? —susurra.

—Eso parece. Lo siento mucho. Tendremos más información en cuanto recibamos el informe de la autopsia.

—¿Qué le pasó?

Lee se sale por la tangente.

—Aún es pronto para saberlo.

Podría decírselo, claro. Lo del tiro en la cabeza. El descuartizamiento. La arpillera y el hilo de bramante. Pero no lo hará. A ambos nos han enseñado a proporcionar la información a cuentagotas, una cosa cada vez. No tiene por qué conocer todos los detalles, y menos ahora. Si no los hacemos públicos, tal vez tarde un tiempo en conocerlos.

—Pronto recibiremos más información de la oficina del forense. Sería de gran ayuda si pudiera facilitarnos una muestra de ADN. Basta con frotar un algodón en el interior de su mejilla. Es para confirmar la identidad del cuerpo.

La mujer levanta la cabeza ligeramente. Me dan ganas de pegarle a Lee una patada por darle esperanzas.

—¿Y si no fuera ella? ¿Podría tratarse de un error? —pregunta, con la voz cargada de desesperación.

—No. Es ella. Tenía un implante dental con un número de serie grabado y pudimos comprobarlo en el sistema. El ADN es solo una forma de confirmarlo. Lo siento. Debería... Es ella.

—Quiero verla. ¿Puede llevarme con ella?

—Aún no. Pronto. La están examinando nuestros médicos.

—¿Por qué no puedo verla? Es mi hermana. Es mi familia. No pueden impedírmelo.

—Señora Marques —digo con toda la amabilidad que me es posible—, la única forma de averiguar qué le sucedió a su hermana consiste en que los médicos realicen una exploración completa de su cuerpo. ¿Entiende? Lo mejor que puede hacer ahora mismo es responder a nuestras preguntas.

Se vuelve hacia mí, con los ojos abiertos pero la mirada vacía, como si no me oyera del todo. Vuelve la cabeza hacia la puerta y me mira de nuevo. De mala gana, se sienta otra vez en el sofá.

—Necesito un vaso de agua —anuncia con voz ronca.

Lee se levanta de inmediato.

—Yo se la traigo —se ofrece, y sale disparado hacia la cocina.

—¿Podría hablarme del día en que su hermana desapareció? —pregunto una vez que se ha ido.

Elena se encoge de hombros con los ojos llenos de lágrimas.

—Era el viernes del puente del Día del Trabajo. Me dijo que se iba a una fiesta. Pero yo sabía que se iba a hacer un trabajo. Siempre lo supe.

—¿Cómo lo sabía?

—¿Acaso le parezco idiota?

—En absoluto. Pero los detalles me ayudarán a entenderlo.

Suspira.

—Solía recogerla un coche. Un Escalade.

—¿Siempre el mismo?

—Por lo general, sí. Decía que era un amigo. Él la esperaba en la calle. A veces volvía tarde. Otras, pasaba fuera toda la noche y regresaba por la mañana.

—¿Reconocería al conductor si le mostrase una foto?

—Sí, claro. Una vez salí y le canté las cuarenta. Le dije que se marchara de mi propiedad o llamaría a la policía. Él se echó a reír y me dijo: «Adelante», como si me estuviera retando. Menudo gilipollas.

—¿El coche era blanco?

—Sí. Blanco. Con unas llantas llamativas. La noche en que desapareció, la recogió un coche diferente. Un sedán negro. Como una limusina.

—¿Lo conducía la misma persona?

—No lo sé. No le vi la cara.

—Bien. Todo esto nos es de gran utilidad.

Lee regresa y le entrega a Elena un vaso de agua.

—Gracias —dice ella.

Bebe un pequeño sorbo. Le tiemblan las manos; puedo ver cómo vibra el agua dentro del vaso. Lo sostiene con fuerza, como si tuviera miedo de que se le caiga.

—¿Llamó alguna vez a la policía, por lo del tipo del coche blanco?

—No. No quería meter a Adriana en líos.

—Pero no quería que se prostituyese —interviene Lee.

—Por supuesto que no. ¿A usted le gustaría que su hermana hiciera algo así? —Hace una pausa, respira hondo y empieza despacio—: Miren, es dinero fácil. Pones un anuncio en Craiglist o en Backpage y ya está, el teléfono empieza a sonar. Adriana tenía clientes fijos. A veces la oía hablando con ellos, como si fuesen sus novios: «¡Hola, cielo! ¿Qué tal ha ido el viaje?», y ese tipo de mierdas. Era joven, ¿saben? Confiaba en la gente. Siempre fue así, incluso en el colegio.

—Era esa clase de persona —digo.

—Sí. Tenía un corazón enorme. Quería ser enfermera. Era muy sensible. Podías ponerla con cualquiera, que al acabar el día ya eran amigos íntimos. Todo el mundo le contaba sus problemas.

—¿Terminó el colegio?

Elena niega con la cabeza.

—Tenía problemas de aprendizaje. El colegio se le hizo muy cuesta arriba. Y nuestra casa no era muy estable. A ver, estaba bien. Teníamos lo que necesitábamos. Pero nuestro padre se desentendió por completo y nuestra madre no estaba muy bien, no sé si me entienden. Podría decirse que yo crie a Adriana. No paraba de repetirle que hiciera la prueba de Desarrollo de Educación General. Pero ella quería sacarse las

castañas del fuego por su cuenta, reunir algo de dinero y después retomar los estudios. Cuando a aquella rata con la que salía la mandaron al norte del estado, no le quedaron muchas opciones. Se vino a vivir conmigo. Discutíamos porque yo quería que se buscase un trabajo. Uno de verdad. No esta mierda. Discutíamos por muchas cosas.

Suspira de agotamiento. Entonces se cubre el rostro con las manos.

—Yo solo deseaba que lo dejara —susurra.

—Cuando se marchaba a hacer un trabajo, ¿le preguntaba adónde iba? —inquire Lee—. ¿Le pedía que le enviase un mensaje al llegar?

Elena se crispa ante esta pregunta. Lo mira con recelo.

—Sí. Lo hacía —contesta a la defensiva—. Y ella a veces lo hacía y a veces no. Oiga, tenía dieciocho años. No podía controlarla. Lo único que podía hacer era darle un sitio donde vivir. Todos necesitamos trabajar, agente.

—Lo entiendo. Disculpe, no pretendía insinuar...

—Ayudaba mucho en casa. Compraba comida, traía *pizza*. Y también cuidaba a Isabel para que no tuviéramos que llevarla a una guardería. Ganaba mucho dinero. Sus clientes estaban forrados. Aunque gastaba mucho en sí misma para tener el aspecto que tenía, traía mucha pasta a casa.

—¿Qué quiere decir con lo de su aspecto?

—Ya sabe. Se hacía el pelo y las uñas. Ropa cara. Cuando empezó a trabajar en esas fiestas, empezó a centrarse mucho en su aspecto. Pueden comprobarlo por ustedes mismos. —Señala hacia una puerta al otro lado del pasillo—. Ahí está su habitación.

Está furiosa. Lo noto por la forma en la que está sentada: tiesa como una vara, con los hombros levantados a la altura de las orejas. Agarra el vaso con tanta fuerza que me preocupa que vaya a romperlo. Lee no parece darse cuenta y abre la boca. Antes de que la crispe aún más, intervengo:

—Lee, ¿por qué no vas a echar un vistazo a la habitación de Adriana? Quiero hacerle algunas preguntas más a la señora Marques.

Lee asiente, agradecido de tener otra cosa que hacer. Cuando se marcha, el cuerpo de Elena se relaja ligeramente. Se desploma en el sillón. Salta a la vista que se le está agotando la energía. No para de parpadear, como si sus ojos quisieran cerrarse y quedarse así.

—Esa noche, Adriana se fue a eso las ocho —dice—. Los niños estaban cenando. Quería que cenara con nosotros, pero se excusó diciendo que tenía que irse. Parecía tener prisa, como si la hubieran avisado con poco tiempo o algo así. Iba muy arreglada. Tacones altos, vestido ceñido.

—¿Llevaba algún bolso?

—Sí, llevaba una bolsa. De esas de tela con asas. Puede que planease pasar la noche fuera.

—¿Vio cómo se metía en el vehículo?

—Sí. La seguí hasta la calle. La llamé mientras se metía en el coche, pero no me oyó.

—Sé que el coche era diferente, pero ¿cree que podría conducirlo la misma persona?

—No lo sé. Las lunas estaban tintadas.

—¿Le importa cerrar los ojos? Visualice el coche, alejándose. ¿Puede decirme algo sobre él?

Se queda un poco perpleja, pero cierra los ojos y aprieta los párpados con fuerza.

—La matrícula era amarilla.

—Bien. ¿Qué más?

—Creo que había un cinco. —Abre los ojos de nuevo y sacude la cabeza, frustrada—. O una «S». No lo sé. No se me dan bien estas cosas.

—Lo está haciendo genial. ¿Era la primera vez que veía ese coche?

—Sí.

—¿Cuándo se dio cuenta de que había desaparecido?

—Los sábados voy a limpiar al Hospital de Southampton. Me voy a eso de las seis y media de la mañana. Todo el mundo estaba durmiendo. La puerta de Adriana estaba cerrada. Supuse que estaba ahí. No se me ocurrió comprobarlo.

Se cubre el rostro con la mano.

Espero pacientemente mientras su cuerpo se agita con una oleada de lágrimas.

—Usted no tiene la culpa —susurro.

Las palabras me suenan vacías en cuanto las pronuncio.

—Soy su hermana mayor —replica, y su voz alcanza una agudeza histérica—. Debería haber comprobado que había vuelto a casa.

Alcanzo una caja de pañuelos que había sobre la mesa y se la paso.

—¿A qué hora regresó el sábado? —pregunto tranquilamente cuando termina de sonarse la nariz.

—Sobre las seis de la tarde. Los niños estaban viendo la tele. Le pregunté a Diego, mi novio, dónde estaba Adriana. Me dijo que no la había visto en todo el día. Entonces fue cuando empecé a ponerme nerviosa. No estaba en su cuarto. La llamé al móvil dos veces. No me lo cogió. Me salía directamente el buzón de voz.

—¿Alguna vez había pasado más de una noche fuera?

—No. No que yo recuerde. Pero era fin de semana. Diego dijo que a lo mejor estaba pasándoselo bien y que no la molestara. Opina que la controlo demasiado, que la trato como si fuera una niña. Así que lo dejé estar. Esa noche no pegué ojo. Sentía que algo no iba bien. ¿Sabe lo que quiero decir? Lo sientes en tu interior. Por la mañana, al ver que aún no había vuelto, llamé a la policía.

—¿Recuerda con quién habló?

—No. Solo llamé al 911, y me pasaron con la comisaría. Y entonces un tipo me dijo que tenía que ir en persona a poner una denuncia. Y eso hice. Y fue entonces cuando hablé con ese imbécil que me preguntó si Adriana era una chica de la calle.

Saltaba a la vista que no le importábamos una mierda, ni mi hermana ni yo ni ninguno de nosotros.

—¿Mencionó en la denuncia que había habido un vehículo, una camioneta roja, aparcada fuera de su casa?

Asiente lentamente, como si estuviera recordando algo que había olvidado.

—Sí. Es verdad. Había una camioneta.

—¿Justo antes de que su hermana desapareciera?

—Sí. Literalmente el día anterior.

—¿Vio a alguien dentro?

—Sí, había un tipo sentado dentro. No le vi la cara. Llevaba una gorra. No salió del coche. Parecía estar vigilando nuestra casa. Me dio mala espina.

—¿Ha vuelto a ver ese vehículo desde entonces?

—No. Puede que no fuera nada. No lo sé.

Vacila, como si quisiera decirme algo.

—Señora Marques —murmuro—. Si hay alguna otra cosa que le parezca importante, puede contármela. No la compartiré con nadie más. Pero podría ayudarme a descubrir quién le hizo esto a su hermana.

Me mira, y sus ojos se inundan de lágrimas.

—Creo que Adriana estaba embarazada.

—¿Por qué lo cree?

Se encoge de hombros.

—No sé. Intuición femenina. Se la veía cansada. Y un par de veces la oí vomitando por la mañana.

—¿Se lo preguntó directamente?

—No. No estaba segura. No tenía barriga ni nada. Supuse que me lo diría cuando estuviera preparada.

—¿Le parecía que estuviera preocupada durante los días anteriores a su desaparición, o que ocultase algo? ¿Algo que se saliera de lo normal?

Elena se muerde el labio, pensativa.

—¿Sinceramente? Parecía feliz.

—¿Feliz?

—Sí. Como si por fin no hubiese nubes en el horizonte.

—A lo mejor estaba emocionada por lo del bebé.

Asiente.

—Eso pensaba yo. Hablaba más por teléfono. Susurraba con alguien. Solía hacerlo a altas horas de la madrugada. Una vez usó el teléfono de casa y cogí el otro. Tenía curiosidad. Era la voz de un hombre. Le estaba diciendo que tenía que ser discreta, dada su posición, o algo así.

—¿Qué respondió ella?

—Que lo entendía. Que jamás haría nada que le hiciera daño. Y entonces él dijo: «Yo me ocuparé de ti. Me ocuparé de todo», y ella se echó a llorar.

—¿Le preguntó algo al respecto?

—No. No quería que sintiera que estaba invadiendo su intimidad. De todos modos, no me habría respondido.

—Bien. Podemos pedir el registro de llamadas de su teléfono para ver con quién estaba hablando. ¿Habló usted con alguien más del Departamento de Policía? Me refiero a después de denunciar su desaparición.

—Esa tarde vino a casa un policía. Un tipo blanco y alto, con el pelo oscuro y rapado al estilo militar. Echó un vistazo por la habitación de Adriana. Me hizo algunas preguntas sobre ella. Era muy raro. Muy callado. Y parecía nervioso, como si estuviera buscando algo.

—¿Buscando algo?

—Sí. No paraba de mirar en su escritorio y su armario.

—¿Se llevó algo?

—Encontró un teléfono en su mesa de escritorio, cosa que me sorprendió. Siempre llevaba el teléfono encima. Ese no parecía el suyo. Se lo dije, pero se lo llevó de todos modos.

Siento un nudo en la garganta. De fondo, una niña empieza a llorar.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

Arruga la frente. Entonces, me mira y dice:

—¿Sabe qué? Creo que se apellidaba Flynn, como usted.

Me zumban los oídos. El sonido del llanto se hace más intenso. Elena se levanta.

—Disculpe —dice—. Isabel me necesita.

Asiento, aún aturdida por su mención de mi padre.

—Claro, vaya.

Elena desaparece por el pasillo. Yo me levanto despacio, ligeramente mareada. Tengo que volver a casa, al despacho de mi padre. Quiero ver si encuentro el teléfono de Adriana.

Vacilo al salir de su habitación. ¿Debería preguntarle a Lee sobre la visita de mi padre aquí tras la desaparición de Adriana? Decido no hacerlo. Si le hubiese parecido importante, lo habría mencionado. Supongo que no sabe nada al respecto. Pero ¿por qué iba mi padre a ocultarle secretos a su compañero?

Su dormitorio es un espacio reducido, justo lo bastante grande para albergar una cama y un escritorio pequeños. Hay libros apilados en la esquina. Ladeo la cabeza y leo los títulos. Un libro de texto de anatomía. Una *Guía de nutrición práctica*. Un folleto del programa de Enfermería de la facultad de St. Joseph. Un panfleto de una sesión informativa en el campus el 28 de agosto. Había rodeado la fecha con un rotulador negro gordo.

Hay una ventana, justo encima del escritorio. Da a la pared de la casa de al lado. Fuera, una mujer está recogiendo la ropa tendida. Se ha levantado viento. Le revuelve el pelo y le hace ondear la falda. La ropa aletea y amenaza con salir volando. Levanta la vista y establece contacto visual conmigo. Frunce el ceño y se gira de nuevo. Recoge las últimas prendas de la colada y corre al interior de su vivienda.

Cierro los ojos e intento imaginarme la puerta acristalada de la casa de Meachem, la del balcón que da a las dunas. Alguien de esa casa sabe algo. Y Grace Bishop sabe más de lo que estaba dispuesta a admitir. Tal vez no sobre la noche en que asesinaron a Adriana, pero sí sobre las chicas, que entran y salen de esa casa. Sobre las fiestas. Sobre los hombres que las frecuentan. Sobre el propio James Meachem. Es su vecina, no solo aquí, sino también en Palm Beach. Los vecinos suelen saber más de lo que cabría suponer. Tengo que volver a hablar con ella. Esta vez a solas.

A través de la pared oigo cómo Elena le canta a Isabel. Es una melodía melancólica, lenta. La reconozco de mi infancia, aunque no recuerdo las palabras. Se me eriza el vello al escucharla. Casi puedo oír la voz de mi madre. El llanto disminuye hasta desaparecer. Me imagino a Isabel pegada al cuerpo de su madre. Me pregunto si lo haría con Adriana también. Según Elena, su hermana adoraba a la niña. Tal vez pensara que un hijo propio conllevaría un nuevo comienzo, una nueva vida. Sobre todo si el padre del bebé era rico y poderoso. Y, sin embargo, ese precisamente podría haber sido el motivo de que la hayan asesinado.

Sobre la cama hay un tablero de corcho. En él hay colgadas varias fotografías, una entrada y algunas tarjetas comerciales. Observo las fotos. Distingo a Adriana de inmediato. Es la clase de chica que destaca entre las que la rodean. Su sonrisa es amplia y bien formada; su rostro, perfectamente simétrico. Es una versión más delicada de su hermana. De constitución más menuda, con unos pómulos altos y redondos, y unos ojos grandes y luminosos. Irradia juventud. Su piel avellanada es tersa y suave; su denso cabello brilla como la obsidiana. Lo lleva suelto en la mayoría de las fotos, con la raya en medio. Cuando sonrío, le salen unos hoyuelos en las mejillas, lo que le hace parecer una persona cálida y accesible.

Me detengo y me inclino hacia delante. En una fotografía aparecen Adriana y Elena juntas en la playa. El agua está en calma; no parece el océano, sino la bahía. Me pregunto si será la playa de Meschutt Beach, en Hampton Bays, donde mis padres solían llevarme cuando era pequeña. Recuerdo las boyas que flotaban en el agua, marcando la distancia hasta donde era seguro nadar. Mi padre podía caminar hasta ellas conmigo sobre sus hombros. Mi madre esperaba más atrás, observándonos y saludándonos, y su figura proyectaba largas sombras sobre la arena.

En la foto, las hermanas están en la orilla, con los brazos entrelazados. Debe de ser finales de verano. La luz es pálida y brillante. El agua reluce con ella. Adriana en concreto está muy bronceada. Tiene la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y la boca abierta, riendo. Lleva el pelo recogido en una coleta, con algunos mechones sueltos en la cara. Está feliz. Feliz y viva.

«Se parece a Elena —pienso—. Se parece a mi madre».

De repente me viene a la mente una imagen tan clara como si la estuviera viendo de verdad. Mi madre me sostiene las manos entre las suyas. Estamos en la playa de Meschutt Beach. Hay conchas en el suelo; hemos estado recogiéndolas y poniéndolas en un cubo con mi nombre pintado. Hacen un sonido satisfactorio cada vez que golpean el fondo del cubo. Siento cómo me cortan la parte blandita de debajo de los dedos de los pies.

—Uno —dice mi madre, y me mira a los ojos con sus ojos negros.

Tiene unas pestañas gruesas y bonitas. Cuando me sostenía cerca, me hacían cosquillas en la mejilla.

Trata de ponerse seria, pero no funciona. Ambas reímos.

—Dos —digo yo.

—¡Tres!

A la de tres, me da una vuelta. Ella es el eje, y gira, y gira. Mi cuerpo vuela en horizontal paralelo al suelo. Nuestras manos están fuertemente entrelazadas; si la suelto, aterrizaré de golpe sobre la arena, los guijarros y las conchas aplastadas. Me haré daño. Así que no lo hago. Ella no me dejaría hacerlo.

Giro, y giro, riendo, histérica, hasta que sus brazos se agotan y para. Ambas nos caemos al suelo, riendo en la arena. Nos tumbamos boca arriba y nos quedamos

mirando el cielo despejado, su oreja junto a la mía y nuestros pechos agitados por el ejercicio y la risa.

Cojo la foto del tablero y la sostengo a la luz. Tengo la sensación constante de haber visto antes a Adriana. ¿Por qué? Mis recuerdos están empezando a desdibujarse, como fotogramas de película mezclados. ¿La he visto antes o es solo a mi madre a quien estoy recordando? Ahora que he vuelto a casa, veo a mi madre por doquier. Cruzando la calle. Caminando por la playa. También sueño con ella, más de lo que lo había hecho en años.

—Era guapa —afirma Lee detrás de mí, y me coge por sorpresa—. Es triste, ¿verdad?

—También sería triste si no lo hubiese sido.

La réplica me sale más abrupta de lo que pretendía.

—Ya. No quería decir...

—Ya sé lo que querías decir.

Vuelvo a girarme hacia el tablero.

Cuando Lee no mira, me meto la foto en el bolsillo. El corazón me va a mil por hora. ¿Por qué vino aquí mi padre? ¿Relacionó este caso con el de Pine Barrens antes de morir? Y, si fue así, ¿cómo lo hizo? Necesito saber qué sabía. Quiero ver lo que él vio. ¿Tenía la misma sensación que tengo yo? ¿Sentía que había algo familiar en Adriana, algo que lo atrajo hasta ella por instinto?

Hay una tarjeta comercial en la parte inferior del tablero. Es un cuadrado negro y pequeño. En la esquina, en letras plateadas, pone: GC SERVICIOS DE LIMUSINA. En letras pequeñas aparece un número de móvil. Me llevo la mano al bolsillo y saco mis guantes. Con todo el cuidado que puedo, cojo la tarjeta. Las letras plateadas reflejan la luz mientras la meto en una bolsa de pruebas.

Lee está de pie frente al armario. Se vuelve, con un bolsito blanco colgando de un dedo. Tiene una cadena dorada y la parte delantera está acolchada.

—Eh. Mira esto. Chanel. ¿Cuánto crees que cuesta?

—¿Un par de miles? Puede que más.

Lee levanta las cejas.

—Nunca entenderé a las mujeres.

—Ya somos dos.

Me acerco al armario. Parece que vivieran dos personas aquí. La mitad de las prendas son lo que se esperaría de una adolescente. Hay vaqueros y camisetas apilados en el suelo mal doblados. Al fondo se ven unas deportivas; abandonada en un rincón hay una única bota UGG con forro de vellón. Delante de las deportivas hay dispuesta una fila de vertiginosos tacones. Algunos están aún en sus cajas. Me agacho y abro una. Aparto el papel de seda y saco un tacón de aguja de suela roja. La parte de abajo sigue lisa. El tacón es afilado como una daga y tan alto como mi mano desde la muñeca hasta la punta de los dedos.

—Nunca se los puso.

—¿Un regalo?

—Puede. —Me levanto y ojeo los vestidos—. Hay mucha ropa cara. Es imposible que pudiera permitirse esta clase de cosas.

—Tenía clientes ricos.

—Eso parece.

Saco una bolsa para guardar vestidos de Bergdorf Goodman. Bajo la cremallera. Dentro hay un vestido de cóctel blanco de la talla XS. Es un vestido modesto, con manga japonesa y falda de vuelo. La clase de prenda que llevan las mujeres en las páginas de sociedad. Todavía lleva la etiqueta con el precio prendida de la manga:

—Dos mil doscientos dólares.

Lee silba.

—Clientes ricos con gustos caros. Apuesto a que alguien lo escogió para ella. No me imagino a esta chica yendo al centro de Nueva York para irse de compras a Bergdorf Goodman. Y aunque lo hiciera, no escogería este vestido. —Levanto un par de Converse muy gastadas—. Esto es lo que llevaba en su tiempo libre.

—Podemos ir a la tienda y averiguar quién lo compró.

Asiento.

—Me pregunto si iba a ir a alguna parte.

—¿Adónde?

—Mira. —Señalo la etiqueta—. Casi todo es de una colección de crucero.

—¿Y qué narices es eso?

—Lo que llevan las mujeres ricas en vacaciones. Ya sabes. Colores llamativos. Estampados tropicales. Sandalias de tiras.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque leo.

Lee suelta una risotada.

—¿El qué? ¿La *Vogue*? No te tenía por una persona adicta a la moda, Flynn.

No le respondo. Saco un par de pantalones de seda blancos del armario. Los sostengo para que Lee los inspeccione.

—Esto. Esto es de crucero. Es como si alguien hubiese ido a Bergdorf Goodman y le hubiese comprado un vestuario completo. No solo ropa de noche. También de día. Es lo que te estoy diciendo. Iba a ir a algún sitio. A algún sitio caro. Con alguien que quería que fuese vestida acorde al lugar.

—O puede que solo fuese a ir a fiestas en los Hamptons.

—Tal vez —admito—. La noche en que desapareció, Ria Sandoval tenía un chófer llamado Giovanni Calabrese, ¿verdad?

—Sí.

—También llevaba a Adriana. No la noche en que desapareció, pero sí antes. Su hermana dice que la recogió un tipo calvo que iba en un Escalade blanco. No puede ser una coincidencia, ¿verdad que no? Creo que deberíamos ir a hacerle una visita.

—Deberíamos, pero tendrá que esperar. —Lee levanta el teléfono—. Dorsey me ha dicho que nos reunamos con él en la oficina del forense en cuanto terminemos aquí. La prensa ya se ha hecho eco de la noticia. Tiene que hacer una declaración.

—Bien. Pues vamos a embolsar todo esto. La ropa también.

Lee asiente. Cuando me pongo en marcha para ayudarlo, me llevo la mano al bolsillo de la chaqueta y mis dedos rodean la fotografía.

Entonces caigo. Sí que he visto a Adriana antes. No es solo que se parezca a mi madre. Es una de las dos chicas de la Polaroid que encontré en el escritorio del número 97 de Main Street.

El trayecto desde Riverhead hasta Hauppauge dura treinta y cinco minutos, más o menos. A esta hora del día, la mayor parte del tráfico se aleja de la ciudad en lugar de dirigirse a ella. Mientras nos montamos en el coche, decido que es mejor que me vaya por mi cuenta. Quiero volver a hablar con Grace Bishop. Se cerró en banda en cuanto Lee apareció. No confía en ningún miembro de la policía de Suffolk, y estoy empezando a entender por qué. También me gustaría recoger la moto de mi padre y registrar su despacho sin tener a Lee encima.

—¿Podrías dejarme donde tengo aparcada la camioneta en Main Street? Me reuniré contigo en la oficina del forense.

—Claro. ¿Quieres seguirme hasta allí?

—Tengo que hacer una parada antes. Adelántate tú. No quiero retenerte.

—¿Milkowski está de camino? No quiero que empiece sin ti.

Suspiro. Quitármelo de encima me va a costar más de lo que pensaba. Y la verdad es que tampoco quiero perderme el informe del forense. Mi investigación en solitario tendrá que esperar.

—Sí —asiento—. Está de camino. Tengo que pasarme por el depósito para firmar unos papeles por la moto de mi padre. Solo serán unos minutos.

Mira su reloj y asiente brevemente.

—Sin problemas, tranquila. Nos pasamos por allí y luego vamos juntos a la oficina del forense.

Quince minutos más tarde ambos llegamos al aparcamiento del depósito de Westhampton. Estaciono mi furgoneta y Lee hace lo propio con su vehículo.

Baja la ventanilla.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Espérame aquí. No tardaré —digo, y cierro la puerta del coche.

Tengo, sobre todo después de hablar con Elena Marques, la creciente y cada vez más intensa sensación de que hay algo raro en la muerte de mi padre. Visualizo sus cenizas en la brisa. Es demasiado tarde para solicitar una autopsia, pero podría no serlo para examinar la moto.

Cole sale para recibirme. Está tal como lo recordaba: corpulento y con la cara roja, con manos rollizas y una coleta. Se ha dejado crecer un poco la barba, y tiene algunas canas. En la fiesta de Navidad del Departamento de Policía del condado de Suffolk, siempre se vestía de Papá Noel para que los niños nos sentásemos en su regazo y pudiéramos posar para las fotos.

—¡Hola, Cole! —exclamo, tratando de parecer alegre.

—¡Hola, Nell!

Me estrecha en un fuerte abrazo.

Cuando se aparta, me sonrío.

—Tienes buen aspecto, chica. No te vendría mal comerte un par de *pizzas*, pero te veo muy bien.

—Tú tampoco estás mal.

Se echa a reír.

—Es el primer año que no necesito ponerme una barba falsa para hacer de Papá Noel. Aunque no me quejo. Esa cosa picaba como un demonio.

—Eras el mejor Papá Noel de todos.

Me señala con el dedo.

—Y tú eras una listilla. Te sentabas en mi regazo, me mirabas a los ojos y decías: «¡Hola, Cole!», solo para que supiera que estabas en el ajo.

Sonrío.

—Oye, no quiero meterte prisa, pero Lee Davis me está esperando, así que tengo que hacer esto rápido.

Cole enarca las cejas.

—¿Lee Davis? Era el compañero de tu padre, ¿verdad?

—Sí.

—Es un buen tipo. ¿Se ha casado ya?

—No. —Hago una pausa y después, al captar por dónde va Cole, añado—: Ah, no, no. Lo estoy ayudando con un caso. Somos viejos amigos.

—Aaajá.

—En serio, Cole. Solo es trabajo.

—Ya, claro. Acompáñame y te enseño la moto.

Pasamos una fila de coches. Algunos están reducidos a chatarra, esperando a que los envíen al desguace. Otros están en muy buenas condiciones. Esos los recogerán los propietarios o, si forman parte de una investigación en curso, se enviarán al laboratorio de Criminalística.

Al final de la fila, pasando un montón de metal oxidado con pinta de haber soportado a la intemperie más de una tormenta, se encuentran los restos siniestrados de la Harley-Davidson Road King de mi padre.

—Ahí la tienes —dice Cole, y se encoge de hombros—. No sé qué diablos estaba haciendo tu padre la noche en que murió, pero ¡joder! Para haberse quedado así de destrozada, tendría que haber ido a entre ciento treinta y ciento cincuenta kilómetros por hora.

—Sí, o tal vez cedieron los frenos.

—Eso pensé yo. Oye, puedo enviarla al laboratorio para que lo averigüen. Seguro que le darían prioridad. Lo que sea por tu familia.

—No. —Niego con la cabeza—. Al laboratorio, no.

Cole frunce el ceño, extrañado.

—¿Estás segura?

Aprieto los labios con fuerza mientras pienso en qué contestar. No quiero enviarla al laboratorio, pero tampoco quiero que Cole sospeche nada.

—Mira, entre tú y yo, estaba algo preocupada por mi padre —digo por fin—. Por su salud mental, y eso. Estaba bastante deprimido. Tenía entendido que estaba saliendo con alguien, y esa persona lo abandonó.

Cole enarca las cejas.

—¿En serio?

—Sí. Así que me pregunto si no se lo haría él mismo. Por lo que parece, así fue. Me gustaría saberlo, de un modo u otro. Llegar a entender lo que sucedió.

—Claro. Lo entiendo. ¿Quieres que mi hermano le eche un vistazo? A Ty se le dan bien las reparaciones.

Asiento, aliviada.

—Me parece una idea fantástica. Papá siempre le confiaba a Ty sus motos. ¿Crees que le importará?

—En absoluto. Ty adoraba a tu padre. Y sabe manejarse perfectamente con las motos. Le diré que la recoja hoy mismo.

—¿Te importa que esto quede entre tú y yo? No quiero que Dorsey y los chicos lo sepan. Se quedarían hechos polvo.

—Claro. —Cole traza una línea sobre sus labios, como si estuviera cerrando una cremallera—. Esto quedará entre nosotros tres. Te lo prometo.

—Muchísimas gracias por tu ayuda, Cole.

Le doy un último abrazo y me dirijo de vuelta al aparcamiento. Me detengo delante de la camioneta de mi padre, admirándola. Trago saliva. Está cubierta de una capa de polvo, pero, a la luz del sol, la carrocería es de un inconfundible color rojo intenso.

Doy unos golpecitos en la ventana de Lee para indicarle que ya estoy lista. La baja.

—¿Todo bien?

Está escuchando una emisora de clásicos que apaga enseguida.

Me regala una sonrisa sincera y, por un instante, me siento mal. No creo que me hubiese metido en todo este lío si pensara que había algo mínimamente sospechoso en la muerte de mi padre. Lee no parece tener esa clase de maldad. Pero, por otro lado, tal vez me lo hayan mandado precisamente para eso, para que me haga de niñera hasta que vuelva por donde he venido.

—Sí, lo siento. Solo era papeleo.

Asiente y arranca el motor.

—Me alegro de que ya esté solucionado. Venga, vamos. Te guiaré hasta la oficina del forense.

Conducimos por la carretera a una velocidad decente, mi camioneta siguiendo al coche de Lee. Dejamos atrás la reserva de Pine Barrens, donde se encontró el cuerpo de Ria, y después por Yaphank, donde está la sede central del Departamento de

Policía del condado de Suffolk. Después de eso, la carretera se vuelve un borrón de pinos enanos y salidas hacia ciudades que había olvidado hace tiempo. Cuando era pequeña, me encantaban todos estos nombres místicos. Me recordaban que estos lugares habían sido en su día hermosos, repletos de lagos y bosques en los que abundaba la vida salvaje en lugar de todos esos centros comerciales y gasolineras que hay ahora. Ronkonkoma viene de una expresión algonquina que significa «lago fronterizo». Copiague significaba «lugar de cobijo». Hauppauge, adonde nos dirigimos, significaba «tierra de agua dulce». O, al menos, eso pone en el descolorido cartel que pasamos de camino allí.

La oficina del forense del condado de Suffolk se encuentra en un viejo edificio de oficinas blanco que hay a un lado de la carretera. Fuera hay algunos árboles dispersos y casi todo el césped está seco. El edificio está medio vacío. Si tuviera que apostar, diría que parecía la sede de una empresa recién embarcada en un concurso de acreedores. Me parece algo perverso obligar a los patólogos forenses a hacer su trabajo en un lugar tan carente de vida. Al menos en Nueva York los forenses pueden salir a la calle, donde hay aceras repletas de gente y taxis tocando el claxon y vagones de metro abarrotados. Aquí solo se escucha el mudo zumbido de los coches que pasan de largo y el graznido de los gansos en el cielo.

Al salir de la camioneta noto que me cae una gota de lluvia en el hombro. El aire está cargado de humedad. A lo lejos se escucha el retumbar de un trueno.

—He aquí el escenario del crimen.

Lee suspira, cierra de golpe la puerta del coche y me indica que le siga.

Cuando entramos en el edificio, el cielo se rompe. Oigo el leve susurro de la lluvia mientras atravesamos las puertas giratorias. Registramos nuestra entrada en el mostrador principal con un guardia de seguridad aburrido que comprueba nuestros documentos de identidad sin demasiado interés. Anotamos nuestros nombres en un libro de visitantes. Yo garabateo el mío, una «N» grande seguida de una línea. Lee saluda al guardia con la cabeza y el guardia nos permite pasar por el torniquete de acceso. Bajamos al sótano en ascensor.

Lee me guía por una serie de serpenteantes pasillos iluminados por unos rieles de luz fluorescente que le confieren a todo el mundo una palidez verdosa enfermiza. Por un instante, me siento agradecida de no trabajar en un edificio de oficinas, sobre todo en uno como este. Tengo una oficina, claro, pero casi nunca estoy allí. La mayor parte de mi trabajo transcurre en el campo, y el campo cambia con cada caso. Por lo general, suelo trabajar desde la habitación de un motel con nada más que un maletín y un portátil, realizando paradas periódicas para acudir a la deprimente sala de conferencias que los cuerpos de seguridad de turno hayan decidido cedernos a regañadientes durante el curso de una investigación. Parece que me esté quejando, pero no es así. Me gusta desplazarme. Me gusta la soledad de trabajar de aquí allá, y el desafío que supone hacerlo en unas condiciones tan limitadas. Hace que me suba la adrenalina. La idea de acudir al mismo edificio todos y cada uno de los días de la

semana, de aparcar el coche en el mismo hueco, de subir en el ascensor con la misma gente y de pedir la misma comida en la cafetería del edificio me pone los pelos de punta. Creo que yo duraría una semana en un trabajo como ese. Mi padre, aún menos.

Lee parece conocer a todo el mundo en la oficina del forense. O eso, o es de esa clase de personas que saludan amistosamente a cualquiera que se les cruce. Envidio su buen talante, aunque me crispera un poco. La mayoría de los agentes de Homicidios con los que me he cruzado, incluido mi padre, tienen una actitud poco amable hacia los humanos en general. Tienden a ser tremendamente leales a las pocas personas a las que han decidido aceptar en su redil y miran a todos los demás con recelo. Puede que Lee aún no lleve en Homicidios el tiempo suficiente como para haber perdido la fe en la humanidad. O puede que sencillamente haya personas con un optimismo inquebrantable y que Lee sea una de ellas. Sea como fuere, me cuesta imaginármelos a él y a mi padre trabajando juntos, íntimamente ligados, como Oscar y Felix de *La extraña pareja*. No acabo de decidir quién de los dos irritaría más a quién.

Cuando entramos en el ascensor, Lee empieza a tararear la música que se escucha a través de un minúsculo altavoz en el techo. Es una versión instrumental de *Every Breath You Take*.

—Sabes que esa canción trata de un acosador, ¿verdad?

—Es de The Police. —Se ríe—. Es un clásico. Venga ya, Flynn. No me digas que no te gustan los karaokes. Esta es mi canción.

—No son lo mío.

—«*I'll be watching you*» —responde Lee, y me señala con el dedo como si fuera una pistola.

No sé si solo está haciendo el tonto, siendo irónico o tratando de resultar ligeramente amenazante. Aprieto los dientes. De un modo u otro, me está poniendo de los nervios.

—Después de esto, ¿te importaría que echara un vistazo en el despacho de tu padre? —pregunta Lee.

Suena el timbre del ascensor y se abren las puertas. No respondo. Lo sorteo para salir al pasillo, aunque no sé hacia qué lado ir.

—Eh, tranquila, niña. Vamos justo aquí.

Lee señala una puerta de acero inoxidable que está enfrente del ascensor.

En el cartel dice: SALA DE AUTOPSIAS 1.

—Deja de llamarme así.

—¿Cómo?

—Niña. Tengo veintiocho años.

Lee levanta las manos.

—Perdona —dice sin perder la compostura—. Nell. Entendido.

Parece herido, y me siento avergonzada por haber saltado así. Abre la puerta de la sala de autopsias y me insta a entrar.

—Gracias —mascullo mientras paso delante de él, y asiente en silencio.

A lo largo de mi carrera en la Agencia, he pasado mucho tiempo hablando con patólogos y forenses y técnicos de laboratorios de Criminalística. No obstante, pocas veces estoy presente en las autopsias. Para cuando han llamado a mi unidad, los cuerpos ya están fríos. Incluso cuando aparecen nuevos cuerpos en el transcurso de una investigación, lo habitual es que nos mantengamos al margen de las autopsias, y les concedamos a los forenses y a los técnicos el espacio que necesiten para realizar su trabajo. Solo después de la autopsia llegamos y nos interponemos en el camino de todo el mundo.

Es probable que Lee haya visto más autopsias que yo. Siempre tiene que acudir alguien que haya estado presente en el escenario del crimen para confirmar que el cuerpo que hay sobre la mesa es el correcto. Es la clase de trabajo poco agradecido que suele delegarse en los novatos o los menos espabilados, mientras que los agentes con más experiencia esperan al informe *post mortem*. Dado que Lee es un poco las dos cosas, imagino que lo habrán mandado bastantes veces.

Da igual cuántas autopsias hayas presenciado: es difícil acostumbrarse a ellas. Esta en particular me afecta de una manera muy especial. Tal vez se deba a que la chica se parecía mucho a mi madre. O tal vez sea porque sé que mi padre estaba involucrado en el caso, tal vez de una forma más íntima de lo que nadie más que yo sospecha. El caso es que tengo los nervios de punta. Cuando entramos en la sala, las náuseas se apoderan de mí. Entierro la nariz en el cuello de mi jersey para tratar de reprimir las arcadas.

El olor es lo primero que te golpea. La inconfundible mezcla de muerte y de productos de limpieza haría que se revolviese hasta el estómago más fuerte. Las salas suelen carecer de ventanas y ser oscuras, iluminadas tan solo por la implacable luz instalada sobre la mesa. A menudo hay manchas en el suelo y en las pilas; manchas en las que intentas no centrarte pero que no puedes pasar por alto. Las propias mesas tienen unas hendiduras a un lado, como el extremo de drenaje de una tabla de cortar. En una pared hay una zona de trabajo de acero inoxidable para disecciones, cuyo nombre técnico es «estación de tallado». Tiene una especie de campana de ventilación, como la de un horno industrial. En algunas de las instalaciones más grandes y modernas, como la que dirige Nikki Prentice en Nueva York, hay salas enteras dedicadas al tallado. Aunque he visto instalaciones peores, esta deja muchísimo que desear. Es una sala pequeña y mal ventilada. No cuenta con la sofisticada nueva tecnología a la que estoy acostumbrada: imagen digital y videoconferencia, por ejemplo. En el techo, un goteo constante desde una grieta invisible repiquetea como un metrónomo. Me pregunto cuándo recibió este lugar algún tipo de financiación por última vez.

Los sonidos son lo que recuerdas cuando te marchas. El zumbido y el chirrido de las sierras y taladros cuando atraviesan la carne y el hueso. Por debajo de eso, música. Muchos forenses y técnicos ponen música mientras trabajan. Conozco a uno en Nueva York que escucha salsa; y a otro en Key West que pone *Son of a Sailor* de

Jimmy Buffet en bucle. Entiendo que es su trabajo. Y también entiendo que, para algunos, la música aporta alegría a un espacio que, sin ella, resultaría tal vez demasiado adusto o, al menos, ahoga el chirrido de las sierras. Para mí, genera una disonancia cognitiva que me afecta en lo más hondo de mi ser. Después del trabajo en Key West no he sido capaz de volver a escuchar *Cheeseburger in Paradise* sin que me entren ganas de vomitar.

Milkowski escucha música clásica. Es la sonata *Claro de luna* de Beethoven, que al menos resulta adecuadamente sombría. Suena desde un pequeño altavoz que se encuentra en un rincón de la sala, y apenas se escucha con el sonido de nuestras pisadas en el suelo embaldosado. La forense lleva una bata blanca de laboratorio, guantes de látex y una mascarilla que le cubre la boca. Cuando entramos, está subida a un taburete, como si quisiera poder observar mejor el cuerpo de la víctima. En la mano tiene una sierra más bien pequeña.

Levanta la vista y nos ve junto a la puerta.

—Agentes, pasen. Me estaba preguntando cuándo iban a llegar.

—Sentimos el retraso. Teníamos que hacer una parada de camino —se disculpa Lee sin dar más explicaciones.

Milkowski se baja la mascarilla y revela una sonrisa leve y sensata.

—No pasa nada. Estaba a punto de recoger aquí.

—Buen trabajo con la identificación —dice Lee, y levanta la muestra de ADN que recogió de Elena—. Tenemos una muestra del ADN de la hermana para confirmarlo.

—Déjela ahí. —Milkowski señala un banco reluciente que parece que acaben de limpiar. Nos mira con expectación hasta que nos reunimos con ella alrededor de la mesa—. Adriana Marques, mujer, dieciocho años. Metro sesenta y siete de altura y, por lo que parece, unos cincuenta y cuatro kilos de peso, más o menos. Se rompió la mandíbula hace dos años, de ahí la placa de metal. Es joven, pero no ha tenido una vida fácil. —Señala su cráneo—. Tiene una pequeña fractura predominantemente curada aquí. Se le rompió el dedo índice de la mano derecha por dos partes y no se curó bien. Ambas lesiones son antiguas y no están relacionadas con la causa de la muerte.

—¿Y la causa de la muerte?

—Un disparo. A quemarropa, en la cabeza. Es un tiro limpio, bien situado. Murió al instante.

—Suena profesional.

—Quien la haya matado tiene experiencia con las armas. Un tirador menos seguro habría apuntado al cuerpo. En mi opinión, diría también que la víctima conocía a su agresor o que, al menos, confiaba en esa persona lo suficiente como para dejar que se acercara a ella. No disparas a alguien en la cabeza a menos que estés lo bastante cerca como para hacerlo de una manera eficaz.

—Podría haber sido un cliente —aventuro—. Alguien a quien hubiese visto antes o a quien viera con regularidad. Alguien en quien confiara.

Lo que no digo es: «Podría haber sido mi padre».

—O un amigo o familiar —añade Lee—. Sabemos que su exnovio estaba afiliado a la mara Salvatrucha.

—¿Alguna herida de defensa?

No puedo apartar la vista de su cuerpo desmembrado.

La habían colocado sobre la mesa como una muñeca Barbie a la que un niño le ha arrancado las piezas y no sabe muy bien cómo volver a montarla. He visto extremidades amputadas otras veces, pero nunca un cadáver despedazado por completo en un mismo lugar. Por lo general, si alguien se toma el tiempo de descuartizar un cuerpo, lo hace para deshacerse de las partes por separado con el fin de reducir el riesgo de que identifiquen a la víctima. ¿Por qué tomarse el tiempo de partir a alguien en pedazos solo para enterrarlo en un paquete bien envuelto en una tumba poco profunda y en un parque público bastante frecuentado?

—No que yo haya visto. Es más, tiene las uñas largas, artificiales. De esas que se rompen con facilidad. Y estaban todas intactas. Si hubiese habido forcejeo, se habría roto al menos una, si no varias. Tampoco hay signos de violación, aunque cuesta decirlo con seguridad, dado el nivel de descomposición.

—Si no hubo violación ni forcejeo, ¿por qué le ató las muñecas?

Milkowski asiente.

—Buena pregunta. Y no eran solo las manos. También tenía atados los tobillos. Para cuando se descubrió el cuerpo, la cuerda utilizada para atarle los tobillos se había partido. Pero encontramos sus restos en el escenario del crimen, y tiene marcas en los tobillos que son compatibles con haberlos tenido ligados con fuerza.

Sacudo la cabeza.

—Eso no tiene sentido. ¿Quién se dejaría atar voluntariamente las manos y los pies?

—¿Una puta? —sugiere Lee.

Lo fulmino con la mirada.

—Lo siento —se apresura a disculparse—. Una «trabajadora sexual».

—Me pregunto si estaba inconsciente —comento con frialdad.

Le doy la espalda a Lee y me giro hacia Milkowski.

Niega con la cabeza.

—La ataron *post mortem*.

—¿En serio? Pero ¿por qué?

—No lo sé. Tiene abrasiones en las muñecas y en los tobillos, pero no hay sangrado evidente.

Cierro los ojos. Un recuerdo borbotea en mi mente. Mi padre y yo estamos de pie en un lugar gélido. Es de noche. Las estrellas brillan con fuerza en el cielo. El suelo está cubierto de nieve, fresca y húmeda. Tengo un agujero en la suela de las botas. Siento cómo se cuela por él el barro frío y mojado, que empapa mi grueso calcetín de lana y reptando lentamente por la tela hasta que rodea el tobillo. Cada vez siento menos

el pie. Cambio el peso de mi cuerpo a la otra pierna para aliviar el malestar. No sirve de nada. Aún caen algunos copos. Debe de acabar de parar de nevar ahora mismo. El aire huele bien, a abeto y a agujas de pino. Cuando exhalo, mi aliento se cristaliza delante de mí.

—Ese —dice papá señalando un pequeño abeto que mide lo mismo de ancho que de alto.

En el cielo, las nubes tapan la luna. Las estrellas son débiles puntos de luz en un mar de oscuridad.

—¿Qué te parece, Nell?

Vacilo. Me encanta el árbol. Lo quiero. Me lo imagino con la estrella en lo alto, iluminando el rincón de nuestro salón. No habíamos tenido árbol desde que el yayo murió. Han pasado dos años. Dos Navidades con unos pocos regalitos envueltos en papel de periódico amontonados en mi silla a la hora del desayuno. Dos años viendo cómo los elementos decorativos cogían polvo en el semisótano de casa. Dos años de cenar en bandejas de aluminio delante de la tele y de tomar de postre una tarta comprada a última hora en el supermercado local. Echo de menos las flores de Pascua de fieltro que hacía mi madre. Echo de menos hacer palomitas con ella para confeccionar guirnaldas con las que envolver las ramas del árbol. Echo de menos el olor del jamón en el horno y sentir cómo mis dedos presionan la masa que ella extendía y transformaba en la tapa de un pastel como por arte de magia.

Quiero el árbol.

Pero veo el hacha en las manos de mi padre y la mirada impaciente del propietario del vivero. El árbol es pequeño, no medirá más que yo. Debería crecer. Las ramas son de un verde vivo, no de un azul grisáceo como las de otros árboles más grandes que han empezado a perder su vitalidad. Sé que alguien acabará cortándolo. Probablemente esta temporada. Pero no tengo por qué ser yo.

Sacudo la cabeza.

—Más alto —digo.

Cuando pasamos de largo, me vuelvo a mirar el arbolito. Sus ramas se curvan hacia arriba, como los aleros puntiagudos de los distintos niveles de una pagoda. Como si estuviera sonriendo, solo para mí.

Escogemos un árbol más maduro. Delgado, con ramas más largas y menos llamativas. Hay cientos más iguales que este solo en este vivero; probablemente haya miles en todo Long Island. Por eso lo elijo. No es especial. Nadie lo echará de menos.

Mi padre tala el árbol. El primer hachazo reverbera entre las ramas. Un montón de agujas caen al suelo. Serán necesarios unos cuantos golpes más para que ceda. Se me hace un nudo en el estómago cuando lo hace. El propietario del vivero lo sostiene mientras mi padre ata las ramas con hilo de bramante. Juntos, lo envuelven con arpillera. Papá lo carga sobre uno de sus hombros y avanza con pasos largos y decididos. Intento saltar de una de sus huellas a la otra para no dejar las mías propias.

—Así es como atan los árboles —digo—. Aseguras primero las ramas para que sean más fáciles de envolver.

—Alfonso Morales.

Todos nos giramos al escuchar la voz de Glenn Dorsey.

Parece que hayan pasado años desde que estuvimos en el bote con las cenizas de mi padre.

—Se pasó todo el mes de agosto trabajando en el proyecto de restauración de las dunas del Shinnecock County Park. Lo he confirmado con la Sociedad para la Conservación de South Fork. Lo que yo os diga: todo apunta hacia él.

Lee asiente.

—Lo sabía.

—Hay algunas cosas más que quería mencionar —apunta Milkowski con un tono distinto en su voz, como una profesora que intenta mantener la atención de sus alumnos—. En primer lugar, la víctima recibió varios golpes en el abdomen, también *post mortem*. Con un objeto de madera. Conseguimos extraer una astilla que se ha enviado al laboratorio para analizarla.

—¿Como un bate de béisbol? —pregunta Lee.

—Algo más fino. Yo diría más bien algo como un palo de escoba.

—O un rastrillo —propongo.

Milkowski asiente.

—Sí, podría ser un rastrillo. Un bate de béisbol habría causado más daño. Pero creo que tenía que señalarlo, porque parece un arrebato de rabia, golpear un cuerpo ya muerto. Tal vez se trate de un crimen pasional.

—¿Estaba embarazada? —pregunto.

Todos se vuelven y me miran.

Milkowski enarca las cejas.

—Si lo estaba, era muy pronto. Puedo hacerle algunas pruebas.

—Hagámoslas.

—¿Qué te hace pensar que estuviera embarazada? —me pregunta Lee.

Me encojo de hombros.

—Es solo una intuición.

—También encontramos restos de ceniza de tabaco en el cuerpo —añade Milkowski—. La persona a la que buscáis es fumadora.

—¿Podemos averiguar la marca o algo?

—Lo dudo, pero démosle al laboratorio una oportunidad.

—Morales fuma como un jodido carretero —declara Lee.

—¿Algo más? —digo.

—Por el ángulo de la herida de bala, yo diría que la persona que le disparó medía bastante más que la señorita Marques. Y era zurdo.

—¿Ha dicho que medía sobre metro sesenta y siete?

—Sí. Yo diría que buscáis a alguien que dé entre metro setenta y siete y metro ochenta y cinco, más o menos.

—¿Cuánto mide Morales? ¿Sabemos si es zurdo o diestro?

Nadie responde. Milkowski abre la boca para hacerlo, pero Dorsey la interrumpe.

—Tenemos que irnos —anuncia—. Los de la prensa están como buitres con esta historia. No podemos dejar que este tipo se nos vuelva a escapar.

—¿Cuál será nuestro próximo movimiento, jefe?

—Vamos a comisaría. Hemos dispuesto una sala para analizar el incidente. Nos reuniremos allí.

Espero a que ambos hombres hayan abandonado la sala. Entonces me giro y le entrego a Milkowski mi tarjeta.

—Tenga —digo en voz baja—. Parece que tenía algo más que decir.

Se encoge de hombros con brusquedad.

—Tienen prisa.

—Si quiere hablar, llámeme. Ahí tiene mi número de móvil.

Asiente y se guarda la tarjeta en el bolsillo.

—Haré lo que esté en mi mano para averiguar si estaba embarazada —asegura—. Tal vez no sea posible.

—Haga lo que pueda.

Intercambiamos miradas, como si estuviésemos sellando un pacto silencioso. Me apresuro hacia la puerta y por el pasillo hasta que alcanzo a Lee.

En el aparcamiento, Dorsey le da unas palmaditas a Lee en el hombro.

—Resuelve este asunto rápido, hijo, y serás un héroe. Una victoria como esta sería algo fantástico para el departamento. Y para ti.

—Haré lo que pueda, jefe.

—Es una lástima que no tuviésemos material suficiente contra Morales el verano pasado.

—No lo suficiente como para trincarlo.

Dorsey emite un chasquido de disgusto y, a continuación, se saca una lata de tabaco Skoal del bolsillo. No se lleva un poco a la boca, sino que se limita a sostenerla en el puño como si fuese una garantía de seguridad. Está dejando de fumar desde que me fui de la isla hace diez años. No parece que haya hecho grandes avances.

—Esta vez lo conseguiremos. —Sacude la cabeza—. Es una maldita lástima lo de esta chica. No tendría que haber pasado.

—¿Quieres que vayamos ahora a por Morales?

—Pidamos primero una orden. Hagamos bien las cosas esta vez.

—¿Crees que tenemos una causa probable?

—Llamaré al juez Mahoney. Es un buen hombre. No nos pondrá ningún obstáculo. Sabe a qué nos enfrentamos. Ve constantemente lo que esta gente le hace a nuestra comunidad. —Da unas palmaditas en el lateral del coche patrulla de Lee—. Nos vemos en comisaría.

En una de las salas de conferencia de la jefatura del Departamento de Policía del condado de Suffolk se ha dispuesto una sala de incidentes. Dos pizarras blancas, una junto a otra, presiden la estancia. Una se ha etiquetado como PINE BARRENS (Ria Sandoval). La otra, como SHINNECOCK COUNTY PARK (Adriana Marques). En ambas hay fotos pegadas con cinta adhesiva. A simple vista, las víctimas, jóvenes, esbeltas y encantadoras, son intercambiables. Tienen prácticamente la misma edad, el mismo peso y la misma altura. El mismo pelo largo y negro, y la misma sonrisa glamurosa; la misma piel aceitunada, ojos oscuros y brillantes. Los escenarios del crimen también son idénticos. El cuerpo atado con hilo de bramante y envuelto en arpillera de Adriana tiene el mismo aspecto que el de Ria. Los lugares en los que las enterraron, espacios protegidos, tienen el mismo aire remoto y escalofriante. Ambas desaparecieron en un viernes caluroso de verano, con casi un año exacto de diferencia. Hay quien dice que hacen falta tres o más asesinatos aislados para considerarlos obra de un asesino en serie. Pero si este trabajo meticuloso, medido y experto no es producto de un asesino en serie, que alguien me explique lo que es.

Y entonces caigo en la cuenta: es muy probable que haya más.

—Ningún error —digo en voz alta, a nadie en particular.

—¿Qué has dicho? —pregunta Lee.

—El asesinato de Sandoval fue muy limpio. Un tiro en la cabeza; el desmembramiento, la presentación. La ubicación es prácticamente perfecta: una tumba poco profunda en una localización remota, con pocas probabilidades de que la encontrarán. Un mes más y el cuerpo se habría deteriorado hasta el punto de no ser reconocible. Todo esto me hace pensar que Sandoval no fue su primera víctima.

—Entonces hay más.

—Diría que sí. ¿Buscasteis casos antiguos con un *modus operandi* similar?

—Sí. Retrocedimos todo lo que pudimos. No hay nada en el área triestatal.

—Quizá deberíais ampliar la búsqueda. El asesino podría haberse trasladado aquí en fechas recientes.

—Un inmigrante.

—Yo no he dicho eso.

—Quizá haya matado antes y no hemos encontrado los cuerpos.

—Es posible.

Una foto capta mi atención. Me acerco. Se me acelera la respiración.

—Lee.

—¿Qué?

—Mira. —Señalo.

En la fotografía aparece el lugar en el que estaba enterrada Ria Sandoval en Pine Barrens. La tumba está en el centro de la imagen. El cuerpo, envuelto en arpillera, sigue dentro. Pero no me estoy fijando en la tumba, sino en el extremo de la escena, en un pequeño montón de rocas que, a primera vista, es fácil pasar por alto.

—¡Joder!

—¿Tenemos una lupa o una lente de aumento?

—Sí. —Lee se gira—. ¡Donnelly! —le ladra al joven que pasa por el pasillo—. ¡Tráenos una lupa ahora mismo!

Este asiente y se apresura por el pasillo. Esperamos a que reaparezca. Los agentes han empezado a llegar a la sala a cuentagotas. Al parecer, la mayoría de los de Homicidios quieren que se les informe sobre el caso. También hay algunos novatos a quienes, sin duda, los han convocado para que realicen parte de los procesos básicos. Este debe de ser uno de los casos más importantes y más despiadados que haya habido en el condado en años. El tipo de caso que requiere la atención y la colaboración de todos. Al menos, de todos los internos. La reticencia de Dorsey a aceptar ayuda externa me cabrea, y no solo porque soy agente federal. Me parece poco inteligente en el mejor de los casos, y algo destructivo y sospechoso en el peor. Sea como fuere, cada segundo que pasa es un segundo perdido. Cuanto más arrastre los pies, más lejos llegará el asesino. Dado que Dorsey parece tener un único sospechoso en mente, más le vale tener razón.

Donnelly vuelve con una lupa. Lee la levanta y mira a través de ella.

—Un túmulo —dice, y se me pone la piel de gallina—. Joder. No entiendo cómo no lo vimos. ¿Qué crees que significa?

—Creo que descarta la posibilidad de que se trate de un imitador. Si vosotros no visteis que estaba ahí, ese detalle no pudo publicarse en la prensa.

—Pero ¿qué crees que significa para el asesino?

—O es una señal para visitar el lugar más adelante, o tiene alguna especie de importancia psicológica para él. Es alguien que va de acampada y que hace senderismo con regularidad, o tal vez sea algo que recuerda de cuando era niño.

«Alguien como mi padre». Alguien que creció acampando en los parques estatales del condado de Suffolk y que siguió haciéndolo hasta hace muy poco tiempo.

Lee frunce el ceño. Se está planteando la posibilidad.

—¿Y si es una señal para otra persona?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si se trata de un equipo? Una persona cava la tumba, y la otra entierra el cuerpo.

—Es una teoría interesante.

—En concreto, el emplazamiento de Shinnecock es de muy difícil acceso. Incluso si hubiese tenido toda la noche, lleva mucho trabajo cavar esa tumba y después

arrastrar un cuerpo desde el aparcamiento hasta ahí arriba. Tal vez eso explique por qué se descuartizaron los cuerpos. Así son más fáciles de transportar.

—Entonces es posible que Morales esté implicado pero que tenga un compañero. Lee enarca las cejas.

—Eso explicaría muchas cosas. Según Milkowski, la persona que disparó es alta y zurda. Morales no es ninguna de las dos cosas. De hecho, es un tipo bastante menudo. Tal vez solo fuera el responsable de deshacerse de los cuerpos. Tenemos que ir al despacho de tu padre. Debo averiguar qué sabía y cuándo lo supo.

La sala se ha llenado a nuestras espaldas. Echo un vistazo y evalúo a la gente. La mayoría de ellos miran a Lee con expectación. Como jefe de la investigación, es él quien dirigirá la sesión informativa.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunto.

—A Dorsey. Está hablando por teléfono con el juez Mahoney para intentar obtener una orden.

Lee parece nervioso, como un niño que se preparase para un debate del instituto. Hojea un cuaderno de notas y mueve la boca mientras revisa los hechos de los dos casos. Yo, por mi parte, me relajo un poco. Hay algo en él que te desarma. Una especie de honestidad que hace que quiera confiar en él a pesar de mis instintos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —susurro—. Es algo personal.

—Claro —responde, distraído.

—¿Salía mi padre con alguien?

—¿Que si salía con alguien? ¿A qué te refieres?

—Que si tenía alguna novia.

Levanta la vista, sorprendido.

—No lo sé. La verdad es que no hablábamos de esas cosas.

—¿Nunca mencionó a una mujer llamada María?

—No. Tu padre era un hombre muy reservado. Y no es que yo fuera su mejor amigo ni nada de eso.

—Pero pasabais diez horas al día juntos en un coche patrulla.

—Sí. Pero durante la mayor parte de ese tiempo él me mandaba cerrar la puta boca o juzgaba en silencio mis gustos musicales.

—Es que tienes un gusto terrible para la música.

Levanta un dedo a modo de advertencia.

—No tienes ningún derecho a decir eso hasta que no vayamos juntos a un karaoke.

—Lo pensaré. ¿Me harías un favor?

—Claro. Dispara.

—Mi padre estaba pagando el alquiler de un apartamento en Riverhead. Una mujer llamada María Cruz vivía allí. Se mudó hace unas semanas, pero me gustaría encontrarla. Si era importante para mi padre, me gustaría conocerla.

—¿Quieres que compruebe sus antecedentes?

—Eso sería estupendo. Es que no sé cómo buscarla. El apartamento estaba en el número 97 de Main Street, en Riverhead. Tal vez podríamos empezar por ahí.

No menciono el hecho de que encontré una fotografía de Adriana Marques en el piso.

—Como quieras. —Lee sonríe—. ¿Sabes? Tu padre era un auténtico donjuán.

—¿Qué? —Frunzo el ceño, desconcertada.

—Volvía locas a las damas. Era un hombre atractivo, Nell. Y lo de que fuera policía... A muchas mujeres les gusta eso. Cuando salíamos, siempre había alguien que quería invitarlo a una copa. —Se echa a reír—. Normalmente daba las gracias, aceptaba la bebida y luego se las quitaba de encima.

—Bueno, tal vez fuera porque ya había alguien en su vida.

Lee se encoge de hombros.

—Veré lo que puedo averiguar. Pero a quien deberías preguntarle es a él. — Señala hacia la puerta—. Dorsey y tu padre eran uña y carne.

El aludido entra en la sala y cierra la puerta. Todo el mundo guarda silencio. Le hace un gesto a Lee, invitándolo a hablar.

Este se aclara la garganta y se pone de pie.

—Como todos sabéis, Marty Flynn y yo trabajamos en el caso Sandoval juntos. He invitado a la hija de Marty, Nell, a que nos acompañe hoy. Nell trabaja en la Unidad de Análisis de la Conducta del FBI. Somos afortunados de tenerla con nosotros. Sin duda, su experiencia nos será de gran ayuda.

Todas las cabezas se vuelven hacia mi persona y empiezan a escucharse saludos por toda la sala. Asiento brevemente a modo de agradecimiento por la bienvenida y me entretengo con un boli y un papel, fingiendo que tomo notas.

—Seré breve, pues cada minuto cuenta. El cuerpo de Sandoval fue hallado el agosto pasado. Lo único que el agente Flynn y yo logramos sacar en claro del caso fue el nombre de un jardinero, Alfonso Morales. Este vivía justo enfrente de la víctima. También estaba trabajando en el terreno en el que se encontró el cuerpo. — Lee señala hacia un mapa de Long Island donde hay una gran «X» roja dibujada en el centro de la Reserva de Pine Barrens—. Registramos su casa en Brentswood y su vehículo, una camioneta GMC rojo oscuro. En esta hallamos hilo de bramante y arpillera, similares a los que se habían utilizado para envolver el cuerpo de la víctima, así como fibras de arpillera en la alfombra de su casa. Una camioneta que encajaba con la descripción de la suya estaba en el aparcamiento del motel en el que se vio a Ria Sandoval con vida por última vez. Interrogamos al señor Morales en dos ocasiones diferentes. Tenía abrasiones importantes en brazos y piernas, que encajaban con las de un forcejeo. Sin embargo, no logramos obtener suficientes pruebas sólidas como para vincularlo con el asesinato, de modo que tuvimos que dejarlo libre.

Veo cómo Lee dirige la mirada hacia Dorsey. El rostro de este permanece tranquilo e impenetrable. El agente se ruboriza por un segundo y continúa:

—En este nuevo caso, el del cuerpo hallado ayer en el Shinnecock County Park, Morales sigue encabezando la lista de los sospechosos. Trabajaba allí en el momento en que Marques desapareció. También lo hacía en la propiedad que linda con el parque. Como podéis comprobar en todas las muestras recogidas en las pizarras, ambos casos son casi idénticos. Partimos del supuesto de que el mismo asesino es el responsable de los dos asesinatos. Y Morales parece encajar a la perfección.

Un agente en primera fila levanta la mano.

—¿Qué conexión tiene Morales con la segunda víctima?

—No hemos encontrado ninguna conexión directa entre Morales y Adriana Marques. Todavía. La hermana de Adriana, Elena, mencionó que había visto una camioneta granate fuera de su casa durante los días previos a la desaparición de la joven. La descripción coincide con la de la camioneta que conducía el señor Morales, la misma que se vio en el motel la noche de la desaparición de Ria Sandoval.

Me revuelvo incómoda en el asiento. También coincide con la descripción de la camioneta de mi padre, la que llevo conduciendo toda la mañana. La que está estacionada ahora mismo en el aparcamiento del Departamento de Policía.

—También encontramos restos de ceniza de cigarrillo sobre el cadáver de Marques y alrededor de este. Morales es un fumador empedernido, de modo que eso también encaja.

—La forense ha señalado que la persona que disparó a la víctima era alta y zurda —digo—. Morales no encaja en ese perfil.

Si a Lee le ha molestado que haya señalado esta contradicción, no lo demuestra.

—No —admite—. No coincide. Morales mide más o menos un metro setenta. Y es diestro. De modo que cabe otra posibilidad: que estemos buscando a un equipo. El compañero de Morales podría haber disparado a la víctima, y él haberse deshecho de los cuerpos en sus zonas de trabajo.

—¿Alguna idea de cómo o por qué eligió a Marques en concreto?

—Ambas víctimas eran prostitutas y anunciaban sus servicios en internet. Morales podría haber contactado con ambas víctimas de ese modo.

Ron Anastas se aclara la garganta y todos nos giramos hacia él. No lo había visto desde que esparcimos las cenizas de papá por la bahía. Parece agotado: está pálido y sostiene con fuerza una enorme taza de café. Entonces se me pasa por la cabeza que, ahora que mi padre ya no está, Anastas probablemente sea el agente de más edad en Homicidios. Siempre me pareció un hombre muy agradable, pero no especialmente agudo. Aun así, es absolutamente leal a Dorsey. Supongo que eso significa que dirigirá el Departamento de Homicidios en un futuro próximo.

—Esta mañana hemos recibido una llamada de una mujer llamada Sally Hayes —expone—. Hayes trabaja como ama de llaves en casa de James Meachem, el hombre cuya propiedad linda con el parque. Nos hemos puesto en contacto con todas las personas que trabajan allí. Su marido es el portero de la vivienda. Meachem está en el extranjero, y los Hayes se han hospedado en la casa de invitados del señor Meachem

durante el mes pasado, supervisando las reformas de la propiedad. Según afirma la señora Hayes, vio una camioneta roja estacionada en el aparcamiento del Shinnecock County Park hace unas pocas semanas. Era de noche, y no pudo ver quién la conducía, pero está segura de que vio a alguien cavando en las dunas. En su día, no le dio importancia, pues pensó que formaría parte del proyecto de restauración de la Sociedad para la Conservación. Pero cuando ha visto las noticias esta mañana, nos ha llamado de inmediato.

—¿Estaba segura de que la camioneta era roja?

Me muerdo el labio, preguntándome si alguien más pensará lo mismo que yo.

—Sí. Ha dicho que la vio pasar por delante de la verja. Meachem tiene luces de seguridad en el exterior. Pero bueno, era tarde. Más o menos las once, según ha comentado. Una hora un poco extraña para trabajar en la restauración de las dunas. Pensaba pasarme por allí después y mostrarle algunas fotos por si pudiera identificar la camioneta de Morales.

Pienso en el sensor de movimiento de la cámara de seguridad de la verja de Meachem. Podría haber seguido a un coche que pasara, en especial a altas horas de la noche, cuando todo a su alrededor estaba tranquilo. Me pregunto cómo podría hacerme con esas cintas de seguridad. Cómo comprobarlas para asegurarme de que era la camioneta de Morales la que pasó por allí y no la de otra persona. Si era la de mi padre, quiero ser la primera en saberlo.

—Parece que Morales es nuestro hombre —proclama Da Silva.

—Eso creemos. —Lee asiente—. Estamos esperando a que nos expidan la orden. Pero debemos mantener los ojos y los oídos abiertos. Recordad: Morales podría tener un compañero. Los teléfonos no han parado de sonar. Vamos a necesitar que todo el mundo colabore. Bien, eso es todo. Volvamos al trabajo.

Los asistentes se dispersan. Los agentes se dividen en pequeños grupos y comentan entre sí. Lee exhala, como si le aliviase haber terminado.

Un policía joven entra en la sala.

—Jefe —dice, dirigiéndose a Dorsey—. El juez Mahoney acaba de llamar. Tenemos la orden.

—¿Sabemos dónde está Morales? —pregunta Dorsey.

Lee comprueba la hora en su reloj.

—Supongo que estará todavía en Harald Farms. A menos que haya decidido huir. Dorsey nos señala a Lee y a mí.

—Vosotros dos. Vamos, antes de que se nos vuelva a escapar ese tipo.

En Riverhead, Long Island se divide en dos puntas. El río Peconic se ensancha entre ellas. La punta norte, North Fork, es territorio agrícola. Hectáreas de bayas, zinnias, lavanda y viñedos se extienden desde la bahía hasta el estrecho. La mayoría de las poblaciones consisten en una única calle estrecha. El cielo es amplio, y las calles, tranquilas. Es bastante frecuente ver caballos y vacas pastando a tiro de piedra de la carretera. Los graneros están deteriorados y son muy corrientes, todo lo contrario que las haciendas restauradas dignas de revista que se ven en Sagaponack y en Bridgehampton. La pintura se desconcha de la madera. Las tejas se caen de los tejados como dientes viejos. Nadie las reemplaza. Estos graneros me resultan hermosos. Con su decadencia, se van convirtiendo en parte del paisaje; un punto de contacto con un tiempo en el que el condado de Suffolk era algo más que un destino vacacional estival para multimillonarios.

Nada más pasar Riverhead se encuentra Aquebogue, una pequeña aldea conocida por sus bodegas, sus puestos de verduras y poco más. Uno de los puestos más conocidos pertenece al vivero Harald Farms. En otoño está repleto. Las manzanas, el maíz, las calabazas, los pepinos y los tomates se apilan en altas cajas de madera con el logotipo de la empresa. Las cajas se disponen de una forma estética y atractiva, y decoran el puesto con arreglo a la temporada. Ahora, a finales de septiembre, hay espantapájaros por todas partes. Hay manzanas caramelizadas y tarros de mermelada envueltos en celofán que se venden con sobreprecio. Los fines de semana, se ofrecen paseos en carros de heno y laberintos de maizales para entretener a los niños, y hay un pequeño arroyo artificial donde se pueden batear fósiles y piedras preciosas de bolsas ya compradas.

Es la clase de lugar que atrae a los domingueros de South Fork y a los turistas de Nueva York que quieren hacer una escapada. La propia extensión de Harald Farms está convenientemente ubicada a lo largo de la interestatal 495, la arteria central de la isla. Tras el mostrador hay una mujer de pelo cano con un delantal a cuadros y una alegre etiqueta con forma de manzana en la que pone NANETTE. El aroma a donuts de sidra de manzana recién hechos inunda el ambiente. Tras la mujer hay una nevera repleta de queso caro y un expositor de vinos locales de bodegas cercanas.

A causa de la lluvia, el puesto está casi vacío. Está anocheciendo, y la gente empieza a marcharse a casa para resguardarse de la tormenta. Quedan algunos rezagados ultimando sus compras, pero nadie husmea por los puestos. Un hombre con un delantal carga las cajas de verduras para guardarlas en el interior. Otro está bajando los toldos. Una ráfaga de viento atraviesa los lados abiertos del puesto y me quedo congelada. Ojalá llevara botas de agua y un chubasquero en lugar de un chaleco y unas deportivas.

El viento alcanza el cartel que pende del techo y que lee: FESTIVAL DE OTOÑO DE HARALD FARMS, 1 DE OCTUBRE. La mujer del mostrador lanza un grito de consternación al ver cómo el cartel cae flotando, sin vida, al suelo.

Lee y Dorsey corren a ayudarla a recogerlo. Mi teléfono empieza a sonar. Es de la oficina del forense en Hauppauge. Me dirijo detrás del puesto antes de contestar.

—¿Sí? —respondo en voz baja.

—Soy Jamie Milkowski.

—¡Hola! —saludo, sorprendida—. Dígame.

—Tenía razón. Marques estaba embarazada.

—¿En serio? —Se me acelera el pulso—. ¿De cuánto?

—No mucho. Diría que estaba en el primer trimestre. ¿Cree que tiene algo que ver con su asesinato?

—No lo sé. Pero supone un nuevo móvil posible. Su hermana creía que tenía un novio. Alguien rico. Gracias por comprobarlo tan rápido.

—Es mi trabajo. Oiga, entre nosotras, tengo la sensación de que el departamento no está manejando esta investigación demasiado bien. Me refiero a que si se trata de un caso en serie, debería tener acceso a un laboratorio de Criminalística completo.

—Estoy de acuerdo.

—En lugar de eso, estoy solo yo. Y, la verdad, me da la impresión de que a nadie le importa mucho lo que tenga que decir sobre la autopsia.

—No tendrá usted por casualidad acceso a los informes médicos del caso Sandoval, ¿verdad?

—No. Esa es otra. Estas instalaciones son una mierda. Todo se viene abajo. El otoño pasado se inundó el archivo y se destruyeron muchos documentos, incluidos los de Sandoval.

—Qué mala suerte.

—Quiero enviar el cuerpo a Nueva York. Recuerdo que mencionó a Nikki Prentice. ¿Es amiga suya?

—Sí. Una colega de profesión, pero confío en ella. Hemos trabajado en algunos casos. Su juicio es impecable.

—¿Cree que estaría dispuesta a ayudarnos de forma extraoficial?

—¿A qué se refiere con «extraoficial»?

—A que he recibido instrucciones específicas de que nadie de fuera de la Oficina Forense del Condado de Suffolk debe participar en este caso.

—¿Le dijo eso Dorsey?

—Sí. Fue muy tajante. De modo que tendría que ser... algo discreto, por así decirlo.

Por su manera de hablar, con su rígida cadencia académica, casi me hace reír.

—Entiendo. Mire, dele un toque a Nikki. Explíquele la situación. Dígale que es amiga mía y que yo le he recomendado que hable con ella. Es discreta. Si puede ayudar, lo hará.

—De acuerdo. Gracias. Se lo agradezco.

—Manténgame informada.

—Lo mismo digo.

Cuelgo y miro a mi alrededor, para orientarme. Hay un acceso lo bastante amplio como para acomodar a un tractor y un camión de caja plana. Hay tres trabajadores subiendo sacos de turba en la caja plana del camión. Visten jersey y gorra, y no parece afectarles la lluvia.

Me acerco a ellos, lo bastante como para oír lo que se dicen el uno al otro. Están callados casi todo el tiempo, y de vez en cuando se dan alguna instrucción en español. Es un trabajo duro, oigo su respiración agitada por el esfuerzo de levantar los pesados sacos. Ninguno de ellos es Morales. Paso por delante solo para cerciorarme. No se percatan de mi presencia. Con los años, he aprendido que ser una persona menuda y del montón tiene sus ventajas. La gente suele pasarme por alto. Los trabajadores no me miran con recelo, a diferencia de Lee y Dorsey, a quienes solo les falta llevar la placa de policía en la frente. Asienten con gesto educado cuando paso por delante de ellos por segunda vez, y solo me miran un instante mientras me dirijo al final del acceso.

Veo el contorno de algunos camiones aparcados. Conforme me acerco, la lluvia empieza a arreciar. Me encorvo y me llevo las manos a los bolsillos. Tengo los vaqueros pegados a las piernas y las zapatillas empapadas. Los rayos iluminan el cielo seguidos de enormes truenos. La tormenta de la que todo el mundo hablaba ha llegado por fin.

Un grito a mis espaldas atraviesa el aire. Me giro. Un hombre sale corriendo de detrás del puesto hacia el acceso. Lee y Dorsey corren tras él. Sus pies chapotean contra el césped mojado y embarrado. Me apresuro a esconderme detrás del camión más cercano. Me arden los pulmones. Me late el hombro.

«Mierda, Lightman —pienso—. Tenías razón con lo del síndrome de estrés postraumático».

Bajo la cremallera del chaleco y saco el arma. Me resbalo con el barro, me tambaleo y me estabilizo contra el lateral del camión. Parpadeo para quitarme la lluvia de los ojos.

Entonces, lo veo. Un cuerpo emerge de entre los coches. Tiene los brazos extendidos hacia delante. Lleva una pistola en la mano.

Mira hacia atrás, hacia Dorsey y Lee. Podría disparar ahora y derribarlo. Pero no lo hago. En lugar de eso, corro. Tres grandes zancadas. Me oye y se gira, pero es demasiado tarde. Lo he cogido desprevenido. Lo tiro al suelo. Es menudo, no mucho más alto que yo, con una constitución enjuta y fuerte. La pistola se le cae de la mano. Lo mantengo pegado al suelo, con la cara en el barro. Se revuelve y se sacude, pero no tiene nada que hacer. Tengo la rodilla en su espalda y mi arma apunta a su cabeza.

—No te muevas —le digo con los dientes apretados.

—Esa perra —masculla—. Esa zorra.

Vuelve la cabeza lo justo como para que lo vea escupir.

Mantenemos esa posición durante lo que se me antoja una eternidad, él intentando librarse de mí, y yo que no se mueva. Llueve a cántaros. Tengo el pelo pegado a la cara y me resulta difícil ver nada. Por fin, oigo pasos detrás de nosotros.

—¡Joder, Flynn! ¡Buen trabajo! —exclama Lee.

—No me vendría mal algo de ayuda.

Morales se revuelve debajo de mí. Aprieto con más ímpetu en sus costillas. Le cuesta respirar, porque lucha con todas sus fuerzas por librarse del peso de mi cuerpo.

Dorsey se arrodilla a mi lado y lo esposa. Me aparto de él y levanto el rostro hacia la lluvia. Cierro los ojos y me quedo ahí, temblando contra la gravilla. El hombro me duele a más no poder. Y entonces siento las manos de Lee detrás de mí, ayudándome a levantarme.

—¿Estás bien, niña? ¿Seguro que no necesitas que te vea un médico?

No estoy en posición de recordarle a Lee que deje de llamarme «niña». Se ha ofrecido a llevarme a casa y he aceptado. Apenas puedo mantener los ojos abiertos, así que de conducir en estas condiciones ni hablamos. Estoy tirada en el asiento del copiloto. La camioneta de mi padre sigue en el aparcamiento de Harald Farms. Dorsey me prometió que uno de los chicos me la traería. Nadie parece darse cuenta de que encaja con la descripción del vehículo que vieron en el motel en el que Sandoval desapareció, el que Elena Marques vio delante de su casa y el que Sally Hayes, el ama de llaves de James Meachem, recordó haber visto en el Shinnecock County Park aquella noche. O puede que sí se den cuenta. Y esa es la posibilidad que más me asusta de todas.

Se me cierran los ojos. El dolor es insoportable. Me centro en el tamborileo de la lluvia sobre el capó del coche. El dolor me irradia desde el hombro hasta las puntas de los dedos. Me he hecho algo que no puede deshacerse con paracetamol y una bebida. Necesito un médico, y pronto. Pero no ahora. Tengo demasiadas cosas que hacer. He de entrar en el despacho de mi padre. Quiero hablar con Grace Bishop. Y necesito volver a hablar con Milkowski. Cada segundo cuenta.

—Estoy bien —mascullo—. Nada que no arregle un *whisky*.

—Menudo movimiento te has marcado. —Lee niega con la cabeza—. No me puedo creer que ese hijo de puta fuera armado.

—Tal vez solo estuviera asustado.

Lee me lanza una mirada.

—¿Vas de blanda conmigo?

—Blanda no. Solo realista. No tiene papeles. Ya lo han interrogado antes. Probablemente le aterre la policía.

—Debería.

—Todo lo que tenéis contra ese tipo es circunstancial. Tal vez sea suficiente para tener una causa probable. Tal vez. Pero desde luego no va a ser suficiente para convencer a un jurado.

—Trabajaba en los dos escenarios.

—Sí, como un montón de personas más, seguramente.

—Ambos cuerpos estaban envueltos en arpillera, y encontramos el material en su vehículo.

—La misma que tú mismo dijiste que se vende por todo North Fork.

—Fuma.

—Venga ya. ¿Cuántos fumadores crees que hay solo en el condado?

—Vieron su camioneta delante del motel en el que desapareció Sandoval, y de nuevo delante de casa de Marques, y a las tantas de la noche en el Shinnecock County Park.

—No. Vieron una camioneta roja en esos tres lugares. No sabes si fue la de Morales. Estás extrapolando. —El cinturón me aprieta el hombro, de modo que me lo coloco detrás del cuerpo para que al menos no me presione la herida—. En serio, lo más convincente que tenéis contra él es que fuera armado y se resistiese al arresto.

Lee exhala un suspiro de exasperación.

—Anastas va de camino a registrar la casa de Morales. Y Dorsey va a interrogarlo. Conseguiremos lo que necesitamos.

Me revuelvo de nuevo, incapaz de encontrar una posición cómoda. Le doy la espalda a Lee y observo la lluvia por la ventana. El tono definitivo con el que ha pronunciado la última frase me inquieta. Me recuerda a algo que Ann-Marie Marshall escribió en un artículo de opinión hace veinte años: «La policía machacó a Gilroy hasta que consiguió lo que necesitaba».

—Sabes que también hay muchas pruebas que señalan en otra dirección, ¿verdad?

—¿El qué? ¿Lo de la altura?

—Sí, lo de la altura. Milkowski parecía bastante convencida de que la persona que disparó era más alta que Marques. Morales mide lo mismo que yo. También cree que el asesino era zurdo. Por lo que he podido comprobar hoy, no cabe la menor duda de que Morales es diestro. Y piensa en la ropa de su armario. Dudo que Morales pudiera enviarle bolsos de Chanel y zapatos Louboutin a su víctima.

—¿Y eso qué tiene que ver? Lo haría cualquier otro cliente. Eso no significa nada.

—Apostaría a que Morales tampoco envió una limusina a recogerla la noche en que desapareció.

—Eso no lo sabes. Puede que la limusina fuese de Calabrese y que la recogiera con ella en lugar de hacerlo con el Escalade.

—Puede. Pero deberíamos ir a hablar con Calabrese. ¿No te preocupa al menos que un expresidiario use su empresa de limusinas como tapadera para una red de prostitución y que dos de sus chicas hayan acabado muertas? Y luego está James Meachem, que celebra fiestas salvajes con jóvenes *escorts* y que resulta que vive justo al lado de donde se enterró uno de los cuerpos. Tengo la sensación de que hemos levantado una piedra y han salido un montón de bichos rastreros de debajo.

—Todo eso me preocupa. Pero, ahora mismo, Morales es el principal sospechoso de dos asesinatos. Acaba de resistirse a que lo detengan mientras nos apuntaba con lo que seguramente sea una pistola sin licencia. Así que, a título personal, creo que deberíamos centrarnos en él antes de ir a por las redes de prostitución y clientes de dudosa moral. Esperemos a ver qué le saca Dorsey a Morales en el interrogatorio y, a partir de ahí, ya veremos.

Aprieto los dientes y me pregunto por qué está tan decidido en cargarle esto a Morales. Tal vez yo no sea la única que ve a mi padre como un posible sospechoso. La mera idea hace que se me hiele la sangre. ¿Y si Dorsey está tan decidido a cerrar el caso sin implicar a mi padre que es capaz de atribuirle la culpa a un inocente? Eso explicaría por qué se niega a pedir la colaboración de los federales, excepto la mía, que soy la hija de Marty.

—¿Sabes qué? He estado conduciendo una camioneta roja todo el día —digo, incapaz de contenerme—. Una que pertenecía a un tirador experto, alto y zurdo.

«Uno que visitó la casa de Adriana dos semanas antes de su propia muerte. Uno que se casó con una mujer que tenía exactamente el mismo aspecto que las víctimas».

Lee frunce el ceño. Por su expresión, está claro que no se había planteado esta posibilidad.

—¿Qué quieres decir? ¿Que lo hizo tu padre?

—Es posible. Si quieres que te sea sincera, encaja con el perfil de Milkowski mejor que Morales.

—Nell, venga ya. Era policía, por el amor de Dios.

—Tenía muy mal carácter. Tenía un problema con la bebida. Y no sería la primera vez que fuera sospechoso de asesinar a alguien.

Lee emite un sonido exasperado. Cree que estoy haciendo de abogado del diablo, y se le está acabando la paciencia.

—Esto no es la puta Unidad de Análisis de la Conducta. Aquí no nos pasamos meses elaborando perfiles de sujetos desconocidos. Es la División de Homicidios del Departamento de Policía del condado de Suffolk. Tenemos un número limitado de agentes y de recursos. Necesitamos centrarnos en el caso que nos ocupa. Y eso significa que no debemos dar cabida a teorías disparatadas sobre uno de los nuestros.

—Perdóname. Pensaba que de verdad querías resolver estos asesinatos, no solo sacarle a toda costa una confesión a la primera persona de interés policial. ¿No es por eso por lo que estabas tan ansioso por ver el despacho de mi padre?

—Oye, esta noche deberías relajarte, ¿de acuerdo? Descansa un poco. Tómate una copa. Tengo que estar disponible para el interrogatorio. Te mantendré informada.

—¿Por qué me involucraste en el caso si en realidad no te interesaba mi opinión?

Lee detiene el coche en mi camino y para el motor. No responde a mi pregunta.

—¿Te acompaño dentro?

—No es el baile del instituto. Gracias por traerme.

Salgo bajo la lluvia y cierro la puerta del coche con algo más de fuerza de la que pretendía.

Fuera, el cielo está oscuro. La lluvia salada cae en riachuelos de los canalones. La temperatura ha descendido de manera considerable desde esta mañana. Me tiemblan tanto las manos que me cuesta meter la llave en la cerradura. Lee espera, con el motor al ralentí y los faros alumbrando el porche principal, hasta que cierro la puerta al entrar. Entonces sale del acceso con tanta velocidad que las ruedas derrapan en la gravilla. Observo cómo las luces traseras desaparecen a través del cristal.

Enciendo las luces. Nada. Se ha ido la luz.

—Mierda —exclamo en voz alta, y mi voz resuena por el pasillo.

No es raro que haya apagones en Dune Road durante una tormenta. La mayoría de nuestros vecinos tienen instalados generadores de emergencia, pero papá era demasiado rácano como para poner uno. De todos modos, tampoco le molestaba la oscuridad. Hay linternas guardadas por toda la casa. Comida enlatada en la despensa. Y suficiente madera como para encender la chimenea. «Todo irá bien», me digo a mí misma, aunque tengo un nudo en el estómago que me dice lo contrario.

Me pongo a preparar el fuego, colocando primero una capa de papel de periódico seguida de astillas y palitos y, por último, los leños. El salón no tarda en quedar inundado de un crepitante calor y de la luz suficiente como para iluminar la estancia. Una vez en el baño, me despojo de la ropa mojada. No tiene sentido que me dé una ducha; no me calentará. Necesito entrar en el despacho de mi padre. Pienso en ello desde que Elena Marques mencionó su nombre. Me seco con una toalla. Tengo la ropa llena de barro, y el pelo también. La sangre mancha la tela rígida. Me quito el apósito del hombro y siento el escozor del aire frío contra la herida abierta.

Después de cambiarme, busco una linterna grande y un taburete. Mi padre escondía la llave de su despacho en una lata de café en un armario. Lo sé porque, una vez, cuando era adolescente, me pasé dos días registrando la casa sin parar hasta que di con ella. Siempre fui más capaz de lo que él pensaba; más perspicaz y más testaruda. A fin de cuentas, aprendí del mejor.

La llave no tiene ningún distintivo. Simplemente cuelga de una anilla oxidada. Atravieso el salón y la introduzco en la cerradura. Me encojo al empujar la puerta. Incluso ahora, siento que está mal entrar en el despacho de papá. Era su espacio privado, tenía prohibido el paso. Si él estaba dentro y a mí se me ocurría siquiera llamar a la puerta, más me valía tener un buen motivo.

Ahora tengo un buen motivo. No puedo quitarme de la cabeza que la muerte de mi padre está relacionada de una manera inexplicable con estos asesinatos. ¿Y si fue él quien mató a esas chicas? La posibilidad me reconcome por dentro. Tal vez las mató y después se suicidó. O puede que todo esto sea más complicado de lo que

alcanzo a imaginar y que no lo entenderé hasta que no dé un paso atrás y empiece a verlo todo con mayor perspectiva.

El aire del despacho está viciado. El sonido de un goteo emana del techo. Dirijo el haz de la linterna hacia los rincones de la habitación, pero no consigo hallar la fuente de la fuga. La luz ilumina una fotografía enmarcada que hay sobre la mesa de mi padre. Me acerco, la cojo y la examino con detenimiento. Son papá y Glenn Dorsey. Están uno junto al otro en el barco de Dorsey, con la azul extensión del estrecho de Long Island reluciendo al fondo. El cielo está despejado y sereno. Es el final del verano. Están bronceados y sonríen de oreja a oreja. Dorsey lleva unas gafas de sol Oakley. Una gorra de la policía del condado de Suffolk proyecta una sombra sobre el rostro de mi padre.

Juntos, sostienen el cuerpo de una lubina rayada gigante. Recuerdo cuándo la pescaron: con treinta y cinco kilos de peso, era una de las más grandes jamás capturadas en esta región. Salieron en el periódico local. Fue hace unos pocos años, cuando papá y yo pasábamos por una etapa relativamente comunicativa. Se sentía orgulloso de ello, de ellos. Recordó el artículo y me lo envió por correo.

Una lubina rayada es una criatura hermosa, y esta resulta especialmente impresionante, tanto por sus escamas como por sus proporciones. Su cuerpo plateado reluce con el sol de la tarde. Tiene la boca abierta a modo de protesta y el ojo redondo y quieto. Cuando era pequeña, siempre le pedía a mi padre que devolviese los peces que cogíamos al mar. Detestaba ver cómo se retorcían en el barco mientras boqueaban por volver al agua. Odiaba matarlos.

Papá me decía que era cruel pescarlos y liberarlos. Me decía que estaban heridos. Eran bienes dañados. Tendrían problemas para sobrevivir en su hábitat. Me aseguraba que lo mejor era acabar con ellos de forma rápida y limpia. Que era lo más compasivo. Tenía una pequeña porra de madera diseñada para hacerlo. Con ella, golpeaba con fuerza a los peces en el cráneo, justo detrás de los ojos, y los mataba al instante, o al menos los dejaba inconscientes.

Mi madre pensaba que pescar y cazar eran actividades propias de bárbaros. Arrugaba la nariz a modo de protesta cada vez que mi padre sacaba las cañas. Aún me acuerdo de cuando me enseñó a disparar. Discutieron sobre ello en la cocina, y los gritos entrecortados de ella fueron subiendo de tono. Todavía no sé por qué cedió. Papá me llamó, me dijo que me diera prisa y que me espabilara. Bajé corriendo los escalones. Cuando pasé por delante de ella, me abrazó con fuerza y me soltó.

—Ve con tu padre —susurró—. Diviértete.

Me dio una palmadita en la espalda, como si quisiera decir que todo estaba bien. Me volví mientras mi padre sacaba la camioneta del acceso y la busqué a través de la ventana trasera. Nos observaba desde la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios formando una severa línea recta.

Papá y Dorsey eran ávidos cazadores. Disfrutaban de la faceta deportiva de la actividad, de la emoción de la caza, de la victoria de capturar a su presa. Pero

¿cazaban solo peces, ciervos y aves, o habían pasado a presas más grandes? ¿Estaban sacrificando a chicas dañadas, liberándolas de la carga de tener que sobrevivir solas en su hábitat?

Dejo la foto boca abajo en la mesa. No puedo seguir mirándola. Desvío la atención hacia el archivador que hay debajo. Está cerrado con un candado de esos que se abren cuando alineas cuatro números correctamente. Me pongo de rodillas y empiezo a jugar con él. Pruebo varias combinaciones del cumpleaños de mi padre; después del mío. Nada funciona. Cuando, en un último intento, pruebo con el cumpleaños de mi madre, siento que el candado cede en mi mano. Lo abro. Bingo.

Los archivos de mi padre están meticulosamente ordenados, todos etiquetados con su caligrafía de imprenta precisa hasta extremos obsesivos. Los hojeo y paso uno etiquetado como TESTAMENTO y otro que lee EXTRACTOS BANCARIOS. Me detengo cuando veo una carpeta tipo acordeón etiquetada como GC SERVICIOS DE LIMUSINA.

La extraigo. Pesa más que el resto. Cuando la abro, una fotografía se escurre y revolotea hasta el suelo. La recojo, la miro, y la bilis asciende hasta mi garganta. Es una foto de Adriana Marques.

Está hecha desde cierta distancia con un teleobjetivo. La joven está entrando en lo que parece ser un almacén. Va vestida para una fiesta, con un vestido azul ceñido que se entrecruza sobre su cuerpo como si fuera un vendaje y tacones de aguja, y lleva una cruz dorada y grande en el hueco de debajo del cuello. Tiene los labios pintados de un tono rojo oscuro. Se ha girado para mirar y tiene el ceño fruncido. Sabe que alguien la vigila. Le doy la vuelta a la fotografía. En el dorso, mi padre ha escrito: «A. Marques, 18, entrando en GC Servicios de limusina el 29/08/18». Dos días antes de que Adriana desapareciera.

Abro del todo el archivador. En el fondo hay un teléfono desechable. Quiero creer que es el que he estado buscando; el que papá se llevó de la habitación de Adriana justo después de que se denunciase su desaparición. Junto a este, hay una cruz de oro, idéntica a la que la chica llevaba en la fotografía.

Me pongo de pie de golpe y me mareo. Cierro los ojos e intento mantener el equilibrio. No me encuentro bien. Me cuesta mantenerme derecha. El cuerpo me suplica que descanse. «Tengo que seguir», me digo a mí misma. Si me tumbo ahora, es posible que no vuelva a levantarme jamás.

«¿Por qué tenía él su collar?».

Cuando abro los ojos, reparo en el mapa grande de Long Island. Ocupa toda la pared del despacho. Es nuevo o, al menos, no estaba ahí cuando yo era pequeña. Me pregunto para qué lo pondría. Camino hacia él y busco alguna marca. Tal vez las ubicaciones de los cuerpos tuvieran algún tipo de significado. Observo durante un momento el Sears Bellows County Park, donde papá y yo acampamos la noche en que asesinaron a mi madre. Analizo la pequeña extensión verde y me obligo a apartar la mirada.

Por primera vez, caigo en la cuenta de que Long Island tiene la forma de un cuerpo. Me pregunto cómo es posible que no me haya fijado antes. Ahora lo veo clarísimo: parece una mujer flotando sin vida en el agua. Brooklyn es la cabeza. Tiene el rostro hacia abajo, hacia el océano. La bahía de Smithtown descansa en la parte inferior de la espalda. Las piernas son las puntas norte y sur de la isla, que se separan en Riverhead. Entre ellas fluye la bahía de Peconic, donde Dorsey y papá me llevaban de paseo en barco cuando era pequeña.

Nos llevábamos la comida en una nevera portátil, unos bocadillos y zumo y cerveza, y zarpábamos en el bote de Dorsey, el mismo con el que fuimos a esparcir las cenizas de mi padre. Se llama *Bout Time*, que significa «ya era hora»; un nombre irónico, ahora que lo pienso. Todavía recuerdo cómo el agua salada me salpicaba en la cara, y el modo en que Dorsey me sonreía cuando me subía en su regazo y fingía llevar el timón. Lo agarraba con fuerza y, por unos instantes, él lo soltaba y yo me sentía libre.

Me acerco al mapa y observo la reserva de Pine Barrens. Dirijo los ojos al sur, al Shinnecock County Park, y después asciendo de nuevo al Sears Bellows County Park. El lugar en el que acampábamos cuando asesinaron a mi madre.

Tres parques estatales. Todos verdes, todos salvajes, todos a escasa distancia de esta casa.

Me siento en el suelo. Unas imágenes del fin de semana en que mataron a mi madre me vienen a la mente como si fueran instantáneas. Están desperdigadas, desordenadas. Los detalles cambian. A veces recuerdo que estaba lloviendo cuando llegamos; otras, creo que la lluvia empezó después, cuando ya estábamos dentro de la tienda. En mis sueños, mi padre siempre va vestido de verde militar; pero, después, vi una foto de los dos mientras metíamos las cosas en el coche y llevaba puesta una chaqueta azul. En mi línea de trabajo aprendes pronto que los recuerdos, sobre todo los traumáticos, son volátiles. Cuanto más convives con ellos, más falibles son.

Caminamos durante casi una hora hasta llegar al sitio en el que íbamos a montar la tienda para pasar la noche. Lloviznaba y hacía frío. Pasamos por otros lugares donde habría sido fácil parar, pero mi padre seguía marchando como si un sargento instructor le estuviera pisando los talones. Sabía que no debía quejarme ni cuestionar sus decisiones. Para seguirle el ritmo, tenía que trotar. Mis pequeñas piernas tenían que moverse el doble de rápido que las suyas para ir a su paso.

Tropecé con la rama de un árbol y se detuvo. Me dolía la rodilla y me la agarré, esforzándome por contener las lágrimas. Bajo mis dedos, la sangre empezó a emerger por donde me había cortado la piel.

—¿Estás bien? —preguntó papá, arrodillado junto a mí.

Se inclinó y me besó la rodilla, un acto excepcional de afecto físico.

—Estoy bien. ¿Adónde vamos?

—Hay un estanque a unos minutos en esa dirección. Creo que te gustará. Si estás cansada, podemos volver. Depende de ti.

—¿Cuánto falta?

Papá se giró y señaló algo al borde del sendero.

—¿Ves eso? —me preguntó—. Se llama «túmulo». Ayuda a los excursionistas a encontrar el camino. Eso significa que ya casi hemos llegado.

Asentí y me puse de pie.

—Vale —dije—. Vamos.

El túmulo.

Me tiembla todo el cuerpo. Recojo las piernas entre los brazos y empiezo a mecarme. Ahora sé por qué el túmulo que hallamos junto a la tumba de Adriana me llamó tanto la atención. Removió este viejo recuerdo, que ya había enterrado en lo más profundo de mi mente. También había un túmulo cerca del lugar en el que encontraron a Ria. Tal vez sea solo una casualidad. O tal vez sea una prueba más de que lo que he empezado a sospechar es cierto: mi padre mató a ambas chicas.

Y podría haber matado también a mi madre.

En la pared situada frente al mapa, hay una pizarra blanca grande, como la de la sala de incidentes de la jefatura de policía. Me levanto y hurgo en el cajón del escritorio hasta que encuentro un rotulador. Con él, empiezo a escribir en la parte superior.

- James Meachem
- Alfonso Morales
- Giovanni Calabrese
- Glenn Dorsey

Al final de la lista, añado:

- Martin Flynn

En el centro de la pizarra, escribo los nombres de las dos víctimas. Trazo una línea entre Meachem y Morales. Otra entre Dorsey y Flynn. Giovanni Calabrese tiene conexión con ambas víctimas. Morales tiene conexión tanto con Sandoval como con Meachem. Mi padre tiene conexión con Adriana Marques, con Glenn Dorsey y, posiblemente, con Calabrese, aunque no tengo pruebas de ello todavía.

Cojo la foto de Adriana y la pego en la pizarra. Una prueba irrefutable. Junto a esta, coloco la Polaroid. Extraigo la cruz de oro y la examino haciéndola girar entre mis manos. Es un objeto muy íntimo. Me pregunto si se lo regalaría alguien. ¿Era algo que llevaba a diario o solo en ocasiones especiales? ¿La protegía? ¿Le traía suerte?

La cuelgo en una esquina de la pizarra de manera que caiga sobre la fotografía en la que la estaba llevando. Me preocupa el hecho de que mi padre la tuviera. Si solo la estaba observando de lejos, ¿cómo acabó en sus manos? Retrocedo con el ceño fruncido. Hay demasiadas piezas, y ninguna parece encajar. La pizarra parece una telaraña que conecta a los residentes más ricos del condado de Suffolk con los más pobres. Tal vez las líneas no signifiquen nada. Tal vez Morales mató a las dos chicas y las enterró en terrenos de la Sociedad para la Conservación. Pero entonces, ¿por qué seguía mi padre a Adriana Marques? ¿Por qué tiene Dorsey tanta prisa por atribuirle los asesinatos a Morales, cuando hay más hechos que señalan en otra dirección que los que señalan hacia él? ¿Y por qué nadie ha considerado a Calabrese como sospechoso?

Cojo el teléfono y marco el número de mi vieja amiga Sarah Patel. Necesito refuerzos de la Agencia. Podría llamar a Lightman, pero seguramente se cabrearía. Sarah siempre ha sido una especie de renegada, y con el Cuerpo Especial Contra la Trata de Seres Humanos bajo su mando, podrá tener a un equipo montado y en marcha en cuestión de horas.

—¡Nell! —dice, y parece gratamente sorprendida—. Cuánto tiempo. ¿Cómo estás?

—Bien... Mira, a tomar por el culo. Estoy hecha un asco.

De fondo se escucha gente hablando y el ruido de un bajo. Me pregunto si estará en algún restaurante o en una fiesta. De repente, me avergüenzo de mi franqueza. Para alguien que suele mostrarse reservada hasta el punto del aislamiento social, he abierto mucho mi alma desde que llegué al condado de Suffolk.

—Lo siento. ¿Te pilló en buen momento? Sé que te he llamado sin avisar.

—Claro que sí. Me alegra oír tu voz. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—En Long Island.

—¿Y eso?

—Mi padre ha muerto. En un accidente de moto.

—Vaya, Nell. Lo siento mucho. —Suaviza la voz.

El ruido de fondo a su lado del teléfono se va apagando y entonces escucho el sonido de una puerta que se cierra.

—Era policía, ¿verdad?

—Sí. Estaba en Homicidios. Trabajaba en un caso cuando murió. Un caso importante. Y por eso te llamaba. Quiero cerrarlo, pero necesito ayuda.

—¿Qué puedo hacer?

—El verano pasado, unos excursionistas hallaron el cuerpo de una chica de diecisiete años a la que habían disparado y descuartizado. Estaba en un parque público. Se llamaba Ria Sandoval. Era de El Salvador, pero se crio en Brentwood. Ese era el caso de mi padre. No llegó a cerrarlo. Ayer apareció otra víctima. De perfil similar. Una chica mexicana de Riverhead. La mataron de un tiro y la descuartizaron. Alguien la enterró en las dunas del Shinnecock County Park.

—Ay, no me digas. Creo que acabo de verlo en las noticias. Han detenido a un tipo, ¿no?

—Sí, a un salvadoreño. Un jardinero local. Sin papeles.

—No te encaja.

—Las dos chicas eran trabajadoras sexuales. Usaban el mismo chófer, un exconvicto llamado Giovanni Calabrese. Creo que formaban parte de una red de prostitución con una clientela de alto *standing*.

—Parece justo mi especialidad.

—El segundo cuerpo estaba a tiro de piedra de la casa de un multimillonario. Un tal James Meachem. Sé que es mucho pedir, pero...

—Uh, conozco a Meachem.

—¿En serio? —Exhalo y siento cómo me invade la emoción.

—Sé que es un depredador. Le gustan las chicas jóvenes. Le gusta ofrecerles chicas jóvenes a sus amigos. Y ellos se lo pagan en especie.

—¿Protegiéndolo?

—No solo lo protegen. También invierten en su fondo. Le hacen favores. Meachem salió de la nada. Creció en el Bronx. Dejó la universidad sin graduarse. Y ahora tiene miles de millones de dólares. Nadie sabe cómo llegó a donde está ni por qué toda esa gente poderosa le confía su dinero. Pero siempre he sospechado que es porque tiene suficiente mierda contra ellos como para obligarlos a que vuelvan a recurrir a sus servicios. Su fondo se alimenta de extorsiones, pero a un nivel considerablemente alto.

—Su vecina de aquí me dijo que tiene a algunos policías comprados.

—Seguro. Y no solo a policías. A jueces, senadores... Durante un tiempo estuvimos siguiendo una historia en la que estaban implicados tanto él como el vicepresidente.

—No me digas. ¿Qué historia?

—Verás, al parecer, Meachem tiene cámaras instaladas en los dormitorios de su vivienda en Palm Beach. Según una chica con la que hablamos, obra en su poder una cinta del vicepresidente con una sin papeles nicaragüense de quince años. No es una muy buena imagen para un vicepresidente ultraconservador, ultrarreligioso y felizmente casado.

—¿Habéis visto la cinta?

—No. Lo intentamos, créeme. Pero hemos hablado con otras chicas que han estado en su casa. Todas saben que se las está grabando. Una de ellas identificó a varios hombres que, según decía, frecuentaban las fiestas de Meachem. Nos proporcionó datos detallados y convincentes; nombró a varios altos cargos políticos, incluido el vicepresidente. Empezamos a construir un caso en torno a ella. Y entonces, desapareció.

—¿Desapareció?

—Sí. Sin dejar rastro.

—¿Crees que la asesinaron?

—La verdad es que sí. Si Meachem descubrió que cooperaba con nosotros, seguro que tuvo motivos para deshacerse de ella. Igual que muchos otros. Pero sin un cuerpo...

Deja la frase inconclusa, y casi puedo oír cómo se encoge de hombros.

—¿Y qué pasó con la investigación?

—Después de eso, se vino abajo. Tuvimos que pasar a otros traficantes igual de asquerosos. Por desgracia, esta chusma no escasea. Lo que sí que escasea es mi personal, de modo que en mi equipo hacemos lo que podemos. Ojalá pudiese haber hecho más. Tal vez algún día.

—¿Podrías buscar los expedientes de todas las mujeres a quienes se ha encontrado muertas en la región de Palm Beach en los últimos años y comprobar si a alguna la mataron de un disparo, la descuartizaron y la envolvieron en arpillera? Si Meachem le está pagando a alguien para que asesine a las chicas que han trabajado para él, no se conformará con las del condado de Suffolk.

Sarah hace una pausa.

—Lo haré. Pero, Nell, no creo que Meachem sea tu hombre en este caso. Creo que es un auténtico cerdo, no me malinterpretes. Y perfectamente capaz de perpetrar un asesinato. Pero lo de enterrar a una chica cerca de su propio jardín parece una estupidez muy grande, y Meachem no es estúpido.

—Igual se asustó —sugiero—. Tal vez ella intentó chantajearlo y él saltó.

—¿Y por qué no la tiró al mar con un bloque de hormigón atado al tobillo?

—Ya. Joder. Tienes razón. No tiene sentido.

—¿Estás completamente segura de que las dos víctimas tenían contacto con Meachem?

—Bueno, sospecho que sí. Pero no puedo probarlo.

—Pues ponte con ello. Cuando tengas pruebas de que esa red existe y de que Meachem es un cliente habitual, será mucho más fácil construir un caso contra él.

—Está involucrado, Sarah. Lo sé. Tengo que averiguar si está sobornando a los polis del condado de Suffolk. Su vecina sugirió que sí. De ser cierto, eso explicaría por qué nadie hizo nada por investigar la muerte de Sandoval.

—¿Estamos hablando de la policía del condado de Suffolk?

—Sí.

—Tu padre era policía del condado de Suffolk.

—Correcto.

—Entonces, ¿hablamos de los amigos de tu padre? ¿De hombres con los que te criaste?

Casi agrego: «Y de mi padre también», pero me detengo.

—Sí.

—¿Seguro que quieres meterte en semejante follón?

—Sí. Tengo que hacerlo. Necesito saber.

Tras una pausa, Sarah dice:

—Estamos vigilando a Meachem aquí. Estamos esperando a que la cague. Tendrá el castigo que merece. Tienes mi palabra.

—No es solo por Meachem. Es por Adriana, y por Ria. Son chicas como nosotras, Sarah. Quiero que la gente conozca sus nombres. Quiero saber quién las mató. Se merecen eso al menos.

—¿Sabe Lightman que estás haciendo esto?

—No. No puedo pedirle a la Agencia que venga oficialmente. No sin el permiso de la policía de Suffolk. Por eso te estoy llamando.

Decido omitir que estoy técnicamente de baja médica y que Lightman me mataría si supiera lo que estoy haciendo.

—Bien —dice, aunque detecto cierta reticencia en su voz.

Cree que nos estamos metiendo en asuntos turbios, y no se equivoca.

—Empecemos por el tipo que crees que dirige esta red.

—Giovanni Calabrese. Lleva una empresa de limusinas en Wyandanch llamada GC Servicio de limusinas. Llevaba a las dos víctimas a donde tuvieran que ir.

—Si alguien está sobornando a la policía, probablemente sea él.

—Necesitamos encontrar el modo de infiltrarnos en sus operaciones.

—¿Conocemos a alguna otra chica que esté metida en la red, aparte de las dos víctimas?

Tardo un momento, pero entonces me acuerdo.

—Hay una. Ria Sandoval, la primera víctima, tenía una amiga llamada Luz Molina. Ella también trabajaba para Calabrese.

—Pues ve a buscarla. Podría ser nuestra vía de entrada.

—Puede que esté demasiado asustada como para ayudarnos.

—Debería estarlo. Si alguien está matando a las chicas de Calabrese, ella podría ser la siguiente.

—Me pongo con ello —afirmo, dirigiéndome ya hacia la puerta.

—Oye, Nell.

—Dime.

—Ten cuidado. Ándate con ojo. Meachem es inteligente y peligroso. Mantente en contacto conmigo. No quiero que tú también desaparezcas.

—Sé defenderme.

—Sé que sabes. Pero Meachem tiene todo un ejército a su disposición. Y tú estás sola.

—Ya no. Te tengo a ti.

La lluvia cae oblicua al otro lado de las puertas de cristal. Las ventanas repiquetean sin cesar. Estoy en la habitación, tratando de ponerme un jersey con el hombro herido, cuando escucho el sonido de las ruedas sobre la gravilla. Me asomo a la calle; un coche patrulla de la policía del condado de Suffolk ha estacionado en mi acceso. Tras este se encuentra la camioneta roja de mi padre. Se apagan los faros. El conductor sale del asiento delantero. Lleva un chubasquero con el cuello levantado y con capucha. Mira hacia la ventana. Es Ron Anastas. Inhalo súbitamente y me agacho bajo el alféizar. El corazón me late como un reloj al que le han dado demasiada cuerda. La cortina que tengo al lado se mueve. Me pregunto si me habrá visto. Suena el timbre. Cierro los ojos, rogando para que se marche. La puerta no está cerrada con llave. Podría limitarse a abrirla y entrar. Él está con un compañero; yo, sola. Deslizo la mano lentamente hacia mi arma. Vuelvo la cabeza y presto atención.

Nada. Al final, oigo el crujido de unas pisadas y una puerta de coche que se cierra. El coche patrulla se aleja de la casa y su sonido se desvanece entre el fuerte golpeteo de la lluvia en el tejado. Pasa un minuto, y luego dos. Un trueno retumba a lo lejos. Me levanto y observo la lluvia. Exhalo, aliviada. Se han ido, por ahora.

Dune Road, situada entre la bahía y el mar, suele inundarse durante las tormentas. Supongo que lo hará pronto, y, si sucede, me quedaré aquí atrapada hasta que pase el temporal. No puedo permitirme esperar. Bajo corriendo las escaleras y cojo de la mesa la fotografía de mi padre con Dorsey. Encuentro su chubasquero en el armario perchero del recibidor. Es tan grande que me llega casi hasta las rodillas. Se me hace raro llevar su ropa y conducir su coche mientras lo investigo. Pero no tengo elección. Necesito saber quién era mi padre. Me coloco la capucha y salgo a la tormenta.

Las llaves de la camioneta están en el asiento del conductor. Me meto en ella y arranco. En cuanto salgo del acceso, veo que los laterales de Dune Road se están llenando de agua. En algunas zonas, las ruedas están casi sumergidas. La bahía se acerca. Un coche patrulla pasa de largo cuando giro hacia el puente. Va en la dirección opuesta. Siento un escalofrío de malestar, la necesidad de esconderme tras el volante. Ya no hay vuelta atrás.

El establecimiento de Hank O’Gorman tiene nombre, el Marina Bar & Grill, pero nadie lo llama nunca así. La gente dice simplemente «donde Hank O’Gorman», o «donde Hank». Se anuncia así: un bar y una parrilla, nada más y nada menos. Con serrín en el suelo y una vieja mesa de billar al fondo, que todo el mundo sabe que está ligeramente ladeada a la izquierda. Hay una diana llena de agujeros y una gramola con canciones de *rock* clásico, principalmente de Lynyrd Skynyrd y AC/DC. Si hay algo que atraiga a la gente a donde Hank es el propio Hank. Policía retirado, es un grandullón con barba, con un flamante pelo rojo y un brazo tatuado por completo. Es

difícil no verlo. Seis noches de cada siete, agita bebidas tras la barra y, con frecuencia, deja que sus chicos del Departamento de Policía del condado de Suffolk beban gratis. Nunca he visto a nadie que no sea de la localidad entre su clientela, y creo que Hank lo prefiere así. No hay ningún cartel que anuncie el Marina Bar & Grill en la carretera; ni siquiera hay uno sobre la puerta. Si no supiera que está ahí, pensaría que se trata de una vieja cabaña que forma parte del establecimiento, sin más.

Hay un par de coches en el aparcamiento. Las luces están encendidas. Oigo el débil pulso de la música del interior. Cuando entro, unas campanas suenan en lo alto anunciando mi entrada a la sala prácticamente vacía. El viento sopla a mis espaldas. Me paso una mano por el pelo para sacudirme la lluvia.

Hay un hombre solo en la barra, inclinado sobre un vaso de *whisky*. Al fondo, hay una pareja acurrucada en una de las mesas apartadas. En la televisión, en una esquina, están dando las noticias locales. Una tormenta se dirige con fuerza hacia la costa de Long Island. En un rincón de la pantalla, parpadean unas estadísticas. La lluvia que se espera. Las velocidades del viento. Los cierres de las playas.

—Los efectos de la tormenta se verán especialmente en el condado de Suffolk —pronostica el hombre del tiempo—. Todos aquellos que vivan en la zona del litoral deberían prepararse para una posible evacuación.

Hank emerge de la cocina. Está tal como lo recordaba. Por su tamaño, podría resultar intimidante, pero hay algo amable en él. Lleva un delantal sobre una camisa de cuadros en el que pone: «Besa al cocinero» en la parte delantera. Al verme, se le ilumina el rostro con una gran sonrisa que revela el hueco que hay entre sus incisivos superiores. Se inclina por encima de la barra para darme un aparatoso abrazo y me propina unas palmadas en la espalda con su garra de oso.

—Nell Flynn. Esperaba poder verte. Dorsey me dijo que habías venido.

—Me alegro de verte, Hank. Llevo tiempo queriendo pasarme.

—Siento lo de tu padre. Echo de menos verlo por aquí.

—Gracias. Este era su sitio favorito.

—Sí, lo sé.

Hank aprieta los labios, como si quisiera decir algo más. No le he preguntado nunca a Dorsey de dónde venía exactamente mi padre la noche en que murió. Daba por hecho que de aquí, de beber en el bar de Hank como hacía casi todas las noches. Pero eso no importa. No quiero que Hank crea que lo culpo de su muerte. Si él no le hubiese servido esa noche, mi padre habría encontrado alcohol en cualquier otro lugar. El alcohol siempre se las apañaba para encontrarlo a él. De todos modos, estoy empezando a preguntarme si su alcoholismo tuvo realmente algo que ver con el accidente. Podría haber sido el acto intencionado de un hombre con mala conciencia.

—Fuiste un buen amigo para él, Hank. Y te lo agradezco.

—Estuvo aquí la noche en que murió. ¿Te lo ha contado Dorsey?

—No le pregunté. Fue solo un accidente. Las ruedas estaban gastadas. Las carreteras estaban mojadas.

—No bebió. Bueno, no bebió nada más que Coca-Cola. Había quedado con DaSilva aquí, pero este no se presentó, así que tu padre se quedó a ver el partido conmigo. En fin, quería que lo supieras. Lo había dejado. Y se lo estaba tomando muy en serio.

Eso me pilló por sorpresa.

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

Se encoge de hombros.

—Desde hace unos meses. ¿No te lo dijo? Lo dejó de golpe. Venía y se tomaba una Coca-Cola en la barra. Creo que le gustaba estar rodeado de gente en lugar de estar solo en una casa vacía. Pensaba que lo había hecho por influencia tuya.

—No. Nunca hablábamos sobre la bebida.

—Pues creo que algo tenías que ver en ello. Una vez me dijo que quería dejarlo por ti. Me sentí muy orgulloso de él cuando por fin lo hizo.

—He oído rumores de que salía con alguien. Con una mujer llamada María. ¿La trajo alguna vez?

Hank enarca las cejas.

—No. ¿Quién te dijo eso?

—Un viejo amigo.

—Tu padre pasaba aquí casi todas las noches. Solo o con los chicos del departamento. Si tenía alguna novia, no llegué a verla.

—Tranquilo. Solo preguntaba por si acaso.

—¿Qué te pongo? Invita la casa.

Lo pienso un poco. Pedir una copa después de haber estado hablando sobre la sobriedad de mi padre parece un poco fuera de lugar, pero he tenido un día de perros. Me duele el hombro y aún tengo los nervios a flor de piel.

—Un Macallan solo —digo, y saco la cartera—. Y, por favor, cóbramelo. Bastante te deben ya.

Hank lo rechaza.

—Aquí no queremos tu dinero.

Se pasea por la barra para llenar la copa del otro cliente. Mientras espero mi *whisky*, echo un vistazo a mi alrededor. No hay señales de Luz. Parece que Hank está trabajando solo esta noche, cosa bastante lógica teniendo en cuenta el tiempo que hace.

Oigo el viento ulular en el exterior. Ha alcanzado una velocidad preocupante. Me sorprende que este lugar siga abierto. Aunque, bueno, Hank vive en un apartamento justo arriba, así que no es que tenga que irse muy lejos cuando decida cerrar. Y, al menos, de momento, aún hay luz.

La televisión pasa del tiempo a las noticias locales. Me incorporo al ver las imágenes de Alfonso Morales al salir esposado del coche patrulla de Dorsey. Lleva la

cabeza gacha, hundida en el cuello del abrigo, protegiéndose el rostro de la cámara.

—Esta tarde, los miembros del Departamento de Policía del condado de Suffolk llevaron a cabo una asombrosa detención en los viveros de Harald Farms, en Aquebogue —dice el reportero—. Alfonso Morales, un empleado de los viveros, huía de los agentes y los apuntaba con un arma. Una residente local, Mary Cassevetes, lo grabó todo con su teléfono.

La pantalla pasa a mostrar la grabación temblorosa y ampliada de Morales corriendo por un campo tras el puesto de productos agrícolas. Me alarmo al verme aparecer a mí misma a lo lejos, agazapada detrás de un camión en el aparcamiento. Estoy oculta entre las sombras. Nadie podría identificarme. Aun así, ahí estoy, en las noticias locales. Me horroriza imaginar la reacción de Lightman si se entera. Casi puedo oír cómo me grita por teléfono: «¿Qué haces ahí jugando a polis y cacos en un vivero local? ¡Estás en la puta televisión! Ya puestos, ¿por qué no le mandas a Dmitri Novak una maldita postal de Navidad con tu dirección en el remite?».

Justo antes de derribar a Morales, la grabación se corta. El reportero aparece en la pantalla de nuevo.

—Lo que acaban de ver son imágenes reales grabadas esta tarde en los viveros de Harald Farms, en Aquebogue, donde la policía ha detenido a un sospechoso armado, un hombre a quien buscaban por su relación con los asesinatos de dos mujeres jóvenes aquí, en el condado de Suffolk.

Ahí está. Los medios de comunicación han vinculado los dos crímenes. Ria Sandoval ya no es un caso que resolver. Es una víctima en una serie de asesinatos.

Hank reaparece con mi Macallan.

—Menuda historia, ¿eh? —Señala con un gesto a la televisión—. ¿Te habías enterado? Ayer por la mañana encontraron a una chica enterrada en el Shinnecock County Park. Estaba completamente descuartizada. Supongo que han cogido al tipo.

—De hecho, por eso he venido.

Hank levanta las cejas.

—¿Ah, sí?

—Estoy colaborando con Dorsey como asesora en el caso. Papá trabajaba en él cuando murió.

—Parece que lo están resolviendo.

—Hubo un caso el verano pasado. Una chica enterrada en Pine Barrens. Se llamaba Ria Sandoval.

—Sí, la recuerdo. Su amiga trabaja aquí. Luz Molina.

—Al parecer, podría tratarse del mismo tipo.

—Uy, mierda. —Hank niega con la cabeza—. Luz me ha pedido salir antes hoy. He sido un capullo con ella al respecto. No sabía lo que estaba pasando.

—¿A qué hora se ha ido?

—Diría que a eso de las cuatro. Entra al mediodía, y se supone que tiene que quedarse hasta el cierre.

—Si te sirve de consuelo, no creo que se haya marchado por lo de Morales. No lo han detenido hasta después de las cinco. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Cosa de un año. Es una buena chica. Muy trabajadora. No debería haberme puesto así porque se fuera antes. Siempre cumple. Es que estaba de mala leche por la tormenta.

—¿Dices que lleva un año aquí? Entonces, empezaría a trabajar justo después de que se encontrase el cuerpo de Ria.

—Sí.

Hank mira hacia la barra. El hombre que hay al otro extremo parece medio dormido. Está desplomado sobre su bebida, con la cabeza encima de las manos. Hank baja la voz.

—Entre tú y yo, Dorsey me pidió que la contratara. Pillaron a Luz trabajando como chica de compañía y, después de todo lo de su amiga, estaba aterrorizada. Dorsey se compadeció de ella. Me preguntó si podía hacerle el favor de darle algo de trabajo. En fin, bajo mano. La pobre necesitaba el dinero.

—¿Qué hace para ti?

—Limpia, sirve... La semana pasada colocó todas las contraventanas antes de que llegara la tormenta. Cualquier cosa que le pida, básicamente.

—¿De qué conoce a Dorsey?

—Supongo que de la investigación. Un momento, ¿ese tipo no era el que vivía enfrente de ella? ¿El jardinero? Dorsey me habló de él. Recuerdo que me enseñó una foto suya y me dijo que estuviese alerta por si lo veía.

—Sí. Alfonso Morales.

—Maldita sea. Ese animal. Si lo hubiesen trincado el verano pasado, esa chica seguiría viva. —Hace una pausa, y sus mejillas se tornan de un tono rojo más vivo—. No pretendo ofenderte. Seguro que tu padre hizo todo lo que pudo por coger a ese tío.

—Tranquilo. Oye, ¿sabes dónde puedo encontrar a Luz? Me gustaría hablar con ella.

—Claro. Tengo sus datos por alguna parte. —Me rellena la copa—. La cosa se está poniendo fea ahí fuera. Yo que tú me quedaría un rato. No tiene sentido conducir en estas condiciones. Y definitivamente, no hacia Brentwood. Ese lugar no es seguro cuando anochece.

Salgo del establecimiento de Hank y voy directa a Brentwood. Hay dos coches de policía aparcados fuera del domicilio de Morales. Las luces rojas parpadeantes me ponen nerviosa. Oculto el rostro todo lo que puedo bajo la capucha del chubasquero y corro por el sendero hasta el portal de Luz.

Ella está ahí, en la ventana, observando a la policía, observándome a mí. Llamo al timbre y espero. Desaparece de mi vista. Durante un minuto, nada. Pero entonces oigo pasos y los cerrojos abriéndose. Entreabre la puerta. Una ráfaga de viento le aparta el pelo de la cara. Está descalza, y lleva puestos solo los pantalones de un pijama y un jersey rosa claro. Cruza los brazos sobre el pecho y se encoge a causa del frío. Parece muy joven. Como una niña asustada con los ojos muy abiertos. Dentro, en una habitación oscura, hay un bebé llorando.

—¿Eres Luz? —pregunto.

Ella asiente en silencio.

—Soy Nell Flynn. Trabajo para el FBI. Esperaba poder hacerte algunas preguntas sobre tu amiga, Ria Sandoval.

Le muestro mi identificación. Ella la analiza y mira por encima de mi hombro, hacia la casa de Morales.

—¿Lo han detenido?

—Sí. Hace unas horas.

Se muerde el labio, planteándose si dejarme entrar o no.

—Entonces, ¿para qué quiere hablar conmigo?

La lluvia cae en cascada sobre mi capucha, desciende por su resbaladiza superficie y se acumula en el agrietado cemento bajo mis pies. Tiemblo de frío. Me duele el hombro. Luz sigue sin moverse tras la puerta. Parece recelar de mí, y más aún de la policía. Yo también estoy empezando a sentirme así.

—Estamos investigando un caso de asesinatos en serie —le explico—. No se trata solo de Ria. Ayer apareció otro cuerpo en el Shinnecock County Park.

—Lo he oído.

—Una chica llamada Adriana Marques. Morales es sospechoso de los dos asesinatos. La policía lo está interrogando en estos momentos.

Ria abre unos ojos como platos y se queda blanca como la cal.

—¿Adriana? ¿La chica de Riverhead?

—¿La conocías?

—No puede ser... —susurra.

—Lo siento mucho. No sabía que las conocieras a las dos.

—¿Creen que fue él quien mató a Adriana también?

—Esa es la teoría. Nos sería de gran utilidad que me permitieras hacerte unas preguntas sobre Ria. Estoy tratando de averiguar qué conexión existe entre los dos casos.

La joven me mira, con los ojos encendidos de temor.

—¿Cómo murió? ¿Fue igual que Ria?

—Parecido.

Se dobla por la cintura. Por un instante creo que va a vomitar. Cierra los ojos y se tapa la boca con la mano.

Miro de reojo hacia los coches patrulla que hay al otro lado de la calle. Dos hombres con chalecos de la policía de Suffolk salen de casa de Morales. Vuelvo a girarme, esperando que no me hayan visto.

—¿Te importa que pase?

Luz abre los ojos.

—Ha dicho que está con el FBI, no con la policía. No quiero volver a hablar con la policía.

—No tienes por qué hacerlo. Todo lo que me digas quedará entre nosotras.

—Si le cuento algo importante, algo útil sobre Ria y Adriana, ¿nos ayudará a mi hermano y a mí a salir de aquí?

—¿Adónde queréis ir?

—A cualquier parte. Lejos de aquí. Lejos de esta isla. A algún lugar seguro. No puedo hablar con usted a menos que me prometa que estaremos bien después.

Me mira con los ojos muy abiertos, suplicantes.

—De acuerdo —digo lentamente—. Haré todo lo que pueda para asegurarme de que tu hermano y tú estaréis a salvo.

—No. Tiene que prometérmelo. Tenemos que marcharnos de aquí.

—Te lo prometo. Protección de testigos, si es necesario. Tienes mi palabra.

Frunce el ceño mientras lo piensa. Al final, resuelve:

—Hablemos. Pero en otra parte. Mi familia está en casa. Están durmiendo.

—Es tarde. Puedo volver mañana.

—No. —Señala con la barbilla hacia las luces parpadeantes—. Es mejor que hablemos ahora.

Acabamos conduciendo. Es tarde, casi medianoche. La mayoría de los establecimientos están cerrados. Luz no quiere arriesgarse a que la vean conmigo, de modo que nos quedamos en el coche, en dirección este por la carretera. De momento, parece aliviada de haberse alejado de su casa. Cuando abandonamos su calle y las luces de los coches patrulla desaparecen a lo lejos, asoma la cabeza, escondida entre sus hombros.

—¿Quieres oír música?

Señalo la radio.

La lluvia tamborilea contra el capó, y los limpiaparabrisas realizan su función con frenesí. Luz se inclina hacia delante y la enciende. Pasa unas cuantas emisoras: una

de rap, una de pop, una de música clásica. No parece gustarle ninguna. Por fin se detiene en la 103.9, la emisora de las noticias locales.

—Mi problema es —expone una voz de hombre alterada— que si tenemos en cuenta todo Suffolk en general, los crímenes violentos están aumentando. Pero quitando esos barrios que son predominantemente latinos, como Brentwood, por ejemplo, en realidad es un condado muy tranquilo.

—Pero ¿cuál es la solución? —pregunta otra voz—. ¿Dividimos el condado? ¿Deportamos a la gente? Muchos condados tienen zonas más prósperas y zonas más desfavorecidas. Mira Manhattan, por ejemplo.

—Ya, pero el condado de Suffolk es enorme. Tenemos una única fuerza policial para toda la mitad oriental de la isla. Y si tienen que invertir todo su tiempo y todos sus recursos en unos pocos barrios concretos...

—Pero no se pasan todo el tiempo ahí. De hecho, podría decirse que pasan una desproporcionada cantidad de tiempo y energía patrullando las zonas más acaudaladas del condado, mientras que en Brentwood High estamos viendo tiroteos semana sí, semana también, y nadie hace nada al respecto.

—Creo que si deportásemos a todos los inmigrantes ilegales del condado de Suffolk, el panorama sería muy distinto.

Alargo la mano para apagar la radio, pero Luz me detiene.

—Vives con tu tío, ¿verdad? —pregunto, intentando usar un tono animado.

Ella asiente.

—¿Cuántos años tiene tu hermano?

—Se llama Miguel, y tiene catorce. Cumple quince el mes que viene.

—Miguel es un nombre muy bonito. Mi abuelo se llamaba así.

Se gira hacia mí.

—¿En serio?

—Sí. Miguel Santos. De Ciudad Juárez, en México. Mi abuela estaba embarazada y querían que mi madre naciese aquí, así que cruzaron la frontera y no miraron atrás.

—¿Y nació aquí?

—Sí. En Texas. Se trasladaron a Central Islip cuando ella era adolescente. A unas pocas manzanas de aquí, de hecho.

—No jodas. —Luz se tapa la boca—. Perdón. Es que... no imaginaba que fuera latina.

—Casi nadie lo hace. Con un apellido como Flynn...

Me encojo de hombros.

—¿Y sus abuelos? ¿Se quedaron?

—Sí. Más de lo permitido. Obtuvieron un visado que al final les caducó. Nunca llegaron a arreglar los papeles. Al final no importó. Mi abuelo era un estadounidense orgulloso. Pusieron una bandera en el jardín delantero. Y todos los años celebraban una barbacoa el Día de la Independencia.

Luz observa la lluvia. Se está mordiendo un padastro sin piedad. Quiero ponerle la mano en el hombro y decirle que todo saldrá bien, pero no puedo prometerle algo así. Mis abuelos vivieron y murieron en una época diferente. Sus vidas no fueron fáciles, ni mucho menos. Ambos tenían dos trabajos, a veces tres. No tenían seguro médico, ni educación, ni ninguna red de protección social. Nunca había suficiente dinero. A veces ni siquiera había bastante como para llenar la nevera. Pero no vivían con temor a que los deportasen, como sé que vive Luz.

—Ria era de San Salvador. Por eso nos hicimos amigas.

—¿La conocías de casa?

—No. Nos conocimos en el colegio. Yo sabía que vivía en mi misma calle. Ella era diferente. Muy lista. Ambas estudiábamos mucho. Queríamos ganar el dinero suficiente para largarnos de aquí.

—Entiendo. Mi madre limpiaba casas de día e iba a clases de noche. Una hace lo que tiene que hacer.

—Eso decía Ria.

—En el informe policial dice que Ria trabajaba como chica de compañía para llegar a fin de mes. Y Adriana Marques también. ¿Sabes algo de eso?

Luz permanece callada.

—Al principio, las dos se anunciaban en Craiglist y Backpage, pero dejaron de hacerlo después de conocer a Giovanni Calabrese.

Más silencio.

—Por casualidad no sabrás dónde puedo encontrarlo, ¿verdad?

—Él no las mató, si es eso lo que está pensando.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco a Gio. Él se preocupaba por Ria. Y por Adriana también. Y ellas le hacían ganar mucho dinero.

—¿Por llevarlas y recogerlas de los trabajos?

Suspira.

—Hacía más que eso. Antes de Gio, Ria ponía anuncios en internet. Y luego quedaba con los clientes en hoteles o en sus casas. A veces en sus coches. No era seguro. Pero Gio se cercioraba de que estuviera bien. No dejaba que nadie la maltratase, y se aseguraba de que siempre le pagaran. Al final, Gio trabajaba solo para unos pocos clientes. Era muy selectivo con las chicas que contrataba. A sus clientes les gustaban las chicas con clase. Estaban dispuestos a pagar lo que hiciera falta. Adriana y Ria eran dos de sus mejores fuentes de ingresos.

—¿Qué pasó la noche en que desapareció? La dejó en el aparcamiento de un motel. A mí no me parece muy seguro que digamos.

—Él no tuvo la culpa. Era lo que ella quería. Estuve con ella esa noche. Se suponía que íbamos a trabajar en una fiesta en Southampton para uno de sus clientes habituales. Pero, en el último momento, alguien la llamó. Un tipo a quien había conocido en una fiesta. Dijo que quería verla en privado.

—Un momento. ¿Estabas en el coche con ellos?

Intento controlar el volumen de mi voz.

—Sí. —Una lágrima desciende por su mejilla—. Nunca se lo dije a nadie porque no quería meterme en líos. Además, yo no sé nada. No vi a la persona con quien iba a encontrarse. La dejamos en el aparcamiento. Y no volví a verla.

—Tranquila. No es culpa tuya.

—No debí dejarla ahí sola.

—No podías saberlo.

Niega con la cabeza.

—Gio estaba cabreado. Él quería que viniera a la fiesta con nosotros. Ambos teníamos la sensación de que algo no iba bien. No sé explicarlo. Era un mal presentimiento.

—¿Dónde era la fiesta?

—En Southampton. En casa de ese tío rico. Celebra muchas fiestas, y Gio siempre le proporciona chicas. Y nos pagaba muy bien. A mil dólares la noche.

—¿Sabes cómo se llama?

Niega con la cabeza.

—Si te llevase a su casa, ¿la reconocerías?

Me mira, con los ojos muy abiertos.

—No quiero volver a esa casa.

—No entraremos. Pasaremos con el coche por la calle y solo tendrás que señalarla. ¿De acuerdo? No hay nadie allí, te lo prometo.

Luz no responde. Está llorando en silencio. Sus mejillas brillan empapadas de lágrimas.

—Cuando Ria murió, les dije que jamás volvería allí.

—¿A quiénes, Luz?

—A Gio. Y a los demás.

—¿Puedes decirme sus nombres?

Niega con la cabeza.

—¿Era Glenn Dorsey, Luz? Sé que fue él quien te consiguió el trabajo en el bar de Hank.

—No puedo hablar de eso.

—Luz, escúchame. Dos de las chicas de Gio están muertas. Si la policía está implicada, necesito saberlo. Es la única manera de garantizar que ni tú ni las demás chicas que trabajan para él corréis peligro.

—Tiene que sacarnos a Miguel y a mí de aquí. Tiene que jurármelo.

—Lo haré. Pero, por favor, ayúdame. Ayúdame a ayudarte.

Se gira y nos miramos a los ojos.

—Hace dos años, Glenn Dorsey detuvo a Ria. Se había estado anunciando en internet. Cuando la detuvo, le dio a elegir: o trabajaba para Gio o la entregaba a los de Inmigración.

Me pongo roja al instante. Piso el freno y ralentizo el coche.

—Un momento. ¿Dorsey puso en contacto a Ria y a Gio? ¿Estás segura? ¿Glenn Dorsey?

Siento que me ahogo al pronunciar su nombre. Pienso en cómo me rodeó los hombros en el aparcamiento después de esparcir las cenizas de mi padre. Apoyé la cabeza en su brazo y deseé poder quedarme así. Le dije que lo quería.

Siento cómo me sube la bilis por la garganta. Bastante malo me resultaba ya pensar que Dorsey aceptaba sobornos de un chulo. No se me había ni pasado por la cabeza que el chulo fuese él mismo, que diese caza a chicas que no tenían más alternativa que obedecerle.

—Sí, estoy segura. Así fue como entraron la mayoría de las chicas.

—¿Y Gio paga a Dorsey para que le lleve chicas?

—Dorsey lo hace todo —responde, y levanta las cejas para enfatizar su afirmación.

Parece frustrada, como si yo no entendiese del todo la situación.

—Dorsey consigue las chicas. Él se cerciora de que no nos metamos en líos. Es el que proporciona la seguridad en las fiestas también. Algunos de los clientes son gente muy importante. Les gusta tener policías alrededor. Les hace sentir que pueden hacer lo que quieran y no les va a pasar nada.

Sus labios se curvan hacia abajo con disgusto.

—¿Había más policías involucrados?

—Claro.

—¿Sabes sus nombres?

Hace una pausa para pensar.

—Había unos cuantos. Ron algo. Ese venía a veces. Y DaSilva. Un tío bajo con la cara roja. Con muchos músculos. Ese trabajaba de segurata en las fiestas. Era un auténtico capullo con las chicas. Siempre nos amenazaba y eso. Parecía que le gustaba vernos asustadas.

—¿Alguien más que recuerdes en particular?

—Había otro tío. No recuerdo su nombre. Alto. Callado. Conducía una moto.

—Marty Flynn.

—Sí. Me suena que sí. También venía a algunas.

Giro en Meadow Lane. La mayoría de las casas están a oscuras. El viento ulula y mece la carrocería de la camioneta. A lo lejos, veo las luces del puente de Ponquogue. Al final de la carretera se encuentra el Shinnecock County Park, una extensión de negrura, una boca abierta.

—Es aquí. —Luz se incorpora—. Esta es la calle.

Conducimos hasta el final y nos detenemos. Señalo hacia la propiedad de Meachem. Un haz de luz ilumina la casa.

—¿Es esa? —pregunto.

—Sí. Esa es la casa. El hombre que daba las fiestas vive ahí.

—Gracias, Luz. Has sido de gran ayuda. ¿Puedo pedirte algo más?

—Claro.

—Necesito que me presentes a Calabrese.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No sabrá que soy del FBI, te lo prometo. Necesito entrar en su negocio para averiguar quién le paga y a quién paga él.

—¿Y cómo voy a hacer eso? Hace un año que no lo veo.

—Dile que tienes una amiga que podría estar interesada en trabajar para él. Una amiga desesperada por ganar pasta.

Me mira, valorándolo.

—No estoy segura. Es muy selectivo con sus chicas. La mayoría de ellas son jóvenes.

—Tú preséntanos. El resto déjame a mí.

Se acurruca con las rodillas debajo de la barbilla y no dice nada.

—Para cuando me reúna con él, te prometo que Miguel y tú ya estaréis lejos de la isla. Os meteré en un avión en cuanto programemos la cita.

—¿Puede hacer eso?

—Puedo —le digo, intentando sonar más segura de lo que lo estoy en realidad—. Y lo haré.

Asiente lentamente.

—Está bien. Pero, por favor, tiene que entenderlo. Si me deja aquí, me matarán, como hicieron con esas otras chicas.

—Lo sé. Nos matarán a las dos. Por eso tenemos que ser listas y actuar rápido. Les daremos caza antes de que nos cacen ellos a nosotras.

Para cuando llego a casa, Dune Road ha reabierto. La luz aún no ha vuelto, de modo que me coloco delante del fuego. La fatiga hace mella en mi cuerpo. Reúno material con el que trabajar y me obligo a echarle un vistazo. No tardo en sumirme en un sueño intranquilo, interrumpido por pesadillas extrañas y violentas.

Grito y me despierto. He vuelto a soñar con mi madre. Estábamos en la playa, ella y yo solas. El cielo estaba oscuro; el mar, agitado, escupía espuma. Hacía frío, demasiado frío como para estar en la playa. La arena bajo mis pies parecía hielo. No sé qué hacíamos allí. Yo quería volver al interior de la casa. Mi madre llevaba puesto un bañador. Corría hacia el agua. Yo la llamaba e intentaba disuadirla de que se metiera. Si lo hacía, moriría de frío; las olas la arrastrarían al fondo. Gritaba y gritaba, pero mis palabras se perdían en el viento. Ella se volvió hacia mí y me sonreía, riendo. Entonces saltó hacia delante, uniendo los brazos mientras se zambullía y desaparecía en una ola gigante y espumosa.

Me incorporo. Estoy en el sofá. El salón está helado; se ha apagado la chimenea. Tengo los pies desnudos fuera de la manta. Los recojo hacia mí y los froto con las manos. Cuando estiro los brazos, el hombro me late de dolor. Los extractos bancarios de mi padre están desperdigados por el suelo. Me habré quedado dormida mientras los revisaba. Los recojo e intento ordenarlos de alguna manera. Me paso la mayor parte de la noche ojeándolos. Parecen coincidir con su sueldo del Departamento de Policía del condado de Suffolk. No hay transacciones sospechosas. Ni ingresos ni extractos grandes. Lo único fuera de lo común era el apartamento en Riverhead, que pagaba con una cuenta aparte. Pero incluso eso lo pagaba con su sueldo. Si estaba recibiendo pagos ilegales de Giovanni Calabrese o de alguna otra persona, no se refleja en estas páginas. Tengo que suponer que por eso se creó una cuenta en las Islas Caimán. Ha llegado el momento de confirmarlo.

Tras poner una cafetera, saco la tarjeta de contacto de Justin Moran y marco su número.

—Hola, soy Nell Flynn —me presento cuando contesta—. La hija de Martin Flynn. Su abogado, Howard Kidd, me ha proporcionado sus datos de contacto.

—¿Su padre está bien?

—Ha fallecido.

—Mis condolencias, señorita Flynn. ¿En qué puedo ayudarla?

—Dígame usted. Nunca he tenido activos en paraísos fiscales. ¿Puede facilitarme algún estado de la cuenta o decirme cómo cerrarla?

—Me temo que tendrá usted que venir en persona si desea retirar activos.

—¿A las Islas Caimán?

—Sí. Nos tomamos muy en serio la seguridad, señorita Flynn. La seguridad y la discreción.

—Y se lo agradezco. Pero no puede esperar que coja un vuelo hasta allí solo para descubrir que hay quince dólares en la cuenta. No me compensa.

Moran hace una pausa, considerando mi razonamiento.

—La entiendo —dice—. Hagamos lo siguiente. Le formularé una serie de preguntas para comprobar que es usted quien dice ser. El número de la Seguridad Social, esa clase de cosas. Después, responderé encantado a sus preguntas sobre la cuenta. ¿Le parece bien?

—Perfecto.

—De acuerdo. Empecemos.

Moran me hace una serie de preguntas mundanas pero personales, a las que respondo. Debo de haber pasado la prueba, porque para y dice:

—Bien. Con esto basta. ¿Qué necesita saber sobre la cuenta?

—¿Cuánto dinero hay en ella?

—A fecha de hoy, ciento cuarenta mil dólares.

—¡Vaya! Bien. Supongo que sí merece la pena coger el vuelo.

—Desde luego. Se transfieren a ella diez mil dólares al comienzo de cada mes, de modo que si espera unos días la cifra ascenderá a ciento cincuenta mil.

—¿De dónde se transfieren? ¿De la cuenta bancaria de mi padre?

—No. De una compañía, GC Limited. La cuenta se abrió hace catorce meses, y ha ingresado diez mil dólares al mes desde entonces.

—¿Ha dicho GC?

—Sí.

—Debo contactar con la compañía. Si mi padre trabajaba para ellos, tienen que saber que ha fallecido.

—No estoy seguro de poder proporcionarle esa información.

—Señor Moran, no quiero ponerme técnica, pero mi padre ha muerto. He heredado su cuenta. De modo que, desde mi punto de vista, usted es ahora mi banquero.

—Entiendo —responde secamente—. Aun así, el banco sigue ciertos protocolos.

—Resulta que también soy agente del FBI, señor Moran. No sé si se lo mencionaría mi padre. La Agencia también sigue ciertos protocolos. Y uno de ellos consiste en asegurarse de que ninguno de los agentes acumula dinero en cuentas de paraísos fiscales. De modo que podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Si lo hacemos por las malas, tendré que implicar a mi jefe, al jefe de la Agencia, al Servicio de Impuestos Internos y a un puñado de organismos más. O también puede facilitarme un extracto de mi cuenta, con la información de contacto de la compañía que transfiere el dinero a esta cada mes, y después podemos cancelar la cuenta juntos y nadie tendrá por qué enterarse de nada. Depende de usted. A título personal, yo preferiría hacerlo por las buenas. Será todo mucho más agradable para ambos.

Moran se aclara la garganta.

—Sí, su padre mencionó su línea de trabajo. Gracias por refrescarme la memoria. ¿Cómo desea que le envíe el extracto?

—Por correo electrónico, preferiblemente. Le proporcionaré mi información de contacto. Puede estar seguro de que todo se mantendrá en la más absoluta confidencialidad.

—Se lo enviaré en el plazo de una hora. Cuando lo haya revisado, llámeme y procederemos a cerrar la cuenta.

Cuelgo y enciendo la televisión. Luz me ha dicho que iba a ponerse en contacto con Calabrese hoy, pero todavía es temprano. Lo más seguro es que siga durmiendo. Y él también. Tendré que hacer acopio de paciencia. La paciencia no es mi fuerte.

La televisión apenas consigue distraerme. La confesión de Alfonso Morales es la gran historia en las noticias locales. No pasa ni un minuto antes de que el presentador lo mencione. La pantalla muestra a Morales, que sale esposado de un coche patrulla de la policía del condado. Varios agentes lo rodean. Morales está inclinado hacia delante, haciendo caso omiso de los gritos de los reporteros y de los *flashes* de las cámaras. Alguien del Departamento de Policía debe de haber llamado a los medios. Es más un circo que el típico desfile de los delincuentes esposados ante las cámaras.

—Les mostramos en directo la jefatura de policía de Yaphank.

Los cámaras están agrupados en los escalones de la comisaría; Glenn Dorsey está tras un atril, sus agentes alineados detrás de él como si fueran sus guardaespaldas. Ver sus rostros me provoca repulsión. Estos son los compañeros de mi padre, sus amigos, hombres a los que conozco desde siempre. Hombres a quienes en su día consideré mi familia.

—El día de hoy ha sido muy importante para el Departamento de Policía del condado de Suffolk —empieza a decir Glenn—. Nuestro equipo ha trabajado de forma rápida y eficaz y ha logrado detener al señor Morales en un plazo de veinticuatro horas. El señor Morales ha confesado haber asesinado tanto a Ria Sandoval, la joven cuyo cuerpo fue hallado el verano pasado en Pine Barrens, como a Adriana Marques, a quien se encontró hace dos días en el Shinnecock County Park. Hoy es un día triste para nuestra comunidad, ya que lloramos la pérdida de dos vidas jóvenes. Pero también es el día en que podemos honrar el trabajo de estos agentes y consolarnos con su competencia. Solo tengo tiempo para responder a unas pocas preguntas.

Dorsey observa a la multitud de reporteros y señala a un hombre en primera fila.

—¿Es el señor Morales ciudadano estadounidense?

—No.

—¿Y sus víctimas? ¿Estaban aquí legalmente?

—Adriana Marques era ciudadana estadounidense. Ria Sandoval no.

—¿Es cierto que el Departamento de Policía del condado de Suffolk tiene una tasa de confesiones del noventa y cuatro por ciento? —pregunta Ann-Marie Marshall

desde el fondo del gentío.

Me quedo helada al oír su voz.

Dorsey frunce el ceño.

—No sé hasta qué punto es exacta esa estadística, pero tenemos una tasa de confesiones sólida, y eso es algo de lo que me siento orgulloso.

—Es considerablemente más alta que la media nacional, y supera con creces la de otros condados equiparables, como Nassau o Westchester.

—Si eso es cierto, es un orgullo para nuestros agentes. Siguiendo pregunta.

Dorsey apunta con el dedo al reportero más cercano.

—O es un indicativo de que sus agentes usan métodos poco ortodoxos para obtener estas confesiones —continúa Marshall, hablando lo bastante alto como para acallar a todos los presentes—. Justo el año pasado, hubo un caso en el que un agente de Homicidios del condado de Suffolk obtuvo una confesión escrita en inglés de Héctor Domínguez, un hombre que solo habla español y a quien no se le ofreció ni un abogado de oficio ni un traductor...

—Está tergiversando sobremanera los hechos del caso Domínguez —la interrumpe Dorsey—. El modo en que su periódico cubrió esa historia fue inadecuado y casi acaba en una demanda. Además, no guarda ninguna relación con la confesión del señor Morales. Esta se ha proporcionado de forma totalmente voluntaria y yo mismo la supervisé. El señor Morales se sentía culpable y quería confesar. Fin de la historia. Ahora, si no le importa...

—¿Y qué me dice de la confesión de Sean Gilroy en 1997?! —grita Ann-Marie Marshall—. También supervisó esa confesión, ¿verdad? Y, en ambos casos, había pruebas forenses que indicaban que era imposible que el sospechoso hubiese cometido el crimen del que se le acusaba, y en ambos casos su departamento pasó deliberadamente por alto las pruebas.

—Se acabaron las preguntas.

Dorsey se aparta del micrófono de una forma tan brusca que lo tira al suelo.

Se escucha un tremendo chirrido eléctrico. La cámara sigue a Dorsey mientras se aleja, con la cabeza hundida entre los hombros. Cuando desaparece, nos muestra la multitud de reporteros, que se vuelven los unos hacia los otros y comentan con entusiasmo el acalorado intercambio.

Apago la televisión.

Enciendo el portátil. Compruebo mi correo; hay un mensaje de Justin Moran. Abro el archivo adjunto y le doy a imprimir. En el despacho, oigo cómo la impresora cobra vida. Mientras espero a que acabe, busco el nombre de Sean Gilroy. Tras echarle una ojeada rápida a tres artículos de Ann-Marie Marshall sobre la confesión de Gilroy, encuentro lo que estaba buscando. Al final del último artículo, Marshall cita unas palabras de Glenn Dorsey: «Ese chico se sentía culpable. Algunas personas simplemente quieren confesar, ¿sabe?».

Cojo el teléfono y llamo al número principal del *Newsday*.

—Me llamo Nell Flynn —le digo a la operadora—. Necesito hablar con Ann-Marie Marshall lo antes posible.

Una hora después, nos reunimos en una cafetería de Main Street, en Riverhead. Es un lugar pequeño y sencillo, con una ventana polvorienta que da a un aparcamiento y con un cartel en la puerta en el que pone CERRADO. Me detengo y miro a través del cristal. Veo a una mujer que limpia el mostrador. Cuando me ve, deja lo que está haciendo y me invita a pasar.

Abro la puerta. Las bisagras chirrían en señal de protesta. Los asientos son altos y están tapizados con una tela encerada amarillo mostaza. En el televisor situado encima del mostrador se ven las noticias locales, pero sin sonido. El establecimiento está muy tranquilo. Miro el reloj para asegurarme de que no me he confundido de hora. Aún no estoy segura de que este sea el lugar correcto. La mujer de detrás del mostrador señala la última mesa.

—Siéntate, cielo.

Asiento a modo de agradecimiento. Para mi sorpresa, Ann-Marie Marshall ya se encuentra sentada en el rincón. Me sonrío y, al separarse, sus labios rojos revelan unos dientes blancos perfectos.

—¿Te he asustado?

—No —respondo, aunque la verdad es que sí—. Es un buen lugar para reunirse. Muy clandestino.

Se encoge de hombros.

—Tengo mis sitios. En mi línea de trabajo, a veces es complicado encontrar un buen lugar para hablar.

—Sé de lo que hablas.

Me deslizo sobre el asiento frente a ella.

Ojeo su taza de humeante café solo. Hace frío, y cruzo los brazos sobre el pecho. Ojalá me hubiera traído más ropa a Suffolk. Pensaba que solo estaría aquí unos días. Pero ya llevo dos semanas, y mi par de vaqueros y los viejos jerséis de mi padre se me quedan cortos. La camarera se acerca con un lápiz encajado detrás de la oreja.

—¿Te pongo algo, cielo?

—Un café, gracias.

—¿Cómo lo quieres?

—Solo. Y caliente, por favor.

—Marchando.

Desaparece y vuelve casi al instante con una taza y la jarra.

Antes de esfumarse de nuevo, rellena la taza de Ann-Marie.

—Me alegro de que me llamaras —dice Marshall una vez que estamos solas.

Vierte un sobrecito de azúcar en la taza y remueve.

—He pensado muchas veces en ponerme en contacto contigo. Pero no estaba segura de que quisieras hablar conmigo.

—No habría querido. Para serte sincera, siempre te he odiado a muerte.

Sonríe, como si nada.

—Pues entonces me alegro de no haberlo hecho. ¿Por qué me has llamado?

—Te he visto en la rueda de prensa con Glenn Dorsey. Has mencionado a Sean Gilroy, del caso de mi madre.

Se le endurece el gesto.

—Si has venido a decirme que deje de hablar de ese caso, podrías haberlo hecho por teléfono. Y te habría dicho lo mismo que le digo al Departamento de Policía del condado de Suffolk: no pienso hacerlo.

—No es eso lo que quiero. De hecho, es más bien al contrario.

Eso la coge por sorpresa.

—¿Quieres que te hable del caso Gilroy?

—Has dicho que había pruebas forenses que contradecían la confesión de Gilroy.

—Y las había. El informe de la autopsia decía que el agresor de tu madre era zurdo. Gilroy es ambidiestro. Escribe con la izquierda, pero usa la derecha para practicar deporte. Es lógico pensar que, si hubiese apuñalado a alguien, habría usado la mano derecha.

—Eso son conjeturas.

—Sí. Pero el patólogo forense estaba de acuerdo conmigo. De una manera harto conveniente, todo el informe se perdió poco después del juicio. Y luego se jubiló y se marchó a Florida. O, al menos, eso me dijeron. El caso es que no hubo manera de contactar con él. Parece que esto es muy habitual con mucha gente en el condado de Suffolk: simplemente desaparece.

Extiende todos los dedos de la mano como si dijera: «¡Puf!».

—Pero había huellas de Gilroy en el arma homicida —señalo—. ¿Eran las de la mano derecha o las de la izquierda?

—Las de la izquierda. Mira, no dudo de que cogiera el cuchillo con la mano izquierda. Él dijo que lo había hecho. Pero es posible que lo hiciera después de encontrar el cuerpo. Sabes que se retractó, ¿verdad? Dijo que la vio por la ventana, que ya estaba muerta y que entró en la casa para ayudarla.

—Y tú le crees.

—Yo no sé qué creer. Aún no sé quién mató a tu madre. Pero no me trago la confesión de Gilroy. Está repleta de pequeñas incoherencias. La cronología tampoco encajaba. No pudo explicar cómo se hizo con el cuchillo, y dijo que la apuñaló una vez por accidente, cuando, de hecho, la apuñalaron varias veces. Creo que lo presionaron para que confesara, y que todas las pruebas que contradecían su confesión desaparecieron. Puede que Gilroy la matara. Pero ese caso nunca fue tan limpio como Glenn Dorsey quiere que la gente crea.

—Pero ¿por qué? ¿Qué motivos podría tener Dorsey para incriminar a Gilroy?

Marshall suspira.

—Se me ocurren unas cuantas. Y seguro que a ti también.

—¿Crees que mi padre la mató?

—Eso lo sabrás tú mejor que yo. Al fin y al cabo, tú fuiste su coartada.

Me revuelvo incómoda contra el duro asiento y me pregunto si ha sido un error venir aquí.

—Jamás habría mentido sobre algo así.

—Era tu padre. Tú eras pequeña. A lo mejor ni siquiera te diste cuenta de que se había ido.

—Habíamos acampado en una tienda para dos personas, a cincuenta kilómetros de casa. Si se hubiese ido, me habría dado cuenta. Y él nunca me habría abandonado de noche en medio del bosque.

—Está bien. —Ann-Marie levanta las palmas de las manos—. Mira, Nell. ¿Puedo llamarte Nell? No digo que Gilroy no matara a tu madre. Podría haberlo hecho. Pero aun así tiene derecho a un proceso justo. Creo que lo intimidaron para que diera ese testimonio. Creo que no le leyeron sus derechos como establece la ley. Creo que se manipularon las pruebas para cerrar el caso lo antes posible y que Gilroy no tenía, ni tiene, los recursos legales ni mentales como para defenderse. Dorsey decidió que él era el culpable y se aseguró de que lo encerrasen sí o sí. Eso digo. Eso he dicho siempre.

—Entonces, ¿crees que la policía de Suffolk es corrupta?

—Sí, lo creo. Gilroy no es un caso aislado. Ha habido un problema sistemático y crónico en el condado de Suffolk desde hace décadas. He hablado con hombres a quienes han golpeado con guías telefónicas y a quienes les han estrujado los testículos durante los interrogatorios. Porque esas cosas no dejan marcas, ¿entiendes? He hablado por cauces extraoficiales con agentes del condado de Nassau que afirman que es un secreto a voces que los policías del condado de Suffolk hacen lo que les da la gana, que son unos auténticos corruptos, que siempre se quedan con la parte del león cuando hay alguna redada antidroga, que aceptan sobornos de líderes de bandas y de traficantes para seguir dedicándose a lo que se dedican, o que incriminan a gente sin parar. Todo el mundo dice que la cosa empeoró más si cabe desde que nombraron a jefe a Glenn Dorsey.

—Y si todo el mundo está al tanto, ¿por qué no han investigado al departamento?

Ann-Marie me mira como si fuera tonta.

—Sí que los han investigado. Al menos dos veces, que yo sepa. Una vez por orden del gobernador Baldacci, en los años noventa, y la comisión halló pruebas de, cito textualmente, «mala conducta generalizada tanto en investigaciones de homicidios como de narcotráfico». Puedes buscarlo. Dos agentes mencionados en ese informe acabaron en la cárcel. La agente McCrary, por aceptar sobornos, y el agente Moynahan, por agredir a un sospechoso durante un interrogatorio. Quizá no te acuerdes de ellos porque eras muy pequeña.

Abro la boca, pero soy incapaz de articular palabra. Sí que los recuerdo, pero muy por encima. Maureen McCrary venía mucho por casa después de morir mi madre. Nos traía guisos y llevaba sombra de ojos azul y faldas un poco demasiado cortas. Coqueteaba con papá y pasaba de mí todo lo que podía. Una noche, trajo macarrones al horno y una botella de vino. Le pregunté dónde estaba su marido. Papá me mandó a mi cuarto. Después, me dijo que los McCrary se iban a divorciar, que el señor McCrary se había ido de casa y que no debía ser tan maleducada con los invitados. Que la presencia de Maureen le molestaba tanto como a mí, y que agradecía que hubiese dicho lo que dije porque de ese modo ella no volvería por casa. Esa fue la última vez que vino. A veces la veíamos en Navidad en la iglesia de St. Agnes o en la recaudación de fondos anual del Departamento de Policía. Siempre saludaba y mantenía las distancias. Al final, se casó con un agente de policía de Westchester. No volví a verla.

—¿Cuándo se produjo la segunda investigación?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. O sigue en marcha o Dorsey encontró la manera de irse de rositas. Se rumoreaba que la DEA estaba controlando a la policía de Suffolk. Un contacto me dijo que tenían a alguien infiltrado en el departamento, supervisando a la División de Estupefacientes. Pero, a fecha de hoy, no se sabe nada.

—Entonces, ¿crees que la historia se está repitiendo con Alfonso Morales? Una confesión forzada y una investigación chapucera.

—Sin duda. Y tú también. De lo contrario, no estarías aquí hablando conmigo.

—Pero ¿por qué ahora? Si siempre se dan tanta prisa para incriminar a la gente, ¿por qué no detuvieron a Morales el verano pasado?

—No lo sé. Mira, tengo amigos en el departamento. Dicen que tu padre y Dorsey discutieron por el caso de Pine Barrens y por cómo se trató el asunto. Dorsey quería detener a Morales, y tu padre argumentaba que no había suficientes pruebas. Apenas se hablaban después de eso, lo cual provocó mucha tensión en la jefatura. Pero ahora tu padre no está, así que Dorsey puede gestionar el caso de la forma en que suele hacerlo.

Me apoyo en el respaldo del asiento. La tela laminada se me pega en la piel. Observo por la ventana la camioneta de mi padre. Reluce a la brillante luz vespertina. Es de un intenso color manzana caramelizada, más roja que granate.

De repente, reparo en algo. Me incorporo.

—Entonces, ¿crees que mi padre de verdad quería resolver el caso de Pine Barrens?

—Eso tengo entendido.

—No quería quitárselo de encima y tapar el asunto, que es lo que está haciendo Dorsey ahora.

—Bien. —Ann-Marie me mira con curiosidad.

—¿Y dices que hay un agente infiltrado? ¿Un contacto en el Departamento de Policía?

—Eso tengo entendido. Nunca he podido comprobarlo.

—Tengo que irme —digo, y saco unos cuantos dólares de la cartera—. Lo siento, es que... acabo de pensar en algo. Te llamaré.

Me agarra de la manga y me detiene.

—Oye, habla con Milkowski, ¿quieres? —se apresura a decir.

—¿La forense? ¿Por qué?

—Tú habla con ella. Está segura de que Morales no las mató. El asesino era zurdo, pero quienquiera que descuartizase los cuerpos era diestro. Por eso cree que alguien disparó a Adriana y que Morales a lo mejor se deshizo del cuerpo. Tiene pruebas sólidas que respaldan esa teoría. Ha hablado conmigo de manera extraoficial. Glenn Dorsey le da miedo. Necesita ayuda, Nell. Si da un paso al frente, necesitará protección. Tal vez tú puedas proporcionársela.

—¿Estás escribiendo un artículo sobre esto?

—Algo así. Y espero que no me maten en el proceso. —Se gira y hace una señal para pedir la cuenta—. Si no te importa que te lo pregunte, ¿qué estás haciendo exactamente? ¿Llevar tu propia investigación?

—Algo así. Sigamos en contacto.

Le dejo mi tarjeta sobre la mesa y corro hacia la puerta.

Las bisagras protestan a mi paso.

El domicilio de Elena Marques está a poca distancia en coche, en Pulaski Street. Piso el acelerador y conduzco todo lo rápido que puedo hasta que estaciono justo delante de la casa, como el día anterior. Subo corriendo los escalones y llamo al timbre. Mientras espero a que abra, veo que hay un sedán aparcado justo enfrente. El motor del coche se apaga, pero el conductor no sale del vehículo. Saca un periódico y finge leerlo. Sé que me está observando.

La puerta se abre. Elena parece todavía más frágil que la última vez que hablamos. Me dedica una sonrisa lánguida.

—Agente Flynn. Adelante. —Me indica que pase.

Cuando se gira, miro de reajo, justo a tiempo de ver cómo el hombre del coche apunta con la lente de una cámara en nuestra dirección. Cierro la puerta al pasar.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta.

Entonces me doy cuenta de que estoy sudando un poco. Me seco la frente con la muñeca.

—Sí, gracias —respondo con más brusquedad de la que pretendía—. Lo importante es cómo está usted.

Se encoge de hombros.

—He visto en las noticias que han detenido a Alfonso Morales.

—Así es.

—¿Es verdad que ha confesado haber matado a Adriana y a esa otra chica del verano pasado?

—Eso tengo entendido. No estoy segura.

—¿No estaba usted ahí?

—Yo no soy policía, Elena. Solo estaba ayudando en la investigación.

—Y ahora se ha acabado. —Me mira sin inmutarse, como si estuviera esperando que la decepcionase—. Fin de la historia.

—Para mí no se ha acabado. Ni de lejos. ¿Podemos hablar?

—¿Sobre qué?

—Creo que su hermana estaba metida en algo. Algo grande. Creo que gente muy poderosa se aprovechó de ella. Quiero asegurarme de que todas las personas que le hicieron daño a su hermana respondan ante la justicia. No solo su asesino, sino también la gente que la explotó antes de su muerte. Pero voy a necesitar su ayuda.

Elena se queda callada durante un minuto. Entonces se vuelve y se sienta en el sofá.

—¿Por qué hace esto?

—¿Por qué hago qué?

—Esto. Hablar conmigo. No es su caso. No es policía. Así pues, ¿por qué le importa tanto el caso de Adriana?

Me siento junto a ella.

—A todo el mundo debería importarle. Su hermana era un ser humano, y merecía que se la tratase como tal.

Elena desliza las manos por el sofá. Las coloca sobre las mías y me las estrecha. Cuando levanto la vista, veo que tiene los ojos anegados en lágrimas.

—Gracias —susurra—. Por decir eso.

—Mire, he de serle sincera. Mi padre era policía del condado de Suffolk. Se llamaba Martin Flynn. Fue él quien vino cuando Adriana desapareció, y se llevó su teléfono. ¿Era un móvil plegable plateado, de esos desechables?

Elena retira la mano. Se endereza y abre unos ojos como platos, presa del temor.

—Sí. Lo era. Flynn... ¿era su padre?

Asiento.

—Pero creo que tal vez estaba intentando proteger a Adriana.

—¿Protegerla de quién?

—Su hermana formaba parte de una red de chicas jóvenes, una red de prostitución, dirigida por Giovanni Calabrese. El hombre al que vio en el Escalade blanco. Calabrese sobornaba a miembros del Departamento de Policía del condado de Suffolk para que hiciesen la vista gorda. En estos momentos, la policía está siendo investigada. Al parecer, los federales tienen un topo infiltrado en el departamento. Creo que mi padre era ese topo. Y creo que su hermana y Ria Sandoval estaban ayudando a mi padre con esa investigación.

—¿La mató la policía? —dice con tono de incredulidad.

—Es posible. O puede que lo hiciera Calabrese. O James Meachem. Es un cliente habitual de Calabrese. Y el cuerpo de Adriana apareció cerca de su casa.

—James Meachem. El hombre de la casa en Meadow Lane. —Elena palidece—. Ay, Dios mío. Todo esto es culpa mía.

—No es culpa suya, Elena. No puede pensar eso.

—No, sí que lo es. Usted no lo entiende. Yo trabajaba para James Meachem. Un día me llevé a Adriana a trabajar conmigo. Seguro que así empezó todo esto.

—De acuerdo. —Respiro hondo y trato de mantener la compostura—. Volvamos atrás. ¿Cómo conoció a James Meachem?

Elena comienza despacio; se toma su tiempo.

—Lo conocía desde hacía años. Llevo mucho tiempo limpiando las casas de los veraneantes. Formaba parte de una cuadrilla. Íbamos a donde nos llamaban. El verano era la época de más trabajo. Entre el Día de los Caídos y el Día del Trabajo, ganábamos treinta dólares por hora. Trabajaba seis días a la semana, a veces siete. En ocasiones, nos pasábamos un día entero en una casa. Doce, catorce horas. Las casas eran muy grandes. De ocho o diez habitaciones. Había mucha colada. Toallas de playa, sábanas, cortinas. Y toda esa plata, madre mía. ¿Usted sabe lo que es limpiar

plata para cenas de ochenta personas? Y copas de cristal tan finas que pensaba que se me iban a romper en las manos. Nunca entenderé por qué los ricos no pueden comprar cubiertos y copas que puedan meterse en el lavavajillas. Parece que les guste vernos arrodilladas frotando sus suelos.

Los ojos se le inundan de lágrimas, como si estuviese recordando algo doloroso, algo que se ha esforzado mucho por olvidar. Asiento, y la animo a continuar.

—En fin, era un trabajo duro, pero lo pagaban muy bien, mucho mejor que limpiar en el hospital, la verdad. Cuando volvía a casa por la noche me dolía todo el cuerpo. La espalda, las piernas, las manos... Pero si me llamaba Gladys, que era la que organizaba al equipo, siempre le decía que estaba disponible.

»Gladys recibió una llamada para ir a limpiar una casa en Meadow Lane. Una de sus chicas habituales no podía acudir, y me preguntó si conocía a alguien que pudiera ayudar. Le dije a Adriana que podría ganarse un dinerillo extra. Tenía solo quince años y estaba de vacaciones de verano. La idea de ganar dinero le pareció fantástica. La casa era increíble. Todo ventanales, con vistas al mar. El dueño no estaba; se esperaba que llegase al día siguiente. Había una mujer francesa. Manon, se llamaba. Creía que era la encargada de la casa, pero no estaba segura. Ella nos decía lo que teníamos que hacer. Era muy severa con nosotras. Lo quería todo impecable y perfecto. Le gritó a una de las chicas porque no le gustaba cómo hacía la cama. Y las alfombras eran completamente blancas, así que nos hacía trabajar descalzas.

»No paraba de entrar y salir gente, para entregar orquídeas blancas y cajas de champán. Parecía que se iba a celebrar una gran fiesta. Gladys nos mandó arriba a Adriana y a mí. Teníamos que planchar a vapor un montón de ropa. Vestidos, trajes elegantes y lencería. La mujer francesa fue a supervisar cómo lo hacíamos y empezó a colocar la ropa en unos percheros de esos como los que se ven en las tiendas. Todo era nuevo. Venía en bolsas de Bergdorf Goodman y de Barneys. Pensé que tal vez fueran regalos para la esposa o la novia del propietario.

»La mujer observaba con interés a Adriana mientras trabajábamos. Me puso nerviosa. Pensé que tal vez Adriana parecía demasiado joven y eso le preocupaba. Pero entonces le preguntó si quería probarse uno de los vestidos. Le mostró uno muy bonito, de seda y de un solo tirante. Mi hermana lo cogió y se dirigió al cuarto de baño. La mujer la detuvo y le dijo que no fuera tímida, que podía cambiarse delante de nosotras.

»De modo que Adriana se quitó la ropa. Creo que tenía vergüenza porque llevaba puesto un sujetador viejo y unas bragas que no combinaban. También se los quitó. Después se puso el vestido y la mujer sonrió. Adriana también lo hizo. La mujer le dijo que parecía Afrodita, la diosa griega de la belleza. Le preguntó a mi hermana si había pensado alguna vez en trabajar como modelo. Ella respondió que no. La mujer se acercó a ella, se colocó detrás y ambas se miraron en un espejo. Le recogió el pelo a Adriana, se lo retorció formando un moño y le dijo:

»—¿Has visto lo elegante que eres? Pareces Helena de Troya. Pareces Leda.

»Y así era como la llamaba después de eso. Leda.

Hago un mohín de disgusto.

—A Leda la violaron. Es un mito griego. Zeus adoptó la forma de un cisne y la violó.

Elena no responde. Se muerde el labio; sus orificios nasales aletean.

—¿Volvió a ver a esa mujer?

—Le entregó a Adriana una tarjeta y le dijo que la llamara si alguna vez cambiaba de idea respecto a lo del modelaje. Decía que trabajaba en el sector del entretenimiento y que estaba buscando nuevas caras bonitas. Cuando nos fuimos de la casa, le dije a mi hermana que se mantuviese alejada de ella.

—¿No recuerda su apellido?

—No, lo siento. Hacía años que no pensaba en ella.

—¿Llegó a conocer al señor Meachem?

—No. Limpiamos esa casa unas cuantas veces. Siempre antes de que llegase o cuando ya se había marchado. Pero no llegué a verlo. Y la mujer francesa no volvió a hablarnos ni a Adriana ni a mí.

—¿Cree que Adriana la llamó?

—Pensaba que no. Pero ahora ya no estoy tan segura. Ay, Dios mío. Esa casa. Estaba justo al lado del parque, ¿verdad? Donde apareció su cuerpo.

—Sí.

—¿Cree que la mató James Meachem?

—No lo sé. Pero contrata a chicas de compañía jóvenes para sus fiestas. Es un depredador, y quiero asegurarme de que no vuelva a hacerle daño a ninguna chica nunca más.

Elena asiente en silencio. Una lágrima desciende por su mejilla.

Rebusco en mi bolso y saco la foto de mi padre con Glenn Dorsey. Se la entrego y doy unos toquecitos con el índice en la imagen de mi padre.

—Elena, ¿es este el agente que fue a su casa cuando denunció la desaparición de Adriana?

La mujer analiza la foto con detenimiento.

—Sí. Es él.

—¿Podría asomarse a la ventana? Hay un coche aparcado enfrente.

Se levanta y camina hacia la ventana. Se asoma y abre desorbitadamente los ojos, asustada.

—¿Esa es...?

—Es la camioneta de mi padre, el hombre de la fotografía.

—Es la camioneta roja, la que vi fuera de casa antes de que Adriana muriera.

—¿Está segura? Vuelva a mirar. Es importante.

Elena se gira hacia la ventana de nuevo. Aprieta la mano contra el cristal.

—Sí. Es la misma. Estaba aparcada justo donde está ahora. Estoy segura. Parecía que nos estuviera vigilando.

—Solo tengo una última pregunta. —Rebusco la Polaroid en el bolso y se la paso—. Esta es Adriana, ¿verdad?

—Sí —asiente y acaricia con el dedo la imagen de su hermana—. Es ella. ¿De dónde ha sacado esta foto?

—La tenía mi padre. ¿Sabe quién es la otra chica?

Elena frunce el ceño, pensando.

—Se llama María —dice al cabo de unos segundos—. María Cruz. Iban juntas a catequesis en la iglesia de St. Mary cuando preparaban la primera comunión. Era una buena chica.

—La estoy buscando. ¿Sabe dónde puede estar?

—No, lo siento. Hace mucho que no la veo. Espero que esté bien.

—Yo también.

Fuera, escucho un mensaje de Luz: «He hablado con Gio. Dice que me pase hoy o mañana con mi amiga, que siempre está buscando sangre fresca. Ya me dices qué quieres hacer».

Marco el número de Sarah Patel.

—Luz puede llevarme con Calabrese hoy —le digo.

El sedán sigue fuera, esperándome. El conductor se esconde tras el periódico; la página principal susurra un poco cuando se asoma por encima. Memorizo la matrícula: HB-778.

—Nell, no puedes hacerlo tú. Es demasiado peligroso. ¿Y si Calabrese te reconoce?

—¿Cómo iba a reconocerme?

—Conoce a tu padre. ¿Y si quiere que trabajes en una fiesta? No puedes meterte ahí. Estará plagado de policías.

Tiene razón.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿No puede ir la propia Luz? Podemos ponerle micros y que vaya ella.

—Es demasiado arriesgado. Solo es una niña.

—No puedo mandarte a una agente hoy. No hay tiempo.

—¿Y si voy con ella? Solo para conocerlo. Siempre puede decirle que me he echado atrás.

—No creo que sea buena idea.

Suspiro.

—Está bien. Le daré una vuelta. Pero tenemos que actuar rápido.

—No hagas tonterías, ¿de acuerdo? No corras riesgos innecesarios.

—Nunca lo hago —respondo, aunque está muy lejos de ser verdad.

Cuelgo el teléfono y cruzo la calle dando unas pocas zancadas largas. Miro directamente al frente. Me duele el hombro, pero me da igual. Procuro moverme rápido, pero no demasiado. No dejaré que me vea sudar. Antes de marcharme, le he dicho a Elena que asegure la puerta con llave y que me llame si teme por su integridad. Cierro los seguros de la camioneta y pienso que ojalá yo tuviera a alguien a quien llamar.

Justo cuando arranco y me separo de la acera, el móvil empieza a sonar. Es Lee. Aprieto la mandíbula y me pregunto si debo contestar o no. Aún no sé qué pensar de él. Por un lado, no creo que me hubiese metido en esta investigación si supiera que todo apuntaría al departamento. Pero, por otro lado, Dorsey es su jefe. Cabe la posibilidad de que Lee me haya estado vigilando todo este tiempo, al igual que el tipo del sedán.

La curiosidad se apodera de mí, como de costumbre.

—Hola, Lee. —Pongo el altavoz del teléfono y me incorporo a Pulaski Street.

El sedán tarda solo un segundo en hacer lo propio. Acelero para saltarme un semáforo en ámbar fijo, para ponerlo a prueba. Pisa el acelerador para no perderme, con lo que obliga a un conductor que venía por la otra dirección a tocar el claxon durante un buen rato.

—¿Dónde estás, Nell?

—En Riverhead. ¿Por?

—Morales ha confesado ambos asesinatos.

—Eso he oído. ¿No deberías estar celebrándolo?

—Dorsey está organizando algo para esta tarde. Donde Hank, a las cinco en punto. Quiere que vayas.

—Genial. Será estupendo.

—Tenemos que hablar.

—Pues ahí estaré.

—¿Podemos vernos antes?

—La verdad es que ahora mismo estoy algo liada.

Miro por el retrovisor. El sedán sigue ahí, a pesar de que estoy pisando el acelerador a fondo. Voy casi a ciento treinta por hora en una zona de setenta, y tal vez tenga un policía detrás. Probablemente no debería haber cogido el teléfono.

—Hice algunas comprobaciones sobre la ropa del armario de Adriana.

—¿Sí?

—Las compró una mujer llamada Manon Boucher. Trabaja para James Meachem.

—Ajá.

No puedo centrarme en lo que me está diciendo Lee con este capullo detrás. Me planteo mis opciones. Podría ser cualquiera. Uno de los chicos de Dorsey, vigilándome. También podría ser Giovanni Calabrese o alguien que trabaje para él. Puede que controle a sus chicas antes de mandarlas a trabajar. También podría ser uno de los secuaces de Dmitri Novak, que haya venido a terminar lo que empezamos hace un mes, pero lo dudo. Novak es un asesino experimentado. Si me quisiera ver muerta, estaría muerta. No lo vería venir.

—Además, he encontrado cierta información sobre la mujer que mencionaste. María Cruz.

—¿Ah, sí? ¿Sabes dónde está?

—Creo que está en Miami. Hablemos de esto en persona.

—De acuerdo. Nos vemos donde Hank esta tarde.

—Vale. ¿Va todo bien? Pareces tensa.

Mientras dice esto, doy un volantazo desde la vía central para tomar la salida hacia Hampton Bays. Derrapo delante de un SUV. Su guardabarros esquiva por los pelos el lateral de mi camioneta. Todo el mundo me pita, pero no me importa. No puede importarme. Si el sedán me pilla a solas en un tramo vacío de la carretera, a

saber lo que puede pasar. Mientras giro en la rotonda, veo cómo el sedán pasa volando. El conductor se vuelve. Le sonrío y lo saludo con la mano. Volverá a por mí, estoy segura. Pero, por ahora, es un alivio estar sola.

—Sí, todo bien —respondo, exhalando lentamente—. El día ha sido largo.

—Pues ya somos dos.

—Oye, necesito que me hagas otro favor.

—Dime.

—Un coche me ha estado siguiendo todo el día. Tal vez no sea nada, pero quiero estar segura. ¿Podrías buscar una matrícula? Es de Nueva York. HB-778.

—Claro, lo hago ahora mismo. Nos vemos luego.

Cuando estaciono en el aparcamiento fuera del taller de Ty Haines, apago el motor y me quedo quieta, escuchando el sonido del tráfico de Sunrise. El corazón me late con fuerza. Tardo un buen rato en despegar los dedos del volante. Le he dado esquinazo a mi perseguidor, al menos por el momento. Doy por hecho que no tardaremos en encontrarnos. Y la próxima vez, podría ponerse agresivo.

El negocio de Ty es uno de los pocos talleres de chapa y pintura de la zona, pero era el único establecimiento al que mi padre le confiaba sus motos. Ty, como él, era veterano del Cuerpo de Marines estadounidense y coleccionaba motos clásicas. Las trataba con el mismo mimo; una ternura que solo puede describirse como amor. Cuando mi padre tenía problemas para encontrar alguna pieza nueva o para arreglar algo por su cuenta, siempre le llevaba la moto a Ty. Algunos sábados acudía con él y observaba cómo trasteaban con ellas casi en silencio; mientras, yo me entretenía con cualquier cosa que encontrase por el taller.

Encuentro a Ty al fondo, tumbado debajo de un Aston Martin antiguo. Espero a que salga deslizándose para no sobresaltarlo. Al verme, se le ilumina la cara.

—Mírate —dice mientras se pone de pie.

Abre los brazos y me envuelve, manteniéndome entre ellos durante un par de segundos de más.

—Cuánto me alegro de verte. Madre mía, la última vez fue hace... ¿cuánto?, ¿diez años?

—Algo así. Yo también me alegro de verte. Y gracias por hacer esto.

—¿Estás de broma? Por ti, lo que sea.

—¿Te pillo en mal momento?

—No. Iba a llamarte hoy. Sígueme. Quiero enseñarte algo.

Sigo a Ty por una hilera de coches hasta la puerta trasera del taller. Fuera hay un pequeño patio con unos toldos colocados para proteger las piezas de repuesto de la lluvia. Al final de la propiedad hay una caseta con una puerta cerrada con candado. Ty lo abre y me invita a entrar. Un rayo de luz se filtra a través de la ventana con tela de mosquitera y hace brillar la carrocería plateada de la moto de mi padre. Está

tumbada de lado sobre una lona protectora, como si fuera un paciente al que estuviesen operando.

—Quiero serte franco, Nell.

—Te lo agradezco.

—No soy un experto en criminalística, pero parece que alguien cortó el cable de freno de tu padre.

—¿Estás seguro?

Ty hace una mueca y puedo leer la respuesta en su rostro.

—Es un corte limpio. Ven, que te lo enseñe. —Se agacha y me invita a hacer lo mismo—. ¿Ves esto de aquí?

—Sí.

—Por lo general, los frenos fallan cuando hay óxido por un mal mantenimiento. Tú y yo conocíamos a tu padre. Sabemos que mantenía sus motos en condiciones óptimas. Y no hay ningún indicio de óxido en el líquido. Todo está en perfecto estado, excepto el cable, que tiene un corte limpio.

Observo el freno. Parece un hueso partido por la mitad. No es necesario que Ty me lo explique, pues lo veo con claridad. El corte fue intencionado. Alguien quiso matarlo.

—¿Tienes idea de quién ha podido hacer algo así? —pregunta.

—Tengo unas cuantas. —Me levanto—. Oye, Ty, ¿te importa que esto quede entre nosotros? No le digas a nadie que su moto está en tu taller, ¿de acuerdo?

—Claro. No te preocupes. Por eso la tengo aquí.

—¿Te importa quedártela un par de días más?

—En absoluto. Aquí el único que entra soy yo. —Se cruza de brazos y me observa con un gesto de preocupación—. ¿Estarás bien? Tal vez deberías avisar a alguno de los amigos de tu padre del departamento.

—No. Estaré bien. Esto es algo que tengo que solucionar por mi cuenta.

—Oye. Quienquiera que le hizo esto a tu padre va en serio, así que ten cuidado. Ándate con ojo. No quiero que te hagan daño.

—Ya somos dos.

En cuanto salgo del taller, llamo a Luz. No hay tiempo que perder.

—Llama a Giovanni —le digo—. Dile que nos pasaremos mañana.

—Vale —responde, pero detecto el temor en su voz—. ¿Y después qué?

—Solo tienes que presentármelo. Yo me ocupo de todo lo demás. Me aseguraré de que tu hermano y tú estéis en protección de testigos para cuando me reúna con él.

—Ten cuidado. Gio tiene mal genio. Es mejor no cabrearlo.

Aguanto el teléfono con el hombro para comprobar mi pistola.

—Entendido. Pero, escucha, Luz: a mí tampoco.

El aparcamiento que hay fuera del bar de Hank está casi vacío. Estaciono junto al Jeep de Dorsey y aguardo con la esperanza de que Lee se materialice. Ya son las cinco pasadas. Es posible que ya esté dentro. Guardo mi arma en la guantera. Miro el móvil una vez más y salgo del coche. Mi aliento se cristaliza en el frío aire nocturno. Me subo el cuello de la chaqueta y me meto las manos en los bolsillos. A lo lejos, oigo una lancha motora en la bahía y el ir y venir del tráfico que cruza sobre el puente de Ponquogue.

Dentro, las luces están encendidas. No suena ninguna música, al menos de momento, y, si hay gente reunida, desde luego, no es mucha. Empujo la puerta e inspecciono el lugar. Está vacío, excepto por una mesa al fondo donde hay dos hombres sentados. Están inmersos en una conversación.

Levantán la cabeza cuando entro. Dorsey y DaSilva. Se levantan para saludarme. Miro de reojo hacia la barra con la esperanza de, al menos, ver a Hank. No está. No hay nadie. El establecimiento está completamente vacío a excepción de los dos hombres y yo.

—¡Hola, Nell! Me alegro de que hayas podido venir —dice Dorsey.

Suena agradable. Amistoso, incluso. Aun así, hay algo en él que no me cuadra. En realidad, no me cuadra ningún aspecto de esta escena. El temor me invade a medida que avanza hacia mí sonriendo con los labios apretados.

—¿Quieres tomar algo? Hay barra libre.

—¿He llegado pronto o tarde?

—Ni una cosa ni la otra. Llegas justo a tiempo.

—¿Y Hank?

—Se ha marchado. Le hemos pedido que nos preste el bar para la celebración. Seguro que aparecen algunos más en breve.

Pienso en la distancia que hay hasta la camioneta, y del aparcamiento a la carretera. No llegaré lejos. El aparcamiento está vacío y rodeado de barcos en dique seco. Si Dorsey quiere pegarme un tiro aquí y ahora, puede hacerlo. Lo más probable es que no lo oiga nadie.

DaSilva está al final de la barra, con sus gruesos brazos cruzados sobre el pecho. Con unos rasgos furiosos y toscos, y la cara enrojecida. Siempre tiene el aspecto del típico tío que busca bronca. De los amigos de papá, es el único que permaneció en el Tercer Distrito. Tal vez le gustase la violencia. A lo mejor odiaba a los residentes. Incluso de niña, me percataba de que a mi madre no le gustaba o, mejor dicho, de que no se gustaban mutuamente. Recuerdo cómo se le agrió la cara a Luz cuando pronuncié su nombre.

—Siéntate —dice DaSilva, y parece más una orden que una oferta—. Hablemos.

Obedezco. No quería provocar a nadie presentándome armada, pero ahora comprendo que tal vez haya sido una estupidez. De todas formas, me superan en número. Aunque tuviese la pistola, no sé si serviría de mucho. Me pregunto si existe alguna posibilidad de que Lee aparezca pronto. Podría haberse retrasado. O a lo mejor me ha vendido. Me arden las mejillas al plantearme esa posibilidad. Siempre he notado algo raro en Lee, en el modo en que se acercó a mí e intentó hacer migas conmigo. Es culpa mía. Debí haberlo imaginado. Ahora mismo no debería confiar en nadie.

—¿Qué te pongo? —me pregunta Dorsey tras la barra.

—Estoy bien.

—¡Venga, Nell! Tómate al menos una copa con nosotros. Estamos de celebración.

—Está bien. Tomaré un Macallan solo.

—Como tu viejo.

—Tengo entendido que lo había dejado.

Dorsey se echa a reír.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Hank. De hecho, me dijo que papá estaba sobrio la noche en que murió. —
Miro a DaSilva—. Había quedado contigo, ¿no? Pero no apareciste.

—No. Me temo que no. Debe de ser alguna confusión.

DaSilva frunce el ceño. Una vena le late en la sien. No es un actor muy convincente que digamos.

—En fin, eso me ha hecho pensar en su accidente.

—¿Pensar en qué exactamente?

—Bueno, si no estaba ebrio, tal vez no fuese un accidente después de todo.

—¿Eso qué significa?

—Significa que alguien le cortó los frenos.

—¿Quién haría algo así?

—Todos los policías tienen enemigos.

DaSilva traga saliva.

—Eso es verdad. Pero esa noche había mucha niebla. Y era tarde. Y la curva donde se estrelló es una curva peligrosa. Deberían instalar una señal ahí. Te puede coger por sorpresa si no estás atento.

—Sí. Una señal.

Dorsey deja el *whisky* delante de mí y se desliza en el asiento junto a DaSilva, con lo que corta la tensión que hay entre nosotros.

—Salud —digo levantando el vaso.

Miro a Dorsey a los ojos mientras levanta su bebida y choca el borde de la mía.

—Por mi padre.

—Por Marty.

—Tu padre estuvo un año trabajando en el caso de Pine Barrens. Estaría orgulloso de ti.

—¿Por qué?

—Por ayudar en la detención de Morales. Tú has acabado lo que él empezó.

—¿Sí? Él no creía que Morales fuera el asesino.

Dorsey niega con la cabeza.

—Eso no es verdad. Lo que pasa es que no podía demostrarlo.

—¿Qué hacías hoy en casa de Elena Marques? —pregunta DaSilva con impaciencia.

Ha mostrado sus cartas, pero le trae sin cuidado. Eso me alarma. Me incorporo, desconcertada.

—Elena me contó que un policía fue a su casa el día en que denunció la desaparición de su hermana. Este policía se apellidaba como yo, Flynn. ¿Por qué creéis que mi padre haría algo así, ir a visitar a la familia de una chica desaparecida?

DaSilva mira a Dorsey. Ambos parecen incómodos, inquietos ante esta información.

—Solo llevaba un par de días desaparecida. No había motivos para pensar que estuviera muerta. A menos, claro está, que él supiera que lo estaba. De modo que empezó a preocuparme que tal vez la hubiera matado él.

—Eso está totalmente fuera de lugar —salta Dorsey mientras levanta el dedo índice a modo de advertencia.

—Entonces pensé, mientras iba por ahí con la camioneta de papá, que tal vez el vehículo que Elena vio aparcado fuera de la casa no era el de Morales. A lo mejor era el de papá. Y tal vez la camioneta que apareció en el aparcamiento donde Ria Sandoval desapareció también fuese la de papá. Fui allí para mostrársela. Para ver si la reconocía.

Dorsey está que echa humo. Su rostro está congelado en una máscara de furia. Tiene las manos en forma de puño, con los nudillos blancos, apoyadas sobre la mesa. Me pego contra el asiento de madera, consciente de que quiere pegarme. Si lo hace, estoy perdida. No puedo contra los dos. Sin embargo, no puedo parar. Los he cogido por sorpresa y, ahora mismo, es la única baza que tengo a mi favor.

—Elena mencionó que papá se llevó el teléfono de Adriana la noche en que fue a su casa. Ese teléfono no aparece entre las pruebas. Me he cerciorado de ello. ¿Por qué se lo llevaría? A menos que estuviese ocultando algo. De modo que empecé a indagar un poco. Resulta que papá estaba aceptando sobornos de Giovanni Calabrese. El proxeneta de Ria y Adriana. Diez mil al mes, que iban directos a una cuenta en un paraíso fiscal. ¿Veis adónde quiero ir a parar con esto?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —me espeta Dorsey.

—Veréis, la cuenta de las Islas Caimán es mía ahora. Y, si os soy sincera, el dinero me viene de perlas. Pero quiero saber de dónde salía. Si papá mató a esas chicas, no estaría bien que conservara esa cuenta. Tengo principios y tal.

—Morales mató a esas chicas. Fin de la historia.

—¿No queréis saber lo que dijo Elena sobre la camioneta?

—¡No! —grita Dorsey, y golpea la mesa con el puño.

Incluso DaSilva se encoge.

—¡Me importa una mierda lo que Elena Marques crea que vio! Tu padre no mató a Adriana Marques. Y tampoco mató a Ria Sandoval. ¿Por qué iba a hacerlo? Es absurdo.

—Pues eso mismo me preguntaba yo. Por cierto, la camioneta que vio aparcada fuera de su casa era la suya. Estaba vigilando a Adriana justo antes de morir. Y, además, papá era zurdo. Y un tirador experto. Desde mi punto de vista, él es el sospechoso más obvio que tenéis.

—¿Cuál era su móvil? ¡Esas chicas le hacían ganar dinero!

Las palabras se desbordan con furia de su boca antes de que pueda detenerlas.

Nos miramos a los ojos. La ha cagado, y lo sabe.

«¡Joder! —Dorsey acaba de admitir que mi padre estaba implicado—. Tengo que grabar esto». Me da demasiado miedo sacar mi teléfono. Un movimiento en falso y se acabó.

—¿Cuál es el móvil de Morales? —planteo, intentando mantener la calma.

—Morales es un cerdo con un temperamento violento.

—Venga ya. Ambos sabemos que mi padre tenía un temperamento horrible también. Y tenía mucho que perder. Tal vez esas chicas habían decidido hablar sobre el negocio de Calabrese. Eso habría causado muchos problemas. O tal vez simplemente le recordaban a mi madre. Seamos sinceros y admitamos que ninguno de nosotros sabe tampoco qué pasó entonces.

Dorsey se pone de pie y se inclina sobre la mesa. Me fulmina con la mirada.

—¡Ya basta! —silba—. No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Martin Flynn era un buen hombre y un buen policía. Uno de los mejores.

—¿Y no estás harto de encubrirlo? En serio. Incriminaste a Sean Gilroy hace veintiún años. Y ahora a Morales. Y todo esto, ¿para qué? ¿Qué sentido tiene ahora que mi padre ha muerto?

—Deberías estar dándome las putas gracias por todo lo que he hecho por tu padre. Separo los labios. El aliento se me queda atrapado en la garganta.

—¿Qué has hecho? —susurro—. Es lo único que quiero saber. ¿Lo encubriste? ¿Inculpaste a Gilroy y a Morales por protegerlo? No se lo contaré a nadie, lo juro. Pero necesito saber quién era mi padre. ¿Qué le pasó a mi madre aquella noche? ¿Acaso no merezco saberlo?

Me echo a llorar. Oculto el rostro tras las manos y agito los hombros. No estoy haciendo teatro, y ambos lo notan. Siento cómo se relaja la tensión, como un globo que se va desinflando.

Dorsey se ablanda.

—Vince, déjanos a solas un minuto, ¿quieres?

Vince vacila.

—Vince.

—¿Seguro, jefe?

—Seguro. Espérame fuera, ¿de acuerdo?

Vince se saca un palillo del bolsillo y se lo lleva a los dientes.

—Como quieras.

Dorsey se levanta y deja salir a Vince, que no deja de mirarme, pero no levanto la vista. Me seco los ojos con la manga del jersey y meto las manos hasta el fondo de mis bolsillos. Cojo el teléfono.

«Ahora. Tengo que hacer esto ahora».

Espero a que la puerta se cierre.

—¿Te importa ponerme algo más de beber?

—Enseguida. —Dorsey se dirige a la barra—. ¿Macallan?

—No, solo un poco de agua. Gracias, de verdad.

Saco el teléfono y finjo comprobar si tengo alguna notificación. En lugar de eso, pulso el botón de grabar audio y vuelvo a deslizarlo en mi bolsillo.

Dorsey vuelve y se sienta frente a mí. Deja el agua sobre la mesa.

—Mírame, Nell.

Levanto la vista. Su mirada se suaviza y, a continuación, sonrío.

—Cómo me recuerdas a Marty.

—Todo el mundo me lo dice. Probablemente no sea nada bueno.

Se echa a reír.

—Sí que lo es. Era cabezota como él solo, pero era un buen tío. Le daba mucha importancia a la verdad, la justicia y todo eso.

—¿La mató él? ¿Mató a mi madre?

Exhala un largo suspiro. Cruza las manos sobre la mesa y cierra los ojos durante un instante.

—No lo sé, Nell. Y esa es la realidad. La única persona que realmente sabe lo que sucedió esa noche eres tú.

—Tenía siete años.

—Lo sé. Nadie te culparía si hubieses mentido para protegerlo. O tal vez fuese cierto que no sabías lo que había pasado. Eras muy pequeña. Era tarde. Estabas confundida. Eso también es comprensible.

—De veras que no lo sé. No me acuerdo de nada. Créeme, lo he intentado.

Nunca le he dicho esto a nadie, no con tantas palabras. Las lágrimas se deslizan por mi rostro y caen sobre la mesa.

—No creo que saliese de la tienda. Pero ¿sabes eso de que cuando te cuentas a ti mismo una mentira muchas veces te acabas creyendo que es verdad?

Dorsey alarga los brazos por encima de la mesa y me ofrece la mano, con la palma hacia arriba. La miro, y entonces lo miro a él. Coloco mi mano sobre la suya. La aprieta, y un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Sí —responde—. Lo sé.

—Pues así es como me siento cuando pienso en ese fin de semana.

—Tranquila, cariño. Lo sé. Cuando hablé contigo en comisaría, vi que no estabas segura de lo que había pasado. Por eso me preocupé. Me preocupaba que Marty hubiese cometido alguna estupidez. Sabes que iba a abandonarlo, ¿verdad?

—No —contesto, pasmada—. No lo sabía.

—Lo siento. Mierda. No debería haber dicho...

—Cuéntame la verdad. Es lo único que quiero. Zanzar esto.

Dorsey asiente. Se muerde el labio durante unos segundos interminables y pone la mirada perdida.

—Tu madre conoció a alguien —dice por fin—. A otro policía. Se lo confesó a Marty. No eran felices, Nell. Llevaban años sin serlo. No estaban hechos el uno para el otro. Ella era apasionada, y él... Bueno, tú ya sabes cómo era él. No era el mejor de los maridos, para serte sincero. No la engañaba, nada de eso. Pero siempre anteponía su trabajo a ella. Faltaba a acontecimientos importantes, como su cumpleaños, el tuyo...

—Lo recuerdo —lo interrumpo con un hilo de voz.

—Pero supongo que no se lo esperaba. Parecía no entender la realidad. Marisol le dijo que quería marcharse, y Marty se puso hecho un basilisco. Llegó a comisaría gritándonos que todos lo habíamos traicionado, que todos lo sabíamos. Creo que se sintió atacado. Lo pagó con todo el que tenía a mano. Hizo un agujero en la pared justo al lado de mi mesa. Después de eso, todos nos quedamos muy preocupados por él. Se largó un par de días, y yo no tenía claro que fuese a volver. ¿Te acuerdas de eso?

Niego con la cabeza. No me acuerdo. Y, sin embargo, algo en lo más profundo de mis recuerdos empieza a revolverse. Un portazo. El sonido de mis padres discutiendo en el piso de abajo. El motor de la moto de mi padre revolucionado y el zumbido de esta por la calle hasta que la casa quedó en silencio y lo único que podía oír era a mi madre susurrándole cosas a alguien por teléfono y el canto de las cigarras en el jardín.

—En efecto, volvió. Unos días después. Me dijo que te iba a llevar de acampada ese fin de semana. Que iba a darle a Marisol un poco de espacio para pensar. Me pareció una idea estupenda. Todo el mundo necesitaba relajarse. Pero entonces... Bueno, ya sabes. La asesinaron ese fin de semana. Y, claro, teniendo en cuenta la situación, me pregunté si podría haber sido él. Si sería capaz de hacer algo así. Me asustaba pensarlo, pero la respuesta era que sí. Creía que era capaz de emplear ese tipo de rabia.

—¿Se lo preguntaste?

—Por supuesto. Le dije: «Marty, solo te lo preguntaré una vez». Y él me miró directamente a los ojos y me juró que no lo había hecho. Quise creerle. Más que ninguna otra cosa en el mundo. Era mi mejor amigo. Y Marisol, tu madre, ella era...

Se le inundan los ojos de lágrimas.

De repente, caigo en la cuenta.

—¿Estabas enamorado de ella? —susurro.

—Muchísimo.

—¿Y ella de ti?

—Eso creo. Sí. Creo que sí.

—De modo que te sentías responsable.

—Pues claro que sí. Tu padre nunca supo que yo era la persona de la que se había enamorado. No fue capaz de decírselo. Ni yo tampoco. Pero yo tuve la culpa. Tuve toda la culpa. Si no hubiésemos..., si yo no hubiese...

Sacude la cabeza, incapaz de finalizar la frase.

Le creo.

—Ya no sirve de nada pensar en eso —digo, y mi voz se suaviza.

—Voy a confesarte algo, Nell. Lo miré a los ojos y le pregunté si había matado a Marisol, y una parte de mí pensó: «Como le haya puesto un dedo encima, lo mato». Amaba a esa mujer. Estaba destrozado. Pero dijo que no. Y le creí. Y aún le creo.

—¿Y Gilroy?

—Una vecina, la mujer que vivía enfrente, la que llamó a la policía, recordaba haber visto a Gilroy saliendo de vuestra casa. Fuimos directos a por él. El chico estaba cubierto de su sangre. Llevaba puesta la ropa de tu padre. No era capaz de explicar cómo había acabado en la casa ni por qué estaban sus huellas en el cuchillo. ¿Lo presioné en la sala de interrogatorios? Sí. Pero solo lo hice porque sabía que había sido él y quería zanjar el asunto. Por Marty. Por ti. Quería que todo acabara. Lo entiendes, ¿verdad?

Dorsey parece cansado. Se pellizca la piel entre los ojos y se masajea el entrecejo.

—Hice lo que me parecía correcto —dice, más para sí mismo que para mí—. Y me reafirmo en mi decisión.

—Y ¿qué hay de Morales? ¿Mató él a esas chicas?

—Tu padre no lo hizo, eso te lo aseguro. Mira sus asuntos con Calabrese. Tu padre necesitaba ese dinero. Se había metido en ciertos líos, en lo que respecta a asuntos financieros. Tenía deudas que pagar. Me pidió ayuda, y se la presté. Él jamás habría matado a esas chicas. Eso solo le habría causado más problemas.

—¿Presionaste a Morales, Glenn?

—Presiono a la gente que merece que la presionen.

—¿Estás seguro de que Morales las mató? No pareces muy convencido.

—Tuvo algo que ver. De eso sí que estoy seguro. Puede que él no les disparara, pero sí que las descuartizó.

—¿Quién crees que les disparó? No pudo ser Morales. No es lo bastante alto. Y no es zurdo. Pero tienes que tener alguna idea.

—No lo sé. Puede que lo hiciera Calabrese. Oye, hemos oído rumores de que estaban investigando al departamento. Todo el mundo estaba algo nervioso. Calabrese dirige un negocio bien organizado. No sé qué hacía Marty en casa de Adriana la noche siguiente a su desaparición, pero ni se me ocurrió pensar que él la

hubiese matado. Y no permitiré que nadie, y menos tú, arrastre su nombre por el fango.

Levanto las manos.

—Yo no quiero arrastrar el nombre de nadie por el fango. Y menos el de mi padre. Solo necesitaba saber qué le había pasado a mi madre. Y ahora lo sé. Así que gracias por tu sinceridad.

—Esto es culpa de Lee. No debió meterte en esto.

—¿Tiene Lee algo que ver con Calabrese?

Dorsey suelta un bufido.

—¡Qué va! Ese chico es un *boy scout*. Mira, Calabrese estaría haciendo lo que hace con o sin nosotros. Tienes que ser consciente de eso. ¿Qué más da si nos ha soltado algunos dólares para que miremos hacia otro lado? ¿Qué daño hace? Tu padre estaba poniendo su vida en orden. Después de todo, estaba planeando guardar algo de dinero para ti.

Inspiro bruscamente. Acaba de confesarlo todo y lo tengo grabado.

—Ya... —digo lentamente, tratando de no reaccionar—. Oye, no me quejo.

—Trabajamos como mulas. Y nos pagan como si fuéramos perros.

—Merecéis algo mejor.

—Y que lo digas. ¿Crees que es fácil dirigir el departamento? Tengo agentes dimitiendo cada dos por tres porque con lo que nos pagan no les llega para vivir. ¿Cómo puedes pedirle a alguien que arriesgue su vida a diario si apenas le da para pagar la hipoteca? El condado de Suffolk es terriblemente caro. La clase obrera ya no puede permitirse residir aquí. Todos estos ricos quieren que los atendamos, pero ¿dónde se supone que vamos a vivir? ¿A qué colegio van a ir nuestros hijos? Desde mi punto de vista, ese dinero es lo que se nos debe. Solo estoy intentando hacer que las condiciones sean más justas para mis chicos.

Pienso en la casa de Luz en Brentwood. En la de Elena, enfrente del cementerio de Riverhead. En Adriana y en Ria, vendiendo sus cuerpos para que sus familias puedan comer. Me invade la ira. Quiero agarrar a Dorsey del cuello y partírselo. Quiero hacerle daño, del mismo modo que él se lo hizo a esas chicas. Se lo merece.

—El mundo no es justo —digo con prudencia.

—No. No lo es. Tengo que asegurarme de que mis mejores hombres están bien cuidados. Así no se marchan. Y todos contentos. —Dorsey niega con la cabeza, como si no pudiera soportar la iniquidad de la situación—. De todos modos, se acabó. Tu padre está muerto. Dejémoslo descansar en paz.

Se pone de pie.

—Ya es hora de que me vaya a casa. Y tú deberías hacer lo mismo.

Me levanto. Me tiemblan las piernas. Dorsey alarga el brazo y coloca la mano en mi codo. Me cuesta horrores no apartarlo.

—Cuídate, Nell. No me gustaría que te sucediera nada malo. Ya he perdido a bastante gente que me importa.

—Creo que ya va siendo hora de que regrese al D. C.

Dorsey asiente.

—Sí. Será lo mejor. Te quiero, cariño. No lo olvides.

DaSilva ha desaparecido. El aparcamiento está vacío. Cuando arranco la camioneta, el motor renquea. El pánico se apodera de mí y lo apago. Durante un minuto, permanezco quieta, paralizada. Me concentro en mi aliento e intento ralentizarlo hasta alcanzar un ritmo normal. No puedo parar de darle vueltas a la cabeza. Saber que Glenn Dorsey amaba a mi madre, y que el sentimiento podía ser mutuo, me ha dejado absolutamente desconcertada. Y el caso es que tiene cierto sentido. Dorsey siempre andaba cerca. Incluso cuando papá no estaba en casa, él la ayudaba a descargar las bolsas de la compra o a arreglar el calentador. Cuando ella murió, él me vigilaba con la actitud protectora de un segundo padre. Siempre pensé que su afecto por mí, por nosotros, nacía de su cariño por mi padre. Ahora veo que me equivocaba. A mi madre la quería más.

¿Cómo es posible que papá no lo supiera? ¿Sospechó alguna vez que Dorsey sentía algo por mi madre? ¿Los sorprendería alguna vez en alguna fiesta compartiendo unas risas y se preguntaría si había algo más entre ellos? ¿Vería alguna vez a mi madre poniéndose de puntillas para besar a Dorsey en la mejilla y que sus labios permanecían medio segundo más de lo normal adheridos a su piel?

Me cuesta pensar que no intuyera que algo pasaba entre los dos. Era un hombre increíblemente perceptivo. Podía permanecer oculto durante horas esperando y observando los árboles antes de ejecutar a un ciervo de un único tiro certero. Su intuición lo convertía en un magnífico cazador y en un agente de primera. ¿Cómo pudo fallarle de un modo tan estrepitoso en casa? Pero, por otro lado, de haberlo sabido, ¿cómo podría haber trabajado codo con codo con Dorsey durante tantos años sin querer matarlo? Papá, como Dorsey, era un hombre duro, feroz y propenso a la ira. ¿Acaso no habría acabado degenerando en violencia la tensión que había entre ambos?

Puede que lo hiciera. Puede que fuese el propio Dorsey quien cortó los cables de freno. Me imagino a mi padre montando en su moto por última vez. ¿Tendría tiempo de comprender lo que había pasado? ¿Lo vería venir?

Respiro hondo y vuelvo a girar la llave. Esta vez, el motor arranca sin problemas. Aun así, el miedo me atenaza. «Respira. Respira», me digo a mí misma esforzándome por no dejar que el pánico me venza.

Mientras atravieso el puente de Ponquogue, llamo a Lee. No puedo evitar sentir que me ha dejado ahí a propósito. La idea me enfurece. Pero, por muy enfadada que esté con Lee, lo estoy aún más conmigo misma por haber confiado en él. Puede que no estuviese implicado en los negocios de Calabrese, pero está ocultando algo. Y

puesto que he estado a punto de morir a consecuencia de su puta investigación, creo que me debe algunas explicaciones.

—¿Nell?

—¿Dónde estás? —le espeto cuando contesta.

—He ido a ver a Milkowski. No estaba en el laboratorio, así que he ido a su casa y...

—Solo estábamos Dorsey, DaSilva y yo. No ha sido exactamente la celebración que imaginaba. Me has dejado ahí sola. Te lo juro por Dios, Lee, creía que iban a matarme.

—Lo siento. Yo...

—Dorsey lo ha confesado todo. Sus asuntos con Calabrese, que obligó a Morales a confesar... Los fines justifican los medios en su mundo.

—Nell.

—Lo tengo todo grabado. Quiero que lo conserves, por si me sucediera algo, ¿de acuerdo? Sé que tal vez pienses que me estoy comportando como una paranoica, pero tengo un mal presentimiento. Alguien cortó los frenos de la moto de mi padre. Su muerte no fue un accidente.

—Nell, cállate, por favor. Escúchame. Jamie Milkowski está muerta.

—¿Qué?

Piso el freno y las ruedas chirrían con furia contra la carretera. Desvió el coche a un lado y aparco.

—¿Cuándo ha pasado?

—Hace unas horas. Un atropello con fuga, no muy lejos de su trabajo.

—Joder. La han matado ellos también, ¿verdad?

—Eso creo. Dorsey y ella estaban discutiendo a gritos esta mañana. Ella insistía en que era imposible que Morales las hubiese matado, y Dorsey no paraba de restarle importancia a su informe. He oído cómo le decía que iba a hablar con la prensa.

—Madre mía. Y lo ha hecho. Ha hablado con una periodista esta mañana.

—¿Con quién?

—Con Ann-Marie Marshall. Tienes que encontrarla. Asegúrate de que está bien.

—Nell, ¿dónde estás? Estoy preocupado. Deja que vaya a buscarte.

—Acabo de girar hacia Dune Road. Llegaré a casa en unos minutos.

—Nos vemos allí.

—Estoy bien, Lee.

—No. No estás bien. Tenemos que sacarte del condado de Suffolk. Esta noche. Todo el que toca esta investigación acaba muerto.

Una vez en casa, cierro puertas y ventanas. Compruebo mi pistola. Dejo una segunda arma cargada en la mesilla de noche, por si acaso. Cuando oigo los crujidos de las ruedas de un coche en la entrada, me asomo a través de una rendija entre las cortinas. Mi pulso se ralentiza al ver que se trata de Lee. Está demacrado, con profundas ojeras impresas bajo los ojos. Lleva un jersey del Departamento de Policía con una mancha de café en la parte delantera. Sostiene dos vasos grandes y espumosos con las manos. No parece haber dormido ni haberse duchado desde la última vez que nos vimos.

—Tienes un aspecto horrible —le digo cuando abro la puerta.

—Mira quién habla.

—Han sido unos días muy largos. Gracias por meterme en toda esta mierda.

—Lo siento. Desgracia compartida, menos sentida. —Me pasa un café—. He pensado que a ti también te vendría bien uno.

—Iba a ofrecerte un *whisky*, pero seguramente esto es mejor idea.

—Mantengamos la mente despejada por el momento, ¿te parece?

—Pasa. Sentémonos fuera.

Guío a Lee hasta la terraza. No tengo motivos para pensar que haya micros en la casa, pero así es como funciona mi mente cautelosa. Además, ya ha escampado. Las sillas aún están húmedas, pero no pasa nada. El aire limpio y frío inunda mis pulmones. En lo alto, un chevrón de gansos sobrevuela el cielo azul grisáceo. Enciendo las luces del porche. Inspecciono la hierba en busca de garzas, pero no veo ninguna. Entonces caigo en la cuenta de que estamos a punto de entrar en octubre. El punto culminante de la temporada de huracanes. El comienzo de la migración.

—Bueno, lo primero es lo primero. He localizado la matrícula —dice Lee—. ¿Me quieres explicar qué hace Vince DaSilva persiguiéndote por ahí?

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—No creo que sea buena idea. Ahora mismo soy una especie de *persona non grata* en el departamento.

—¿Tú? ¿El héroe local?

—Dorsey tiene opiniones casi inamovibles sobre este caso, por si no te habías dado cuenta.

—¿Y tú no estás de acuerdo con ellas?

Lee bebe un trago de café antes de responder.

—Tu padre no creía que Morales fuese nuestro hombre. Si me preguntas mi opinión, creo que Morales estaba implicado. Pero él es solo la fuerza. Alguien le pagó para que se deshiciera de esos cuerpos.

—Pero ha confesado. Así pues, caso cerrado. Al menos, eso es lo que me ha dicho Dorsey hace un rato.

Lee suspira.

—No es tan sencillo.

—Entonces, ¿el caso no está cerrado?

—No. Para mí no. Oye, si te cuento algo, ¿me prometes que quedará entre nosotros?

Nos miramos a los ojos.

—No tengo a nadie a quien contárselo.

—No sé qué ha pasado en esa sala de interrogatorios. Estaban Dorsey y Morales a solas. Y han apagado el vídeo.

—¿De manera intencionada?

—Sí. Lo ha apagado el propio Dorsey. Me ha mirado a los ojos mientras lo hacía. Como si me estuviese desafiando para ver si le decía algo.

—¿Y lo has hecho?

—Pues claro que no. Es el puto jefe del departamento. ¿Qué le iba a decir, «¡Eh, jefe! Ese no es el protocolo»?

—¿Había algún abogado con Morales?

—No. O no lo ha pedido o, si lo ha hecho, Dorsey ha decidido hacer caso omiso de la petición. Lo único que sé es que han estado ahí metidos menos de una hora. Y, al salir, Dorsey tenía una confesión de Morales firmada en la que reconoce haber asesinado a las dos chicas.

—Joder. ¿Crees que le ha dado una paliza?

—Peor. Creo que le ha pagado.

Me incorporo, alerta.

—¿Crees que Morales va a cargar con la culpa de manera deliberada?

—Menos de una hora, Nell. Yo tardo más que eso solo en redactar una confesión. En menos de una hora ya estaba escrita a máquina, firmada, sellada y entregada. Creo que todo ha sido un montaje.

—¿Y por qué montaron esa escena en Harald Farms? Morales iba armado. Podría haber habido heridos.

—Puro teatro. Y qué casualidad que justo hubiera una mujer ahí para grabarlo todo. Venga ya, Nell. Piensa en ello.

Se cruza de brazos y me lanza una mirada.

Me desplomo en el asiento.

—Joder. Casi le pego un tiro, ¿sabes? Podría haber matado a Morales.

—Si lo hubieses hecho, aún mejor. Asunto resuelto.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a aceptar Morales que le cargasen con la culpa de dos asesinatos? Sabe que lo deportarán o que se pasará el resto de su vida pudriéndose en la cárcel.

—No lo sé. O bien alguien le ha pagado una pasta gansa, o bien le han prometido concederle la nacionalidad a su familia. Son las únicas dos cosas que se me han ocurrido.

—Venga ya. Dorsey es poderoso, pero no tanto. Y tampoco es rico.

—No. Pero la gente a la que está cubriendo sí. —Lee me mira y levanta las cejas al tiempo que asiente—. Sé que sabes lo de Giovanni Calabrese y sus arreglos con ciertos miembros del departamento. Calabrese tiene influencias. Y sus clientes son tremendamente ricos y muy poderosos y, sin duda, tienen un gran interés en evitar que toda esta operación salga a la luz.

Enarco las cejas.

—No pensé que supieras que Calabrese tenía a esos polis en nómina.

—Hace tiempo que lo sé.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Primero tenía que decidir si confiaba en ti o no.

—No parabas de señalar a Morales. ¿Por qué?

—Porque creo que él lo hizo. O, al menos, creo que ayudó. Pero también he estado haciendo y diciendo lo que Dorsey quería que hiciese y dijese. Era la única manera de seguir en el departamento. Y ese ha sido siempre mi objetivo. Investigar al departamento.

—Espera. ¿Me estás diciendo que has estado investigando al Departamento de Policía del condado de Suffolk durante todo este tiempo?

Lee sonríe con timidez y asiente.

—Soy uno de los vuestros —dice—. Para bien o para mal.

—¿Uno de quiénes?

Suelta una carcajada.

—Soy agente federal. Desde hace ya dos años. Estoy en la DEA. Formo parte de una fuerza conjunta que organizó la Agencia para investigar la operación antidrogas que Dorsey y sus hombres han llevado a cabo. Soy su hombre en La Habana, por así decirlo. Su hombre en Yaphank.

—¡Qué me dices! —Suelto una carcajada brusca, y Lee parece ofendido—. Perdona. No me estoy riendo de ti. Es que... en serio, no me lo puedo creer.

—¿El qué? ¿Que sea agente federal o que no sea un simple policía local?

Frunce el ceño.

—No, no es eso. Es que... Joder, estoy en la Unidad de Análisis de la Conducta. Mi trabajo consiste en hacer perfiles de la gente. Siempre me pareció que no encajabas mucho en Homicidios. No sé, parecías un poco... ¿empollón? ¿Intelectual?

—Muchas gracias.

—Pero nunca, ni en un millón de años, me habría imaginado que tú eras el topo.

—Prefiero el término «infiltrado».

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—¡Porque Dorsey es tu puto padrino! Piensa en ello, Nell. Esperaba que estuvieras en mi equipo, pero no podía estar seguro. Ni se me pasó por la cabeza que la cosa fuera a ponerse así de fea tan rápido. Y, la verdad, me dejaste algo

desconcertado cuando empezaste a sospechar de tu propio padre. Yo ni siquiera me había planteado esa posibilidad.

—Entonces, ¿qué papel desempeñaba mi padre en la organización de Calabrese? Sé sincero.

Lee niega con la cabeza.

—Ese fue el mayor golpe de suerte que he tenido. Fue pura casualidad. Sabía que Dorsey y DaSilva se traían algo turbio entre manos. Tu padre no quería saber nada del asunto, y Dorsey lo respetaba. Básicamente, ninguno se metía en los asuntos del otro.

»El verano pasado, tu padre estableció contacto con María Cruz, una de las chicas de Calabrese. Es joven, tendrá unos diecinueve años. Nunca entendí qué los unía. No quise preguntar, y él no la mencionaba. Solo sabía de ella porque una vez los vi juntos y me entró curiosidad. Tu padre parecía estar muy dedicado a ella. Quería sacarla de esa vida. Le alquiló ese apartamento e hizo que se matriculara en un centro de estudios superiores. Y entonces, se puso en pie de guerra.

—¿Qué quieres decir?

—Fue bastante ingenioso, la verdad. Al principio pensaba que era una crisis, que se estaba viniendo abajo. Empezó a salir mucho, a pasar tiempo con los chicos. Con ganas de fiesta. Y empezó a jugar. Mucho.

—Sí que parece una crisis.

—No lo era. Era todo un teatro. Empecé a observar sus movimientos. No bebía nada. Pedía una copa, la revolvía un poco y luego se pasaba a los refrescos. Apostaba, pero nunca mucha cantidad, y nunca hasta el punto de que se le fuera de las manos. Lo hacía todo para poder entrar en los asuntos de Dorsey y los suyos. Al final, le dijo a Dorsey que había acumulado unas cuantas deudas de juego, que necesitaba dinero de manera desesperada. Así que Dorsey lo metió en su redil.

—¿Esto te lo contó mi padre?

—No. Para él yo no era más que el novato molesto que le habían endosado. Pero yo lo observaba. Y vi lo que estaba haciendo.

—¿Qué estaba haciendo?

—Armar un caso. Supongo que estaba grabando conversaciones, haciendo fotos y recopilando pruebas. Vigilaba a las chicas, para asegurarse de que no les sucediese nada. Consiguió que algunas de ellas hablaran. Una de ellas era Ria. Se volvió loco cuando la asesinaron. Supongo que se sentía responsable. Y se obsesionó con resolver su asesinato.

—Joder. —Me doy una palmada en la frente—. Ahora todo encaja. Por eso estaba siguiendo a Adriana.

—Claro. Él sabía que Morales no andaba detrás de todo esto. Llegó a la conclusión de que Morales podría haberse deshecho del cuerpo, pero solo estaba ayudando al verdadero asesino. Pensaba que era Dorsey, o Calabrese, o uno de los

clientes. Pero carecía de pruebas. Así pues, siguió buscándolas. Y entonces Adriana desapareció y, dos semanas después, él estaba muerto.

—Por eso querías entrar en su despacho.

—Y todavía quiero hacerlo.

—Ahí no hay nada. Debió de deshacerse de todo antes de morir.

—Aun así, me gustaría echar un vistazo. Tal vez encuentre algo.

Me levanto.

—Bien. Pero primero voy a abrir el *whisky*, si no te importa.

—Lo que haga falta.

—Oye. —Lo agarro del brazo y lo paro en seco—. ¿De verdad está enferma tu madre? Creía que te habías mudado aquí para estar cerca de ella.

Se ruboriza.

—Sí. Eso es verdad. Pero, si te soy sincero, era una tapadera perfecta. La DEA me contrató nada más terminar Derecho. Me reclutó uno de mis profesores. Entonces pasó todo esto y a todos nos pareció una buena manera de infiltrar a alguien en el departamento. Dorsey es uno de los mayores distribuidores de narcóticos y opiáceos del estado de Nueva York. El ochenta por ciento de la mierda que está en el mercado lo está porque alguien lo ha untado para que haga la vista gorda o porque la vende él mismo. Es una mala persona, Nell. Y su equipo no tiene nada que envidiarle a un cártel.

Asiento lentamente.

—¿Y qué hay de mí? ¿Solo querías acceso al despacho de mi padre?

—¿En lugar de qué? ¿De meterme en tus bragas?

—¡No! —grito, antes de ver que está de broma—. Vete a la mierda.

—No, oye. Esperaba que fueras mi socia. Llevo aquí dos putos años, Flynn. Ha sido bastante deprimente. Dorsey y su séquito son un grupito muy cerrado. Creí que podría hacerme un hueco usando mis encantos, pero no ha sido tan fácil.

No puedo evitar echarme a reír.

—¿Con tu talante afable?

—Pues sí. Y porque soy de aquí. Creía que me verían como uno de los suyos.

—Pero no ha sido así.

—No es fácil ganarse la confianza de Dorsey. Al final me di cuenta de que mi mejor baza era hacerme amigo de alguien próximo a él. Pensé que lo tenía todo hecho cuando me pusieron con tu padre. Pero entonces murió. Así que, sí, me sentía bastante solo hasta que apareciste tú.

—Lo han matado ellos, Lee. Lo sé. ¿Quién, si no, iba a cortarle los frenos?

—Bueno, para serte sincero, tu padre era bastante capullo. Supongo que con el tiempo fue acumulando bastantes enemigos.

—Por favor, ponte serio.

Lee se levanta.

—Apuesto por Dorsey o por Calabrese. Venga. Muéstrame el despacho. Vamos a atrapar a esos cabrones.

—Ya te he dicho que aquí no había nada.

Lee hace otra ronda por el despacho de papá. Llevamos aquí casi una hora y no hemos encontrado nada que nos sirva.

—¿Y el apartamento en Riverhead? —pregunta Lee por segunda vez.

—Podemos volver a mirar. Pero yo no encontré nada. Además, tampoco creo que fuese a guardar pruebas allí. Podría haber puesto a María en peligro.

Lee sacude la cabeza con frustración.

—La he cagado. Debería haber sido franco con él. Podríamos haber trabajado juntos.

—No hagas eso. No te culpes.

—En un par de ocasiones traté de mostrarle mis cartas. Demostrarle que estábamos del mismo lado. Pero no colaba.

—A papá no se le daba muy bien jugar con los demás.

Lee suspira.

—Lo sé. Pero podría haberme sincerado con él.

—Eso habría supuesto correr un riesgo enorme. Si se lo hubiese contado a Dorsey, habrías echado por tierra dos años de trabajo y tal vez te habrían matado en el proceso.

—Lo sé.

Ambos permanecemos callados un minuto.

—Tenemos el extracto bancario del Cayman International de mi padre. Con eso basta para reclamar los informes financieros de Calabrese. Y yo he quedado en reunirme con él mañana. Luz Molina va a llevarme allí.

—Es demasiado peligroso. Para ti y para Luz.

Trago saliva. Sé que tiene razón, pero estoy desesperada.

—Tengo una grabación en la que Dorsey prácticamente se abre en canal, no solo sobre las confesiones forzadas, sino también sobre lo de aceptar dinero de Calabrese. Con eso ya tenemos material suficiente para detenerlos a ambos.

—Pero ¿será suficiente para un jurado?

—Tal vez. No lo sé. Puede que no.

—Y ¿qué hay de Luz? Si puede declarar...

—Ella no comparecerá como testigo. Es una niña. Y no tiene papeles. Cualquier abogado defensor la destrozaría en el estrado.

—Dorsey es un hijo de puta. —Lee frunce el ceño—. ¿Cómo puede acosar a una niña de esa manera?

—Tenemos que sacarla de aquí antes de empezar con las detenciones. Le prometí que le conseguiría protección.

—Y lo haremos. Oye, no tenemos mucho margen de actuación. Como mucho, veinticuatro horas. En estos momentos, lo más probable es que Dorsey se esté arrepintiendo de haberte sido tan sincero.

—Lo sé. Ya lo he pensado.

—Llamemos a Sarah Patel. Y a Lightman. Pondrán en marcha un equipo. Intervenimos mañana y detenemos a todo el Departamento de Policía y a todo el personal de GC Servicios de limusina.

—Aún no sabemos quién mató a las chicas.

—Podríamos presionar a Morales. O bien... —chasquea los dedos— podemos rastrear sus cuentas bancarias. Para ver quién le pagó.

—Estamos dejando muchas cosas al azar en este caso. Lo estamos llevando por otros derroteros y esto no me gusta nada. Solo contaremos con una oportunidad para irrumpir en las oficinas. Tenemos que asegurarnos de disponer de pruebas suficientes contra estos tíos antes de hacerlo.

Lee se acerca al mapa. Se inclina sobre él y lo analiza.

—¿Esto ha estado siempre aquí?

Me coloco a su lado y nuestros hombros se rozan.

—No. Bueno, no estaba aquí cuando yo era pequeña. ¿Por qué?

Lee levanta la mano y lo arranca de la pared.

—Pero ¿qué coñ...? —Me detengo a media frase.

Detrás del mapa, empotrada en la pared, hay una caja fuerte.

—¿Existe alguna posibilidad de que sepas cuál es la combinación? —pregunta Lee casi susurrando.

—Se me ocurre alguna —digo.

Me adelanto y pulso el cumpleaños de mi madre, la misma combinación de números que abrió el candado de su archivador. Tras un segundo de silencio, se escucha un zumbido. Cojo el tirador y abro la caja fuerte.

—¡Joder! —exclamamos los dos a la vez.

Dentro, encontramos un portátil, un cuaderno de notas, archivos, fotografías y un dispositivo de grabación.

—Llamemos a Sarah ahora mismo —dice Lee—. Necesitamos un equipo ya. Esta noche.

—Tengo que concedértelo, Flynn. De alguna manera has conseguido toparte con una de las mayores redadas de la historia de la Agencia a pesar de estar de baja laboral.

Lightman está en el manos libres desde el aire. Él y un equipo de agentes de la Unidad de Análisis de la Conducta vienen de camino desde Washington en un *jet* privado que aterrizará en el plazo de una hora. Todos hemos pasado la noche en vela, clasificando las fotografías, las cintas de audio y demás pruebas que mi padre había reunido contra Dorsey, DaSilva, Anastas y otros miembros del Departamento de Policía, así como contra Giovanni Calabrese y un puñado de asociados que mantenían su negocio de prostitución en funcionamiento. Hay memorias USB repletas de imágenes de las fiestas de Meachem que acabarán con la carrera y los matrimonios de hombres de todo el mundo. Sarah también está revisando pruebas en Miami. Tenemos pilas de documentos financieros que examinar. Incluso con un equipo dispuesto, esto podría llevarnos días, incluso semanas. Pero, por el momento, es suficiente como para meter a la mitad de los agentes del condado de Suffolk y a Giovanni Calabrese entre rejas para siempre. También he negociado un programa de protección de testigos para Luz y para su hermano, Miguel. Después de que Lee y yo hayamos supervisado las redadas que tendrán lugar esta mañana, le tomaré declaración y los meteré en un avión privado en el aeropuerto Francis S. Gabreski, en Westhampton. Lo más probable es que no vuelva a verla. Es una sensación agri dulce. Lo que le suceda me importa mucho, para el poco tiempo que hace que la conozco. Quiero cuidar de ella. Nadie lo ha hecho nunca.

—Ya te dije que no iba a tumbarme en un diván a hablar de mi infancia —le recuerdo a Lightman.

Se echa a reír. Noto que aún está cabreado conmigo. Pero, por el momento, lo dejará correr. Este caso es demasiado grande como para empezar a sermonearme acerca de los protocolos.

—Me temo que no podrás librarte de lo de Maloney —comento—. Recuerda que sigues de baja.

—Venga ya —interviene Lee—. Con todos mis respetos, pero Nell ha conseguido pruebas contra una de las fuerzas policiales más corruptas de la historia. Ha hecho en una semana lo que yo no había podido hacer en dos años.

—Hijo, eso dice más sobre ti que sobre ella —responde Lightman.

Lee se pone como un tomate. No puedo evitarlo y me echo a reír a carcajadas.

—¡Deja de reírte! —masculla, pero él también sonrío.

—¿Cuánto tenemos que esperar? —digo.

Me levanto y me acerco a la ventana. Técnicamente, ya es por la mañana, pero fuera aún está oscuro. No he dormido ni he comido nada, pero me invade una ola de

energía nerviosa.

—Acabamos de iniciar el descenso. No tardaremos en aterrizar. A eso de las ocho de la mañana estaremos en ambas ubicaciones.

Quiero ponerme ya en marcha. Con cada coche que pasa por Dune Road se me pone la carne de gallina; con cada ruido que escucho en la marisma me llevo la mano a la pistola. Aún faltan tres horas: una eternidad. Aun así, sé que podemos considerarnos afortunados por contar con un equipo tan grande y de que se esté movilizándolo tan rápido. Y, al menos de momento, Lightman me está tratando como si volviese a formar parte del equipo. Si todo sale bien hoy, no tendrá más opción que aceptar mi reincorporación. Joder, probablemente debería concederme un ascenso.

Sarah telefona.

—¿Estáis preparados, chicos? —pregunta, y su voz delata lo agotada que está.

—Joder, sí. —Lee se frota las manos—. Llevo dos años esperando esto.

—Solo necesitabas que Nell llegase para hacer el trabajo.

Lee se ríe.

—Sam, si tú no la necesitas en la Unidad de Análisis de la Conducta, a nosotros no nos vendrían nada mal un par de manos más en la DEA.

—O aquí —añade Sarah—. Podrías hallar tu vocación en el Cuerpo Especial Contra la Trata de Seres Humanos, Nell.

—Después de lo de hoy, creo que voy a solicitar unas vacaciones.

—Bien. Ya estamos aterrizando en Gabreski —anuncia Lightman—. Tengo que apagar esto. ¿Quiere alguno de vosotros venir hasta aquí y ponernos al día de todo?

—Ya voy yo —se ofrece Lee.

Entonces se vuelve hacia mí y me coloca la mano sobre el brazo. Me lanza una sonrisa afectuosa y aprieta los dedos ligeramente. Siento que el corazón se me contrae un poquito.

—¿Estarás bien?

—Claro. Ve. Llámame cuando estemos listos para entrar en acción.

—Oye, Nell.

—Dime.

—Siento haberte llamado «niña».

—Tranquilo.

—No, en serio. Ya pensaré en algo mejor, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me guiña el ojo, y yo me giro para evitar que vea que me ruborizo.

Lee sale del despacho de mi padre. Al cabo de unos segundos, la puerta principal se abre y se cierra. La casa se queda en silencio. Acabo de empezar a moverme de nuevo cuando un estallido ensordecedor hace que me caiga al suelo boca arriba.

La ventana del despacho se hace añicos y una ráfaga de aire frío inunda la habitación junto con el olor acre del humo. Un trozo de papel sale flotando.

Tardo unos segundos en levantarme. Tengo la cabeza aturdida por el ruido y la luz. Mis rodillas ceden cuando lo hago y casi se doblan. Me miro las manos. Tengo un trozo de cristal clavado en una de mis palmas. Con una mueca de dolor, lo extraigo y me limpio la sangre en la parte delantera del pantalón.

Saco el arma y me dirijo a la ventana. Me cuesta ver bien con el ojo derecho. Me lo palpo con la mano y noto que tengo el párpado tan hinchado que apenas puedo abrirlo. Cuando veo la humeante masa negra en el acceso, lanzo un grito. Hay un cráter delante de mi casa. En su interior está el coche de Lee reducido a un amasijo de metal ardiente.

Lee ya no está.

«Inspira y espira.

»Inspira y espira.

»Inspira y espira».

Tengo que recordarme que debo seguir respirando cuando salgo a hurtadillas por la puerta trasera de mi casa. Mis pies se hunden entre las húmedas juncias. Llevo una mochila cargada con tantas pruebas como podía cargar: fotografías, audios e informes financieros. Llevo también dos armas: una en la cadera y otra en el tobillo. Necesito alejarme de esta casa lo más rápido posible. Es de suponer que la camioneta de papá, que estaba aparcada frente a la de Lee, está equipada con la misma carga que ha transformado el acceso a la casa en un paisaje lunar. Quienquiera que la haya colocado volverá, sin duda, a comprobar el efecto de su obra. Puede que me estén vigilando ya. Si saben que estoy viva, soy mujer muerta. Si no, tengo un estrecho margen para escapar antes de que regresen.

Tardo menos de cinco minutos en cruzar los dos mil metros cuadrados de terreno protegido que colindan con mi casa. Es la carrera más larga y más dura que he corrido en mi vida. En las marismas no hay donde esconderse. Solo densa y punzante maleza que atravesar y charcos de agua embarrada. La mochila golpea con fuerza contra mi columna vertebral conforme avanzo. Se me han desatado los cordones del zapato izquierdo y tengo que flexionar el pie con fuerza para no perderlo del todo. Me cuesta tanto respirar que siento que me arden los pulmones. El olor a ceniza sigue impregnando el aire con intensidad.

Estoy a medio camino por la marisma cuando un coche estalla en llamas en Dune Road. Me lanzo al barro y permanezco quieta unos segundos. Una garza alza el vuelo y despliega las alas sobre mí. Está empezando a amanecer: mala señal. Veo una columna de humo que asciende desde delante de mi casa. El aire huele a metal y a goma quemados. Alguien lo verá. Alguien llamará a la policía. Pronto, los coches patrulla y las ambulancias acudirán a este rincón de Dune Road. Puede que ya estén de camino.

Me levanto y continúo. Cuando llego al otro lado de la reserva, respiro hondo, aliviada. Entonces me obligo a atravesar el seto del vecino; salgo detrás de un garaje. No parece que haya nadie en casa. Las ventanas están oscuras. No hay coches en la entrada. Agarro la puerta del garaje y la levanto manualmente. No suena ninguna alarma. En el interior hay una vieja ranchera. Da la casualidad de que las llaves están tiradas en el asiento del conductor.

Exhalo de forma temblorosa y doy gracias a Dios por estos pequeños milagros. Mis probabilidades de sobrevivir acaban de aumentar.

Me deslizo sobre el asiento del conductor y arranco el motor. Al ir a ajustar el retrovisor, me veo reflejada. Tengo el ojo derecho morado e hinchado, como un boxeador después de una pelea. También tengo un corte en el nacimiento del pelo lleno de sangre oscura. Ni siquiera lo había notado. Levanto la mano y, al tocarlo, me encojo de dolor: tengo un trocito de cristal incrustado bajo la piel. Me palpo el cuero cabelludo. Ahí también hay sangre coagulada. Oigo un zumbido sordo y estoy empezando a marearme. El sol despliega sus rayos delante de mí. Cierro los ojos por un instante y me obligo a no perder la consciencia.

Los abro de golpe. Tengo que irme. La luz se refleja en el cristal que tengo incrustado en la frente. Lo extraigo con las uñas, gruñendo de dolor. Me seco la sangre con la manga; ahora, la sangre brota con fuerza y tengo que detenerla. Me quito la camiseta y arranco una manga por la costura. Envuelvo la tela lo más fuerte que puedo alrededor de la cabeza con los ojos anegados en lágrimas. Unas ráfagas de luz aparecen delante de mis ojos. El dolor resulta cegador. Pongo el coche en marcha. No tengo tiempo de preocuparme por unos cuantos cortes y magulladuras. Lee está muerto. Y, si no me muevo, yo también lo estaré pronto.

Antes de incorporarme a la vía, saco la gorra de la policía de Suffolk que Lee me prestó en el escenario del crimen y me la pongo sobre el torniquete improvisado. Mi cabeza grita de dolor, pero tengo que cubrirme. Dista mucho de ser un disfraz, pero al menos tengo la cara parcialmente oculta. Además, llevo el coche de otra persona. Tendré que escribirles una nota de agradecimiento a los vecinos cuando todo esto haya terminado. «Gracias por dejar que les robase el coche. Espero que disfruten de esta botella de *whisky*».

Casi he llegado al puente de Westhampton cuando oigo unas sirenas. Se me acelera el pulso. Tengo que esforzarme por no pisar el acelerador a fondo. El límite de velocidad aquí es terriblemente lento, de unos cincuenta y cinco kilómetros por hora. Pongo el intermitente y entro en el puente justo cuando una ambulancia pasa aullando junto a mí en dirección al este de Dune Road.

Mi teléfono vibra en el asiento del acompañante. Me inclino y activo el altavoz.

—¡Nell! —grita Sarah al teléfono—. ¿Dónde coño está Lee? Todo el mundo está en tierra esperándolo. Estamos listos. Llevo un rato llamándolo y no contesta.

—Está muerto.

Mis palabras salen pesadas y lentas.

Mientras conduzco por la localidad, se me empieza a nublar la vista. Parpadeo para deshacerme de lo que creo que son lágrimas, pero no tardo en reparar en que es sangre. Me salto un semáforo en rojo. Solo soy consciente a medias de lo que estoy haciendo. Debería parar. Pero entonces vuelvo a oír las sirenas, a una manzana o dos, me pongo derecha y conduzco.

«Inspira y expira. Sigue respirando».

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Un coche bomba. En el acceso a la casa.

—¿Dónde estás? ¿Estás herida?

—Estoy en Westhampton Beach, a menos de diez minutos del aeropuerto. Pero tengo que ir a Brentwood. Tengo que ir a por Luz.

—Ve directa al aeropuerto, ¿me has entendido? Ve directa allí. Sam está ahí. Con él estarás segura. Voy a enviar a nuestros equipos ahora. Tenemos que ponernos en marcha.

—Llama a Luz. Asegúrate de que está bien. Es una testigo fundamental, Sarah. Irán a por ella. Se la cargarán.

—Yo me ocuparé de ella. Tú asegúrate de seguir con vida. ¿Me oyes, amiga?

Me está gritando, y apenas la oigo.

Entro en un estado como de ensueño, a medio camino entre estar despierta e inconsciente.

—Todo irá bien —susurro al teléfono justo cuando se me escurre de entre los dedos.

Cierro los ojos. El coche se sale de la carretera y golpea contra algo con fuerza y a gran velocidad. Lo último que oigo es el sonido del airbag al desplegarse. Después, nada. Solo la oscuridad.

Abro los ojos. La luz es tan intensa que quema. Emito un leve quejido y los cierro con fuerza. Siento como si mi cuerpo flotara en el espacio. Una sensación de náusea asciende desde mi estómago. Vuelvo la cara a un lado, preparada para vomitar.

—Nell —dice una voz familiar, y repite con más urgencia esta vez—: ¡Nell! ¿Me oyes?

—¿Sam? —grazno, y entreabro un ojo.

No veo nada. Todo está borroso. Pero lo oigo. Está justo a mi lado. Entonces siento un gran alivio.

—Señor, tiene que apartarse —dicta una voz desconocida—. Vamos a llevarla a quirófano.

—¡Nell! ¿Me oyes? Estoy aquí. Vas a ponerte bien.

—¡Sam!

Intento incorporarme, pero no puedo.

Me pesa la cabeza como si estuviese hecha de plomo. Me obligo a abrir los ojos. Un médico con una mascarilla camina a mi lado. Veo las paredes blancas pasar a toda prisa. Nos detenemos. Oigo que se abren unas puertas. Caigo en la cuenta de que estoy en una camilla. En el techo veo los halógenos de un hospital. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí ni cuánto tiempo ha pasado desde que me sacaron de la ranchera. Lo último que recuerdo es el golpe del airbag y el espeluznante sonido del metal al arrugarse.

—Señora. —El médico parece agitado—. Por favor, intente no moverse. Vamos a llevarla a quirófano. Todo está bien. Solo serán unas suturas. ¿De acuerdo? Intente relajarse.

—¡Sam! —grito—. ¿Dónde está Lee?

Lightman no contesta. No es necesario que lo haga. En el fondo de mi mente, una voz me recuerda que Lee está muerto, que su coche estalló en el acceso de mi casa. Las puertas se cierran cuando pasamos. Alguien me inyecta algo en la vía y siento cómo un líquido caliente me invade las venas. Cierro los ojos y vuelvo a sumirme en un profundo sueño.

—Aquí la tenemos.

Abro los ojos como platos. Miro a la derecha y después a la izquierda. Lightman me sonríe junto a la cabecera de la cama.

Intento devolverle la sonrisa. Me duele todo el cuerpo.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital de Southampton. Acabas de salir de quirófano. Todo ha ido bien.

—¿Qué ha pasado?

—Cuando el coche bomba explotó en tu acceso, las ventanas estallaron. Te hiciste varios cortes bastante feos. Al final te desmayaste mientras conducías de camino al aeropuerto. Has perdido mucha sangre. Por suerte, estabas hablando con Sarah por teléfono. Le dijiste dónde estabas. Fui a buscarte yo mismo.

—¿Dónde está Lee? —Ahora estoy despierta, alerta, y todo me viene de golpe a la mente: el sonido, el humo, la carrera a través de las juncias...—. ¿Está...?

—Ha muerto, Nell. —Lightman coloca su mano sobre la mía—. Lo siento.

—¿Estás seguro?

Asiente, y los ojos se le llenan de lágrimas. Se quita las gafas y se los seca con unos toquécitos.

—Podrías haber sido tú, ¿sabes? Encontramos una bomba en tu camioneta también.

Durante unos segundos, ambos permanecemos callados.

—Los tenemos —anuncia Lightman por fin—. Los hemos detenido a todos.

—¿A Dorsey? ¿Y a Calabrese?

—Sí. Y a DaSilva y a Anastas. Y a unos cuantos más.

—¿Qué hay de Meachem?

—Está fuera del país. No podemos...

—No me digas que se va a ir de rositas.

—No. No lo hará. Pero nos llevará algo de tiempo.

—¿Y los demás? Los clientes. Los hombres de las fiestas de Meachem.

—Tenemos muchas pruebas, Nell. Estamos en ello. Todo saldrá a la luz a su debido tiempo. Lo importante es que tenemos a Dorsey y a Calabrese. Y están acabados. Pero tú..., tú tienes que descansar. Has pasado por un infierno.

—Y ¿qué hay de Luz? ¿Está a salvo?

Lightman asiente.

—Lo está. Miguel y ella despegaron desde Gabreski hace unas horas. Entrarán en un programa de protección de testigos. Luz ha estado estupenda. Nos ha proporcionado información tremendamente útil, sobre Calabrese, la organización, la

implicación de la policía de Suffolk y los clientes a quienes conoció en casa de Meachem.

Hace una pausa. Sé que se está guardando algo.

—¿Qué pasa?

Contiene las lágrimas.

—Me has dado un susto de muerte, eso es todo. Me alegro de que estés bien.

—¿Tienes alguna idea de cuándo podré salir de aquí?

—Mañana, o tal vez pasado mañana. Lo arreglaré todo para que vuelvas a Washington. —Me señala con el dedo y veo cómo las lágrimas descienden por sus mejillas—. Y, esta vez, irás a terapia.

Me pongo a reír. Y entonces, me echo a sus brazos. Pego el rostro contra su pecho y sollozo.

—Lee era un buen tío —susurro.

—Lo era.

—Necesito quedarme en el condado de Suffolk. Solo por un tiempo.

Me mira con gesto exasperado.

—Nell...

—Aún tengo que hacer algunas gestiones. Solo serán unos días. Estaré de vuelta en mi mesa la semana que viene.

—Buen intento. Aún tienes que pasar la evaluación. Y estoy seguro de que Maloney estará encantado cuando descubra lo que has estado haciendo.

—Mira, que le den a Maloney. Dile que no tiene ningún sentido que siga de baja. Voy a acabar trabajando de todas formas.

—Sarah está preocupada por ti. Quiere venir a verte.

—Bastante lío tiene ella ya. La llamaré cuando salga de aquí.

—¿Adónde irás? No puedes quedarte en casa de tu padre.

Me encojo de hombros.

—Ahora es mi casa. Ha llegado la hora de embalarlo todo y decir adiós.

Pom. Pom. Pom.

Golpeo un clavo con el martillo y coloco otra tablilla en el tejado. Ya he terminado esta fila. Solo me faltan tres.

Me pongo de cuclillas y admiro mi obra. Cuando empecé este proyecto hace una semana, pensaba que solo arreglaría las goteras y reemplazaría las tejas podridas. Pero trabajar en esto ha sido agradable, casi terapéutico. No quería parar. Es duro, desde luego. Lo voy haciendo a ratos, durante una hora o dos cada vez. Cuando vi las tablillas nuevas, cuando las tuve en la mano y sentí sus bordes rectos y limpios y su peso, casi el doble de densas que las viejas, no pude evitar pensar que era necesario sustituir todo el tejado. Tengo tiempo. Me gusta ahorrar dinero. Y disfruto muchísimo de las vistas. Desde aquí arriba, puedo ver el océano más allá de las dunas. En un día despejado, puedo ver más allá del arco del puente de Ponquogue, hasta la punta rocosa del Shinnecock County Park.

Y resulta que se me da bastante bien hacer reparaciones. En cuanto me dieron el alta en el hospital, llamé a un contratista para cambiar las ventanas, pero arreglé el calentador y la nevera yo solita. Lo siguiente que quiero hacer es la terraza. Las escaleras crujen y la barandilla no es estable. Lightman dice que debería contratar a alguien para hacer los trabajos exteriores, sobre todo ahora que está haciendo tanto frío. Pero me gusta estar al aire libre. Me sirve de fisioterapia para el hombro. Cada día me siento más fuerte.

Antes de que volviera a casa, Lightman se aseguró de que retirasen todo rastro del coche de Lee. Se reparó el acceso y se rellenó con gravilla nueva. Aún hay una pequeña marca donde tuvo lugar la explosión, pero quiero dejarla ahí. Pienso en él cada vez que la veo.

Todavía no he decidido qué voy a hacer con la casa. Puede que la ponga a la venta en Año Nuevo. De momento, no me importa vivir en ella mientras la arreglo. Como dice el doctor Ginnis, tengo que vivir día a día. Hablo con él casi todas las mañanas, generalmente más de lo que ambos esperábamos. Dice que firmará el formulario de mi evaluación médica cuando me sienta preparada para reincorporarme. De momento, no me presiona. Y Lightman tampoco.

Pom. Pom. Pom.

Acabo de empezar otra fila de tablillas cuando oigo un coche que se detiene en la entrada. Me levanto y me protejo los ojos del sol de la tarde. Sarah Patel sale de un sedán gris. Lleva unos vaqueros negros y botas de motorista, como la primera vez que la vi.

—¡Sarah! —exclamo, y la saludo cuando mira hacia arriba.

—Eres de lo que no hay —dice, mientras sacude la cabeza—. ¡Deberías estar en la cama! ¿Qué coño haces ahí arriba?

—Nada, unas reformas. —Me echo a reír—. Ahora mismo bajo.

Nos abrazamos junto a la puerta principal. Al cabo de unos segundos, se aparta y me sostiene a un brazo de distancia.

—Bueno, está claro que tenemos que cebarte un poco. Pero, todo sea dicho, tienes bastante buen aspecto.

—Tú también. No hacía falta que vinieras. Debes de estar agotada.

Hace una mueca.

—Venga ya. Quiero venir desde hace semanas. Pero esta investigación... en fin, ya sabes. Has abierto la caja de Pandora, amiga mía.

—Vamos dentro. Quiero que me lo cuentes absolutamente todo. Pero antes, tengo algo para ti.

En el salón, coloco un leño en la chimenea y la enciendo. Nos acomodamos en el sofá; Sarah en un extremo, descalza y sentada sobre sus pies, y yo en el otro, con una manta hasta la cintura. El fuego crepita e inunda la habitación de luz y calor.

Me quito la cruz que llevo colgada al cuello y se la entrego.

—Esto pertenecía a Adriana Marques. La llevaba en las fotos que le hizo mi padre.

La gira, examinándola.

—Es muy bonita —apunta.

Salta a la vista que no entiende por qué quiero que la tenga ella.

—Es un dispositivo de grabación.

—¡Anda! —Abre mucho los ojos, fascinada.

—Al principio, yo tampoco me di cuenta. Pero no paraba de darle vueltas: ¿por qué la tenía mi padre? Y anoche, por fin, caí en la cuenta. Adriana estaba grabando todas sus reuniones para él. Mira aquí. —Señalo una pequeña bola dorada que hay en la parte de atrás, no más grande que la cabeza de un alfiler—. Es esto.

—¡Vaya! Gracias. Se lo haré llegar al equipo lo antes posible. —Se la mete en el bolso, y entonces me entrega una carpeta—. Yo también tengo algo para ti.

—¿Qué es esto?

—Fotogramas de una de las fiestas de Meachem, de la grabación en su casa de Palm Beach. Acudieron unos cuantos peces gordos.

La abro y empiezo a hojearlos. Silbo.

—Madre mía. Pero si aquí está medio Washington.

—Lo que yo decía. La caja de Pandora.

Me detengo en una foto en particular. En ella aparece un grupo de gente reunida al borde de una piscina. Los hombres llevan chaqueta y pantalones de lino. Las mujeres, bueno, las chicas, visten vestidos de cóctel y tacones altos. Su esbelta figura destaca a la luz del sol del atardecer.

Inspiro de pronto al ver una cara que reconozco. La cabeza me da vueltas mientras intento procesar esta nueva información. Claro. He tenido la respuesta delante de mis narices durante todo este tiempo. Ahora tengo que demostrarlo.

Cierro la carpeta.

—¿Alguna detención más? —pregunto.

—Unas cuantas. El comisario general de policía de Palm Beach, aunque creo que eso ya te lo dije. Y algunos de sus subordinados. Gracias a ti, revisamos los expedientes de Palm Beach y encontramos a dos mujeres a quienes habían asesinado de la misma manera que a Ria y Adriana. Ambas encajaban en el perfil. Uno de los cuerpos coincidía con el de una persona desaparecida. Heather Valdez, diecisiete años, de West Palm.

—¿Y la otra?

—Seguimos trabajando en ello, pero los expedientes están incompletos. Puede que no tengamos suerte con esta.

—¿Dónde está Meachem?

—No hay ni rastro de él. Lo estamos buscando.

—Hijo de puta. Calabrese no tiene ninguna relación con las chicas de Florida, ¿verdad?

—No. Calabrese solo actuaba a nivel local. Existe un equivalente de Calabrese en Florida. Un proxeneta llamado Joe Lentz que le proporcionaba chicas a Meachem. Está detenido. Todavía no ha hablado, pero ya veremos.

Entonces hace una pausa y aprieta los labios como si estuviera sumida en sus pensamientos.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien de quien me gustaría hablar contigo. No tiene por qué ser ahora. Cuando estés preparada.

—Claro. ¿De quién?

—De María Cruz. Ayer me reuní con ella. Quiere conocerte.

—Ah. —Me inclino hacia delante—. Claro. Puedo coger un avión hasta allí y...

—No será necesario. Vendrá al condado de Suffolk mañana o pasado mañana para prestar declaración. Ha sido de gran ayuda en la investigación.

—¿No debería estar en protección de testigos?

—La estamos protegiendo. Es una testigo clave contra Dorsey y Calabrese. Quiero que la conozcas. Es importante. Hay cosas sobre ella que creo que deberías saber.

—Claro. Por supuesto. Pero antes, termina de hablarme del caso.

Me levanto y camino hacia las puertas correderas de cristal.

Me quedo mirando hacia la baldía marisma. Ahora está casi verde, del color del trigo. Las aves se han marchado. Por la mañana, hay escarcha en las juncias. Mientras observo el latente pantanal, algo hace clic.

Me giro, con el ceño fruncido.

—¿Habéis comprobado en las bases de datos nacionales si hay alguna víctima de asesinato que encaje en el mismo patrón que hemos visto en Long Island y Florida?

—Tengo a dos agentes trabajando en ello en estos momentos. ¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

—¿Cuándo desapareció Heather Valdez?

—En enero de 2016, pero Meachem estuvo fuera del país todo ese invierno. De modo que, a menos que tuviese a alguien que le hiciera el trabajo sucio, cosa, por otro lado, perfectamente posible, él no es el responsable.

Sacudo la cabeza.

—Tengo otra idea. He reconocido a alguien en una de las fotos. No estoy segura. Llama a tus agentes. Quiero centrarme en un lugar en concreto. Puede que esto sea algo aventurado, pero, si tengo razón, puedo deciros quién es nuestro asesino.

Sarah aparca en el arenoso arcén de Meadow Lane, frente a la casa de James Meachem. Estoy sentada en el asiento del acompañante. No he sido capaz de conducir desde la explosión. El mero hecho de meterme en un coche ya hace que el corazón se me ponga a mil. Hasta ahora me las he apañado cruzando el puente en bici para ir a comprar algo de comida cada pocos días y volviendo con los víveres en la mochila. Si no, dependo de que me lleven los amigos. Hank se pasa con frecuencia. Y también Ty y Cole Haines. También he hecho algunos amigos en el Departamento de Policía: agentes a quienes, como a mi padre, les asqueaba la corrupción que corroía su propia fuerza como un cáncer.

Sarah y yo salimos del vehículo. Nos encontramos en medio de la calle desierta. Un viento frío aúlla a través de las rocas que bordean la bahía. Tirito bajo la chaqueta. Es demasiado fina y, debajo, solo llevo un jersey y un chaleco de lana. No es suficiente. Me duelen los dedos del frío. Ojalá tuviera un gorro y una bufanda. Si me quedo aquí mucho más tiempo, tendré que comprarme ropa de invierno en condiciones. Han pasado casi dos meses desde que llegué.

—Ahí está —le digo a Sarah, y le señalo la vivienda de Meachem—. La casa de los horrores.

—Joder. Qué sitio tan frío.

—Y ahí —desplazo el dedo hacia las dunas que lindan con la propiedad— es donde enterraron el cuerpo de Adriana Marques.

Sarah se cruza de brazos.

—Esa pobre chica —susurra mientras echa un vistazo a nuestro alrededor—. Este lugar está totalmente desolado.

—Siempre lo está en esta época del año. Es una ciudad fantasma. Son todo casas de verano.

—Pero Grace Bishop está aquí.

—Se queda hasta Acción de Gracias. Me dijo que me pasara cuando quisiera.

Frente a la verja de Grace, le digo a Sarah:

—Entro yo sola, ¿de acuerdo?

—¿Estás segura?

—Sí. Creo que será mejor así.

Sarah vacila, pero asiente.

—De acuerdo —dice—. Grita si me necesitas.

Me acerco a la verja y pulso el timbre. Cuando anuncio mi nombre, las puertas se abren. Avanzo por el largo acceso hasta la casa. Parece estar vacía. Las luces están

apagadas aunque el sol ya ha empezado a ponerse. Oigo unos ruidos en el jardín y doy media vuelta. Por encima de un seto capto un movimiento. Grace está ahí, cavando. Se detiene y se pone derecha. Sonríe al verme.

—¡Anda, hola! —exclama.

Lleva solo un jersey y un pañuelito perfectamente colocado alrededor del cuello. Tiene las manos cubiertas por unos guantes de jardinería y sostiene una pequeña pala.

—Trabaja hasta tarde.

—Tengo que dejarlo todo listo para el invierno. No hay paz para los cansados.

—Pensaba que la expresión era «no hay paz para los malvados».

Grace enarca una ceja.

—¿Ah, sí? Vaya por Dios. Llevo toda la vida diciéndolo mal. ¿Prefiere ir dentro?

—Tranquila. El aire fresco me resulta agradable.

La señora Bishop aprieta la mandíbula ligeramente.

—Sentí mucho lo de su compañero.

—No era mi compañero. Era un amigo.

—Es una lástima. ¿Se han declarado culpables esos agentes a quienes detuvieron?

—No, pero estamos trabajando en el caso.

—Ya le dije que esos hombres eran corruptos. Debería haberme escuchado. Pero claro, en su momento, no sabía que su padre era uno de ellos. De hecho, fue su padre quien vino a hablar conmigo sobre Alfonso Morales, ¿verdad?

Asiento.

—Sí, así es. Murió justo antes de que apareciese el cuerpo de Adriana.

—Y usted quería cerrar el caso por él. Qué gesto más noble por su parte.

Detecto una frialdad en su voz que no había notado antes.

Sus ojos también miran de forma diferente. Son de un perturbador color azul claro. Quiero apartar la vista, pero no lo hago. Durante unos segundos, nos quedamos mirándonos la una frente a la otra en silencio.

—Siente que le mentí —digo.

—A nadie le gusta que le mientan, señorita Flynn.

—Por supuesto. Pero no diría que le mentí. Tan solo omití algunos hechos.

—¿Acaso no es lo mismo?

—En realidad, no. Verá, usted me mintió a mí. Dijo que no conocía al señor Meachem. Que no se relacionaba con él.

Su cuerpo se pone rígido. Cuando habla, prácticamente escupe.

—Yo no me relaciono con ese hombre.

—No lo hace, es cierto. Pero su marido sí. De hecho, estuvo en casa del señor Meachem en varias ocasiones. Y no solo aquí, sino también en Palm Beach.

—Eliot jamás haría algo así.

—Me temo que sí. Siento decirle que tenemos fotos.

—Se equivoca.

—Qué historia tan triste. Esas chicas fueron su perdición. Una intentó extorsionarlo, ¿verdad? Y después Adriana. Bueno, eso fue peor. Eliot la dejó embarazada. Eso fue tremendamente difícil. Después de todo lo que usted había hecho por él. Después de todo lo que había soportado por garantizar su puesto como secretario de Hacienda. ¿Cómo pudo hacerle algo así? Y ya lo había hecho antes, ¿verdad? Las otras veces, con darles dinero fue suficiente. Pero en esta ocasión, con el asunto del bebé, la cosa no sería tan sencilla.

—Esa putilla asquerosa se quedó preñada —dice Grace, asqueada—. Eliot no era el padre. Es imposible. No podíamos tener hijos, ya se lo dije.

—Y eso es lo que más rabia le dio, ¿verdad? Porque vio que su marido sí que podía dejar a alguien embarazada. Pero no a usted. ¿Quería quedarse con el bebé, Grace? ¿Pensaba abandonarla? La hermana de Adriana dijo que la llamaba a altas horas de la madrugada y le prometía que cuidaría de ella. Era muy feliz justo antes de morir, y eso era porque sabía que Eliot estaría a su lado cuando lo necesitase.

Grace lanza un grito escalofriante antes de abalanzarse sobre mí. Sucede tan rápido que no reacciono a tiempo. Me tira al suelo y levanta la pala.

Ruedo hacia la derecha y oigo el sonido de la pala al incrustarse en el suelo junto a mi oreja. Se hunde profundamente en la tierra y se queda clavada. Aprovecho la oportunidad.

Agarro una piedra grande del suelo y, con todas mis fuerzas, la levanto y golpeo a Grace en la sien con ella. Al impactar contra el cráneo, se escucha un fuerte y desagradable sonido.

—¡Hija de puta! —grita cuando me abalanzo sobre ella.

Me coloco encima y ella se resiste. Es alta, debe de medir un metro ochenta, de modo que tengo que invertir todas mis fuerzas en sujetarla. Con el rabillo del ojo, veo que Sarah se abre paso a través del seto. Corre hacia nosotras. Levanto la vista y cruzamos la mirada. Por un segundo, dejo de centrarme en Grace. Y, en ese instante, lo siento. Me hunde un cuchillo en el muslo con toda su fuerza.

Me caigo de espaldas y noto un intenso dolor punzante en la pierna. Grace se pone a cuatro patas y, acto seguido, de rodillas. Vuelve a levantar la hoja y, esta vez, apunta a mi corazón.

Solo se escucha un disparo. Grace cae desplomada sobre el suelo. Las pisadas de Sarah se escuchan con más fuerza. Oigo cómo grita por la radio pidiendo refuerzos. No tarda en arrodillarse junto a mí y colocarme sobre su regazo. Grace no se ha movido. Un río de sangre mana de su pecho y se acumula en el césped alrededor de ella. Está muerta. Lo sé por el modo antinatural en que se le doblan las piernas bajo el cuerpo. Aparto la mirada. El dolor me obliga a respirar de forma agitada. Los setos que hay detrás de mí están perfectamente envueltos en arpillera.

En lo alto, el cielo se ha tornado de color pizarra. A lo lejos, oigo los graznidos de los gansos y el susurro de las olas que avanzan y retroceden sobre la arena. Miro a Sarah y sonrío.

—Te pondrás bien —me asegura con un tono cargado de preocupación—. La ayuda está en camino.

—Lo sé. —Dejo que se me cierren los ojos—. Se ha acabado. Todo irá bien.

Ann-Marie Marshall está sentada en el mismo hueco de la misma cafetería donde nos reunimos hace dos meses. En esta ocasión está abierta al público. En una de las mesas hay un puñado de adolescentes. La barra está casi llena de cosas para comer. Cuando me deslizo sobre el banco, veo que ella ya me ha pedido un café solo. Sonrío, agradecida.

—Me alegro de verte —dice, y puedo palpar el alivio en su voz—. No estaba segura de que pudiésemos reunirnos otra vez.

—Yo tampoco.

—Tras el asesinato de Jamie Milkowski, hui. Me subí al coche y no paré de conducir hasta que llegué a casa de mi hermana, en Vermont.

—No te culpo. Podrías haber sido la siguiente.

Se queda mirando el café.

—Sí, pero decidieron ir a por ti y a por Lee Davis.

Nos quedamos calladas durante un minuto. Escucho la animada charla de los adolescentes en la mesa de al lado. Sus risas me reconfortan.

—¿Sabes si ha habido algún progreso en la investigación de lo de Milkowski? —pregunto.

—La verdad es que no —responde con voz tranquila—. No hubo testigos. Todo el mundo da por hecho que fueron Dorsey o DaSilva, pero nadie puede demostrar nada y ellos han dejado de hablar.

—DaSilva admitió haber colocado las bombas lapa. Ya puestos, podría confesar también que arrolló a Milkowski.

—No le quedó más remedio que admitir lo de las bombas. Encontraron una tercera exactamente igual en su garaje. —Marshall ladea la cabeza y me mira—. ¿Qué hay de la muerte de tu padre? ¿Se sabe algo ya?

—No. Y tampoco lo espero.

—Lo siento. Debe de ser duro no poder cerrar ese capítulo.

—Bueno, sí que lo he cerrado. Al menos, ahora sé qué clase de hombre era. Sé que murió intentando proteger a esas chicas. Y que los hombres que lo mataron pasarán mucho tiempo en la cárcel.

—¿Puedo sugerirte algo? Solo para que lo tengas en cuenta.

Ya sé lo que va a decirme. Lo insinuó por teléfono, pero sin proponerlo directamente.

—Claro. Adelante.

—Dentro de un par de semanas iré a visitar el centro penitenciario de Shawangunk, para hablar con Sean Gilroy. Ha accedido a dejar que lo entreviste de nuevo.

—¿Vas a escribir otro artículo sobre el caso de mi madre?

—No. —Niega con vehemencia—. Voy a escribir sobre la brutalidad policial en el condado de Suffolk. Sobre su tasa de confesiones del noventa y cuatro por ciento. Sean Gilroy forma parte de esa historia.

Revuelvo el café, sopesando la situación.

—¿Para qué quieres que vaya?

—No es que quiera que vayas. Pero creo que hablar con él podría ayudarte. Se ha pasado las últimas dos décadas pagando por lo que hizo. No estoy diciendo que debas perdonarlo, pero quizá te dé paz mental charlar con él, ver que ha cambiado y saber que lo siente.

Le doy una vuelta. La verdad es que creo que lo he perdonado, todo lo que se puede perdonar a alguien que le ha quitado la vida a un ser querido. No sé qué beneficio puedo obtener de escuchar sus disculpas. Aún me tomo las cosas día a día.

—Lo pensaré —digo.

No puedo hacer más.

—Está bien —asiente—. ¿Sabes algo más sobre James Meachem? ¿Sigues tomando el sol en algún país sin extradición?

—Que yo sepa, sí.

—Tengo que preguntártelo: ¿qué te hizo sospechar de Grace Bishop?

Sonrío y bebo un sorbo de café.

—¿Oficial o extraoficialmente?

—Lo que prefieras. Me encantaría entrevistarte, ya lo sabes. Pero me contento con estar aquí charlando. No puedo evitarlo, soy curiosa.

—Mi teléfono fijo no para de sonar. He tenido que desconectarlo. Y el móvil lo tengo apagado la mayor parte del día. Ha sido un auténtico circo. Aún no he concedido ninguna entrevista. No sé si lo haré algún día. Pero, si lo hago, será contigo.

—Te lo agradezco de verdad. Ya me imagino que esto habrá sido una locura para ti. Pero estás en el centro de un escándalo político de gran magnitud.

—Y esto es solo el principio. La detención de Eliot Bishop es la primera de muchas. Meachem tenía muchos contactos. Todos los políticos y presidentes ejecutivos que hayan entablado relaciones con él alguna vez deben de estar temblando de miedo.

—¿Crees que Eliot Bishop era cómplice?

Niego con la cabeza.

—No lo sé. Ya no es mi caso. En realidad, nunca lo fue.

—Venga ya. Tú lo has resuelto.

—Solo seguí una corazonada.

—Y bien, ¿qué te hizo sospechar de ella?

—¿Aparte de que sea alta, zurda, una experta tiradora y que esté en el consejo de la Sociedad para la Conservación? —respondo toda seria.

Ann-Marie se echa a reír.

—Sí. Aparte de eso.

—La verdad, al principio no sospeché de ella. Me caía bien. Era encantadora. Y pensé que quería ayudar. Pero el que hubiesen aparecido dos cuerpos en Palm Beach en las mismas circunstancias reducía las opciones a personas que frecuentasen ambas zonas. Empezamos a buscar en las bases de datos nacionales y encontramos otro caso cerca de la granja de la familia de Grace, en Texas. Ahí fue donde todo encajó. Grace defendía con ímpetu a Morales y estaba realmente ansiosa por señalar a Meachem. Si Morales no era más que un jardinero a quien había visto un par de veces, ¿por qué estaba tan segura de cómo era su carácter?

—Culpaba a Meachem por haberle presentado a su marido a esas *escorts*.

—Sí. Creo que lo consideraba el diablo, y, en efecto, sus negocios resultaron ser una tentación demasiado grande para su marido.

—Así que enterró el cuerpo de Adriana cerca de la casa de Meachem a propósito. Y, de una manera harto conveniente, lo encontró ella misma.

—Exacto. La verdad es que es una jugada bastante inteligente. Acaba con Meachem al tiempo que da con un chivo expiatorio para sus asesinatos anteriores.

—Era una mujer celosa.

—Sí. Y creo que el embarazo de Adriana fue la gota que colmó el vaso. Era estéril, ¿sabes? Así que no le bastaba con matar a las chicas. Quería acabar con toda la operación de una vez por todas.

Ann-Marie abre los ojos como platos.

—Por eso tenía esas marcas en el abdomen.

—Supongo que sí. En el pasado, se limitaba a disparar a las víctimas y después pagaba a alguno de sus trabajadores para que se deshiciera de los cuerpos. Pero esta vez...

—La ira se apoderó de ella. —Ann-Marie apura lo que le queda de café—. ¿Crees que su marido la habría abandonado por Adriana?

—No lo sé. Elena Marques creía que Adriana estaba saliendo con alguien poderoso o importante. Los oyó hablando por teléfono una vez. Por cómo lo describió, parecía que al menos estaba dispuesto a ayudarla. Sea como fuere, Grace no podía correr ese riesgo. Desde su punto de vista, ella había dedicado toda su vida a promover la carrera política de su marido. Y él se lo pagaba follándose a otras a sus espaldas.

—¿Sabes cuánto le pagó a Morales?

—No. Aún están analizando sus cuentas. Seguro que lo averiguan pronto.

—¿Te alegras de que esté muerta?

—No.

Aparto la vista y me quedo mirando por la ventana hacia Main Street.

Si alargo el cuello, casi puedo ver el apartamento de mi padre, el que alquiló para María Cruz. Me giro de nuevo hacia Ann-Marie:

—No me alegro. Me habría gustado que hubiese ido a juicio.

—Aun así, se ha hecho justicia.

—Tal vez. —Meto la mano en el bolso y saco mi cartera—. Lo siento. Tengo que irme. He quedado con alguien.

—Por favor. Te invito.

—¿Seguro?

—Sí, claro. —Coloca su mano sobre la mía—. Me alegro muchísimo de que nos hayamos podido ver de nuevo, Nell.

—Yo también —contesto, y lo siento de verdad.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—¿A Washington?

—Sí.

—Aún no lo he decidido. Puede que me quede por aquí una temporada.

Enarca las cejas.

—¿En serio? —replica con cierta sorpresa—. Me alegra oír eso.

—Me gusta el condado de Suffolk en temporada baja.

—Por eso me quedo yo —dice, y se levanta para darme un abrazo—. Me encantaría volver a verte. Sigamos en contacto.

—Por supuesto. —La abrazo una vez más.

Cruzo Main Street, consciente de que llego tarde. Solo un par de minutos. Aun así, el corazón me late con fuerza. Me cuesta caminar rápido; lo único que puedo hacer es cojear a paso ligero. Al final de las escaleras hay un agente apostado delante de la puerta 3. Asiente al verme y llama a la puerta.

Oigo cómo se descorren los cerrojos. La puerta se abre. Tras ella, aparece una mujer joven. Viste de forma sencilla, con unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto, y su pelo, largo y negro, está recogido en una trenza que cae sobre su espalda. Tiene los ojos verdes, como los míos. Son preciosos y resaltan en su piel aceitunada y sus rasgos delicados.

—María —digo, casi susurrando—. Soy Nell.

—Sé quién eres —responde acercándose como si quisiera abrazarme, pero sin estar segura de si debe hacerlo o no.

Doy un paso hacia ella y la estrecho entre mis brazos.

—Siempre he querido conocerte —admite al cabo de un minuto—. Se lo dije a Marty, pero no quería que te enfadaras.

—¿Lo llamabas Marty?

Sonrío. Papá odiaba ese apodo. Solo sus amigos más íntimos podían usarlo.

—Sí. —Mira al suelo, avergonzada—. Sé que era mi padre y eso, pero no lo conocí hasta que cumplí dieciocho años. Se me hacía raro llamarlo «papá».

—Lo entiendo. Y, para que conste, no me habría enfadado. Me habría gustado saber que tenía una hermana. O medio hermana. Es bonito. Es maravilloso. Cuando Sarah me lo dijo, te juro que no cabía en mí de la alegría.

Se le ilumina el rostro.

—Me alegro. Yo no tengo más familia, así que esto significa mucho para mí.

—Para mí también.

—Tu padre, Marty, era un buen hombre. Me ayudó cuando más lo necesitaba.

—No sabes cómo me alegra oír eso.

—Cuando mi madre enfermó, empecé a trabajar con Gio. Necesitábamos el dinero de manera desesperada. Conocía a Adriana del colegio. Ella lo estaba haciendo, y me llevó para presentármelo. Y luego mi madre murió. No tenía a nadie. Pensé que iba a morir también. Algunos días quería morir. Ya no me importaba nada. Y, entonces, de repente, tu padre vino a buscarme. Supongo que mi madre le envió una carta desde el hospital. Quería que cuidara de mí. Imagino que se quedaría de piedra al enterarse de esa manera de mi existencia, pero se comportó como un auténtico padre.

—Entonces, ¿no sabía que existías?

—No. Tuvieron un rollo de una noche. Eso es todo. Nunca se le pasó por la cabeza que mi madre pudiera haberse quedado embarazada. Ella se mudó a Florida poco después. Vivimos allí un tiempo. Regresamos al condado de Suffolk hace unos años, cuando ella enfermó. Supongo que siempre sintió que este era su hogar.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

María mira a su alrededor.

—Este apartamento es la mejor casa que he tenido nunca —responde y, acto seguido, se ruboriza—. No lo digo porque sea grande y eso, sino porque es tranquila. No hay hombres rondando por aquí con mi madre, nadie me molesta. Era el único lugar en el que podía relajarme y olvidarme de Gio y de todo lo demás.

—Sé a qué te refieres. —Sonríe y le pongo una mano sobre el brazo—. He traído unos pasteles de la cafetería de enfrente.

—Gracias. Ay, perdona. Pasa, por favor. Siéntate.

La sigo al interior del apartamento. No puedo apartar la vista de ella. Es tan guapa, tan joven... Y me resulta tan familiar... Entonces me doy cuenta de que me recuerda a alguien. Al principio creía que era a mi padre. Tiene su mismo pelo negro y su talante callado. Su constitución delgada y sus rasgos marcados.

Pero entonces, cuando me sonríe, con un gesto tímido y curioso al mismo tiempo, caigo en la cuenta: me recuerda a mí.

Nos sentamos en extremos opuestos del sofá, uno de los pocos muebles que hay en el apartamento. Dejo la caja de pasteles entre nosotras. El sol de la tarde comienza a atenuarse y proyecta un largo haz de luz sobre su rostro. No parece molestarle. María ríe y responde a todas mis preguntas sin inmutarse. Tengo tantas que creo que podría quedarme toda la noche.

No lo hago, claro. Cuando oscurece, llamo a un taxi y vuelvo a la casa de Dune Road. De momento, María seguirá bajo custodia de protección. Pasará unos días prestando declaración y después, finalmente, testificando. En cuanto a mí, aún no estoy segura. Sé que estaré ahí por si ella me necesita cuando haya terminado. Es mi familia y yo la suya. No sé qué significa eso exactamente. Y ella tampoco. Pero lo averiguaremos juntas.

Epílogo

Esparzo las cenizas de mi madre el último día del año.

Estoy sola, aunque María se ha ofrecido a venir conmigo. Es un día frío y despejado. El sol se está poniendo. Me encuentro en una lengua de tierra que se extiende hacia la bahía de Peconic. Al otro lado, puedo ver North Fork. A mi espalda está la playa del Meschutt County Park.

Es un lugar bonito, especialmente en esta época del año. Los cálidos marrones y grises de la tierra se funden con la grisácea extensión del agua. Mi madre solía traerme aquí en cualquier momento del año a recoger rocas y respirar el aire salino. Tan solo me quedan unos pocos recuerdos de ella, pero algunos de los más felices son de Meschutt.

A principios de mes, Glenn Dorsey se quitó la vida. Se colgó en su celda mientras esperaba a que lo juzgasen. Vince DaSilva se declaró culpable de varios crímenes, tráfico de drogas y asesinato entre ellos. Se pasará el resto de la vida en la cárcel, como la otra mano derecha de Dorsey, Ron Anastas y su cómplice, Giovanni Calabrese.

Sarah Patel me ha dicho, extraoficialmente, que James Meachem ha firmado un acuerdo de no enjuiciamiento con la Agencia. Ha entregado su lista negra, así como cientos de horas de grabaciones de vídeo de sus casas de Southampton, Palm Beach, Nueva York y las Islas Vírgenes Británicas en las que aparecen montones de políticos, directores ejecutivos y celebridades manteniendo relaciones sexuales con menores de forma intencionada. Según Sarah, Meachem deberá declararse culpable de dos cargos menores de prostitución en el Tribunal Estatal de Florida. Como resultado de esta declaración de culpabilidad, pasará menos de un año en una cárcel de baja seguridad. Además, Manon Boucher, la *madame* que ayudaba a reclutar a las víctimas a petición de Meachem, goza de inmunidad penal. Al parecer, está de vacaciones en un yate cerca de la costa de Little Saint James, la isla privada de Meachem.

Sarah ha regresado a Miami, donde la han ascendido a un trabajo que no le gusta. Echa de menos el trabajo de campo, y creo que volverá a él pronto. Me ha pedido que acepte un puesto en el Cuerpo Especial Contra la Trata de Seres Humanos de Miramar, y he aceptado. María y yo estamos preparadas para dejar el condado de Suffolk. Miami parece una buena opción. Empezaremos de nuevo en un lugar donde María se sienta cómoda. Lightman dice que odiaré a la gente y el ritmo de vida de Miami. Dice que en la oficina están haciendo una porra para ver cuánto tiempo aguanto allí. Él ha apostado por seis meses, no más. También dice que mi mesa siempre estará esperándome.

Sigo hablando con el doctor Ginnis unas cuantas veces a la semana. Fue él quien me animó a vender la casa y a echar raíces en otra parte. Con su ayuda, encontré una organización benéfica que ofrece cobijo, protección y educación a víctimas del tráfico sexual, chicas como Luz y María. Les he donado de forma anónima los ingresos que había en la cuenta de mi padre en las Islas Caimán, así como una parte de las ganancias obtenidas con la venta de la casa. El resto, lo he ingresado en un fondo fiduciario para María. Ella aún no lo sabe, pero se lo diré cuando sea el momento adecuado.

También fue Ginnis quien me sugirió que me despidiese de mi madre antes de marcharme del condado de Suffolk para siempre. Me alegro de que lo hiciera. Pensé que estar aquí con sus cenizas sería duro. Y lo es. Pero también me invade una sensación de calma que no esperaba. Después de todos estos años, por fin puedo dejarla ir en paz. Nunca sabré si Sean Gilroy mató a mi madre o no; pero creo que sí, y con eso me basta para pasar página. Mientras el sol se esconde bajo la línea del horizonte, cierro los ojos y digo adiós. Entonces, abro la urna y la dejo ir. Sus cenizas se marchan con el viento.

Agradecimientos

Para escribir un libro hace falta toda una comunidad. Y estoy tremendamente agradecida a las numerosas personas que han contribuido a que *Relaciones peligrosas* cobre vida. Estoy, como siempre, en deuda con mi excepcional editora, Sally Kim. Sally, eres inteligente, amable, perspicaz, paciente y un gran apoyo. Sin ti, sin duda este libro no existiría.

Sally trae consigo al brillante y currante equipo de G. P. Putnam's Sons. Me siento muy afortunada de trabajar con Gabriella Mongelli, Elena Hershey, Ashley McClay, Alexis Welby, Emily Mlynek, Tom Dussel, Leigh Butler, Christine Ball e Ivan Held, entre otros. Me ha encantado conocerlos a todos y estoy inmensamente agradecida por todo lo que habéis hecho para apoyarnos a mí y a este libro.

Cuento con dos defensoras atentas e infatigables: Alexandra Machinist y Josie Freedman. Gracias a las dos por creer en *Relaciones peligrosas*, y a todo el equipo de ICM que ha trabajado de una manera tan diligente en nombre de este proyecto.

Este libro tomó forma gracias a la sabiduría y la orientación de Taylor Rose Berry y Robert Shumacher. Gracias por compartir vuestras historias conmigo. Siempre os estaré agradecida.

Andrea Katz, Ann-Marie Nieves y Katie Taylor son las mejores animadoras, editoras, lectoras beta, publicistas y amigas que una escritora pudiera desear. Os estoy muy agradecida por todo lo que habéis hecho por mí y por la comunidad bibliófila en general. Sois lo mejor.

Nunca encontraré las palabras adecuadas para expresar mi agradecimiento a mi familia por amarme y apoyarme constante e incondicionalmente en todo lo que hago. Emma, Owen, mamá y Jonathan: gracias. Gracias. Os quiero muchísimo a todos.



CRISTINA ALGER (Nueva York, EE. UU., 1980). Es graduada en la Universidad de Harvard y en la NYU Law School. Trabajó como analista financiera y abogada corporativa antes de dedicarse por completo a la escritura. Vive en Nueva York con su esposo e hijos.

Es autora de las novelas *Girls Like Us* (Relaciones peligrosas), *The Banker's Wife* (Dinero sucio), *The Darlings* y *This Was Not the Plan*.

Alger llega a nuestro país con su éxito de ventas *Dinero sucio*. Una novela acerca del oscuro mundo de las finanzas internacionales formado por dos historias paralelas relacionadas entre sí por un nexo común. La autora consigue transmitir la ansiedad y el miedo que sienten los protagonistas en un *thriller* original que sorprende a los lectores por su trama.